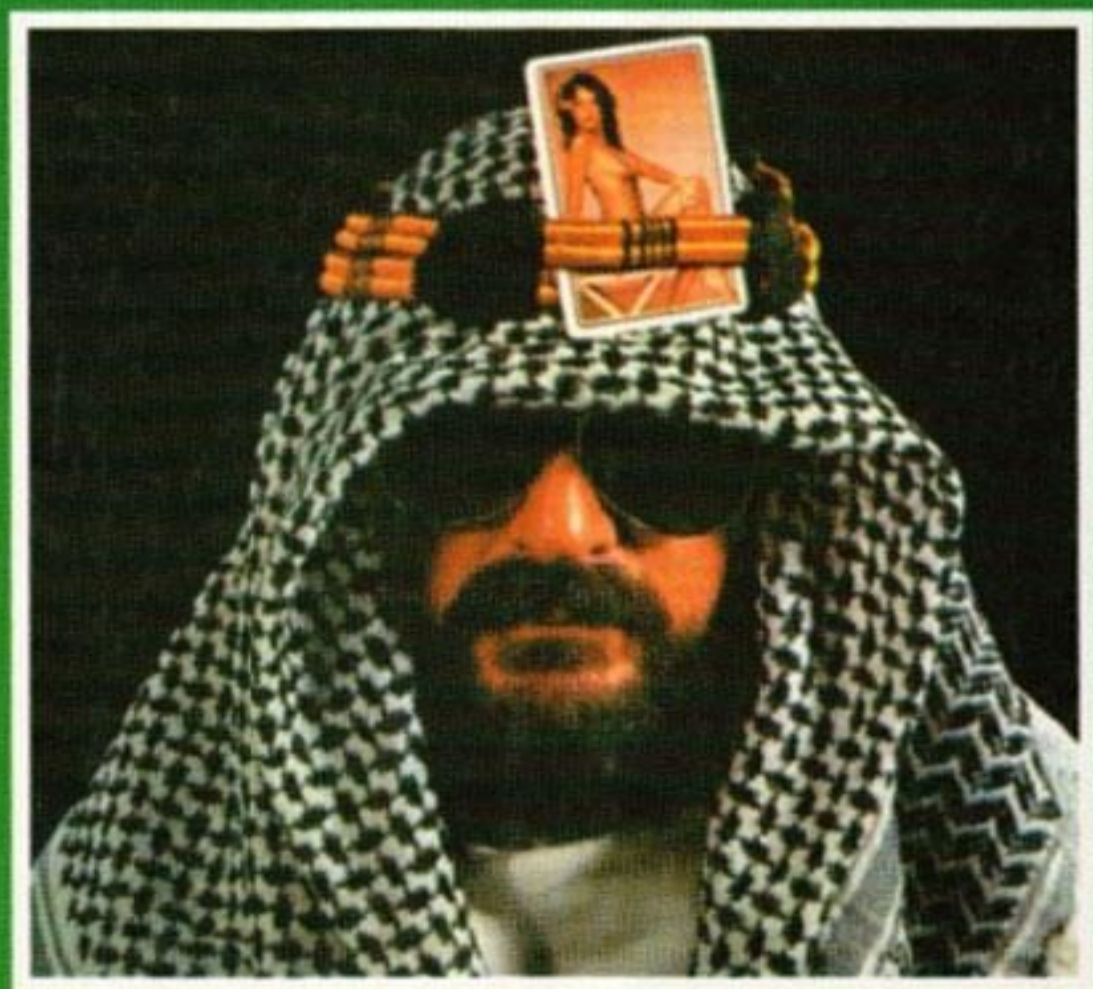


# BEST SELLER

R. FONTANARROSA



Lectulandia

«En esta novela el lector se verá sorprendido al conocer a cuánto asciende el precio de la fama, el precio de la gloria y, esencialmente, el precio del libro».

Un aventurero internacional comete un error en un negocio donde no se pueden cometer errores: el tráfico de armas. Tan sólo de una forma podrá saldar su equivocación: con su propia vida. Es entonces cuando recibe una insólita propuesta: seducir a una sensual, exquisita e inaccesible mujer, predilecta de uno de los jerarcas más poderosos de la Tierra.

**Lectulandia**

Roberto Fontanarrosa

**Best Seller**

**Una aventura del mercenario sirio homónimo**

ePub r1.1

Ariblack 01.08.14

Título original: *Best Seller*  
Roberto Fontanarrosa, 1981  
Fotografía de portada: Norberto J. Puzzolo

Editor digital: Ariblack  
Editor original; lenny  
ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# Capítulo 1

La trompa del aparato se elevó suavemente y la máquina recobró su altitud normal. Seller balanceó entonces el calibrador, inyectó unas pulgadas adicionales de gas al estanco de compresión y con un movimiento mecánico y casi aburrido obturó la perilla de la toma de aire posterior. Se reclinó luego sobre el asiento anatómico contemplando a través del opalino vidrio tensado de la cabina el cielo pulido y negro de la noche. El Nineveeh, un reactor monoplaza, ágil y potente, fabricado en Siria con capitales y tecnología del Chaad, sobrevolaba el desierto de Muroran. Seller había dejado atrás la cadena montañosa de Mesa Sicayari y en cinco minutos estaría seguramente sobre el abra del Ilesha, sobre el fértil valle de Ganem, y los plantíos de almendros y alcaparras que las tribus kurdas diseminaban en las riberas del sucio río mesopotámico.

A pesar de que la noche era clara, las espesas nubes que encabritaban al Nineveeh impedían a Seller contemplar al menos el reflejo de la luna sobre el estuario. Por otra parte, descender hasta los cuatro mil metros para observar el paisaje largamente conocido implicaba arriesgarse a algún fastidioso encuentro con los Mirage israelíes, odiosos incursores de la zona. Por lo tanto, Seller verificó el Control Automático de vuelo, dio un vistazo a la complicada relojería de su tablero y reclinándose en su asiento se abocó a la tarea de seleccionar su cassette preferido de música. Lo introdujo en el magazine y luego, quitándose los guantes forrados con piel de cabra, encendió un cigarrillo.

Era un cigarro largo y perfumado, envuelto en papel negro mate, que cualquier conocedor hubiese identificado fácilmente como el tabaco que los contramaestres de los centros de computación de Impacto saben gustar en sus horas libres a bordo de los cruceros portamisiles soviéticos. La música, la clásica y rítmica música siria, el picante regusto del tabaco, la tenue luz rojiza que teñía la carlinga desde el altímetro, indicador del nivel de parafina, y la irreal claridad de la noche, sumieron a Seller en el recuerdo. Su nariz aguileña de caprichosa curva pareció aguzarse, sus penetrantes ojos oscuros se entrecerraron y todo su rostro tomó la cruda expresión de un cernícalo. Frente a él volvía a corporizarse el clima mórbido y sensual del café Vadodara, en las afueras de Casablanca.

No había mucha gente aquella noche, el espeso y húmedo calor de la tarde del domingo permanecía aún aferrado a las paredes blancuzcas y sólo algunos jóvenes ostensiblemente nórdicos y sucios se aventuraban en los primeros frescos de la oscuridad. Seller llegó como siempre, a eso de las nueve, tras ducharse y refrescarse en la refrigerada habitación del Hilton. Había jugado «ternets» esa tarde y su humor

no era de los mejores. Por tres veces había fallado al scrich y había terminado rompiendo su mejor palo. Para colmo el Coronel consiguió dos jewels consecutivos y aún sentía su estúpida risa de falsa modestia. Tras bañarse, Seller se vistió con su traje blanco de pana hindú levemente estriado por filamentos y nervaduras, eligió una corbata de seda en tonos carminados y prendió los puños de su camisa con los gemelos que le regalara Jean Claude Bourges en Marsella. Eran unas pequeñas figuritas de oro, que al ensamblarse a través de los orificios del puño, conformaban una pose indiscretamente pornográfica. Aquellos gemelos tenían la particularidad de levantar el ánimo a Seller y por otra parte, perturbaban notoriamente a las mujeres que pudiesen acercarse desaprensivamente al sirio.

Cuando llegó al Vadodara, Seller sintió el impacto del dulzón aroma al nagish. El nagish es una espesa bebida egipcia, dulzona y pesada, que se obtiene aligerando la miel común de abejas con ron, acetona y naccardé. Se bebe apenas tibia y los hombres de negocios de Beirut suelen acompañarla con saladas galletitas de lino. Seller se sentó en una de las mesas alejadas de la pista, en la penumbra. Aún no había comenzado el show y sólo el monótono compás de un pequeño tamburo alteraba el silencio del local. Pidió un gin corto con sake y lo bebió a pequeños tragos con los ojos perdidos en la oscuridad del escenario. Recién comenzaba a relajarse.

—¿Cómo estás, Best? —el hombre se había sentado a su lado con los silenciosos movimientos de una serpiente acuática.

—¡Ernie! No te hacía acá —se sorprendió Seller comprendiendo que instintivamente había llevado su mano derecha hacia la sobaquera donde portaba la liviana y bien aceitada M-52.

—Llegamos ayer por la tarde.

—¿Tomas algo? ¿Cómo les fue?

—De eso quería hablarte Najdt. Te está esperando.

—¿Cómo sabía que vendría? No lo hago siempre.

—Él lo sabía.

Los dos hombres se levantaron y eludiendo mesas desocupadas cruzaron el salón. Salieron por una puerta contigua a la barra que comunicaba con el pasillo donde se encontraban los baños, el sauna, y el depósito atiborrado de cajones de cerveza y licores. Seller siguió a Ernie que bajó por una estrecha escalera. Un intenso olor a orín de gato abofeteó al sirio. Se detuvieron frente a una sólida puerta de madera oscura sin picaportes ni agarraderas visibles. Ernie oprimió un timbre. Se escuchó un chasquido, un sonido muelle como el de una fumadora rodando y un clack final. En algún lugar del iluminado pasillo atisbaba el ojo de una cámara. La puerta se abrió y Ernie hizo pasar a Seller. El bunker de Najdt era amplio y refrigerado. Había poca luz y Seller adivinó bajo sus pies la mórbida condescendencia de una alfombra. La punta de su botín derecho exploró la superficie y detectó pequeños nuditos de doble lazo,

típicos de la más ancestral tejeduría palestina. Tal vez lo del enlace con Arafat fuese cierto, después de todo. El escritorio de Najdt estaba en el centro de la habitación, iluminado por el cono de luz de un spot cenital y todo el resto del ámbito era oscuridad. La lejana música del piso superior se había apagado tras la puerta al irse Ernie y sólo se escuchaba débilmente el girar de un extractor de aire. Najdt, sentado frente al escritorio, no apartaba la vista de las pequeñas cartas de «mulashe», un complicado juego solitario turco que se practica con una o más bazas. La maciza cabeza del libanés brillaba bajo la luz, Najdt siempre transpiraba copiosamente aun en los lugares frescos y esa particularidad asqueaba un poco a Seller.

De todos modos, venciendo esa natural repugnancia, el sirio se sentó en el sillón vacío frente a Najdt, que no levantó la vista. Seller pensó incluso que no lo había oído. Tenía además, la inquietante sensación de que en el salón había otra persona. Tal vez junto a las pesadas cortinas de fieltro que apenas se adivinaban al fondo. Quizás detrás de él mismo, en la oscuridad densa a la que aún sus ojos habituados a las luminosas laderas de los montes Marayani no se habituaban. Frente a él, Najdt, sin levantar la vista, contrajo los músculos de su rostro fofo, como si alguna contrariedad trabase su juego de naipes o como si hubiese sufrido una ligera molestia física. Los ojos de Seller se entrecerraron. Recordó las cosas que le habían contado sobre los hábitos lujuriosos de Najdt. Sus gustos por los placeres sensuales. Por los delgados muchachitos cobrizos, magros y fibrosos, de enormes ojos afiebrados que podían encontrarse a montones conduciendo las recuas de mulas hacia los mercados de Bir el Gar. Seller consideró seriamente entonces, que bajo el amplio escritorio del libanés, hubiese alguien.

—No estaban —dijo de pronto Najdt, sacando a Seller de sus suposiciones.

—¿Quiénes no estaban?

—No estaban.

—¿Los Kalashnikov?

—Los Kalashnikov.

Seller quedó mirando fijamente a Najdt, quien vacilaba en levantar o no, un cinco de diamante. La transpiración le caía por la cara, como si tuviese un surtidor insertado bajo el pelo ralo y blanquecino. Nuevamente Najdt pegó un respingo. Seller no soportaba pensar que bajo la sólida tabla del escritorio, un flexible adolescente árabe pudiese estar jugueteando con las intimidades del libanés. Esta idea lo desconcertaba.

—¿Qué dijo Karl? —indagó Seller.

—Que no se los habían entregado en Bruselas.

—Bourges me lo aseguró, hace una semana, en Niza.

—Según Karl, los de la DST habían asustado a la gente de Brambila. Los camiones llegaron a horario a la cita, pero los fusiles no estaban.



Por primera vez Najdt parecía haberse olvidado de los naipes. Sus gruesos labios púrpuras se movían permanentemente. Debía haber estado masticando hojas de bistunas, pues en las comisuras permanecía el residuo resinoso y amarillento del cotiledóneo.

—¿Sabes, Seller, que debíamos entregar los Kalashnikov a Sorel el martes?

—Lo sé.

—Podemos perder la confianza de los pakistaníes. Son clientes fuertes.

—Lo sé. No entiendo qué puede haber pasado.

—Nos queda la entrega programada en Marsella. Pero nadie de los nuestros se irá a meter en las narices de la DST. Tampoco pagaremos un error tuyo, Seller. Pero yo confío en que puedes conseguir el dinero para pagarla, puedes contactarte con Brambila a pesar de los del Shin Bet y puedes traer esos fusiles a Casablanca.

Seller se contrajo en su asiento. Najdt volvió su atención al pequeño mazo de cartas romboidales y el sirio comprendió que la conversación había finalizado. Había confiado en Bourges y el error debería pagarlo demasiado caro.

Cuando salió al pasillo volvió a escuchar el sonido de la música en el piso superior. Al llegar al salón central de Vadodara, aquello ya estaba lleno de gente, como casi todas las noches. Comprendió que había permanecido casi una hora con Najdt, y que tenía la fina bambula de la camisa pegada a la piel de la espalda. Caminó hasta su mesa, sorpresivamente vacía y se sentó. Dedujo que aquella no era su noche. La música en crescendo, el continuo ir y venir de la gente y el recuerdo permanente de la próxima entrega en Marsella habían logrado alterarlo demasiado. Se notaba tenso y contraído. Los músculos del cuello podían tañir como un diapasón si los articulaba. Quizás debía comunicarse con Brambila cuanto antes. Ya se ocuparía luego de conseguir el dinero.

Se levantó finalmente y bordeando el escenario se encaminó hacia una puerta lateral cubierta por una pesada cortina de felpilla somalí. Pasó entonces a un largo corredor alfombrado donde la iluminación era tenue. Llegó hasta otra puerta. Allí estaba Nazilli, el senegalés reluciente en su uniforme rojo como un gigantesco soldado de plomo. Seller lo saludó apenas con un insinuado movimiento de cejas y Nazilli le franqueó el paso.

Cinco minutos después, el sirio estaba reposando dentro de una amplia bañera con agua caliente, un tanto aturdido por el calor y el fuerte aroma a las sales aromáticas. El pequeño recinto revestido en madera se hallaba totalmente cubierto de vapor, apenas filtrado con timidez por las luces amarillas del techo. Cada tanto, a pesar de su pesado sopor, Seller escuchaba el resonar de unos zuecos de madera en el piso de mosaicos cuando el personal de servicio se acercaba a la tina para echar en ella nuevas semillas de tantún, frutos de enebro y algún corto chorro de jengibre. No supo



a ciencia cierta cuanto tiempo estuvo allí, sólo advirtió en determinado momento que le salía sangre de la nariz y los oídos por la presión de las sales. Supuso que era el momento de abandonar el baño. Se reincorporó con esfuerzo y su bruñido y vigoroso cuerpo de antiguo pastor montañés, destelló como una chapa ante los reflejos de las luces. Caminó hasta las duchas y el latigazo del agua helada le hizo cimbrar la sangre por las venas. El corazón pareció detenerse un momento y luego comenzó a golpear contra las paredes del páncreas como un gorrión enjaulado. El sirio sintió como si en cada milímetro de su cuerpo le clavaran una pequeña aguja de hielo seco. Se adivinó de pronto claro y despejado, lo suficiente como para pensar en lo estúpido y salvaje de los rituales del sauna finlandés.

Aún temblando asíó su salida de baño y se encaminó hasta la banqueta de masajes. Se acostó en ella castañeteando los dientes. Abrió el costado de la banqueta donde se disimulada una cajonera retráctil que encerraba un pequeño bar con las bebidas predilectas de Seller. Optó por un brandy Martinique francés, temeroso que, de elegir el ron Borussia de cuatro estrellas, el temblor de sus manos al intentar abrirlo le diera una efervescencia peligrosa e incontrolable. Bebió dos enérgicos tragos de brandy y un ramalazo de fuego le bajó hasta la zona inguinal. Algo como un cachiporrazo débil le pegó en la nuca. Se sintió mejor. Debería hablarle a Brambila.

Observó el tablero de la consola y apretó el segundo botón. Se echó boca abajo en la banqueta y esperó. Ahora vendría Sarah a masajearlo. Sarah era una flameante muchacha del sur de Abagin Dash, casi bella a pesar de su cabello que parecía estopa y sus tremendos labios carnosos y rosados, del color que muestran las caracolas en sus paredes internas. A Seller lo intimidaban esos labios que cuando se posaban en su carne parecían el tributo de dos moluscos, de dos espongiarios que se contraían y se dilataban, de dos orugas húmedas que lo recorrían. Nunca se había atrevido, además, a que lo succionaran pues desconocía adónde podía llegar aquello. Hubiese sido como ofrecer alguna parte de su cuerpo ante la boca de una aspiradora industrial. De todos modos, Sarah, era siempre mejor que Sheila, a quien una traidora soriasis tronchó la carrera de masajista y ahora pedía limosna en las pestilentes poblaciones bereberes.

Podía haberla despedido pero el contacto con Sarah le sugería siempre una sensación de peligro yacente. Era como entablar relación con una mangosta, con una cobra de siete collares. Y al sirio el peligro lo fascinaba. Escuchó el ruido de zuecos y pronto sintió que dos manos se posaban sobre su espalda. Procuró relajarse. No pensar en Brambila. Aquella noche Sarah parecía tener dispuesto un nuevo sistema de masajes para Seller. Sus dedos nerviosos no pellizcaban la carne. Seller no tenía la sensación de soportar los picotazos de un gallinazo sobre sus omóplatos y tampoco los pulgares de Sarah se encarnizaban con sus cervicales. En derredor de su macizo trapecio o en las inmediaciones del esternocleidomastoideo repercutía el sordo

retumbar de pequeños golpes aplicados con los nudillos. «El masaje tunecino», determinó Seller con alarma. Bien conocía el sirio esos masajes. Se basan en una insólita batería de pequeños golpes, combinados con palmadas francas, que pueden acrecentarse sobre el dorsal mayor o los gemelos. Es una práctica relajante bastante brutal a la que los emires de Kandahar gustan someterse con suerte diversa. Más de una vez Seller no había soportado los impactos, que en algunos lances llegan a ser despiadados, y se había tomado a golpes de puño con las masajistas. Eso había sido, es cierto, antes de que la estadía en el campamento de Damón Sagar le diera el férreo estoicismo propio de un fedayin.

De repente los golpes cesaron y Seller tornó a apoyar la cabeza sobre sus brazos cruzados. Ahora las manos femeninas describían círculos concéntricos sobre el vasto externo y el sirio comenzó a sentir como un cosquilleo vivaz que a pesar de serle habitual nunca le había resultado tan tumultuoso. Las dos palmadas en el dorso de la pierna derecha le dijeron que debía volverse. Lo hizo cuidando que el toallón húmedo que le cubría el bajo vientre no se cayera, con el pudor propio de un excuidador de cabras de los montes Marayani. Fue entonces cuando la vio. Sintió una punzada en las sienes y algo hueco se le alojó en el estómago. Se le reseco la boca en un instante y los músculos abdominales se le anudaron cual un manojo de víboras.

—¿Quién eres? —atinó a preguntar.

La mujer lo miró intensamente. Bajo el torrente de pelo negro llegaba el resplandor de unos ojos verdes y transparentes, luminosos como las aguas cristalinas de una piscina iluminada desde el fondo. La nariz era recta y decidida. La boca plena y grande se adivinaba tibia y humectante. Tenía ese embrujo típico de las mujeres orientales, que han crecido custodiando olivares fragantes, que han tomado de ellos sus efluvios. Con cuerpos duros y flexibles hechos a las caminatas, a las constantes abluciones con aceites generosos de sepia y cocos, a las danzas rítmicas y nocturnas, a cabalgar sobre caballos sefaradíes de remos finos y pelaje cebruno. Lucía apenas una túnica de tela rústica y pesada, muy corta y Seller imaginó bajo el prometedor escote, el valle umbrío entre los senos, la curva incipiente del nacimiento de los senos, y los senos. La piel de ella, de un tono aceitunado con reflejos de cobre, se brillantaba con pequeñas gotas de transpiración que resbalaban afortunadas desde el largo cuello de ánade hacia espacios planos y aterciopelados, cavernosos y dóciles, de trémulas ondulaciones musculares y redondeces esponjosas, blancas y condescendientes.

—¿Quién eres? —reiteró Seller con una voz que se le antojó de otro, sibilante y opaca. Podía percibir la sequía total en su garganta, una suerte de agrietarse de su paladar, y un aleteo como el de un grajo negro en la zona de la aorta abdominal.

—¿Dónde está Sarah? —requirió, dándose cuenta al instante de lo estúpido de su pregunta. Desde la primera visión de aquella fabulosa mujer, Sarah había

desaparecido definitivamente y su recuerdo era la reseca piel de un gato muerto al costado del camino que lleva a Rachimpur.

Las manos de ella continuaban ahora el masaje y Seller advirtió que a pesar de estar paralizado por el impacto de aquella aparición, esas manos circundando aviesamente cerca de las erógenas regiones cubiertas por la toalla podían ser demasiado para su virilidad y sus tenaces instintos de control.

Los dedos de ella subían y bajaban por la zona interna de los muslos, se encarnizaban con el sector semitendinoso, aplastaban y dilataban el recto interno, se alejaban hasta los promontorios de los gemelos, tornaban veloces y sorprendivos casi hasta el nacimiento de los aductores y amenazaban, ya sí, a perderse bajo el cobijo cómplice de la toalla.

Seller entendió que el aire le era muy escaso, le llegaba como un ínfimo regalo de los pulmones a través del pecho que se agitaba como un animal aterrorizado. Buscaba desesperadamente saliva en todos los rincones de su boca entreabierta y el corazón, una vez más, pareció descontrolarse totalmente en la caja torácica. El toallón como la prueba de levitación de un mago de tercer orden, se había elevado sobre la zona del pubis y el sirio advirtió que desde la ingle parecía incendiarse una región boscosa. La mujer, no obstante, profesional, continuó su trabajo sin contemplaciones, macerando ese cuerpo trémulo, llevando a Seller a un grado de enajenación y exaltación que trajo al sirio por un instante la imagen agreste de los lobos desgredados y fibrosos que solían estremecerlo con sus aullidos de salvaje deseo en su más tierna infancia. Cerró los ojos y vio luces de todos colores e intensidades cuando la mujer, con ademán firme, quitó la toalla descubriendo aquel menhir transido y expectante. Seller esperó. Las manos de ella subieron por las caderas, bordearon el vientre, pero no tocaron nada que pudiera romperse. Seller creyó incluso sentir el roce de los cabellos sobre su vientre. Pero no pasó nada. Hubo un silencio, Seller abrió entonces los ojos. La mujer estaba plegando la toalla, terminaba de cerrar el frasco de melaza de bayas y se dirigía hacia la puerta.

—¡He...! —casi graznó el sirio. No podía creerlo todavía—. ¿Dónde vas? ¿Qué haces?... —un odio animal, irreflexivo le sacudió el cuerpo aún envarado. Ella ya había salido. Saltó de la banqueta con un rugido y vaciló aún entre lanzarse así a la persecución o cubrirse.

Manoteó al pasar una toalla y envolviéndose la cintura con ella corrió hacia la puerta. En el pasillo no había nadie. Las fosas nasales del sirio se dilataron como las de un cabro asustado. En el aire, en algún lugar del aire, flotaba aún el aroma a hojas de eucaliptos secos que se había desprendido del cabello de esa hembra de sueños al sacudirse cuando lo masajeaba. Seller entrecerró los ojos y nuevamente su rostro adquirió la reconcentrada expresión de un cernícalo. Ese aroma se había impreso en sus papilas pituitarias como la pezuña de un caraljao sobre un disco de barro

arcilloso, y para quien ha sido pastor en los montes Marayani, para quien ha tenido que saber determinar durante años, en los rastreos nocturnos tan sólo por el olor cuál es la boñiga de un alce y cuál la de un conejo gemidor moteado, atrapar en el aire un perfume femenino podía ser una tarea tan sencilla como para un tiburón azul localizar en una piscina olímpica el rastro de un zorrillo nadador.

A Seller se le erizaron los cabellos aún húmedos de la nuca, abandonó su posición estática y sin vacilar se lanzó hacia la derecha, hacia el recodo más cercano del pasillo. No vio al hombre y no supo determinar el peligro, con la torpeza de un perro en celo. Sólo percibió una forma oscura e inmensa que se le cruzó en el camino haciéndolo trastabillar y luego un puntapié, un atroz, certero y espantoso puntapié que le desbarató los testículos y lo dejó sobre el frío piso de mosaico hecho un ovillo, oprimiéndose la zona golpeada y con los ojos superando los límites de sujeción de sus órbitas. Escuchó que alguien se alejaba corriendo, pero ya el dolor intenso se le desparramaba desde la ingle ramificándose esencialmente vientre arriba, como una oleada de fósforo incandescente. Luego sintió un frío que le helaba el pecho, luego nuevamente el calor intenso, un irreprimible deseo de vomitar, y la certeza de que nunca podía haberse sentido peor en la vida. Luego se desmayó.

Media hora después, Seller estaba acodado a la suntuosa barra del Vadodara. Había optado por ese lugar no sólo por ser el único accesible (todas las mesas estaban ocupadas), sino porque las rojas luces cenitales que alumbraban el trabajo de los barman disimulaban en parte el tono purpúreo que había invadido su rostro. Experimentaba todavía una suerte de sofocación y mantenía una puntada de náusea en la boca de la garganta.

A pesar de tales disturbios orgánicos el sirio había pedido un trago indostano a base de almíbar, orégano y ron, con la esperanza de que tal sorbete álcali, retornara a la normalidad su glándula tiroidea, que funcionaba en un 15 por ciento de su capacidad. Mientras bebía ignorando el bullicio de su alrededor flexionaba lentamente las piernas a lo largo del alto taburete tratando de recobrar el buen funcionamiento de sus músculos y de conseguir el reacomodamiento de las partes afectadas en su zona inguinal que había pasado a constituirse en «zona de desastre».

No entendía muy bien todo lo que había sucedido en el baño sauna. La aparición de esa mujer alucinante, su abandono del recinto dejando el trabajo inconcluso, la violenta intermediación de esa mole en el pasillo que le asestara el puntapié descalificador.

Seller no podía concentrarse en la entrega de Marsella. Tampoco en Brambila. Estaba de espaldas a la entrada del salón pero se volvió al escuchar un murmullo creciente entre la masa de gente, un murmullo que superaba incluso el altísimo registro de los ocho equipos cuadrafónicos de baffles con duplos de reverberancia.

Alguien había entrado al salón por la puerta principal provocando tal revuelo. Las miradas de todos se dirigían a un grupo de recién llegados, atrapados por el cono de sombras de la galería superior y semiocultos por las carnosas hojas de las plantas gomeras que abrazaban las columnatas de mármol.

Seller volvió a conmocionarse como un bote de goma al que se lo golpea con un bate. Allí estaba ella. Esa mujer. Su silueta se recortaba nítida sobre los sacos blancos de los cuatro hombres que la rodeaban. Vestía ahora una túnica negra que parecía sopleteada sobre el cuerpo y el alto cuello Mao se unía en una sola mancha con el cabello oscuro. El rostro no se apreciaba desde lejos, tal era la opacidad de su tez aceitunada. Solo destellaban a veces sus ojos como la luna entre los árboles sacudidos por el viento o bien sus dientes al hablar con sus fornidos acompañantes o quizás al aspirar el espeso clima del Vadodara. En rigor de verdad, Seller no podía verla. Pero sentía en sus adiestrados tímpanos una presión rítmica y constante, como quien percibe desde lejos el sofocado retumbo de un instrumento de percusión o adivina más que oye, el grave reclamo de un contrabajo. Allí estaba nuevamente esa mujer. Seller oprimió las fuertes mandíbulas y por un instante pareció recrudecerle en el bajo vientre la tonalidad purpúrea, derivando lentamente hacia el morado pontificio.

La mujer y su comitiva se encaminaron lentamente hacia una mesa ante la expectativa de todos, guiados por el maître. Se ubicaron y pronto el lugar recobró el ritmo habitual. Seller introdujo la mano derecha bajo la sedosa tela de su saco, y al mismo tiempo que constataba con dedos conocedores la carga de su M-52 extrajo un par de lentes oscuros. El uso de tales lentes no podía resultar exótico en tan mundano lugar y menos aún para aquellos que lo habían visto llegar con los ojos desorbitados y enrojecidos. Se los colocó y miró hacia la mesa de los recién llegados. Los cristales de rayos ultravioletas, levemente estriados para eliminar las contaminaciones del ozono, le dieron al sirio una clara visión del grupo, algo exaltada en su coloración, con el clásico fuera de registro azulino, como podría observarse en el colimador de tiro de un caza interceptor nocturno. Tres de los cuatro hombres eran de corpulencia llamativa. Indudablemente guardaespaldas. No parecían tontos y lucían esa tranquilidad segura y casi pacífica de los que conocen sus propias fuerzas.

El primero de la derecha se mostraba somnoliento. Era notoriamente griego por el riguroso corte de sus bigotes, el anillo lustroso en el meñique de la mano izquierda y el cordel circular con cuentas de ébano con el que jugueteaban sus dedos alejados de tal forma del tabaco. Tenía manos finas y blancas, no endurecidas en las artes marciales. La bocamanga del pantalón le hacía una arruga caprichosa, sin duda alguna el elevarse la tela sobre el cabo de un cuchillo de hoja casi cilíndrica. Un punzón de los usados por los nativos kurdos para faenar ovejas o por los antiguos distribuidores de hielo en los barrios bajos de New York. Tal arma, asegurada posiblemente a la pierna por una liga, podía perforar y vaciar de sangre la arteria

femoral de un hombre robusto en sólo diez segundos. Para Seller, el griego resultaba sin embargo demasiado acicalado. Una cinta de lazo negra con lentejuelas se anudaba en torno al cuello de la camisa con volados de encaje blanco. Había también una uña de un dedo meñique inusualmente larga y bien cuidada. Un hombre de esas características no podía ser en extremo peligroso en la lucha franca, pero sí podía resultar un enemigo traidor y sigiloso.

El griego estaba sentado casi sobre el borde de su sillón, con el pecho algo tirado hacia adelante. No obstante nada distorsionaba el bolsillo izquierdo de su saco. «Tal vez una Sterling 25, modelo 300» —dedujo Seller— «en una cartuchera de cintura, atrás, donde finaliza la espalda». De allí la postura un tanto forzada en el asiento.

El hombre que estaba al lado del griego, golpeteando distraídamente la mesa, era el más pequeño y parecía casi insignificante junto a los otros. Tenía gafas, para colmo, y la absorta expresión de un pescadito de colores mirando a través del cristal de la pecera. Seller recorrió con la vista las manos huesudas y los flácidos músculos del cuello. Aquel hombre debía ser seguramente el más peligroso. Un personaje con tan pocos atributos viriles, los suplantaría por una certera determinación, una astucia calculada, y una eficiencia silenciosa. Estaba relajadamente sentado y Seller no pudo descifrar qué armas portaba.

Luego, en el grupo, venía la mujer, y el sirio no quiso detenerse en ella para no perder el hilo deductivo. A la izquierda se elevaba la mole de un negro. Parecía yanqui y le jugueteaba una sonrisa permanente en los labios abultados. Cuando el paso de la gente al bailar tapaba la poca luz del recinto, el negro se convertía sólo en una mancha sin facciones llegando a veces a verse tan sólo el traje blanco, como si alguien lo hubiese olvidado allí, o lo hubiese dejado para guardar un sitio en la mesa. Aquella bestia era un profesional, con seguridad, sintetizó Seller. Tal vez un veterano de Vietnam. El hombro derecho del negro estaba levantado un poco exageradamente. Bajo el sobaco de ese mismo lado debía pender un Smith & Wesson 1955, 45 Target, modelo 25. Posiblemente, la punta del larguísimo caño estaría tocando la cuerina afelpada del asiento y eso levantaba el brazo del moreno. Era zurdo, obviamente, lo que hacía más difícil la cosa. El cuarto era también macizo, sólido, y masticaba semillas de tantula. Debía ser muy bruto, ingenuo, de fuerza demoledora y realizaba el papel de «grupo de choque». Este análisis le demandó a Seller de cinco a ocho segundos. En el campamento de Damón Sagar había aprendido a constatar el estado de las bujías de un coche por el sonido de la bocina, por lo tanto este tipo de reconocimiento del enemigo no podía tomarle más tiempo. Se quitó los lentes y continuó vigilando con disimulo el grupo de guardaespaldas y la muchacha. No sabía bien aún qué determinación iba a tomar pero algo, profundo y punzante, le decía que no dejaría pasar a esa mujer sin al menos averiguar quién era. Debía ser cauto, simplemente, y no requerir información a los mozos, por ejemplo.

De pronto se sobresaltó; había quitado los ojos de sus presas tan sólo un momento, y ahora, al volver a observarlos, la mujer ya no estaba. Difícilmente se controló, sofrenando el impulso de levantarse. El color de su cara había dejado de ser morado y viraba lentamente hacia un carmín opaco con tonalidades de tierra de siena tostada cerca de la implantación de las orejas. Hubiese sido un óptimo modelo para la cromática de un Van Gogh. Seller escrutó la multitud que se zarandeaba en la pista con un vertiginoso ritmo americano y allí la vio nuevamente. Bailando. No pudo precisar con quién. Lo cierto es que los cuatro gorilas acompañantes permanecían sentados. Cada vez entendía menos, pero aquella era su oportunidad. Se lanzó a la pista y un tirón en la ingle, como un pistoletazo, le recordó que estaba en inferioridad de condiciones. Maldijo el ritmo americano, tan veloz.

Ya en el redondel la música se hizo más estruendosa y vibrante. Las luces se apagaron y spots estroboscópicos hicieron centellear el recinto girando alocadamente. Era una sucesión embriagadora de cuadros en blanco y negro. Una secuencia en cámara detenida. Contoneándose, quebrando su cintura, aparentemente poseído de lleno por la danza, girando sus puños a la altura del plexo, Seller fue con lentitud acercándose a ella eludiendo trabajosamente aquel mar de parejas que se empeñaba en alejarlo, como tenaz entretejido de una correntada de sargazos. La veía en cada pantallazo de luz blanquísima. Su pelo era un manchón negro en el aire, luego una máscara sobre su cara, después un copete de mirlo canadiense al viento. Apareció en cada flash, la boca abierta, el sablazo nácar de sus dientes, las umbrías cuencas de sus ojos. Volvieron a encenderse los focos y Seller advirtió que ella no bailaba sola. Frente a la mujer un hombrecito pequeño, delgado, de finos bigotitos, cimbraba y serpenteaba. Mirando la mujer con ojos de fiebre y sin separar sus pies de la pista, parecía un alga submarina aferrada al limo del fondo y sacudida por las corrientes profundas. Se notaba, sin embargo, que aquel pequeñajo nada significaba para la mujer, era tan solo una excusa para estar en la pista, un punto de referencia con respecto al cual oscilar, contraerse y contorsionarse.

Seller, a pesar de todo, sintió retorcerse dentro de él la fétida y renegrida culebra de los celos. Nuevamente la música intensificó su ritmo y volvieron a apagarse los focos ambientales. Todos batían palmas como alienados y los flashes de los spots giratorios laceraban el salón. Seller derivó lentamente hacia el acompañante de la mujer. Entrecerró los ojos como poseído, balanceó los hombros y de repente, el codo de su brazo derecho, como un pistón hidráulico se disparó contra el rostro del hombrecito. Seller creyó escuchar el crujido del malar al triturarse, como cuando se aplasta un barquillo de helado, y un quejido sordo. La víctima no llegó a caer. Bajo los flashes, el sirio lo vio tomarse el rostro, luego arquearse hacia atrás, después dar dos pasos vacilantes, y finalmente abatirse entre el maremágnum de parejas que seguían palmoteando como infantes. Cuando las luces tornaron a su régimen normal,



el sirio se ondulaba frente a la misteriosa desconocida.

—¿No nos hemos visto antes? —articuló Seller, sin dejar de bailar.

—No frecuento las riñas de perros —contestó ella. En las barriadas tunecinas de Bir Abu, la gente que concurre a estas salvajes sesiones de luchas caninas es considerada como la hez de los estratos sociales indostánicos.

—Pero sí los baños de vapor.

—No siempre —dijo ella y se alejó un tanto, balanceándose.

Seller volvió a experimentar la conocida sequedad en su caverna bucal. Ella se movía espasmódicamente y cada vaivén de su zona pélvica adicionaba cientos de grados de presión en las venas que palpitaban en las sienes de Seller, como ratones corriendo bajo una alfombra.

Además, y eso Seller no lo había advertido antes, la túnica de ella tenía un tajo lateral que trepaba ávidamente hasta la cadera, y por él se percibía el movimiento nervioso de los muslos tensos, el resbalar de los músculos, toda la verdad sobre el nacimiento de los glúteos y el tímido cordel de un slip que oprimía la carne dura y turgente que cubre la cabeza del fémur.

Aquello era demasiado para el sirio. Debía hacer algo pronto antes de que la música los llevase a otros ritmos más lentos, con más iluminación y menos gente. En su cerebro tornaron los frescos días de los montes Marayani. Siempre danzando se interpuso entre la mujer y el sitio donde se hallaba la mesa con los guardaespaldas. Con los brazos extendidos fue cerrando el paso de ella, interfiriendo sus círculos concéntricos, y por otra parte, al acercársele, empujándola hacia otros confines de la pista, hacia la puerta que daba a los camarines.

Hubiese necesitado, extrañó, su fiel perro lobo «Mulash», aquel que apartaba las ovejas tercas, el que rescataba los cabritos que se aventuraban en el desfiladero, que disuadía los salvajes perros de las manadas dingas, que le alcanzaba las tijeras en la esquila, y al que sepultara un alud al sorprenderlo revolcándose sobre la tierra cuando ya viejo, confundió el tronar de las rocas con el acercarse de las tormentas de marzo.

Seller solo no podía controlar los veloces esquives de la fluctuante mujer, ni el irrumpir descontrolado de parejas insolentes. Pero poco a poco, con obstinación, y fingiendo un total enajenamiento por la música, logró sacarla de la pista, hacerla trasponer los cortinados y ubicarla en el pasillo que conducía a las salas de juegos y las dependencias superiores. Recién cuando las puertas de batientes se cerraron tras ellos, amortiguando los sonidos, la mujer pareció advertir la maniobra.

—¿Adónde estamos... qué es esto?

Hasta ese momento, el sirio no había apreciado los decibeles que subyacían en el tono de voz de ella. Era una voz cavernosa, sombreada, con ecos en la acentuación, como si llegase a través de un prolongado atañor de petróleo. Era levemente áspera, reptante, y se enroscó en los oídos del sirio como las delgadas prolongaciones de una

sinuosa hiedra pueden abrazar la porosa superficie de un muro. No podía tener otra voz aquella mujer. Seller la atrapó de un brazo.

—No te escaparás ahora. No estoy acostumbrado a que las mujeres jueguen conmigo. Por bastante menos que lo de hoy, muchas señoras de Trípoli no podrán jamás quitar el velo que cubre sus caras. ¿Quién eres? ¿Quién eres?

—¡Déjame! No me toques... ¡Suéltame!

—¿Quiénes son esos cuatro monos que te siguen? Uno de ellos me pegó en el pasillo que va al sauna. ¿Qué hacías en el sauna?

—No te conviene saber de mí... ¡suéltame!

Seller comenzó a retorcer el brazo de la mujer, lenta y firmemente. Ella apretó los dientes y sus ojos fueron dos fogonazos en la semipenumbra del pasillo.

—¡Ninguna mujer que sirva en la sala de masajes es tan importante como para estar rodeada de cuatro gorilas guardaespaldas! ¡Ninguna mujer es tan importante! ¡Voy a seguir retorciéndote el brazo hasta escucharlo astillarse, hasta que me digas quién eres!

Hubo un gemido en los labios de ella y de pronto Seller sintió un dolor agudo y quemante en el dorso de la mano con la que le mantenía atrapada la frágil muñeca. Se echó hacia atrás como si lo hubiese picado una mahudaha, la pequeña y letal culebra negra que infecta los riachos del abra del Mekong. Sobre los nudillos de su mano derecha brillaba como un letrero de neón un tajo preciso y profundo del cual empezó a brotar un surtidor de sangre. Vio como la mujer giraba y quedó dibujado en el aire el reflejo de una pequeña hoja delgada como una planchuela de afeitar adosada al anillo que titilaba en el largo dedo anular de su mano izquierda.

Sólo un segundo vaciló el sirio. Lo suficiente como para que la fugitiva se escabuliese por la puerta que daba al desierto salón de juegos. En dos saltos de gamo penetró Seller al amplio ambiente de entretenimientos, inactivo las noches de los domingos en conmemoración de Poulo Dama.

Una leve claridad llegaba desde un alto ventanuco, posiblemente desde una galería superior y poco a poco comenzaron a contornearse para el sirio los perfiles de las mesas de billar, de bingo, de ajedrez y dominó árabe. En alguna de esas sombras estaba oculta su perseguida. Ahora sabía Seller que era peligrosa como una cobra. Oyó el ruido de una puerta al cerrarse al fondo. No podía perder tiempo. Echó mano a sus lentes de rayos ultravioletas pero antes de colocárselos algo zumbó en el aire junto a su mejilla izquierda y se clavó vibrando como un diapasón a pocos centímetros de su cabeza, contra la madera que recubría las paredes. No había visto el brillo del acero de un puñal, ni había sentido el silbido del viento al resbalar por la ranura que ahonda la hoja de las dagas para permitir el paso del aire hacia la herida. Había percibido sí, un ligero tremolar, la especie de aleteo, como si un petrel zambullidor hubiese rasgado el aire junto a él, dejando un reverbero de plumas a su

paso.

Se prendió una luz en ese instante y cuando vio al gigantesco guardaespaldas negro que acababa de accionar la perilla eléctrica ya un segundo dardo volaba hacia Seller. No tuvo tiempo a moverse. Un puñetazo sordo le sacudió el hombro y el dolor del acero al penetrar bajo su clavícula izquierda lo paralizó. Los lentes oscuros cayeron de su mano y debió apoyarse contra la pared. Sintió a sus espaldas la rugosa consistencia del corcho. Estaba, sin duda, contra el blanco que recepciona comúnmente los dardos, y allí, a sólo cuatro metros, el negro sonreía y sopesaba en su mano otra maciza saeta con puntera de sólido acero y plumas rojas, diferentes a las verdes que asomaban sobre la solapa del saco de Seller que poco a poco se iba tiñendo de sangre.

El tercer dardo volvió hacia el demudado rostro del sirio en un latigazo bruñido. Apenas pudo Seller apartarse echándose sobre su derecha sin evitar que la aguzada púa le rozara el transpirado cabello de la patilla y la oreja izquierda. Su propio enviñón le hizo perder el equilibrio, cayendo sobre un estante que al conmoverse, desparramó por el suelo docenas de bolas de billar y arrojó sobre su cuerpo con el ensordecedor sonido de una cabaña que se derrumba, el maderamen de la estantería sostén de cientos de bastones del mismo juego. Oyó, a pesar del estruendo, la bronca risa del negro.

En un segundo logró desembarazarse de la maraña de palos y se puso de pie, blandiendo uno de ellos por el extremo más fino, como un bate. El negro se tornó imprevisiblemente serio. De sus manos desaparecieron los dardos y apareció como por arte de magia un fino y centelleante hilo de nylon. El hilo de unos 40 cm de largo, estaba sujeto en sus extremos a dos agarraderas de madera, mediante las cuales el negro lo tensaba, arrancando de la mortífera cuerda tañidos agudísimos. Seller sabía que si aquel hilo rodeaba su cuello, en menos de dos segundos su carótida se abriría como la tersa piel de un pomelo sajado por un vidrio filoso.

El sirio balanceó su improvisado bate, tomándolo aún más de la punta. No podía fallar en el golpe. Sin duda alguna éste debería ser lo suficientemente fuerte como para no tener que repetirlo y por tanto pegase donde pegase sin duda se partiría. El negro, consciente de ello, retrocedió unos pasos hasta situarse cerca de una sólida mesada de murra sobre la cual pendían tres amplias lámparas tomadas al techo.

De fallar el golpe, el palo daría contra cualquiera de esos elementos, partiéndose. Era un profesional, sin duda. Por dos veces silbó el palo en el aire cerca de los antebrazos del moreno. El hilo de nylon gemía a veces distendido en las manos del gigantón, y otras veces formaba un aro, como midiendo ya e imaginando el grosor del cuello del rival. Seller hizo girar su arma por sobre su cabeza como un molinete. No podía fallar. Hizo pasar tres veces el golpe por encima del agacharse del negro y de pronto lanzó toda la fuerza de su impacto por debajo del brazo derecho del yanqui,

que este había elevado para proteger su cabeza.

Como un enorme insecto el negro se lanzó hacia atrás para evitar el golpe pero sus glúteos dieron contra el borde de la mesada, deteniéndolo. Se oyó un retumbo seco y brutal cuando el palo se quebró contra las costillas de aquel gorila, bajo la axila derecha. Ningún ser humano podía tolerar ese impacto. Pero el negro, que había lanzado un «¡Uh!» estentóreo para aminorar el dolor, se quedó quieto y de pie, como si lo hubiese azotado una flexible vara de mimbre y no ese macizo cilindro de alcornoque lustrado capaz de fragmentarle la arteria axial, tornarle papilla las costillas y perforarle el pulmón con mil fragmentos de hueso molido. Sólo se quedó quieto un instante y sonrió. Un frío espeso corrió por la nuca del sirio. Se había olvidado de la pistola Mágnum que calzaba el negro.

Sin duda el bate había pegado contra el duro acero del arma, se había hecho añicos contra el largo cañón que llegaba casi hasta la cintura y de golpe se había diluido contra el acolchado gomoso de la cartuchera bajo el sobaco del gigante. Seller se odió. Un error muy tonto de su parte. Y ya el excombatiente de Vietnam se lanzaba hacia él, estirando y contrayendo aquel lazo aterrador que ululaba como un berimbau. Seller se aferró al pedazo de palo que le restaba, convertido ahora en un estoque de punta aguzada ante la fractura de la madera. Una lanza de unos dos metros de largo, débil arma frente a la mole de casi cien kilos de fibrosos y entrenados músculos que se arrojaba sobre él como la oscura masa de nubes de un tifón tropical. Sin embargo el pie derecho del moreno, en el segundo brinco hacia Seller, encontró la pulida redondez de una bola de billar que desbarató la elegancia felina del salto y convirtió el embate en un vuelo planeado hacia adelante.

Seller vio los redondos ojos asombrados del negro, de contornos sanguíneos, vio las manos batir el aire procurando recuperar la estabilidad, y sintió como la astillada punta de su improvisada lanza se sumía en el vientre del hombre con la facilidad con que un estoque penetra en el parche de un tambor. Luego lo estremeció el choque de la punta contra la masa de músculos abdominales y finalmente receptionó el impacto del gigantesco cuerpo sobre su pecho cuando su arpón de madera continuó profundizando para hacer estallar el colon sigmoideo o la porción terminal del íleon.

La enorme cabeza del negro se apoyó sobre el hombro derecho de Seller, y éste, en tanto retrocedía ante la potencia del impacto, percibió el dulce aroma del pachulí que se desprendía del cabello motoso como el tufo áspero que puede elevarse de una oveja bañada con kerosén.

Recuperó entonces el sirio el lejano recuerdo de los ocho meses que pasara a bordo del «Natasha» el buque atunero soviético. Volvió a él ese pesado vaho aceitoso y salobre, la nítida imagen de las aguas del mar enrojecidas por la sangre de las hermosas bestias marinas a medida que las naves factorías recogían las redes, cerrando el cerco y trayendo a sus víctimas hacia la superficie. Volvió a aturdirse con

los gritos de los tripulantes, el batir de las poderosas colas sobre las aguas y el sordo chasquido de los curvos arpones en la carne blanca de los pescados.

Retornó a su memoria el peligroso alzar de las tremolantes víctimas atrapadas por los garfios sobre sus cabezas y cómo los tremendos coletazos que batían el aire entre una lluvia de agua y sangre podían decapitar a cualquiera de los pescadores con la misma facilidad que puede hacerlo la hélice de un avión. De la misma forma el sirio, aprovechando el impulso ya inerte del moreno, arqueó su cintura, llenó de aire sus pulmones y girando el torso alzó el enorme cuerpo ensartado por el vientre lanzándolo hacia sus espaldas. Se escuchó un estruendo impresionante cuando el gigante se abatió sobre una máquina de «pinball» aplastándola por completo.

Seller contempló su obra y arrojó a un lado el improvisado estoque. Un vivaz y nervioso tintinear, un histérico campanilleo que surgía desde la maraña de perturbados cables de la máquina de «pinball», tres de cuyas cuatro patas se habían quebrado ante la caída del gorila, reclamaron la atención de Seller. También una enloquecida sucesión de luces y colores corrieron por el tablero vertical y luminosos numeritos verdes se fueron superponiendo entre timbrazos y relampagueos en el casillero de «puntos a favor». Cuando la suma llegó a 3600, el mortificado aparato exhaló un quejido postrero, se oyó algo así como una cinta grabada pasada en una velocidad menor y todo quedó quieto.

—Tres mil seiscientos —musitó Seller—. Buen puntaje para ser un negro.

En la máquina sólo permaneció pantalleando una redonda luz azul, como el monótono reclamo de un patrullero policial, o la distante visión del faro de cabo Hatteras.

Seller miró hacia el fondo del salón. Indudablemente la mujer ya estaría lejos. Una puntada aguda en el hombro lo conmovió. Aún tenía clavado bajo la clavícula el emplumado dardo que se sacudía a cada movimiento suyo. Recordó a un toro, azul de tan negro, que viera una vez paseando sus banderillas por todo el perímetro de una plaza de Mérida. Se arrancó la púa con un tirón y la arrojó al suelo. Trató de componerse la vestimenta arrugada y sucia.

Finalmente se quitó el saco y lo colocó sobre el hombro izquierdo, tapando el fino y permanente manantial de sangre que le brotaba del orificio dejado por el dardo. Desistió, sin embargo, de retornar al salón. Debía obtener una pista sobre aquella mujer que le había convulsionado la noche. Se inclinó sobre el cadáver del negro y le revisó los bolsillos. Sacó balas sueltas de la Smith & Wesson 1955; estaban levemente engrasadas. Seller se metió la punta de una de ellas en la boca y saboreó lentamente el lubricante. Advirtió primero un gusto mantecoso y amargo con abundante componente de parafina resinosa. Raspó luego una cápsula con la uña y depositó el residuo grasoso sobre un pedazo de vidrio que se había desprendido del juego de «pinball». Sobre este residuo dejó caer, no sin trabajo, una gota de sudor de

su propia frente.

—No se diluye... —musitó— no se diluye...

Conocía tal compuesto rebelde a dissociarse ante los ácidos salobres. Era una mezcla de queso de cabra y aceite de oliva simple, mezclado con resina blanca, que daba a los proyectiles una mayor seguridad de desplazamiento y conservación. Lo había comido acompañado con hojas de abedul en la zona del sur de Basora. El rostro del sirio se endureció.

Volvió a revolver los bolsillos del negro. Sacó un bolígrafo, dos paquetes de goma de mascar, un pequeño bidón plástico de gotas nasales, tres profilácticos multicolores, y una pequeña libreta roja. Corrió las hojas de la libreta y entre las últimas halló, plegada en seis partes, la foto recortada de un diario. La desplegó, allí estaban los cinco, la mujer y sus cuatro guardaespaldas. El viento que les insubordinaba los cabellos indicaba que se hallaban en un aeropuerto, o al menos así también lo daba a entender lo que alcanzaba a verse en la escena, de un avión estacionado a espaldas del grupo. El recorte del diario no tenía el epígrafe de la foto; sólo arriba, donde el papel continuaba, podía leerse: «El Testigo del Éufrates», diario de la mañana.

Seller frunció el ceño. Poco había ganado encontrando dicho recorte. Sólo sabía ahora que había despanzurrado a un negro nostálgico o tal vez vanidoso que posiblemente llevaba un álbum con las fotos en donde aparecía. Sin embargo, algo atrajo la atención del sirio. Atrás, sobre las desenfocadas planchuelas del avión se adivinaba un dibujo, un símbolo. A simple vista no podía determinarse de qué se trataba pero en el cerebro de Seller una intuición animal comenzó a bullir como las aguas ardientes de un géiser. Revisó de nuevo y casi encarnizadamente los bolsillos interiores del negro. Si era realmente un profesional de la violencia debía tener lo que él ahora buscaba.

Finalmente en una presilla interna que se abría con un simple juego de cierres a cremalleras con trabas a semiroscas, lo encontró. Una mira óptica Widefields 2x-7x adaptable, de enorme precisión para tiro nocturno, no así tanto para la luz del día. Seller dirigió la lente sobre la foto hasta que localizó el dibujo sobre el flanco del avión, a juzgar por las ruedas, un reactor de seis plazas. Primero vio sólo un manchón oscuro, corrigió las dioptrías del visor, estabilizó con un pequeño golpe el equilibrio oftálmico y pronto los puntos de la retícula impresa se tornaron nítidos y visibles. Reguló nuevamente la lente y ahora sí, apareció con claridad meridiana, «La Ardilla Voladora de Isfahán».

—Es ella —arguyó Seller—... Nargileh.

Como aturdido por la revelación, Seller depositó con infinito cuidado, sobre el piso, la mira y la foto. Esta última, poco a poco, fue siendo alcanzada por el arroyo de sangre que manaba del vientre del guardaespaldas de ébano.

—¿Cómo no lo imaginé? Tenía que ser ella... tenía que ser ella.

Había muchas preguntas sin respuesta en la mente del sirio, pero tenía en claro dos cosas. Nargileh era la mujer de la que tanto había sentido hablar durante esos últimos años. Había escuchado de ella en las opulentas cenas con los banqueros libaneses en el destruido Beirut, había sabido de su alucinante belleza en las ruedas nocturnas, cuando los camelleros que cruzan el desierto del Dahana incentivan su imaginación y su lujuria, había escuchado conversaciones intencionadas y picarescas en los marmolados vestuarios de la oficialidad de los Lanceros Persas tras las salvajes sesiones de Polo Damasquino e incluso conocía el caso de un Emir de un ignoto protectorado que se había hecho esterilizar ante la imposibilidad de obtenerla. Pero algo más sabía Seller. Era una mujer inaccesible, o al menos la muerte era el seguro castigo para todo aquel que osara pretender su virtud.

A pesar que dentro de su pecho el orgullo de una raza y la fría confianza de un severísimo entrenamiento militar pifaban con la tremenda vitalidad de un garañón bereber, el estricto cálculo de las posibilidades aquietó la desbordada pasión del sirio y lo retrotrajo a la realidad.

Volvió a su hotel, subió a la habitación y preparó el baño. Se cubrió con un batón japonés de seda negra, donde hilos de generoso brocato dorado dibujaban la estremecedora escena de un tiburón devorando un esqui. Con flemática tranquilidad fue acomodando sus ropas, luego, elevó al máximo el volumen de la música funcional, abrió la ducha hasta que el ruido del agua se hizo atronador y finalmente, con un alarido ronco que parecía salirle desde las adyacencias del hígado, una suerte de grito karateca, golpeó repetidamente su cabeza contra las puertas de madera, los celestes azulejos y los bordes del lavabo. Siguió gritando hasta quedar sentado sobre la alfombra peludita que estaba junto a la bañera y poco a poco sus músculos crispados se fueron ablandando, las venas del cuello hinchadas a punto de estallar fueron tornando a sus diámetros normales y el prolongado alarido histérico se convirtió en un quejido uniforme y áspero. Se quedó sentado en el suelo y las lágrimas corrieron por sus mejillas. Todo había terminado. Después se bañó.

Cuando finalizó el baño la historia de aquella noche con aquella mujer parecía algo lejano y ajeno. El deseo animal y sofocante lo había abandonado y una paz sincera lo invadía. Ante las tremendas frustraciones de la vida, Seller siempre ponía en práctica ese sistema de desahogo, quizás primario e infantil, pero eficaz. Años atrás había acudido al yoga, al zen, e incluso a los repetidos buches con láudano y leche de burra tibia, pero nada le daba resultado como esa flagelación corporal. Sería tal vez el recuerdo de las palizas que le propinaba su madre con una toga húmeda, allá en los montes Marayani, cuando él robaba los cuencos con dulce de dátil, tras las cuales siempre terminaba durmiendo temprano, dolorido pero casi dulcemente confortado.



El Nineveeh se encabritó levemente al entrar en una zona de turbulencias lo que sacó a Seller de sus cavilaciones. Arriba, nítidamente se dibujaba la constelación de la Escolopendra Austral. La osa, el oso, los oseznos y el puercoespín boreal, que apunta siempre hacia Jerusalén. El tercer osezno siempre le marcaba a Seller, y a todos los navegantes nocturnos, el norte geográfico, no así el magnético, que estaba indicado por el segundo osezno de la constelación: «Zipah» para los marinos malayos. Seller trató de concentrarse mentalmente en cálculos trigonométricos simples primero, luego armó y desarmó seis veces, también mentalmente, una batería antiaérea «Bofors» procurando recordar paso a paso todo el proceso del despiece, y su posterior ensamblamiento, y por último procuró atrapar en su memoria las letras de viejas canciones infantiles que animaron sus juegos de niños. Pero todo era inútil.

El recuerdo de Nargileh tornaba permanentemente como el aspa mojada de la monótona rueda de un molino de agua. Debía borrarla de su memoria. Debía estar lúcido en las próximas horas. Debía concentrarse al máximo. Pero toda su disciplina mental parecía vana ante el embate de la imagen de aquella mujer diabólica.

Por último Seller sacó del bolsillo exterior de su manga izquierda una pequeña llave. Con ella abrió la caja negra donde se registran y quedan grabadas las conversaciones de todo piloto de avión con las diversas torres de control. Presionó un pequeño botón rojo sobre el fondo de la caja, y una tapa redonda se levantó automáticamente. Seller desenroscó entonces la conexión de su tubo suplementario de oxígeno conectado al compartimiento estanco presurizado y volvió a conectarlo con el orificio dejado libre por la tapa levantada. Ajustó el burlete de goma. Luego accionó la palanca de combustión reversa hasta que la casi imperceptible aguja blanca del cuadrante de encendido quedó sobre la zona reticulada. Esperó dos o tres minutos. Poco a poco comenzó a arderle la garganta y un picor intenso le dilató las fosas nasales. Los gases en combustión, tras diluirse en las cuatro cavernas térmicas de las turbinas ya no encontraban las bocas de eliminación bajo las alas del Nineveeh, sino que se desplazaban hasta los pulmones del sirio.

Pronto Seller comenzó a experimentar una gozosa sensación de beatitud, de regocijo. Sus miembros parecían flotar en una cámara de vacío y los oídos le zumbaban. Ante sus ojos, la negra superficie del cielo comenzó a teñirse con franjas de colores que iban desde el violeta al índigo, pasando por el añil con relampagueos fulgurantes de naranja rabioso. Las estrellas se cruzaban y perseguían por el firmamento como una inmensa telaraña de bichos de luz o bien se agrandaban hasta estallar casi sobre la carlinga del avión.

Seller se encontró conmovido por un ataque de risa convulsiva. Se sentía realmente bien. Dentro de su cerebro, una gran medusa traslúcida y esponjosa, escuchaba con todos sus detalles la Obertura N° 24 Trémolo Spianatto de Paganini. En esas ocasiones, Seller no podía medir algo tan insustancial, odioso y absurdo

como el tiempo. Por lo tanto, en la memoria preventiva del Nineveeh, el latido de un pequeño computador cronométrico contabilizaba con morosidad avara el paso de los segundos.

Seller no supo cuánto tiempo había pasado desde que conectara a sus fosas nasales el tubo con emanaciones de gases alucinógenos, pero al agotarse los primeros doce minutos, la dosis máxima que separa la vida de la muerte por envenenamiento de los tejidos membranosos de las amígdalas, el computador cronométrico repicó cinco impulsos ordenando el activamiento del eyector. Una viva luz roja se encendió en el tablero, junto al precinto de seguridad de la calefacción. Seller no podía verla, ahora sus ojos seguían como alucinados el fuego de artificios que representaban para él las estrellas de la constelación de Argos. Hubo un chasquido y entonces sí, casi mecánicamente el sirio puso su aparato en picada. Fueron segundos apenas. La carlinga, como una resbalosa cápsula jabonosa se deslizó hacia atrás justo al tiempo que Seller tiraba de la palanca de mandos ordenando a su máquina comenzar el giro de trepada.

En el mismo momento en que el Nineveeh iniciaba el escarpado arco del ascenso Seller salía disparado hacia el helado cristal de la atmósfera nocturna. Fueron tan sólo 15 a 16 segundos donde el sirio sintió bañarse su cuerpo súbitamente en un torrente de aire gélido.

El algodonoso cúmulo de sensaciones dulces y melosas, como si hubiese estado asomando su cabeza a la ardiente boca de una olla con caramelo en ignición, que poblara su cerebro durante el arribo de los gases alucinógenos se disipó en un instante frente a la seca bofetada del frío. En las mejillas, lo único a la sazón expuesto directamente del aire externo, Seller sintió un dolor agudísimo, como si se las penetraran con dos estiletes. Sus ojos, que habían visto la vorágine multicolor del alucinamiento, recuperaron la crítica certeza de siempre y pudo aquilatar, en su brevísimo trayecto espacial, el milenario brillo de la estrella Rodas cayendo hacia el poniente como una bala trazadora. Finalmente el sirio golpeó con fuerza contra el piso de la carlinga al entrar de nuevo en la cabina del Nineveeh con la misma precisión con que pueden ensamblarse los dos cabezales de la presilla de un cinturón de seguridad. Instantáneamente el techo de plexiglás se cerró sobre su cabeza. Seller culminó el looping de su aparato y éste recuperó su rumbo crucero.

El sirio no había hecho otra cosa que practicar la suerte más arriesgada y peligrosa del *Jet-ball* el salvaje juego puesto de moda entre los pilotos de cazas interceptores de Ghana en los alrededores de 1974. Mediante un aflatado cálculo de proyección de vuelo, teniendo en cuenta una trayectoria lógica sobre los segmentos móviles de una circunferencia de ruta, los pilotos más capaces, o con mayor coeficiente de locura, accionaban sus asientos eyectores en plena picada programando con anterioridad la posterior recuperación de altura de sus jets. De esta manera, al

salir expulsados al espacio externo con la potencia de la coza de un mulo multiplicada por mil, reencontraban el fuselaje de sus aviones interpretando con sus propios cuerpos el papel de una línea imaginaria que cortase perfectamente por el medio una circunferencia, dibujada esta por el desplazamiento de los aparatos.

El juego, a primera vista casi demencial, no era tan alocado sin embargo hasta que fue totalmente prohibido bajo pena de fusilamiento en 1975. La tecnología actual ha dotado a las máquinas modernas con tales adelantos de sofisticación que un piloto avezado, un instructor soviético, por ejemplo, puede precisar con una aproximación de dos milésimas de segundo en qué vértice angular de una barrera en espiral (la vulgar caída en tirabuzón) se harán trizas las alas de su nave. La muy particular personalidad de los pilotos de los cazas nocturnos, personajes casi siempre reconcentrados e imprevisibles, los lleva por lo general a buscar elementos de diversión que dispersen un tanto sus atentas y tensas horas de patrullaje con el consiguiente peligro del conocido «síndrome estelar» cuando la escasa oxigenación del cerebro lleva a confundir por ejemplo las luces de tierra con el resplandor de las estrellas perdiéndose por completo el sentido de la orientación.

El *Jet-ball*, bravía demostración de pericia y destreza, había terminado no obstante con el 70 por ciento de la fuerza aérea de Ghana y con la totalidad de la de Gabón. Seller no lo practicaba muy a menudo, pero cuando se excedía en el consumo de gases excitantes, esa tempestuosa incursión a través de los 40 grados bajo cero de los 12000 metros de altitud, lo despejaban y recomponían como ni siquiera podían hacerlo las despiadadas aguas del Ártico en aquellas ocasiones que se había zambullido en ellas para atenuar en su cuerpo el azote intenso del vodka «Ponedelgenik» mezclado con sólo un miligramo de pólvora negra.

Seller, despejado y claro, observó el tablero de su máquina y reguló con minuciosidad el calibre de altitud. Tenía aún dos horas de vuelo.

A las seis y 20 minutos de la mañana del lunes, su aparato tocó tierra en el aeropuerto de Acapulco, en México.

## Capítulo 2

El hombre venía caminando por la playa, desde los arrecifes hacia el espigón. La arena era una especie de talco blanquecino y el mar ya no pegaba contra las rocas como si las odiase. Era el mediodía, y a simple vista podía adivinarse que el hombre traía algo en su mano derecha.

Llegó al espigón con paso rápido y tiró sobre el cemento un enorme cangrejo y una inmensa langosta que pegaron contra el granito con el ruido de dos juguetes de plástico. El hombre estaba aún mojado. Era obvio que llegaba de hacer caza submarina. Sólo lucía una pequeña y antigua malla negra. Se alejó hacia el buffet del hotel con paso decidido. Era bajo, de abdomen saliente, pero muy macizo y fuerte. Tenía rostro moreno, de mestizo, con ojos ligeramente achinados y bigotes. Volvió al poco tiempo hacia el espigón, ahora con un inmenso cuchillo de caza centelleando en su mano derecha.

Se escuchaba sólo el oleaje del Caribe y el graznido irritado de las gaviotas. Algunas urracas delgadas y negras correteaban por la playa. El hombre tomó primero el inmenso cangrejo y sumió el cuchillo por la ranura donde se insertan las patas. Hizo girar la hoja del cuchillo en torno al engarce de las patas y las fue desprendiendo del cuerpo como quien desarma un mecano. Tomó luego el mutilado cuerpo del crustáceo y con ademán enérgico lo arrojó al mar. Se ocupó entonces de la langosta.

La sombra de una persona a sus espaldas pareció distraerlo un momento, pero no le dio importancia. Algún turista norteamericano, sin duda, ocioso y con curiosidad por asistir al sacrificio de aquellos bichos. El cuchillo cortó esta vez, de un golpe seco y justo, una de las antenas de la langosta por la mitad de su longitud. El hombre tomó entonces el fragmento desprendido por su extremo, donde ya finaliza la antena, su punta más fina. Tocó con el índice de su mano izquierda una de las pequeñas púas que se encuentran en la superficie de las antenas apuntando hacia arriba. Hizo girar el cuerpo de la langosta e introdujo el pedazo de antena por el ano del animal. Le imprimió a la antena un movimiento de torsión con los dedos de su mano derecha y tiró. La tripa de la langosta salió limpiamente enganchada en una de las púas de la antena. Luego el hombre metió el cuchillo por debajo del caparazón y volvió a cortar en derredor del cuerpo carnosos y rosados, como antes lo había hecho con las patas del cangrejo. Dejó el cuchillo en el suelo y con un tirón arrancó el cilindro de carne como quien desmonta una escopeta. Tomó el caparazón desalojado y lo arrojó al agua.

—Antonio —escuchó a sus espaldas en un acento que no era yanqui—. ¿La prepararás para esta noche?

—¡Best, hermano! ¿Qué te trae por acá? —La redonda cara del mejicano, al sonreír, se achataba como una pelota pisada por un paquidermo.

—Tenía ganas de verte. ¿Cómo andas de trabajo?

—No mucho, no mucho, ya ves, pesca y esas cosas. Vamos a charlar al bar. ¿Cuándo llegaste?

Los dos hombres eligieron una mesa apartada, sobre la terraza, bajo las palmeras. El mozo les trajo granadina helada con ajeno y una infinidad de platitos con enorme variedad de centollas y celenterados.

—Estoy en un problema —dijo Seller.

—Lo sabía.

—¿Quién te lo dijo?

—Nadie me lo dijo. Pero tú no vienes a verme si no tienes un problema.

—No mientas.

—No miento.

El sirio dejó de masticar el puñado de percebes que se había echado a la boca.

—Necesito dinero.

Antonio se rió, con toda la boca abierta. Tenía dientes envidiablemente blancos y restos de almejas sobre la lengua.

—¿No pensarás pedírmelo a mí?

—No, cochino, a ti no. Ni a ti ni a nadie. Pienso ganarlo. Vengo por una partida de *ballotage*.

—Ahá, ahá —asintió Antonio. Se introducía pequeños puñados de caracolas grises en la boca, incluyendo las crocantes caparazones.

—¿Qué comes, animal?

A pesar de su estómago habituado a los más audaces bocados, Seller no pudo evitar un gesto de desagrado, como cuando viera mascar su copa tras el brindis a Chandú el fakir, en la entrega de premios del festival de cine de Teherán.

—Tresejos. Son caracolitos, ¿ves? —Antonio rescató a uno de los infortunados moluscos de entre sus dientes aumentando el fastidio de Seller—. Los sacas de puñados de entre las rocas de Punta Cortijos. Les dicen tresijos los de acá. No son muy ricos, pero fortalecen la dentadura.

Volvió a introducir el caracol en su boca y lo hizo estallar entre los molares.

—¿Una partida de *ballotage*, eh? —repitió como pensativo Antonio mirando el mar que parecía indeciso entre acercarse a la escollera o retirarse a una distancia prudencial.

—Con don Victorio Álvarez.

—¡Victorio Álvarez! —Silbó el mexicano—. Plata grande, hermano. Es peligroso eso.

—Es peligroso. Pero en una semana debo recibir en Marsella un cargamento de Kalashnikov y no tengo plata para la entrega.

—¿Por qué tienes que pagarlo tú?

—Otra estupidez del imbécil de Bourges. Y también mía. Yo confié en él.

—Te lo tienes merecido. Por confiar en ese idiota. Nunca me gustó ese tipo. Te lo dije cuando lo echaron del Mediterraneans Club por robarse una toalla. Le falta altura. Te lo dije.

—Bien, no vine para que me retes. Bastante tengo ya con mi madre —dijo el sirio—. Lo concreto es que necesito el dinero. Tenía pendiente esta partida de *ballotage* con Álvarez. Es una buena oportunidad de conseguir esa plata.

—¿Tienes con qué responder si pierdes?

—No.

Antonio se quedó serio y luego volvió a reírse espantando las urracas que hurgaban restos de comida entre las mesas.

—¿Te crees que Victorio Álvarez es dueño de media Venezuela por perdonar deudas? Durarás menos que lo que un gramo de mantequilla en el hocico de un perro. Ya sabes cómo las gasta.

—Tendré un día para esconderme. Es lo que tardará en comprobar que Najdt no me respalda esta vez.

—Te escondas donde te escondas, Best. ¿No te acuerdas de Schapire? Se hizo la cirugía tres veces. Llegó a tener dos narices. Se tiñó el pelo. ¿Y? Ahora tiene el orgullo de ser parte de uno de los edificios más altos de Bogotá. Está en el encofrado de una de las columnas. Creo que en el piso treinta y ocho.

—Tendrá buena vista, al menos. ¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo uno de los arquitectos que tuvo que incluirlo en el cálculo de resistencia. Y del caso Bancharo, ¿no te acuerdas? ¿Piensas que don Victorio no tenía nada que ver con la harina de pescado, que sólo era humilde consumidor? No hermano, estás en un aprieto...

—Fue como comencé la conversación.

—Es cierto.

—Simplemente necesito saber si puedes ayudarme —insistió el sirio.

—¿Quieres que te oculte si pierdes? Jacques descubrió algo interesante.

—¿Qué Jacques?

—Jacques Cousteau. Descubrió una cueva submarina en la hoya menor de las Aleutianas. Muy cómoda. Tendrás que compartirla con una orca. Dicen que es una orca asesina, pero ella aduce que solo mató en defensa propia.

—Escucha, imbécil —se incomodó Seller—. No necesito ningún refugio por la sencilla razón que ganaré esa partida de *ballotage*. Quería saber si estabas dispuesto a ayudarme para lograrlo.

El mexicano sonrió y sus ojos se hicieron dos rayitas de sistema Morse.

—¿Qué debo hacer, Best?

—Aún no lo sé, debo averiguar algunas cosas todavía. ¿Dónde para

habitualmente Álvarez?

—En el Prince Malibú. Tiene un departamento permanente allí para cuando viene con algunas de sus zorritas. Esta vez parece que se trajo una rubia sensacional... aunque a sus años debe hacerlo solamente por cábala.

—¿Vino con una mujer? —se interesó Seller.

—Así me lo dijo Mauricio, uno de los conserjes, aquel de los plantíos de marihuana en los canteros centrales del boulevard Saint Michele, en Nantes.

Seller se abismó en la contemplación del mar. Su rostro moreno tomó una expresión adusta pero en la comisura izquierda de sus labios se adivinaba el amago de una sonrisa. Finalmente apuró los últimos tragos de su bebida, arrojó un generoso puñado de dólares sobre la mesa e indicó al mexicano:

—Me pondré en contacto contigo apenas tenga resueltas las cosas.

La habitación del Prince Malibú era circular, muy amplia y entonada en una infinita gama de verdes. Seller dejó de un atlético salto la cama redonda y se dirigió a uno de los tres baños para ducharse. Le agradaba, siempre le había agradado, la sensación de la mullida alfombra de tono añil bajo los pies descalzos, y para mayor deleite en esta ocasión la alfombra se extendía incluso por todo el baño y aun en el piso de la bañera. El Prince Malibú es holgadamente el hotel más caro del mundo y en tanto el agua lo golpeaba con fuerza Seller recordaba lo que le había dicho Antonio alguna vez: «Es tan caro el Prince Malibú que cuando Onassis se alojaba en él siempre pedía menú turístico».

Terminó de ducharse alternando la temperatura del agua desde helada hasta salvajemente hirviente cada cinco minutos controlados por reloj para tonificar su circulación arterial. Luego se envolvió en un generoso toallón y procedió a rasurarse. Tenía una barba dura cerrada y tenaz, que le otorgaba una sombra verdosa a sus maxilares firmes, similar a la coloración del mar en torno a los arrecifes coralinos. Seller optó, tras varios minutos de duda, por una loción «Magnetic 110, de Chanel». Un perfume fresco, matinal, con un dejo seco y liviano a bayas de enebro y a tabaco de Virginia. Lo diseminó con cautela y sabiduría por su mandíbula, sobre los protuberantes músculos de su cuello para expandirlo luego sobre el pecho, sin olvidar la insólita curva de sus hombros. Se sintió, de tocarse, un poco excitado. Media hora después, las puertas electrónicas de uno de los ascensores le dieron paso hacia el salón de cafetería, donde se servía el desayuno.

Seller vestía una corta túnica de tela rugosa hindú blanca. Sobre su pecho según le llegaba el sesgado sol de la mañana, se advertía el apretado bordado de hilos de bambú también blancos que representaba al águila falcónida real, símbolo inequívoco de algunas tribus de los Montes Marayani, enemiga natural de las mangostas. El sirio llevaba también, con simple elegancia, unos pantalones bermudas de brin en tono



caqui, despeluzado en sus bordes inferiores, con cuatro bolsillos a cremalleras y manchas de camuflaje para lucha en la jungla. Eran sin duda antiguos acompañantes suyos de la campaña en Laos. Sus pies, dos animales nudosos y ágiles, estaban recubiertos de las clásicas ojotas pastoriles, trenzadas en tientos confeccionados con intestinos de oveja curtidos al sol y luego sobados hasta darles la suavidad de un terciopelo.

La irrupción de Seller en el amplio salón, su paso despreocupado y esa cierta sensación de animal salvaje que irradiaba atrajo la atención de la gran cantidad de turistas que allí se hallaban. Cesaron incluso los ruidos tintineantes del entrecuchar de platos y tazas, tenedores y platerías. No obstante, cuando Seller se sentó como al descuido en una mesa que le permitía ver el mar a través de los ventanales que daban a la terraza, y se quitó el kefia, el largo pañuelo oscuro ajustado a su cabeza con cuatro vueltas de cordel dorado, la atención de los concurrentes se distendió y todo pareció volver a la normalidad mundana del Prince Malibú.

Pronto se estacionó al lado suyo el silencioso carrito eléctrico que distribuía el desayuno «Intercontinental Malibú». Durante quince minutos un endeble y cobrizo muchacho mexicano depositó sobre la mesa de Seller dos jarras conteniendo jugos de naranja y guayaba, tres latas de agua mineral gasificada, desgasificada y de efervescencia laxante, respectivamente, un plato con panecillo tostado, otro con pan negro, otro con pan de centeno y naranja, pan inglés, bolillos, tortilletas de maíz, de trigo, de arroz, scones salados, scones dulces, scones propiamente dichos, jamón, tocino, salame, cuatro fetas de salchichón anisado de la isla de Cozumel, revuelto de huevos con melaza, de huevos con tocino, queso de cabra y garbanzos, mantequilla en pote, seis tajadas generosas de piña, dos melocotones, uno de ellos en almíbar, patatas fritas con ajillo enano, dulce de buruyaba, mermelada de quinotos al chuño, uvas verdes, uvas moscatel, negras, pasas de uvas, nueces, algunas alcaparras peladas, café, té, tequila, sangría, leche desmadrada, nata densa y nata artificial, crema de leche, un sorbete de caipirinha, galletas marineras, galletitas de salvado, dos chuletas de puerco al plato con anilinas, gelatina, pastel de chocolate con manzanas y cacahuets. Los cacahuets eran optativos. Sobre el costado izquierdo de la mesa se abroquelaban los picantes. Había Ketchup, jugo de tomates simple, vivorachada, granos de ají colorado en aceite verde, hojuelas de picles reverberantes, chile escala Mercali cuatro, chile verde, salsa de gránulos de pimienta negra «Serpiente Emplumada» sin activar, y el infaltable pimentón azul en rama «Implotion» que consumido en dosis mayores a los cinco miligramos puede provocar la ceguera. Sobre ese costado de la mesa no era recomendable abandonar un cigarro, e incluso no era muy criterioso fumar cuando eran servidos. Discretamente oculto tras el centro de mesa, un monumental cuenco ornamentado con gardenias y lianas acuáticas, se hallaba la oscura botella del «Fahrenheit», un afrodisíaco líquido compuesto de linaza,

huevillos de tortuga molidos, mingóte y casi imperceptibles corpúsculos de cholgas sancochadas. La botella de «Fahrenheit» llevaba prendida al cuello una pequeña etiqueta con instrucciones para los desprevenidos viandantes que solían apurar un trago con ligereza viéndose atacados en pleno desayuno por sus instintos más aberrantes. Seller echó una ojeada a la atiborrada mesa.

—Falta el yogurt —le espetó al muchacho.

En el campamento de Damón Sagar, Seller había desarrollado hasta el fastidio el hábito de la memoria visual. Los instructores ponían frente a los reclutas un cofre de madera de regulares dimensiones. Dentro de ese cofre había no menos de 135 objetos que iban desde botones y alfileres hasta ositos de felpa pasando por estampillas y frutas disecadas. El cofre era abierto y el recluta miraba dentro de él durante un minuto. Luego se cerraba y el aspirante debía recitar una lista de por lo menos 110 de los objetos encerrados estipulando en algunos casos, como ser el de las estampillas, detalles como el año de emisión. A medida que el entrenamiento se hacía más riguroso el cofre se abría para ser visto sólo 30 segundos y en el tercer año de adiestramiento simplemente no se abría y todo quedaba librado a la intuición del alumno. No era fácil, pero Seller al segundo año, sin ayuda, podía repetir con certeza el nombre de casi ocho de aquellos objetos.

—Falta el yogurt —repitió Seller con los labios apretados cuando el joven se volvió hacia él. El muchacho palideció. Ese solo error podía costarle el puesto. Si Seller, como era lógico, requería la presencia del maître para asentar su protesta, aquel mozo perdería su trabajo. El muchacho comenzó a temblar y debió aferrarse a la mesa para no caer. Su mano derecha se apoyó convulsivamente sobre la mantequilla y ya descontrolado, la estrujó trémula. Miró a Seller con ojos de desesperación.

—Por favor, señor Seller, le ruego por nuestra Señora de Guanajuato...

—¿Dónde está el maître?

Los ojos del muchacho se nublaron por las lágrimas, se había puesto pálido como un embutido tras largas horas de hervor y por un momento Seller temió que fuese atacado por un brote cataléptico.

—Sólo quiero que me digas una cosa...

—Mande —suplicó el joven.

—¿A qué hora baja a desayunar el señor Victorio Álvarez?

—El señor Victorio Álvarez no baja a desayunar. Se hace servir la colación en su apartamento. Nunca baja.

—Ahá... —Seller permaneció pensativo.

—Mande —urgió el muchacho deseoso de compensar su falta.

—¿La mujer que vino con él también se queda en el apartamento?

—No, la señorita baja a desayunar. Ya debe estar por hacerlo.

—¿En qué mesa se sienta?

El muchacho vaciló. La discreción que por largos años le habían recomendado lo presionaba.

—Llama al maître —apuró Seller.

—¡Oh no, señor! Le ruego por Nuestra Señora de las Mercedes de Guanajuato... Ella suele sentarse en aquella mesa, junto al ventanal, pero no es seguro.

—Escúchame bien, batracio —el sirio atrapó por el brazo al mozo atrayéndolo hacia sí—, cuando ella entre en el salón me haces una señal desde donde estés. ¿Entiendes?

—Seguro, señor, quédese tranquilo, señor. Lo que usted mande.

El muchacho se marchó y Seller comenzó a untar con displicencia un panecillo de naranja. Sus ojos se entrecerraban y por las apretadas rendijas de sus párpados destellaban las chispas en sus ojos oscuros.

—¿Le traigo el yogurt? —el muchacho estaba nuevamente a su lado.

—Detesto el yogurt.

Seller estaba devorando concienzudamente el untuoso pastel de moras con nata agria cuando un penetrante rayo de luz le hirió los ojos. En tanto se tapaba a duras penas el rostro con una tajada de pan lactal comprendió que el joven mozo le estaba haciendo la seña convenida desde la cocina. Empleando la bruñida bandeja como superficie refractaria, atrapaba los aviesos rayos solares aún oblicuos de la mañana y los lanzaba hacia los ojos de cernícalo del sirio. Indudablemente la mujer esperada había hecho su irrupción en el recinto pero Seller no podía verla preocupado en cubrirse la vista de aquellos reflejos enceguecedores.

—Ya lo sé, imbécil, ya lo sé —masculló trémulo de odio—. Deja de torturarme que no puedo verla.

Pero el muchacho quería estar seguro de la efectividad de su mensaje y mantenía, desde su lejano puesto de la cocina, el agudo reverbero sobre el rostro de Seller. Éste finalmente, tras intentar vanamente hacerse visera con una galleta marina, extrajo de entre sus ropas un antifaz opaco de los que se emplean para dormir en la playa y se los colocó sobre los ojos. Pronto sintió que el reflejo había cesado. Cuando quitó el antifaz la mujer ya no estaba en la puerta y sin duda alguna se había sentado entre las tantas mesas del salón. Un odio sordo le creció desde el esófago hacia el cuello.

Miró hacia la cocina y desde allí vio al mozo que discretamente le hacía un gesto de «okey» uniendo los dedos índice y pulgar de su mano izquierda. Lo llamó con un movimiento enérgico de cabeza.

—Mande —se apresuró en llegar el joven.

—Llama al maître...

—Oh no, por favor se lo ruego, señor, por el amor de nuestra...

—¡Casi me dejas ciego, imbécil! ¿Dónde está sentada?

El muchacho recorrió el lugar con la vista. Luego se paró frente a Seller y apoyó la bandeja de canto sobre la mesa, frente a él. Era claro que la mujer estaba de espaldas al sirio y el mexicano quería que él la observase a través del reflejo de la bandeja. Seller miró, pero la superficie otrora plateada estaba totalmente grasosa por los residuos de tocino y el sirio sólo apreció una serie de distorsionadas figuras como el trasluz de un vidrio esmerilado. El sirio berritó como un elefante que ha perdido el sendero hacia el cementerio de sus pares.

—Escúchame, batracio...

—Mande.

—Ve hacia la mesa de esa mujer, ahora mismo, y le dices que digo yo que tiene los ojos más hermosos que he contemplado jamás.

El muchacho vaciló, pero el acerado rictus criminal que galvanizaba las mandíbulas de Seller le dijo a las claras que aquello no era broma.

Se marchó a cumplir el encargo y Seller quedó en su mesa golpeteando la madera con un pedazo de zanahoria.

—Perdón... —el mexicano estaba nuevamente junto a él— ¿Eran los ojos más hermosos o los más bellos?

El cuello de Seller palpitó como una serpiente moribunda y el muchacho encontró más sano alejarse. Al poco tiempo volvió.

—Dice que usted a todas les dirá lo mismo.

—Dile que la invito a tomar un café en mi mesa luego del desayuno.

El muchacho volvió a marcharse y cinco minutos después tornó a pasar al lado de Seller reiterando el gesto de «okey».

Un cuarto de hora más tarde la silla ubicada frente al sirio crujió complaciente. Seller alzó la vista desde el revuelto de huevos y melaza y contempló a la joven. Tenía lo suyo. El largo pelo rubio le caía sobre los hombros desnudos. Tenía pecas en las mejillas bronceadas. Una boca grande y apetente, muy carnosa, tipo Brigitte Bardot, nariz respingada y pequeña y todo el resto de la cara cubierto por unos inmensos anteojos para el sol. Era de hombros anchos, un poco huesuda, pero el corpiño de la malla se veía francamente en aprietos para retener las juveniles impetuosidades de sus senos.

Permanecieron así, frente a frente, contemplándose como dos boxeadores en el estudio previo, cerca de diez minutos. Seller saboreaba mientras una crema helada dejando escapar por las comisuras de sus labios, de tanto en tanto, alguna gota alcalina recordando los mecanismos eróticos que viera en aquella memorable escena de la película «Tom Jones». La mujer silenciosa dilataba sus fosas nasales como un animal venteando el peligro o bien atrapando el polen excitante en la época del celo.

El joven mozo mexicano se acercó a la mesa, y sin decir nada, colocó en un

costado un enorme candelabro de maciza plata con cuatro velas rojas encendidas. Se marchó de inmediato, sin dejar de hacer antes a Seller un gesto cómplice elevando las cejas.

—Mentí... —musitó Seller tras el largo mutismo.

—¿Cómo dice? —susurró ella.

—Mentí. Debo confesarlo. Mentí —reiteró Seller secándose prolijamente los ángulos de sus labios con la punta de la servilleta. Parecía compungido.

—¿En qué mintió?

—No vi sus ojos. No podía verlos así cubiertos por esos lentes —Seller continuaba cabizbajo. Ella adelantó el torso hacia él, oprimiendo con sus pechos los potes de mermelada. Seller percibió allá abajo, en su zona púbica, como si le correteasen pequeñas sabandijas de pies ardientes.

—Lo sabía —dijo ella.

—¿Lo sabía?

—Ahá. ¿Por qué piensa que uso estos espejuelos?

Seller vaciló.

—No lo sé.

—Uno de mis ojos es de cristal de roca.

El sirio sintió como un acolchado golpe en el pecho.

—Me encanta el cristal de roca. En mi casa sólo tengo estatuillas de cristal de roca... me hacen compañía, ¿entiendes?...

La mano de Seller serpenteó entre el bol de cacahuets y los restos de pifta hacia la mano de ella.

—Irene —puntualizó la mujer, siempre en voz baja.

—Irene... —repitió Seller y sus ojos se perdieron en la lejanía. No se le ocurría nada, no obstante. Y debía apresurar el trámite—... ese nombre me recuerda a mi madre.

—¿Se llama así?

—No... Pero siempre decía que de haber tenido una hija le hubiese puesto de nombre Irene.

—Ah... claro —se hizo un silencio.

—Me encantan los niños —susurró Seller—. A veces pienso que algún día he de tenerlos, claro, cuando me detenga un poco, cuando pueda asentarme en algún lugar...

—Claro —ella no ofrecía mayores apoyaturas.

—Buscaré entonces un lugar tranquilo, tal vez en el norte de Inglaterra...

—Un amigo siempre me decía que yo tengo cuerpo de niño —interrumpió Irene.

—Qué gracioso —sonrió Seller.

—Sí, que no llego a ser totalmente un niño, pero tampoco llego a ser un adulto.

—Es notable —subrayó Seller elevando las cejas.

—Sí, muy interesante —finalmente Irene parecía abordar un tema definido—. Un poco por eso es que yo a veces pienso que si dentro de cinco mil años, por ejemplo, tal vez algún arqueólogo llegase a encontrar mis huesos, no podrían determinar con certeza si se tratan de huesos de una mujer o de un niño.

Ella se había puesto inopinadamente melancólica.

—No te apresures en inquietarte —Seller la tomó de la mano—. Dentro de un tiempo, mil o dos mil años, puedes ir al Registro Nacional de las Personas y aclarar el asunto.

Ella lo miró a través del grueso cristal oscuro y sonrió.

Seller sintió que algo húmedo y denso se le escurría por la ingle. Primero pensó en lo irreparable. Luego recordó el pote de yogurt que había ocultado en su bolsillo para culpar al mesero. Ahora el pote había estallado y el yogurt le resbalaba bajo las bermudas, hacia las pilosas regiones de la pantorrilla. Se odió.

—Pienso... —arguyó Seller mientras jugueteaba con una alcaparra mordisqueada — que no es criterioso preocuparse tanto por el futuro lejano. Hay tantas cosas en el presente, tantas cosas inmediatas... Pensar o bien, cavilar, sobre lo que pueda ocurrir dentro de muchos años nos impide vivir intensamente el presente.

El yogurt había invadido totalmente la zona genital y se derramaba, ya incontrolable, rodillas abajo.

—Es cierto —accedió Irene—. Son cosas que a veces trato de hablar con Victorio, pero es inútil.

—Es que a veces el árbol no nos deja ver el bosque, Irene...

—Es cierto, el árbol no nos deja ver el bosque.

—¿Lo has pensado?

—No es mi fuerte el pensar... —Ella sonrió. Seller retiró su mano del dorso de la mano de la muchacha y se reclinó sobre su silla. Afortunadamente ya no quedaba casi nadie en el salón que pudiese apreciar el charco blanquecino que se estaba formando a sus pies. Era el momento de lograr un golpe de efecto con aquella muchacha. Continuaron mirándose. Seller como al descuido llevó su mano hacia el plato donde relucían, amenazadores, los granos de chile escala Mercali cuatro, verdes con los extremos apenas rojizos. Tomó el más grande entre sus dedos y lo hizo girar sin dejar de contemplar a Irene. Ésta observó todo con atención.

—Por otra parte, hay momentos... —continuó el sirio, mientras remojaba el chile en su copa de rum— en que uno siente tremendas presiones internas. ¿Cómo decirte?... —ante la vista azorada de la muchacha Seller introdujo el picante en su boca, entero y comenzó a masticarlo—. Momentos en que uno, por mil avatares... — vio que tras los verdosos cristales de los lentes de ella, sus ojos se dilataban— ... conque la vida nos pone a prueba... —de pronto, como la descarga hirviente y

destructora ante el contacto de un cable de alto voltaje, Seller sintió que la lengua se le trituraba. Le parecía que estaba mascando un puñado de brasas incandescentes, la hiel misma de un vientre ácido, el sulfuroso saco al rojo vivo conteniendo la ponzoña de una cobra afiebrada. No se permitió un gesto, un pestañeo. Irene lo miraba con estupor—... y sentimos una sensación..., de abismo... —un sorbo de colada, de acero líquido le había inyectado de llamaradas los labios, la cavidad bucal, la lengua y caía como cascada de ignición hacia los intestinos—... ante aquello que nos puede parecer... —gruesas lágrimas corrieron por el curtido rostro del sirio. Con los guiñapos carbonizados de su lengua, espongiario cubierto de napalm, detectaba las gotas de plomo derretido que se desprendían lentamente desde la emplomadura licuada por el fuego de una de sus muelas—... una suerte de aventura inútil...

—No me cuente... —Irene lo tomó de la mano, tenía la frescura de una magnolia—. No me cuente si tanto lo apena.

El paladar ahora le latía como un corazón más, Seller temía que sus labios reflejaran también hacia el exterior la hinchazón que sentía por dentro, la lengua no parecía caberle dentro de la martirizada boca y todas sus entrañas eran un alarido salvaje. Dejó las lágrimas correr libremente por sus mejillas y las sintió perderse bajo el cuello de su túnica. Estaba empapado en sudor, pero en su cara no se había alterado un solo músculo. Irene lo miraba con arrobamiento sin soltarle la mano.

Seller hizo un gesto hacia la cocina, hacia donde el muchacho mexicano seguía paso a paso los acontecimientos. Temió que no saliera nada de su boca, o que se escapara una bocanada de humo al hablar, pero nada de eso sucedió.

—Champagne —ordenó. Un hálito espantoso escapó en su aliento y Seller vio como se empañaban los lentes de Irene.

Quedaron en silencio. Ella observando siempre al sirio, éste procurando disminuir las palpitations de su lengua. Se le ocurría que tenía aprisionado un animal moribundo, escaldado con aceite hirviendo allí dentro.

Irene oprimía la mano derecha de Seller con la suya como queriendo insuflarle ánimo o quizás astillarle una falangeta. Presuroso llegó el muchacho mexicano trayendo un balde con hielo desde donde se asomaba el pico de una botella de champagne «Mariemband 1895». Era un champagne seco, casi invisible en la copa, muy alegre. Seller hizo un gesto al muchacho dándole a entender que él mismo se encargaría de servir la bebida. Con mano diestra envolvió apretadamente la botella en el lienzo que la recubría y aprovechando la cobertura de éste atrapó un puñado de hielo seco. Sirvió el champagne a Irene. Luego acercó sus manos a su boca en un gesto de oración.

—En mi pueblo —explicó a la atribulada mujer—, siempre agradecemos la posibilidad de beber cualquier vino añejo que nos inunde de alegría el cuerpo — Sentía, quizás con mayor intensidad que antes, un surtidor de lava ardiente

abrazándole las encías. La joven bajó respetuosamente la cabeza y Seller aprovechó para echarse a la boca el puñado de hielo. Algo como un bálsamo celeste vía oral se le esparció sobre las zonas torturadas.

—Brindemos —dijo Seller.

—Salud —dijo ella.

Volvieron a mirarse largamente. Irene sonreía con la frescura chispeante que da un buen champagne destilado en las umbrías viñas del mediodía francés. Desde afuera llegaba una brisa fresca con aroma a sal, corvina y tal vez iodo que se misturaba con las reminiscencias más pesadas del café colombiano y la nata agria. Era un buen momento. Un bello momento. Un eructo suave, de apagado estrépito, escapó de la boca de Seller.

—Perdona —se cubrió con la mano—. Es otra costumbre de mi pueblo. O mejor de mi tribu... significa...

—No debe pedir disculpas —lo tranquilizó Irene, por cuyo rostro había pasado fugazmente la sombra de un rictus de fastidio o asco.

—Significa que uno está satisfecho, a gusto, con algo...

—Por favor, Best, te entiendo.

—... O con alguien... ¿me entiendes?

—Oh sí, te entiendo... eres encantador, Best —musitó ella.

—Pero no te engañes, Irene. Tal vez mañana pase a tu lado y no salude.

La cara de ella tornó a endurecerse. Tras los oscuros cristales de sus lentes inconmensurables chisporroteó la curiosidad.

—No... No —se apresuró a aclarar Seller—. No pienses que será por haberte olvidado, o porque desee ignorar tu presencia... no —la tomó de las manos—. Es que suelo tener lapsos en que pierdo la memoria. Son como nubes. Como si se me instalara un algodón en el cerebro.

—Qué horror...

—Sí, no es bonito...

—¿Siempre te ha pasado eso?

—No. Fue un golpe, cuando yo tenía 23 años. Jugando al golf en Ciudad del Cabo. El golpe de una pelota de golf... —Seller articuló una sonrisa—. ¿Suena frívolo, no?... Me hallaba al lado del hoyo 17, recuerdo, vi a lord Stevenson medir el viento y calcular los desniveles del terreno con su adiestrada vista de marino... luego no recuerdo más.

Irene se mordió los abultados labios.

—Los médicos dijeron que quedaría perfectamente, que no me preocupase. A la pelota no la hallaron nunca.

—Qué horror...

—Lo cierto es que durante unos años no sentí nada...



—Estabas bien...

—No. No sentí nada con el oído derecho, pero con el izquierdo escuchaba perfectamente. Solo una especie de silbido, como en los horarios de la salida de las fábricas, pero nada más. Pero con el paso del tiempo comenzaron a tomarme los lapsos de amnesia de los cuales te prevenía. No son muy largos ni muy importantes, después de todo —tranquilizó con una sonrisa Seller a la muchacha— un poco fastidiosos nomás. En parte por eso es que estoy acá.

—¿En Acapulco?

—Claro. Por prescripción médica. Cada tres años necesito reposo, silencio, tranquilidad...

—La tendrás, Best, la tendrás —prometió ella con sus ojos clavados en los del sirio.

—En parte comencé a contarte todo esto —explicó Seller— porque desde que te vi por primera vez comencé a sentir dentro de mi cabeza una especie de zumbido, como si se me hubiese afincado en el cerebro un panal de abejas... —los ojos de Irene se dilataron—... y yo sé que eso es síntoma de que me está por tomar un período de «sombra blanca» que es como llaman los médicos a mi extraño mal...

—Por favor, Best, déjame ayudarte —suplicó Irene echando su cuerpo hacia adelante.

—No te inquietes, no es grave —Seller entrecerró los ojos—. Puedo controlarlo. He tomado las pastillas hoy. Sólo hay pequeños detalles que se me escapan, como si huyeran de mi cerebro por una fisura de la bóveda craneana...

—Tal vez el golpe de la pelota...

—Y un pequeño mareo... —Best se oprimió las sienes con los dedos índices de ambas manos— Debería recostarme unos quince minutos. Subiré a la habitación... —El sirio se incorporó ante la mirada preocupada de Irene.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, por favor —la atajó Seller—... no. Tú sabes cómo es la gente... Ocurre... —Seller se tomó del respaldo de su silla— que no recuerdo el número ni el piso de mi habitación...

—Déjame acompañarte.

Irene se levantó y rodeando la mesa lo tomó de un brazo.

—Te lo agradezco infinitamente Irene. Acompáñame, pero no me tomes del brazo por favor —Seller suavizó con una sonrisa la indicación.

—Eres un orgulloso, Best —también sonrió ella en tanto se volvía para recoger su amplio bolso de playa. Seller aprovechó ese momento y con manotazo rápido apresó la botella de afrodisíaco semioculta tras el centro de mesa. Quitó la tapa a rosca y sorbió sin respirar cinco profundos tragos del espeso y dulzón brebaje. Inmediatamente tornó a dejarla tras su escondrijo.

—Tal vez piensas que te miento, que exagero un poco, Irene... —le dijo mientras salían con paso rápido del salón.

—En absoluto, si hay alguien que ha mentido soy yo, Best, cuando te dije que tenía un ojo de cristal de roca.

Seller la miró embobado.

—Lo hice porque supuse que todo era una maniobra tuya para abordarme. Quise ridiculizarte, lo confieso. Me abisman los pelmazos que intentan seducirme. Pero me equivoqué contigo.

Seller la contempló con beatitud, en tanto esperaban el elevador. Algo enloquecido le jugaba entre las piernas y le tironeaba la pelvis. El afrodisíaco estaba tomando posiciones de combate.

Cuando entraron a la habitación Seller era una bandera de guerra flameando frenética ante el azote de una tempestad. En el salón de té el muchacho mexicano contempló con asombro el charco blanquecino bajo la mesa. Luego tomó la botella de afrodisíaco y constató su menguado contenido. Meneó la cabeza de un lado a otro pensando «No aprenden nunca».

## Capítulo 3

Seller y Antonio caminaban por la playa en silencio. Era el largo atardecer de Acapulco y la arena había tomado una coloración nacarada como la conchilla de un caracol. Había subido mucho la marea y el sirio debía cuidar que las cada vez más atrevidas olas no tocaran sus zapatos combinados en cuero blanco y ciruela. Vestía, además, un impecable terno crudo, corbata malva sobre camisa negra y le oscurecía el entrecejo tozudo el ala generosa de un rancho panameño. Antonio iba en malla, su sufrida malla oscura, y arrastraba con dificultad un tiburón ya exánime de unos dos metros de largo. A cortos intervalos, Seller aspiraba con fruición el límpido aire marino recargado de perfume de algas y ámbar gris. El ejercicio amatorio siempre lo tonificaba, como una buena sesión de sumo con algún diestro luchador oriental, y le brindaba una euforia controlada. Estaba demacrado, y unas abultadas ojeras moradas le daban a sus ojos de por sí profundos, un resplandor carminado, como la sofocada luz de un fanal recubierto con un trapo rojo.

—Me atacó a pocos metros de la costa —explicó Antonio tironeando del alambre que unía su mano con la temible mandíbula de tres hileras dentadas del escualo—, apenas si había medio metro de agua.

—No sabía que atacaban en tan poca profundidad.

—Eso no es nada, a Ramoncito, el hijo de mi compadre —Antonio señaló vagamente hacia los caseríos de la costa—, una tintorera le devoró una pierna cuando estaba tomando sol sobre una lona a varios metros del agua.

—Bueno... —recordó Seller— a Jassim El Nader, uno de los amos de la Gulf Persian, un tiburón azul lo atacó cuando estaba en la confitería del hotel Haiffa Tower, sobre el mar Rojo, tomando una copa con sus amigos. La bestia marina ni siquiera lo mordió, pero alcanzó a abofetearlo dos veces con su aleta dorsal...

Antonio miró al sirio seriamente.

—Le hizo saltar la copa de la mano. Jassim se manchó toda la túnica —continuó éste.

—Son animales imprevisibles —dictaminó Antonio mientras con enorme esfuerzo echaba la aerodinámica mole del tiburón sobre las lajas de la terraza del bar. Habían llegado a la misma mesa que ocuparan a poco de llegar Best a Acapulco y ya una pequeña pero empeñosa orquesta de «charros», desde el interior del local, atacaba un corrido que hablaba de las desventuras de don Benito Natera.

—¿Qué tal era ella en la cama? —la sonrisa ensanchó la cara gatuna de Antonio. Seller detuvo el movimiento de llevarse un camarón a la boca.

—¿Has visto retorcerse una «morena»? —preguntó—. Eso mismo es. Una anguila. Estoy seguro que don Victorio no puede resistirle un solo asalto de tres minutos. Puedo asegurarte que hizo el «cangrejo australiano» mejor que cualquier

inglesa. Y la «tenaza moscovita» también.

Antonio seguía sonriendo acuclillado junto al tiburón en tanto Seller, sentado a la mesa, le contaba. El mexicano había tomado el pequeño cuchillo romo que acompañaba la mantequilla y con diestra celeridad, viviseccionaba el escualo.

—¿Hicieron el «torniquete hawaiano»? —preguntó al sirio.

—Probamos. Pero ella pegó con la rodilla contra la cómoda. Casi sufre una rotura de rótula.

Antonio había seccionado la médula espinal del pez y la pequeña hoja de su cuchillo de cocina hendía ahora la áspera piel plumiza en largos tajos diagonales que iban desde la base de la aleta dorsal hasta una línea imaginaria dada por la unión anatómica de los deltoides ventrales planos y la última agalla lateral. Todo lo hacía con asombrosa seguridad como si el escualo tuviese dibujado sobre su cuerpo un diagrama que indicase el rumbo implacable del acero «Solingen». Tomó luego al animal por una de las aletas y lo dio vuelta, dejándolo panza arriba, mostrando el despectivo rictus de su boca curva.

—¿Qué pudiste averiguar, Best?

—Por supuesto que ella no sabía quién era yo. Mientras estábamos entre la «tenaza moscovita» y el «brinco de la musaraña» me contó que Victorio, «Yiyo» como ella lo llama, tenía que jugar una partida de *ballotage* en el «Caribbean».

—¿En el «Caribbean»? —silbó Antonio. Estaba erguido sobre el tiburón, las piernas abiertas, un pie a cada lado del cuerpo del pez, observando la tersura ventral del animal, rugosa y blancuzca mientras palpaba con sus dedos la zona de la garganta, como buscando algo bajo la piel—. Ah claro... Es el nuevo hotel que está sobre la costa del sur, allá abajo. No hay un edificio más alto en todas las costas de Acapulco. Arriba de todo tiene un salón terraza circular, totalmente vidriado, desde donde se puede ver hasta las cercanías de Tetlōlxonōctle.

—Exactamente —corroboró Seller—, en ese mismo salón es donde será la partida. Eso me dijo Irene.

—¿Qué piensas hacer? —la mano de Antonio sumió el pequeño cuchillo en la garganta pulposa del tiburón, y luego, con movimiento enérgico y continuado infirió un recto corte a través de todo el vientre hasta casi la cola.

—No será fácil hacer algo. En el salón habrá solamente una mesa redonda. Álvarez y yo. Adosadas al techo, dos cámaras de televisión. Una de los veedores, que serán un húngaro y un panameño. Ellos tendrán instalada una pantalla monitor en el sexto piso del hotel. La cámara describe permanentemente un movimiento circular que va estudiando el juego de cada uno de los contendores...

—Prácticamente imposible trampear con los naipes entonces —meneó la cabeza Antonio. Un pestilente caldo marino se había derramado desde las entrañas del tiburón eviscerado y sobre él chapoteaba el mexicano revolviendo con mano inquieta

entre los intestinos desparramados sobre las lajas de la terraza. Seller pareció no percibir aquel tufo acre y asfixiante, tal vez acostumbrado a las vomitivas emanaciones ácidas que se elevaban de las sentinas de los buques balleneros al fritarse la amarillenta grasa de los cachalotes cuando los cocineros preparaban menudos crocantes con aquel tasajo.

—Luego también hay otra cámara, a color, fija, de circuito cerrado, a espaldas de Álvarez que graba la totalidad de la partida. El viejo no deja partida sin filmar. Parece ser que luego, junto con sus asesores financieros, estudia el juego, observa cuáles fueron sus errores, sus aciertos y todos los datos que se recaban de su adversario pasan a un fichero personal que tiene en Bogotá.

—Realmente un estudioso el hombre —dijo Antonio, deteniendo un momento su faena para apurar un trago—. Yo te lo dije, hermano, por algo tiene el dinero que tiene.

—Sin embargo creo haber hallado la fórmula para vencerlo, Antonio, tengo que ajustar algunos pequeños detalles y todo será muy simple.

—¿Y cuál será mi tarea? —El mexicano golpeaba ahora uno a uno los dientes del escualo y los iba desprendiendo del engarce; el pez parecía ya el desordenado despiece de la maqueta de un aeromodelista. Docenas de aves marinas comenzaban a acercarse hasta las inmediaciones de la mesa atraídas por el hedor de las entrañas. Algunas, más impacientes, se aposentaban sobre los anchos hombros de Antonio. Había gaviotas, avutardas, petreles, cormoranes y hasta algunos somormujos, especie de pelícano zambullidor pero más pequeño y ruidoso.

—Cuando tenga todo perfectamente delineado te lo explico —respondió Seller espantando un cormorán que, más práctico, picoteaba directamente las cazuelas de almejas que poblaban la mesa del sirio—. Creo que ya es momento de irnos Antonio, en pocos minutos más esta situación será insostenible.

Trepados expectantes en los respaldos de algunas sillas cercanas se alineaban las torvas y encorvadas figuras de una media docena de grajos carroñeros y de cuervos. Ya varias parejas de turistas que cenaban en mesas vecinas habían optado por retirarse, fastidiados tal vez por la llegada de las aves o bien semidescompuestos por la fetidez del ambiente.

—Apenas un momento más, Best, termino con esto —pidió Antonio mientras con un tenedor torcía pacientemente, un alambre donde iba insertando, hábil, los dientes del tiburón.

—Tu parte será sencilla, ya lo verás —dijo Seller incorporándose. Apartó con el pie un cangrejo que corría en puntillas hacia los restos del escualo. Los cangrejos ya llegaban por cientos.

—Toma, para Irene, te conviene mantenerla contenta —Antonio le alcanzó su obra terminada. Un collar de cinco vueltas de genuinos dientes de tiburón—. Dicen

los nativos de Cozumel que las mujeres que usen uno de estos collares serán siempre sumisas y buenas en la cama.

—Creo que le falta una vuelta, si es para Irene —sonrió el sirio mientras retomaban el sendero de la playa.

La partida de *ballotage* estaba prevista para las cinco de la tarde. «Las cinco en punto de la tarde» había dicho Antonio y sus pequeños ojos se habían humedecido. «Gente extraña, los latinos» pensó Seller al verlo. El sirio había reemplazado el desayuno por una intensa sesión matinal con Irene en su habitación donde la cama redonda había sufrido el desprendimiento de uno de sus flejes metálicos laterales. No había obtenido nuevos datos de todos modos, o casi más precisamente no se había acordado de recabarlos.

Luego que Irene se marchaba a tomar su almuerzo con Álvarez, Seller bajó a las albercas del hotel, diseminadas naturalmente entre las palmeras, los cocoteros y los cañamazos de la playa. Procuró relajarse dentro del agua casi cálida mientras realizaba sus habituales pruebas de inmersión ensayando la resistencia de sus pulmones. No olvidaba el sirio que uno de ellos había sufrido una larga etapa de disminución de rendimiento cuando la esquirla de una granada de fragmentación, en la frontera de Zambia, lo había alcanzado tras eludir la resistencia de las costillas, perforándolo. Nunca habían podido extraerle esa esquirla y a veces, al aspirar con fuerza la sentía tintinear en las estribaciones de la tráquea.

—Malditos mercenarios belgas —masculló Seller tornando a la superficie, tras largos doce minutos de inmersión, con un salto de delfín. Volvió a la habitación sorbiendo un trago largo magníficamente ornamentado en la media esfera de un peludo coco y se aprestó al relajamiento previo al match. Cuando llegó a la suite ésta ya estaba nuevamente arreglada e impecable sin rastros del arduo enfrentamiento con Irene.

Seis veces por día el personal de servicio acondicionaba la habitación y tal esmero por momentos fastidiaba a Seller quien más de una vez había sido despertado cuando su adiestrado oído detectaba el roce de las sábanas de seda en el momento en que alguna joven mucama lo arropaba maternalmente. Seller observó con detención si quedaban aún cabellos de Irene en el interior del placard, pero allí también habían sido eliminados. Se quitó toda la ropa, manteniendo solamente un slip rojo. Comenzó entonces su serie diaria de ejercicios, una compleja calistenia donde se balanceaban las filosofías yoga y zen, con las rípidas ejercitaciones del karate-do y el tae-kwon-do. Todo eso le demandó una hora y media hasta que comprobó que la respiración se le tornaba levemente agitada. Fue al baño entonces y se duchó, según su costumbre, durante cuarenta y cinco minutos. Finalmente volvió a la cama, se sentó adoptando la posición de loto y entrecerrando los ojos procedió a poner su

cerebro en blanco.

Durante los primeros veinte minutos tan sólo logró llevarlo a un tono gris arratonado. Visualizó entonces mentalmente la figura de una hoja de arce. Primero la recordó con nitidez recortada sobre el flanco de un Sabré F-86 de la fuerza aérea canadiense. Luego logró centralizarla sola en su pensamiento. Procedió por último a descomponer los colores de la hoja de arce como si activara los filtros primarios de un sistema Offset pero en orden inverso al de la impresión a color. Quitó primero el negro, luego el azul, después el rojo y por último el amarillo. No quedó nada, y el cerebro del sirio se convirtió en un páramo infinito y descansado. Fue cuando un quejido ululante, una suerte de lamento avernal y arrastrado invadió esa masa neblinosa retornando bruscamente a Seller al mundo de las tres dimensiones.

Como un gato saltó de la cama y aún en el aire ya había precisado el sitio de donde provenía aquello que ya era un alarido. Al igual que las lechuzas jaspeadas u otros nocturnos que pueblan los bosques de coníferas en las laderas de los montes Marayani, los oídos del sirio estaban bastante distanciados el uno del otro debido a la conformación oval de su cabeza. Por lo tanto cualquier sonido era percibido por uno de ellos una infinitesimal fracción de segundo antes que el otro oído. Esta diferencia, imperceptible al razonamiento puro, le transmitía al sirio la distancia exacta a la cual se encontraba el objeto, animal o persona que había producido el ruido. Por algo las lechuzas de los Montes Marayani están reconocidas como las más formidables aves rapaces cazadores nocturnas y su complejo sistema auditivo es estudiado desde hace décadas por la Fuerza Aérea Norteamericana quien ha dotado ya a uno de sus más implacables misiles de un sistema de persecución basado en el mismo arcaico mecanismo de radar de la lechuza en cuestión. Convertido de nuevo en una fiera selvática, Seller manoteó apresuradamente de su bolsa de viaje una metralleta Uzi, reconociendo no sin cierta pesadumbre que a veces los israelíes producían cosas irreprochables. La montó en contados segundos, estaba disimulada en una afeitadora eléctrica de tres cabezales, y deslizándose contra la pared se fue acercando a la puerta que daba a la habitación guardarropas.

El quejido se iba incrementando hasta convertirse en algo desgarrador. Seller observó si por debajo de la puerta no escapaba ninguna catarata de sangre. Con un solo salto, giró en el aire, aplicó un demoledor golpe a la puerta con el talón de su pie derecho y con el mismo impulso cayó detrás de un sillón ya cubriendo con el corto cañón de la Uzi el ahora abierto acceso al guardarropas. Adentro, inmutables, sin siquiera mirarlo, tres charros mexicanos algo apretujados, sostenían sus gigantescos guitarrones. De pronto el sinuoso y prolongado «ay» del más obeso de ellos se convirtió en la primera estrofa de una lastimera canción que hablaba de un gorrión pecho amarillo que con sus alitas casi sangrantes requería perentoriamente la presencia de su gorrión cilla.

Desde su confortable protección, Seller vio como los tres hombres vistiendo las ajustadas ropas charras y tocados con los inmensos sombreros típicos salían del guardarropas con paso calmo en tanto entonaban la sentida pieza tradicional.

El sirio se sentó en la cama, resignado ya a perder su relajación preliminar, apoyando la metralleta sobre sus turgentes muslos. Echó una ojeada a su reloj. Debía apurarse para la partida, pero interrumpir el recital era una actitud contraria con sus principios de respeto hacia las costumbres de los países que visitaba. Por lo tanto, con unción a veces forzada, escuchó durante casi media hora una prolongada sesión de corridos, tapatíos, zapatecas y pelotilleras.

Cuando ya el sirio recorría sigilosamente la traba de seguridad de su arma dispuesto a derivar el problema a las cancillerías respectivas, el más obeso y bigotudo de los charros se quitó el sombrero y le habló.

—Hermano extranjero, de parte de la niña Irene, hemos querido traerte este ramillete de canciones de nuestra tierra, como pequeño agradecimiento que ella te envía por todas las cosas maravillosas que tú le enseñaste.

Seller inclinó la cabeza y aplaudió de pie. El trío canoro, entonando un emotivo tema de don Miguel Aceves Mejía, se encaminó con paso lento hacia la puerta de la habitación. Del guardarropas salió entonces un niño de unos cinco años, también totalmente ataviado como un charro incluyendo sarape, portando en sus manitas morenas una inmensa fuente con frutas naturales. La depositó con cuidado sobre la cama, rechazó con gesto altivo los 300 marcos suizos que pretendía alcanzarle Seller, y se marchó cerrando la puerta con el sigilo con que un lagarto se escurre entre los juncos.

Seller sonrió, desarmó la Uzi y comenzó a vestirse para la partida de *ballotage*. Las mandíbulas apretadas comenzaban a traslucir la tensión previa al encontronazo con Álvarez. Se ablandaba a veces, al recordar a Irene y su gesto de agradecimiento. Esa estúpida muchacha, delgada pero abundante donde debía serlo, tenía la virtud de imbuirlo de ternura. Seller finalizó de vestirse. Lucía una camiseta de algodón negra, de mangas cortas (el reglamento del *ballotage* prohibía las mangas largas) y unos amplios pantalones ajustados sobre los tobillos, de satén color crudo, del tipo que gastaba Rodolfo Valentino en el film «El Sheik Blanco». Tenía también un par de zapatillas deportivas naranjas con suela de creppe, cuyo solo contacto en la planta del pie poseía la virtud de sedarlo.

Seller se observó unos minutos en el espejo, recorrió la habitación con pasos largos procurando elongar sus músculos algo tensos. Se detuvo frente a la fuente de frutas y eligió un melocotón del tamaño de un pomelo. Acarició la felpilla de la piel de la fruta y sintió bajo las yemas de sus dedos la misma sensación de cuando en su infancia daba masajes relajantes a los patos más pequeños del bañado, histéricos ante la cercanía de algún zorro. Comió el melocotón en tres bocados y se instaló frente al



espejo. Era el momento de practicar su mirada de «magnetismo inductor».

Todos los que habían cursado los duros ciclos del campamento de Damón Sagar, jóvenes destinados al mando, poseían los recursos psicológicos para inyectar sus miradas de una carga casi eléctrica que transmitía a quienes recibían el impacto de tales ojos, un mandato claro y preciso, una sensación de poderío, de potencia y por sobre todas las cosas, de superioridad.

Seller sabía que la primera mirada que cruzara con Álvarez, aún siendo apenas de segundos, debía bastarle para que el venezolano se sentara a la mesa de juego totalmente disminuido, convencido de que estaba frente a un adversario superior, que lo duplicaba en fuerza anímica, en recursos morales. Álvarez debía recepcionar esa mirada como el impacto directo de una bazooka entre los ojos, como la deslumbradora luz de un rayo láser en plena cara y debía deducir que aquel que disponía de tal poder de transmisión en sus ojos, solamente podía ser un hombre predestinado, un iluminado. Álvarez debía llegar a la conclusión, apenas acusado el latigazo visual sobre sus lagrimales, que se había sentado a una mesa de juego frente a Adolfo Hitler.

Diez minutos estuvo el sirio frente al espejo hasta que los ojos enrojecieron y lagrimearon. Los cerró luego, durante un cuarto de hora. Finalmente dirigió su vista hacia un pequeño florero ubicado sobre la estufa de leños. Clavó los ojos en la solitaria rosa color té que se hallaba en el florero. Dos minutos tan solo y la flor comenzó a inclinarse, venciendo su tallo. Un pétalo se desprendió cayendo y el color fue derivando hacia un ceniza cerúleo.

—Dos minutos, no está mal —musitó Seller. Sonrió recordando a su maestro, un mercenario katangués, discípulo dilecto del Gran Houdini, quien en el lapso de tres minutos podía defoliar totalmente un vivero de cactáceas y pencas.

Observó su reloj. Faltaban ocho minutos para las cinco de la tarde. Se dirigió a la puerta. Fue entonces cuando sintió el primer síntoma. Un corretear de aguas en su estómago. Un retorcerse convulsivo en los intestinos. Se quedó estático. El síntoma pasó pero Seller comprendió que había cometido un error horrible. De un salto llegó junto a la bandeja con frutas. Tomó una ciruela y la hizo girar entre sus dedos. Allí, junto al pequeño tallo que sobresalía en la parte superior de la fruta, se veía, casi imperceptible un orificio. La perforación de una aguja hipodérmica.

—Me han envenenado —susurró Seller, con la parca tranquilidad que lo poseía todas las veces en que daba de narices contra la muerte. Esperó un instante, aguardando sentir algo denso y oscuro, fantasmal, que lo poseyera. Cerró los ojos pasando revista a sus vísceras, controlando las reacciones de cada una. La muerte por veneno tenía infinitas variantes. Podía caer ahí mismo fulminado si se trataba de jugo de upas. Tal vez sentir una postrer euforia antes de la hemorragia interna si era arsénico en mal estado, o quizás sobrevivir tres espantosos días entre convulsiones y

ataques de hipo si el veneno era «aguas de Butantan», un compuesto de elixir ofídico de mantis religiosa revuelto con licor de huevos de cobra. Nada de eso ocurrió, su sistema nervioso le respondía y respiraba con normalidad. Sintió entonces otra convulsión en su estómago y unas agudas ganas de evacuar el vientre.

—Es algo peor... es algo peor... —comprendió Seller empapado en sudor— me han suministrado una dosis triple de laxante...

Una bocanada de vergüenza, de oprobio, de sordidez, endureció el rostro del sirio. Había comido la fruta de la tentación. Ahora llevaba en sí mismo el diabólico germen del colapso diarreico. Pero la partida no podía aguardar. Se habían establecido tan sólo cuatro minutos de tolerancia en la espera.

Prácticamente se desbarrancó por las escaleras del hotel sembrando el pánico entre las turistas norteamericanas. Trepó en el Citroën Safari descapotado y al arrancar, volvió a sentir, como un lanzazo, una contracción acuosa en el colon ascendente.

El coche había prácticamente volado por las calles de Acapulco. Cada salto, cada curva tomada violentamente en procura de sortear algún desprevenido viandante o algún perro natural de la zona, revolucionaba los intestinos de Seller hasta los límites de la contención. Álvarez había hecho un perfecto doble juego con Irene. La había usado para suministrar información falsa y finalmente para inocular vía frutal aquel azote digestivo.

En tanto manejaba sosteniendo el volante sólo con las rodillas, tragó dificultosamente dos supositorios de carbón. La premura y la desesperación lo obligaban a cambiar los conductos naturales de la medicina. Aquello sin duda alguna detendría en parte el efecto fulmíneo del laxante, permitiéndole al menos, sentarse a la mesa de *ballotage* en igualdad de condiciones. Llevaba siempre a mano tal medicina desde que un brutal ataque de disentería lo postrara por dos meses en las selvas de Birmania. Seller llegó al Caribbean, cruzó el largo camino que atravesaba los impecables campos de golf y estacionó frente a la suntuosa puerta.

Allí, visiblemente impacientes, lo esperaban dos hombres. Hombres de don Victorio Álvarez, sin duda. Callados caminaron hasta los elevadores y entraron en uno de ellos que estaba aguardando al pequeño grupo. Ya en el elevador, al cerrarse las puertas automáticas, los hombres procedieron, prolijos, a palpar de armas o cualquier objeto extraño a Seller. Uno de ellos le quitó el encendedor y lo hizo funcionar. Tranquilizado de saber que era en realidad un encendedor, lo devolvió al sirio.

Seller accedió a todo con despreocupación, en tanto contemplaba cómo se iban iluminando alternativamente los números indicadores de los pisos en el tablero que el elevador tenía sobre la puerta. Los últimos diez pisos transcurrieron con tranquilidad. Llegaron al piso superior. Allí los dos hombres abandonaron a Seller en un pasillo

frente a una enorme puerta cerrada, en tanto ellos, volviendo al elevador, emprendían el regreso. No habían intercambiado una sola palabra.

Seller caminó hacia la puerta y ésta se abrió sin un sonido. Seller se halló frente a un enorme salón circular, totalmente vidriado y muellemente alfombrado con un fieltro en tono habano. Sobre la derecha se veía el mar y sobre la izquierda muy lejanas, las montañas. Todo el mobiliario consistía en una mesa redonda blanca en el medio del salón, a la cual estaba sentado Álvarez. A su lado habla otra pequeña mesa rodante con bebidas. La luz era ambiental, límpida, llegada desde todos los ángulos de los ventanales. Sobre la mesa, girando adosadas a un riel también circular, se hallaban las dos cámaras de televisión. A Seller le molestó un tanto toda esa simetría. Se sentó frente a Victorio Álvarez no sin antes saludarlo con una leve inclinación de cabeza, a la que el venezolano respondió.

Seller sintió un nuevo retorcijón estomacal que lo hizo contraerse y transpirar frío. Apretó sus piernas fuertemente. El colapso se intensificó, duplicó su furia, pareció que iba a vencer todas las resistencias del sirio y luego se apagó gradualmente. Seller maldijo por lo bajo. Sería difícilísimo concentrarse. Álvarez había depositado sus dos flacas manos sobre la mesa y se mantenía en actitud de espera.

A su lado estaban las pequeñas cajas de madera con los naipes y las fichas de *ballotage*. Era el momento, para Seller, de poner en práctica su magnetismo inductor. Miró a Álvarez y no pudo reprimir un rictus de sorpresa. Álvarez era completamente estrábico. Al principio no logró ni siquiera determinar cuál de aquellos acuosos ojos grises era el desviado. Por momentos parecía ser el ojo derecho el que lo miraba sin ninguna curiosidad, por momentos se le antojaba que el izquierdo era el que lo enfocaba, había instantes en que los dos parecían ponerse de acuerdo para mirarlo y en otros tenía la impresión de que ninguno de aquellos ojos se fijaban en él. Por si eso fuera poco, alguno de los dos ojos tenía un pequeño temblor horizontal, un leve movimiento nervioso. Técnicamente era imposible influenciar visualmente a una persona con esas características, casi podía decirse que era peligroso para quien lo intentara pues podía ser él mismo el que se viera confundido y desmoralizado. No había empezado bien todo aquello.

Álvarez era un hombrecillo endeble, blancuzco a quien aparentemente el sol de Acapulco ignoraba *ex profeso*. Tenía una nariz larga y aguileña, cuyas fosas se dilataban de continuo. Similaba una nutria venteando algún peligro en el aire. Vestía equipo de tenis que debía usar tan sólo para jugar a los naipes pues aquellos dos brazos raquíuticos parecían, no solo incapaces, de sostener una raqueta, sino incluso, de sostener una pelota de dicho juego. A Seller le costó convencerse de que estaba frente a un zar del petróleo. Trató de imaginarse a aquel viejo estrábico cabalgando las curvas sabiamente dosificadas de Irene y lo invadió una sensación de asco,

incredulidad e injusticia.

El *ballotagge* es un juego que no puede considerarse complicado. Se dice que proviene de Oriente a pesar de que su primer nombre conocido es el de «Capirote». Incluso la expresión española «tonto de Capirote» se origina en una de las suertes de tal juego, cuando el jugador finge desconocer las cartas en mesa provocando al antagonista. Ha sido tradicionalmente un juego reservado a cenáculos intelectuales, o círculos cerrados no tanto de clases altas pero sí de clases dirigentes. Por eso mismo no es un juego popular en ninguna parte del mundo. Es históricamente sabido que era una de las calistenias preferidas de los generales japoneses y se dice que la espantosa catástrofe naval de Midway, que aniquiló a la flota nipona, sorprendió a la flor y nata del almirantazgo del Celeste Imperio mientras prolongaban una partida de *ballotagge*. El juego comienza proveyendo a cada jugador de tres cartas. En base a ellas, cada jugador anota en una planilla la cantidad de bases que se dispone intentar. Esta planilla se pliega dentro de un sobre sellado que se abrirá recién al finalizar la partida. Luego se extienden las seis cartas sobre el tapete en dos filas de tres y se apuesta con fichas el equivalente al total de la suma de los diamantes que hay en juego, cuidando de no apostar a las primeras cartas, empezando desde la derecha, pues esas serán en lo sucesivo las cartas-guías o cartas mentoras que ordenan la numeración par o impar y el color del juego. Ante la primera aparición de un trébol, es considerado «triumfo» y desde allí en más cambia la mano y el jugador puede optar por llevar progresivamente su juego a tendencia agresiva, el llamado «juego abierto», o bien inclinarse por trocar sus bases y definirse por un juego conservador, sin alteración de «triumfos» ni solicitudes de «troca». Una troca erróneamente pedida puede significar perder una decena de puntos en la primera vuelta o incluso resignar el papel de receptor para convertirse en emisor, situación que casi ningún jugador del mundo apetece salvo los norteamericanos quienes suelen jugar con «trocas múltiples» y por lo tanto la pérdida de una puede no ser definitiva e incluso servir para el segundo enganche.

Por otra parte la cantidad de bases pedida no puede nunca aumentarse sino disminuirse, siempre en números múltiplos de la primera carta destapada, restándose diez puntos a la totalidad del puntaje inicial. Si en la primera vuelta (el juego consta de dos vueltas, de allí su nombre) hace su aparición la reina de corazón, en los descartes sucesivos no pueden jugarse otra cosa que corazones, siempre y cuando se advierta al adversario que uno está dispuesto a hacer «ballotagge» lo que significa que la reina jugada mata o «copa» la primera partida, fallando la segunda. Lo que hace del «ballotagge» un mecanismo endemoniado es que el jugador no puede verse tentado a menoscabar su propio juego procurando una descapitalización mentirosa dado que el doble contra sencillo que le impone el descarte obligatorio en la tercera mano, avalado por las bases conseguidas, obra entonces en su contra. Puede decirse

que es un juego de concentración donde no está exenta la picardía. En jugadores de reconocido prestigio, cuyos hándicaps superan los 9 puntos promedio, los valores de todas las cartas se incrementan en cinco puntos que se van quitando a medida que el juego evoluciona, de acuerdo a una simple regla de tres compuesta. Puede decirse que casi todo radica en si el juego se da de corazones o diamantes. Detectar eso es vital, lo que se llama «corazonada diamantina» que suele tener el jugador de estirpe, y ahí precisamente cifraba sus esperanzas Best Seller.

Don Victorio Álvarez tomó una talquera de la mesita contigua y espolvoreó sus manos, que parecían estar entalcadas desde siempre. Las frotó lentamente y podía aventurarse que sonreía.

—Quítese el reloj, por favor, señor Seller —una voz dulce llegó desde un micrófono disimulado junto a la cámara de televisión.

Seller así lo hizo pero al dejarlo sobre la mesita rodante algo casi invisible quedó adosado a la yema del dedo índice de su mano derecha. Pidió talco a don Victorio Álvarez y mientras manipulaba con él, aseguró entre sus dedos una delgadísima aguja de unos seis milímetros de largo. Luego fingiendo acomodarse el cabello, se la clavó tras de la oreja izquierda. Era una aguja de acupuntura, que al penetrar lo hizo con la facilidad con que hubiese podido hundirse en un bollo de gelatina. Hubo un «klik» desde lo alto cuando las cámaras comenzaron a filmar y don Victorio Álvarez, que gozaba con un punto de ventaja en el hándicap, tomó las cajas con las fichas y los naipes.

La señora gorda y rubia dio unos grititos de excitación mirando hacia donde el grupo de sus amigas graznaban y reían en tanto la enfocaban con sus cámaras fotográficas. El magro y moreno muchacho mexicano también sonreía mientras acomodaba los arneses del paracaídas sobre los hombros carnosos de la norteamericana.

Pronto la gorda quedó bien comprimida entre el correaje del paracaídas y recordaba vagamente a una marsopa enredada en los cordajes de un arponero. El muchacho flexionó sus piernas para indicarle cómo debía sentarse sobre la correa que pendía bajo los voluminosos glúteos, exagerados por la tirantez de la malla enteriza. También indicó a la mujer cómo debía tirar del tensor derecho de su paracaídas, marcado por un trapo azul anudado a la correa, para frenar el impulso del descenso. Las restantes mujeres reían, palmeteaban y saltaban sobre las arenas de la playa haciendo incesantes indicaciones a la gorda.

Finalmente el muchacho enganchó el extremo de una larga cuerda a la anilla amarrada sobre el vientre de la yanqui. Otros dos mexicanos jóvenes que ayudaban en la cobranza del pasatiempo, sostenían en tanto levemente extendido el paracaídas a franjas rojas y blancas. El muchacho instructor hizo una seña hacia la lancha que aguardaba cerca de la playa. La lancha se puso en marcha y entre el grupo de mujeres

se produjo un silencio como ante la «etapa crítica» de un lanzamiento en Cabo Cañaveral. La cuerda que unía a la mujer con la lancha se tensó, saliendo a la superficie el sector que se había arrastrado bajo las aguas bajas. La mujer corrió torpemente cuatro o cinco pasos, el viento se englobó dentro de la seda del paracaídas y la mole yanqui se elevó como si fuese una versión de Mary Poppins trasladada al cinerama. Las mujeres gritaron entonces frenéticas, saludando y sacando miles de fotos ante el renovado milagro de la derrota de las leyes de la gravedad.

—Si llega a caer al agua, los tiburones pondrán una plaqueta recordatoria conmemorando este día —dijo Antonio al oído del muchacho instructor. Éste sonrió mirando hacia la mujer que ya surcaba el espacio aéreo mexicano en lo que sería un corto paseo a unos cincuenta metros de altura por sobre toda la bahía de Acapulco.

—El traslado de la represa de Assuan es un juego de niños comparado con esto —puntualizó Antonio, meneando la cabeza bajo su sombrero de *jean*. Ocultaba su rostro tras unos redondos e inmensos anteojos oscuros, llevaba camiseta ajustada roja, cortos pantalones de fútbol y zapatillas. De su cuello colgaba el estuche de cuero de un par de binoculares Bushnell de campaña.

Un nuevo griterío y espasmódicos saltos de las yanquis indicaron a Antonio que ya se acercaba nuevamente la gorda pidiendo pista para su aterrizaje. La enfocó con su largavistas y antes de atrapar el rostro ligeramente demudado de la paracaidista tuvo una imagen general similar a la de un Globemaster con los flaps bajos. La gorda tocó las arenas momentos después no sin antes desmenuzar un pie de uno de los sufridos muchachos mexicanos que procuró abarajarla en la caída tratando de evitar un aparatoso capotaje de la misma forma que John Wayne se hubiese lanzado desde su caballo ante una locomotora desbocada para salvar a la muchacha. Todos ayudaron a reincorporarse a la gorda y pronto el mexicanito organizador golpeaba sus manos indicando que aquel entretenimiento alado había tocado a su fin.

—Nosotras también queríamos hacerlo. ¡Queremos ir todas! —se ofuscó una de las turistas, tal vez la más fea, si eso hubiese sido posible.

—Perdón, señoras —explicó el muchacho—. El paracaídas está alquilado de ahora en más.

—¡Son sólo las cinco y treinta, otros días están hasta más tarde! —recordó otra turista en tono desagradable.

—Es que este señor es científico, y necesita hacer un trabajo muy importante.

—¡No nos importa que sea científico, nosotras pagamos nuestros impuestos!

—Por favor, señoras —intercedió Antonio ya colocándose el paracaídas—. Estoy haciendo un importante estudio para la Universidad de México. Allá ustedes tienen otros paracaídas para alquilar —y señaló hacia sus espaldas, hacia el otro extremo de la playa donde efectivamente se veían en tierra o volando tres o cuatro semicircunferencias de brillantes colores.

Finalmente convencidas, las mujeres se marcharon refunfuñando en tanto rodeaban a la gorda quien relataba excitada su vuelo como William Holden al regreso de bombardear los puentes de Toko-Ri.

Antonio cargó a sus espaldas otro pesado bolsón de campaña y, tres minutos después, volaba amarrado con una larga cuerda de unos cincuenta metros de largo, a la lancha que lo remolcaba. Sobre su cadera derecha pendía también una pequeña máquina de escribir con la cual, había explicado a los muchachos del paracaídas, pensaba tomar cortas notas para su estudio topográfico aéreo.

Trabajosamente, por la cantidad de correaje que dificultaba sus movimientos sacó los prismáticos y los enfocó hacia la costa. En su campo visual se recortó nítidamente la inmensa mole del Caribbean Hotel. Ajustó el balance de visión. Veía, con asombrosa claridad, la terraza vidriada del hotel. Adentro, dos hombres sentados a una mesa. Sonrió. Corrigió la óptica y las imágenes se acercaron. Antonio sentía como si estuviera a pocos metros de los dos hombres que jugaban a los naipes. En el mismo salón, y no a 700 metros como en efecto se hallaba. Unos minutos más de recorrido y podría ver con claridad meridiana las cartas que descansaban en las manos de don Victorio Álvarez. Desabrochó el bolsón que le golpeaba la cadera izquierda y extrajo un pequeño transmisor direccional. Ahora sí. Volvió a enfocar al hombre casi anciano que le daba la espalda. Tocó apenas el tensor de foco. Muy claras, nítidas, apreció las cartas de don Victorio Álvarez. Una reina de corazones, un cuatro de pique y un ocho de corazones. Llegó a ver, incluso, que los naipes eran de alguna aleación de plástico y residuo prensado de poliuretano. Por el brillo, por la esbozada impresión digital que la transpiración en los dedos del zar del petróleo imprimían sobre la superficie de las cartas y que desaparecía de inmediato. Juego de corazones en la primera vuelta. Seller debía saberlo. Dejó los prismáticos y tomó el transmisor direccional. Lo apuntó hacia la terraza del hotel. Oprimió el selector de ondas tres veces. Best Seller, una vez más, lo había calculado todo.

Aquellas pulsaciones no tendrían inconvenientes en refractarse en el aire puro de la playa, se trasladarían en ondas convexas y algo tangenciales hasta chocar contra el vidriado de la terraza y rebatirse en dos direcciones claramente diferenciadas. Las agudas hacia arriba, buscando estratos más livianos, y las graves hacia abajo, hacia campos magnéticos poco saturados. Los vidrios de los ventanales hubiesen sido un impedimento total para el acceso de las ondas hasta la posición de Seller. Pero arriba, en el techo de la terraza, se elevaba la antena múltiple que captaba las emisiones de televisión. Las ondas agudas lanzadas por el transmisor manual NK 22 manipulado por Antonio se fijarían primero en el cabezal de aquella antena para luego deslizarse hacia distintos rumbos a través de los circuitos internos. Uno de esos circuitos se insertaba en la cámara giratoria que grababa la partida de naipes. Se producía entonces un haz energético estimulado por los mismos orticones de la cámara que

saturaban en escalas poco mensurables un cono invertido que tenía como eje el radio visual abarcado por el ojo de la cámara. El frotamiento originado en ese haz energético podía entonces ser percibido o detectado por cualquier objeto proclive a estimularse o cargarse de ondas hertzianas de acuerdo a la composición física de su aleación. Era precisamente lo que sucedía con la aguja de acupuntura que Seller mantenía clavada tras su oreja izquierda. Apenas Antonio sobrevolando el golfo a unos 700 metros del Caribbean presionó tres veces el impulsor, Seller sintió un escozor cálido que parecía querer invadirle el lóbulo de la oreja. Lo sintió tres veces. Juego de corazones, sin duda alguna.

Casi sonrió pero se contuvo con dificultad, atento a la cámara que estudiaba hasta el fastidio sus más leves gestos. Cambió de lugar las cartas que tenía en sus manos pasando la del extremo derecho al izquierdo, la del izquierdo al centro y la del centro al derecho. Con este sencillo método confirmaba a Antonio, que sin duda lo observaba con los prismáticos, que había recibido la señal. De haber trocado las posiciones solamente de las cartas de los extremos hubiese querido señalarle que debía elevar el voltaje de sus emisiones aéreas.

El sirio experimentó de pronto un nuevo e intenso latigazo intestinal. Un torrente frío se le desplazaba por el estómago con ruido de manantial serrano. Sintió una bocanada de calor y debió apretar los dientes hasta hacerlos rechinar para aguantar aquel martirio. Pensó que en aquella partida se jugaba todo. La entrega en Marsella, la confianza de Brambilla, pensó en su padre, en su anciana madre, salteó el recuerdo de su hermana pues eso hubiese precipitado la evacuación, pensó en los Montes Marayani, en sus rebaños de cabras que siempre lo habían respaldado, pensó en Siria. Los glúteos eran dos piedras contraídas y férreas sobre el asiento. Poco a poco la rebelión interna fue pasando. Se aflojó un poco Seller procurando pensar en su descarte y desde las rodillas comenzó a bajarle una sensación de hormigueo y pesadez. Fue cuando nuevamente recepcionó el escozor tras la oreja. Aquello le conmovió los centros nerviosos agolpados en la nuca y un temblequeo espasmódico le fue descendiendo por la columna vertebral. Tuvo que retorcerse para controlar su esfínter. Su rostro de por sí aceitunado se tornó rojo morado y la transpiración lo invadió.

Don Victorio Álvarez parecía estar ajeno a todo eso. «Hijo de puta» pensó Seller al comprender que la frialdad lo estaba abandonando. Si las señales lanzadas por Antonio llegaban a ser un poco más intensas el sirio no podría resistir de seguro y sus defensas serían rebasadas por el embate fecal. Ya llevaban dos horas de partida, y don Victorio Álvarez había acumulado tres bases de ventaja.

Seller no podía concentrarse en el desarrollo del juego, pero como un paciente tigre de bengala echado junto al sendero de los cebúes, acechaba al momento de volcar la suerte del juego con un golpe definitivo apoyado por las directivas de



Antonio. Con el rabillo del ojo, Seller alcanzaba a divisar los colores rojiblancos del paracaídas del mejicano, muy a lo lejos, mezclado con otros paracaídas lo que disimulaba el operativo de espionaje.

Recibió una nueva terna de naipes y vio, sonriéndole, la reina de diamantes. Se mordió el labio inferior. Si Álvarez tenía tréboles vendría manso y dócil hacia el juego abierto. La ventaja que poseía el zar del petróleo venezolano lo llevaría a conservar el pedido de base, pero no tanto como para despreciar la posibilidad de engrosar su reserva de triunfos. Seller esperó, acariciando con la yema del pulgar el estómago de la reina de diamantes. Álvarez descartó un cinco de corazón. Seller se contuvo, confuso. El venezolano ocultaba algo.

—Diablos —maldijo para sí Seller—, el único venezolano como la gente que conozco es Carlos, el comandante.

Cuatro señales agudas tras la oreja lo conmovieron:

—¡Álvarez está simulando, tiene un triunfo en la mano! —se alborozó el sirio. Rememoró los naipes que habían ido saliendo en las últimas quince vueltas y su orden de aparición.

—¡No puede tener otra cosa que el rey de trébol! Confía en él y no sabe que está perdido.

Álvarez había caído en la trampa con la fe depositada en el secreto de sus naipes.

Pero una suerte de alud de barro y cieno pareció desprenderse casi desde las clavículas del sirio por dentro de su abdomen. Las cuatro últimas señales de Antonio habían alborotado los sensitivos ramales nerviosos de Seller, aflojando en su tremolar las recónditas energías gástricas. Demudado, Seller comprendió que sería casi imposible contener aquel aluvión tremendo. Vio entre su desesperación, cómo Álvarez depositaba con mano cuidadosa el rey de tréboles sobre la mesa y casi podía decirse que sonreía por primera vez abiertamente. Seller sintió que un globo de líquido le oprimía el esternón y luego, como una marejada de fuego caía catapultado hacia los desagües naturales arrollando todo a su paso. Cerró los párpados, apretó firmemente los puños como aquella vez que el tifón «Ana» lo azotara despiadadamente al sorprenderlo encaramado en una palmera seleccionando dátiles en las islas Fiji, y sus rodillas parecieron triturarse una contra otra en el heroico intento final de controlar los mil desatados cólicos del laxante.

El embate duró segundos, pero Seller en esa minúscula fracción de tiempo envejeció catorce años. Sus adiestrados músculos resistieron no obstante y Seller bendijo los duros años de galvanizamiento de sus músculos abdominales trasladando rocas desde Kassem-el-Bedir hasta Gadessa para la construcción del dique del abra del Éufrates. Cuando el colapso se adormeció, algunas hebras plateadas relucían en las sienas renegridas de Seller. Miró su mano derecha, de su puño aún contraído como una garra sobresalía el rostro inmutable de la reina de corazones, estrujada casi

hasta la destrucción total.

Álvarez lo observaba con su mirada estrábica y había en sus ojos de ángulos insólitos un brillo mustio de conmiseración y victoria. Marcar un naipe en el *ballotage* significa la derrota definitiva para quien lo hace. Y la reina de corazones ahora de boca sobre la blanca mesa, parecía un trapo de fregar el piso ajado y devastado por los años. Ambos hombres quedaron en silencio.

Seller hizo un pequeño movimiento afirmativo con la cabeza, no dijo nada, y se levantó. Los párpados verrugosos de Álvarez obturaron por un instante aquellos ojos erráticos que dividían sus curiosidades por el mar y las montañas al mismo tiempo. También hizo una inclinación de cabeza. Seller abandonó el salón.

En el breve lapso de dos horas y media había perdido 14 millones de dólares de su propio bolsillo. Nadie lo esperó para despedirlo cuando abandonó el Caribbean rumbo a su hotel. Tampoco lo siguió coche o helicóptero alguno. Media hora después Seller se hallaba tirado cuan largo era, de espaldas sobre el fresco que le proporcionaban las sábanas de seda negra de su cama. Estaba extenuado y quizás un poco vencido. No tenía mucho tiempo para el descanso, a pesar de todo. Poco tardaría Álvarez en darse cuenta de que Najdt no lo respaldaba con su formidable cuenta bancaria. Debía desaparecer de Acapulco, de México y del continente americano antes de que una jauría de asesinos profesionales y algunos vocacionales voluntarios se lanzaran sobre él como una piara de jabalíes enardecidos.

La música funcional que suavizaba el clima reposado del atardecer se cortó repentinamente. Se oyó un tintineo sonoro similar al de los empleados para llamar la atención de los viajeros en las salas de espera de los aeropuertos.

—Buenas tardes, señor Best Seller —silabeó con acento dulce e impersonal una voz meliflua de mujer—. Mañana, a las 10.30 horas de la mañana puede acudir usted al salón de té del Hotel Prince Malibú, mesa 15, a los efectos de abonar la deuda contraída con el señor Victorio Álvarez. Se ruega que el total de la suma esté subdividido en marcos alemanes, libras esterlinas y yens de la antigua nominación. Las libras esterlinas deberán tener numeración correlativa en tanto los marcos alemanes no deberán incluir billetes de valores altos. Los yens podrán estar emitidos en un cheque expedido a nombre de Yolanda Campos de Álvarez con consignación de intransferible a la cuenta 13-74 barra 8 del Banco Suizo de Intercambio que opera bajo el rubro «Peter Smith & Smith». Muchas gracias.

La música funcional volvió a escucharse a un nivel discreto. Seller no podía confiar en la veracidad del mensaje. Desde «La Rosa de Tokio» desconfiaba de las mujeres que empleaban la radiodifusión para emitir sus noticias. Hasta las 10.30 horas de la mañana siguiente mediaba aún mucho tiempo, el suficiente para que un hombre de acción como el sirio abordase el primer vuelo e interpusiera cuatro o cinco continentes entre su seguridad física y la codicia de sus cobradores. Era una trampa.

Álvarez había descubierto sin duda toda la jugada. Había hecho irradiar aquel mensaje con el sólo fin de retenerlo, de que no abandonara Acapulco inmediatamente. Se reincorporó en su lecho. Fue hasta los ventanales y corrió las pesadas cortinas. Recorrió milímetro a milímetro la habitación con su vista. Tan aturdido y acuciado por sus disturbios estomacales y su derrota estaba al regresar, que no había tomado la precaución de controlar la pieza a su regreso. Requisó con cautela y morosidad el baño, soplando por el desagüe de la bañera para comprobar si no estaba obturado por algún micrófono y metiendo la mano bajo las turbias aguas del inodoro en procura de encontrar algún sistema de «sonar» accionado a snorkel. Luego revisó las mesitas de luz. Pasaba sus ojos a milímetros de la madera intentando apreciar los círculos concéntricos de alguna impresión digital cuando el sonido del teléfono estalló junto a su oído. Atendió de un manotazo. Se oyó un sonido de estática y una voz lejana.

—Best, Best, ¿me oyes?

—Muy poco... sí... ¿Quién habla?

—Antonio.

—¡Antonio! ¿Dónde estás?

—Alguien cortó la soga del paracaídas. Estoy en Puebla. Un condenado viento huracanado me lanzó hacia aquí. Fue una suerte que me enganchara en una antena de teléfonos, si seguía volando ya estaría en los Estados Unidos y bien sabes que no tengo visa para entrar allí. ¿Cómo fue todo?

—No muy bien. Es mejor que te quedes allí. Espera mis órdenes.

—Best, escucha —la voz del mexicano se perdía por momentos—. El hotel donde estás alojado es un «Malibú», ¿no es cierto?

—Sí.

—Bien. Pertenece a la cadena de hoteles «Malibú». Los puedes encontrar en México, Panamá, el sur de los Estados Unidos y Puerto Rico...

—Sí... ¿A qué viene todo esto? ¿Eres promotor turístico?

—No. Esta cadena pertenece a Shaft Williham, el industrial canadiense, uno de los principales accionistas de las fábricas de laminados plásticos «Dexsoon» y que también está en el directorio de las refinerías petrolíferas que se hallan en Mogadiscio, en Somalia. Son todas empresas del grupo «Perseo», que abarca productos sintéticos...

—Los conozco. Hice un trabajo para ellos hace unos años, en Salisbury.

—Bien, este grupo integra el «cartel» de la Anglo con central en las Bahamas y la cabeza del grupo es la Essen Incorporated...

—¿Adónde quieres llegar con todo esto? Pareces un panfleto anticapitalista. No tengo mucho tiempo... —se impacientó Seller.

—La Essen ha sido absorbida por la «Maracaibo Gulf», la empresa de don

Victorio Álvarez...

Se hizo un silencio en la línea.

—El hotel donde estás parando pertenece a don Victorio Álvarez. Eso es lo que quiero decirte —se apresuró Antonio a terminar. Seller también quedó un momento en silencio.

—Está bien... está bien... No te inquietes. Te hablaré desde Estambul. —Cortó.

Ni por asomo pensaba ir hacia Estambul si salía vivo de Acapulco. El clima de aquella ciudad le daba alergia. Lo cierto es que se hallaba encerrado en un hotel donde todos los que lo atendían y servían podían ser sus potenciales asesinos. Algunos de sus asesinos, incluso, tenían el duplicado de las llaves de su habitación. Continuó inspeccionando la pieza y algo lo detuvo frente a la repuesta puerta que daba al guardarropas. Observó desde muy cerca y con particular cuidado la superficie de la madera, corrió al baño y trajo la talquera. Espolvoreó con minuciosidad en derredor del picaporte de la puerta. Luego volvió a mirar aprovechando el sesgado reflejo que la luz de la lámpara direccional adosada sobre el respaldo de la cama depositaba sobre ese sector. No había ni la más mínima impresión digital. Aquello era lo extraño. Antes de marcharse, Seller había abierto y cerrado esa puerta una decena de veces, las suficientes como para dejar cubierta de impresiones digitales la madera. Ahora no había ninguna. Alguien había estado manipulando aquel picaporte, tocando esas molduras, y luego se había tomado el trabajo de eliminar con un trapo todo vestigio de huellas dactilares.

Seller se oprimió un par de veces la punta de su nariz de caprichosa curva. Lo hacía siempre cuando se abismaba en sus pensamientos. Fue hasta el bolsón de mano que descansaba sobre un sillón y rebuscó en él hasta encontrar su lapicera, que oficiaba también de pequeña linterna, ideal para ser empleada en cinematógrafos, cámaras subterráneas, lucha nocturna y minas de estaño. Lo había sacado de una difícil situación una vez, en el Tren Fantasma del Tívoli, en Copenhague. Hizo recorrer el finísimo haz de luz por la ranura de la puerta, por todo el marco. No se veía nada raro sobre la agarradera, ni junto al pestillo. Lo encontró entre las bisagras. Un brillo delgadísimo, un relumbrón milímetro ante el estilete de luz, denunció la presencia de un alambre de cobre enrollado a la bisagra, que se perdía hacia atrás, hacia el interior del guardarropas.

—Alambre de cobre de medio milímetro... —murmuró el sirio—... torsión simple. Baja capacidad conductiva...

Volvió hasta su bolsón y sacó un pesado manual. Sus tapas eran las de un cuadernillo con los horarios de vuelo de la El Al, pero sus hojas interiores no tenían nada que ver con ello. Recorrió las páginas hasta que halló lo que buscaba.

—Puede ser esta... —dijo— ...una carga de gelinita y gelamón adosada a una ventosa de goma adherida por el lado opuesto de la puerta. El fusible percute contra

un detonante mecánico insertado en la bisagra... ahá.

Volvió a guardar el manual. La «Dama de Ulster», tal era el nombre popular de la bomba instalada. Era endemoniadamente peligrosa de desarmar. Llegar tan sólo a localizar su fulminante podía llevarle a Seller de dos a cuatro horas, y no disponía de aquel tiempo. Debería resignar todo su vestuario si quería seguir con vida. En el bolso de mano tenía un par de pantalones, la Uzi y una M-52. Lo primero, lo esencial era abandonar aquel hotel totalmente poblado de personal enemigo.

Corrió al baño y abrió la ducha. El agua lo despejaría. Antes de entrar a la bañera tomó el pesado toallón y lo desplegó, serviría para sus fines de escape. Fue luego hasta la puerta de la habitación y corrió el pasador. Sacó de la heladera una lata de cerveza y doblando la anilla de metal que facilitaba su apertura la dejó perpendicular al cabezal de la lata. Enganchó entonces la anilla al postulo de la traba de la puerta. Cualquiera que intentase entrar por allí, si es que lograba vulnerar con una ganzúa la barrita de acero interna, lo primero que vería por la ranura del cerrojo sería aquella anilla tomada del pestillo. Hasta el cerebro más pacifista pensaría sin duda en una granada M-26 norteamericana allí adosada esperando el más leve tirón para estallar sobre quien entrase.

Volvió al baño y se vio envuelto en una nube de vapor. Los amplios espejos estaban totalmente empañados. Descorrió a tientas la cortina de nylon y constató si podía divisar entre su bruma su pistola checa M-52, prudentemente colocada sobre la jabonera. No podía alejarse mucho de ella. La vio, sorpresivamente distorsionada. Pensó primero en que aquel vaho neblinoso del agua hirviente ablandaba las figuras. Luego comprendió que no era así. La fiel M-52, su compañera de Laos, se retorció como una barra de chocolate frente al fuego. Parecía un arma diseñada por Gaudí. Sobre el costado opuesto de la bañera, dos o tres gotas de acero disuelto resbalaban lentas.

—Ácido... —se horrorizó Seller retrocediendo unos pasos—. Ácido.

Un par de segundos debajo de esa lluvia mortal y la bañera se hubiese convertido en un osario. Arriba, la flor de la ducha comenzaba a derretirse también, lentamente. Seller saltó fuera del baño con el toallón en la mano. Frente al espejo se envolvió el torso con él ciñéndolo con un cordel a la cintura de forma que pareciese una túnica. Abajo llevaba los pantalones. Podría haber salido tan sólo en *shorts* de baño, pero en algún lugar debía ocultar la Uzi. Metió el resto de sus cosas en el bolso de viaje y dejó la habitación con infinito cuidado.

El pasillo estaba despejado. Fue bajando lentamente las escaleras procurando disimular el bulto rígido de la metralleta bajo su improvisada túnica cada vez que se cruzaba con otros habitantes del hotel. Llegó a planta baja y continuó descendiendo hasta la cochera. Atisbó hacia el lugar del aparcamiento y vio, apoyados sobre el guardabarros lustroso de un Jaguar, a dos hombres en actitud de espera. Las guardias

ya estaban montadas. Volvió a subir hasta el salón de té. No debía abandonar los lugares más concurridos. Si debían matarlo evitarían hacerlo ante tanto público. Se sentó a una de las mesas, la única que quedaba libre ante la invasión de turistas que tomaban su cena. Esperó hasta divisar su mozo, el endeble nativo que «había olvidado» traerle el yogurt la vez aquella en que estaba esperando a Irene. Lo llamó con un imperceptible arquearse de sus cejas pobladas. El muchacho pronto estuvo junto a él.

—Mande.

—¿Has conducido alguna vez un Jaguar?

El rostro del muchacho fue una mezcla de incredulidad y duda.

—No, nunca.

—¿Te gustaría hacerlo?

—¡Claro que sí! Toda mi vida he soñado con hacerlo...

—Bien, te daré una oportunidad —sonrió Seller—, ve a la cochera y sácalo. Es un verde oscuro, descubierto. Tráemelo y aparca frente a la salida de los carros de golf.

El mexicano lo miró interrogativamente.

—No quisiera que me vieran. No saldré solo. ¿Me entiendes? —le aclaró Seller, cómplice.

—Ocurre que hay botones que se ocupan de entrar y sacar los coches... no sé si me dejarán hacerlo.

—No permitiré que nadie que no goce de mi confianza toque esa máquina. Es el único de mis coches por el que siento particular cariño. Será que lo veo tan endeble, tan frágil. Por otra parte... —el sirio midió al mozo con ojos sabios—... te veo pasta de bueno. Te he estudiado cuando sirves el desayuno. He visto en ti el pulso y la fibra que supe ver una vez en Bruce McLaren.

—Le agradezco... —se ensanchó el muchacho— pero es que no sé si me permitirán...

—Llama al maître.

—Oh no, no, déjelo por mi cuenta, señor. Enseguida se lo traigo.

El joven casi corrió hacia las cocheras en tanto Seller escudriñaba con su mirada el enorme recinto poblado de bulliciosa gente. Sin duda alguna lo estaban vigilando. Alguien, en alguna parte. Cortó una feta delgada de mantequilla y la dejó sobre el plato. La tomó luego entre sus dedos, y bajo la mesa lubricó prolijamente el mecanismo retráctil de la Uzi. De su bolso sacó una granada y la colocó parada junto al vaso con jugo de naranja. Si era que lo estaban controlando, que se fueran dando cuenta de que no sería fácil de roer. Se escuchó, entonces, una explosión ensordecedora. Todo el ambiente tembló y muchos vidrios de los ventanales se hicieron añicos. Rodaron copas y botellas por el suelo y tras unos instantes de silencioso estupor las mujeres comenzaron a chillar como marranos. Los mozos

procuraban restablecer la calma empujando a sus asientos a los más poseídos por el pánico y el maître llegó a golpear a un turista japonés con su bandeja.

—Ha sido un escape de gas, un escape de gas —tranquilizó el jefe de cocina a los más cercanos.

—Pareció venir de las cocheras —aventuró un sonrosado mastodonte alemán.

—Tal vez el reventón de un neumático —dijo una señora mientras sacaba con exquisito cuidado los trozos de vidrio que al desprenderse de sus anteojos habían caído en la compota de ciruelas.

Seller permaneció sentado, con el rostro ensombrecido.

—Una mina magnética —dedujo— conectada al arranque del coche. Pudo ser un juego de cabezales simples, con un trifásico invertido y unido al magneto. Habrá que buscar otra salida.

La gente volvía poco a poco a sus asientos comentando con animación. Controlado ya el temor retornaron a sus succulentas cenas. Algunos, más alocados, aplaudían. Dos hombres con mamelucos color naranja atravesaron discretamente el salón en dirección a la cocina. Llevaban sendas cajas de madera de donde sobresalían cables y herramientas. Uno de ellos, el más alto, portaba asimismo en bandolera un estuche blanco, de loneta, cilíndrico. Seller descorrió lentamente bajo la mesa el cerrojo de la Uzi.

Un estuche de esos sólo podía contener un rifle Weatherby 460 Magnum, desmontable con mira telescópica. Desde 2000 metros podían acertarle en el lagrimal de su ojo derecho. Y desde la pequeña tronera comunicante por la cual los cocineros alcanzaban los platos a los meseros podrían trazarle la raya del cabello sin siquiera chamuscarle la tapa de los sesos. La mira sería de rayos ultravioletas, seguramente, lo que les permitiría dispararle en la oscuridad, cuando apagaran todas las luces del salón para hacer más magnificente la entrada de los postres helados adornados con velas.

Un contingente de turistas japoneses pasó entonces frente a la mesa de Seller. Eran unos cuarenta, alarmantemente parecidos, con los pantalones ajustados sobre el esternón y todos rigurosamente munidos de sus cámaras fotográficas. Habían finalizado de cenar y abordarían un ómnibus que los llevaría a estremecerse ante la zambullida de los clavadistas nocturnos mexicanos. Seller no dudó. Venciendo la natural repulsión que sentía por los amarillos se entremezcló con ellos. Caminando entre los nipones que parloteaban con una serie ininterrumpida de ruiditos salió del salón. Había varias mujeres en el grupo y eran fácilmente identificables porque usaban faldas. Se encaminaron hacia el hall de salida. Seller no podía entender como no se le había ocurrido antes aquella idea. Treparía al ómnibus de excursión con los japoneses y ya encontraría luego la forma de largarse. Algo duro, frío y contundente se le depositó sobre la columna vertebral, poco más arriba de la cintura. No podía ser

menos que un calibre 44. Un disparo de ese tenor, a quemarropa, podía producirle un orificio de salida del tamaño de un *long-play*.

—Apártese del grupo y camine hacia su derecha, hacia conserjería —escuchó murmurar muy cerca de su oído Seller.

Vaciló un momento, mientras mecánicamente apartaba su mano del gatillo de la Uzi.

—Remember Pearl Harbour —escuchó agregar. Pidió cortésmente permiso a quienes lo rodeaban y comenzó a deslizarse hacia la derecha sintiendo siempre la opresión metálica en su cintura. El japonés más adelantado del grupo, un hombre que podía tener entre 24 y 73 años, se detuvo de pronto en la puerta del hotel y volviéndose, habló en voz alta a quienes lo seguían. Era el guía o el chofer, sin duda. Todos se detuvieron de pronto y Seller sintió como su custodio chocaba contra su propia espalda. Apreció por un instante cómo se torcía la pistola contra sus riñones quedando de costado. El codo del sirio partió hacia atrás como un elástico que se libera y dio en algo carnosos. Hubo un crujido. Con el mismo impulso, Seller arrolló a cuatro japonesitos que parecían kokeshis y se lanzó adentro de uno de los ascensores que se hallaba abierto. Golpeó de un puñetazo todos los botones mientras aparecía como por arte de magia en su mano izquierda la metralleta. Vio a través de las puertas automáticas que se cerraban, un revuelo de japoneses en el suelo, entreverados.

Una mano se coló entre las puertas del ascensor procurando aferrarlo de la túnica con un manotón furioso. Las puertas se cerraron totalmente atrapando el brazo incurioso. Se escuchó un grito sofocado del otro lado cuando el ascensor comenzó a elevarse. El brazo apresado intentó escurrirse por entre la apretada juntura de las hojas metálicas, antes de que el ascensor lo descalabrara. Sin dudar, Seller aplicó sobre la mano prisionera un tremendo culatazo con su metralleta. La mano triturada desapareció en la juntura como un mimo haciendo mutis entre los pliegues de un telón de fondo y quedó un manchón rojo sobre el metal aluminizado de las puertas. Seller debía planificar algo pronto. Viajaba encerrado en una caja metálica, no sabía aún en qué piso se detendría, ni quién lo esperaría cuando se abriesen las puertas nuevamente. Urdió un plan de emergencia. Abroquelarse en la terraza, había un solo acceso lo que lo hacía más fácil, comunicarse de alguna manera con Antonio, ordenarle que consiguiera un helicóptero y que lo recogiera sobrevolando el hotel. No era sencillo pero había salido de peores.

Sintió súbitamente como si alguien le hubiese golpeado el brazo izquierdo con un hierro candente. Un dolor lacerante y un empujón lo lanzó primero contra una de las paredes del elevador y luego al piso. En la pared lateral del ascensor se recortaban nítidos seis orificios oscuros. Escuchó entonces los disparos. Secos y apagados, como si tiraran desde adentro de un tarro. El brazo le colgaba inerte junto al cuerpo y el hueso le dolía como si lo estuviesen perforando con un tornillo al rojo. Seller se



mordió los labios, y siempre en el piso, palpó la herida. Salía sangre como para anegar el ascensor en pocos minutos. Otra descarga perforó las chapas del elevador destrozando con tremendo estrépito el espejo.

—¿Desde dónde tiran los bastardos? Esto se sigue moviendo —masculló el sirio acurrucado en el suelo. Escuchó órdenes a su derecha. Sin duda alguna, le estaban disparando desde el otro ascensor, subiendo también paralelo al suyo. Seller tenía un par de pisos de ventaja al comienzo, con seguridad, pero el otro elevador debía estar preparado para este tipo de persecuciones y en manos de cualquier eficiente ascensorista podía descontar esa ventaja y darle alcance. Los numeritos luminosos que se encendían alternativamente sobre la puerta indicaron a Seller que superaban ya el piso 14, antes de estallar en mil pedazos y quedar los cables chisporroteando en el aire, al ser alcanzados por otra tremenda descarga.

En ese instante el ascensor se detuvo y las puertas se abrieron. Sin esperar Seller saltó afuera de aquel catafalco metálico ya maltrecho y humeante. No había nadie al parecer en aquel piso y corrió por el pasillo desierto. Se encontró frente a una puerta de batientes y se lanzó a través de ella. Se apoyó contra la pared, junto a la puerta y retomó aire, aspirando profundamente, reteniendo la respiración durante siete segundos y luego expirando con fuerza por la boca. La dificultad era que no podía contar hasta siete. Comprendió que su cerebro se le nublabá al llegar a cinco y le costaba mucho recordar los números subsiguientes.

Abrió los ojos y recorrió con su vista el recinto. Estaba en un acuario y él se desangraba. A lo largo de las paredes del enorme salón se hallaban empotradas vastas peceras conteniendo todo tipo de habitantes marinos. Varias mesas, dispuestas cada dos metros y paralelas en la franja central del acuario, también sostenían grandes cubos vidriados llenos de agua y peces. Las mesas finales mostraban una alucinante variedad de caracolas, valvas, conchas, caparazones de tortugas y estrellas de mar dispuestas sobre un fieltro azul oscuro. No había nadie en el acuario, pero Seller sentía cómo a través de los gruesos cristales, cientos de ojos curiosos, lo miraban con atención. Ojos miopes de axolotes milenarios, ojos saltones y fijos de inflados peces erizos, ojos duros y censores de peces cofre u ostración quadricornis. Desde el fondo le llegó la mirada oscura de una manta raya que ondulaba, alucinante, en su pecera. Recepcionó la mirada múltiple y tenaz de unos quinientos diminutos «Luchadores de Siam» rojos como demonios. Sintió clavarse en él la visión estrábica de un *Amphiprion Percula* de ojos con movilidad independiente y recordó a Álvarez. Volvió a mirar la manta raya que se agitaba morosamente como queriendo abrigarlo y pensó en su anciana madre, allá, en los Montes Marayani. Sintió frío. Se tocó la herida. Había dejado seguramente un reguero de sangre. La idea lo sobresaltó y recorrió con su vista el acuario tratando de constatar si había algún tiburón. No lo había. Miró por el ojo de buey que hacía las veces de ventana en la puerta que daba al

corredor. No venía nadie aún. Una puntada electrizante lo paralizó sacudiéndole el cuerpo desde la herida hasta las inmediaciones de las rodillas. Debía hacer algo, y pronto, para contener la hemorragia. Sentía que la cabeza se le volatilizaba y por momentos todo se nublaba a su alrededor. Caminó hasta una de las mesas y tomó con esfuerzo en su mano derecha la pesada caparazón de una tortuga. Se paró frente a la pecera de las anguilas y arrojando con violencia la caparazón contra el vidrio, lo pulverizó. Una catarata de agua le mojó las piernas y tres repulsivas anguilas de unos dos metros de largo y cuatro centímetros de diámetro cayeron a sus pies, resbalando y retorciéndose sobre el mojado piso de mosaicos. Seller se arrodilló y con un pavoroso golpe karateca aplicado con el filo de su mano derecha, desnucó a la más nerviosa. La sangre le resbalaba por el otro brazo y se diluía en el charco de agua caída desde la pecera rota. Escuchó un chapoteo y vio en una de las peceras vecinas, una docena de voraces pirañas golpeando furiosas contra los cristales, totalmente alteradas ante el espectáculo de la sangre. Seller tomó las otras dos anguilas dispuesto a no dejarlas morir inútilmente. Tenía un secular respeto por la vida en cualquiera de sus manifestaciones, que le venía desde su más tierna infancia. Las arrojó en la pecera de las pirañas. Luego apresó por la cola el cuerpo agonizante de la anguila desnucada. Una descarga eléctrica por poco lo desvanece. Sintió como si le estallara un relámpago en la base de la nariz y recorrió su cuerpo un estremecimiento funesto. Había elegido involuntariamente una anguila eléctrica y para colmo estaba parado sobre piso mojado. Pero no podía esperar. Tomó de su bolso la radio portátil y le quitó la tapa posterior, arrancó la bobina y desenroscó el alambre. Anudó un extremo del mismo en su dedo meñique y el otro extremo lo enroscó en la base de un grifo pequeño que sobresalía bajo una de las peceras, en la pared. Ese sencillo sistema haría las veces de descarga a tierra controlando las emanaciones energéticas de la anguila. Luego tomó al pez moribundo, lo pasó bajo su brazo herido, casi junto a la axila y sosteniendo la cola con sus dientes lo anudó fuertemente sobre el orificio del balazo consiguiendo un ajustado torniquete. La hemorragia cesó. Seller desprendió entonces el alambre que le servía de descarga a tierra. En uno de los últimos estertores la anguila descargó de nuevo su fluido, lo que colaboró, en buena dosis, a cauterizar la herida. Cuando la pobre bestia murió, el brazo de Seller ya no sangraba.

—¿Estás mejor? —escuchó el sirio a sus espaldas.

Se volvió girando en el aire como un gato. Frente a él, relajado, apoyado contra la pecera de las rémoras tropicales se hallaba cruzado de brazos un hombre alto, moreno marcadamente narigón. Tenía unos 40 años y bajo la tela liviana de su camiseta se adivinaban las protuberancias inquietas de los músculos. Estaba quieto, laxo, pero irradiaba una sensación de potencia física como puede irradiarla un leopardo dormido.

—¿Cómo estás, Valois? —dijo Seller con una sonrisa sorprendida. Estiró la mano

pero de inmediato la retrajo al ver la mano derecha del otro envuelta en una toalla manchada de sangre. Los dos hombres se miraron por unos instantes, divertidos, parados uno frente al otro.

—¿Cuánto hace que no nos veíamos, Best? ¿Fue en Phnom Penh?

—No... no... no estuve en Phnom Penh, o estuve de paso. Fue en Rangoon, tú estabas con un italiano, creo.

—¡Eso! Fue en Rangoon, claro, ahora me acuerdo...

—¿Te acuerdas? Estabas con un italiano.

—Sí, con Renzo, hará siete años.

—Renzo, sí, Renzo, hará siete años.

—Renzo, sí, Renzo. ¿Cómo era que le decías?

—«Il Testone».

Los dos rieron.

—Claro, «Il Testone», «Il Testone». Es cierto. Es raro, pero no me acordaba de él. ¿Siete años decías? —dudó Seller.

—Más o menos, yo llegaba de Sidi Bel Abbas. Seis, siete años.

—Más.

—¿Más?

—Más.

—Puede ser. Pero no pueden ser más de ocho años, Best. Tú trabajabas para los Khmer Rojos.

—¿Para los Khmer o para los Meos?

—Para los Khmer, estaba también aquel negro norteamericano, grandote...

—¿Negro norteamericano, grandote?

—Aquél, ese que era experto en explosivos. Ah —insistió Valois—. ¡Diablos! Nunca vi nada igual...

—Negro, norteamericano... grandote —Seller se oprimió la punta de la nariz.

—Claro, hombre, recuerdo que lo vi reconstruir una granada luego de haber estallado y dejarla prácticamente nueva. Recuperó las esquirlas y las unió con pegamento de aeromodelismo.

—¡Ah, claro! ¡Sí! Ahora sí, Barry tú dices, Barry.

—Ése —se alegró Valois—, ése mismo. Barry. Una maravilla de tipo. Nunca vi nada igual. ¿Qué fue de la vida de Barry?

—Lo mataron los guerrilleros Hos en Luang Prabang. Una emboscada.

—Una pena.

—Sí, una pena. Y Renzo, ¿qué fue de él?

—Mira, no puedo darte datos concretos. Luego de Rangoon fuimos a Zambia, allí nos separamos. No lo volví a ver, pero hace unos meses leí la noticia del golpe del Baader-Meinhof en el avión de la TAP, ¿te enteraste? Bien, y entre la lista de muertos

figuraba un Alain Capellari. Es muy probable que sea Renzo. Capellari era el apellido de su madre y Alain siempre fue un nombre que le gustó. Lo usó cuando dimos el golpe aquel en el oleoducto de El Obeid. Siempre decía que era francés. Negaba ser italiano.

—Y tú, ¿cómo llegaste acá? —Seller se apoyó contra una de las mesas donde se desplegaban las especies más extrañas de caracolas.

—Estuve primero en Brasil, donde llevé a uno de los muchachos que tienen problemas con «Odesa». Y allí me contactó don Antonio Álvarez para este trabajo. Yo no tenía intención de tomarlo. Conocí una negra en Bahía que tú deberías verla, Best, es tu tipo.

—¿Y por qué viniste?

—Quería verte. Cuando me dijeron que debía eliminarte, no lo pensé dos veces.

—Es cierto. Yo también me alegro mucho de verte. No he hecho muchos amigos en esta profesión.

—Tú sabes que no soy muy proclive a ensalzar a nadie, Best...

—Lo sé, por supuesto.

—... pero por ti siempre sentí un muy particular respeto. En serio.

—Es que creo que siempre trabajamos muy bien juntos...

—No. No es sólo eso, Best. Yo he trabajado con muy buenos profesionales. He trabajado con Pallocka, el húngaro. Con Hans Mayer...

—¡Hans Mayer!

—Sí, Hans Mayer. Con McGregor, el irlandés, pobrecito, que lo mataron en Belfast. He trabajado con gente muy seria. Pero con ninguna me sentí más seguro y respaldado como contigo, te lo aseguro.

Seller bajó un momento la cabeza, confuso. No estaba acostumbrado a los elogios. De paso observó disimuladamente a su alrededor. La Uzi brillaba por su ausencia.

—Por eso no podía rechazar este trabajo, Best. Es una especie de honor para mí.

—Gracias, Valois —Seller recorrió con sus ojos el cuerpo del francés.

Pretender destruirlo a mano limpia equivalía a intentar detener un tanque «Tiger» arrojándole una naranja podrida. Había visto a Valois derribar un álamo joven de un puntapié, le había visto doblar el cargador de un Kalashnikov con los dientes y arrancar dos dedos de la mano de un vasco separatista en una pulseada.

—¿Por qué no me disparaste cuando salté dentro del ascensor? —preguntó Seller señalando con su mentón el ensangrentado bollo que envolvía la mano derecha de Valois.

—No podía hacerlo por la espalda, Best. Además, no habíamos prácticamente tenido tiempo de charlar nada.

—Es cierto. Pero casi te cuesta una mano.

—Una pavada —rió Valois.

—Te confieso... —Seller hizo un gesto de pasajero dolor cuando se acomodó contra la mesa donde estaba semisentado. Le dolía aún la herida—... que es preferible terminar así. A manos de un amigo. Y de alguien que uno sabe que hará las cosas bien.

—Mira, eso es cierto —asintió Valois—... a Cono Capurro, ¿lo recuerdas?...

—Sí, lo recuerdo...

—A Cono lo hirieron en el vientre cuando huíamos luego de destrozar una aldea de guerrilleros en Angola. No podíamos dejar heridos. Yo estaba por terminarlo cuando Mobanzo, un rodhesiano, me pidió hacerlo. Era inexperto y necesitaba práctica. Le puso una granada en la boca a «Cono» y tiró de la anilla. «Cono» tenía dentadura postiza, el tirón se la arrancó y Mobanzo se quedó con la granada y la dentadura en la mano. Le voló la mano. Una muela de «Cono» además, le sacó un ojo. Por otra parte «Cono» quedó vivo y los guerrilleros lo despellejaron...

—Por falta de capacidad.

—Por falta de capacidad, tú lo has dicho. Si lo hubiese hecho yo... yo sabía que «Cono» tenía dentadura postiza, pues lo veía comer sólo crema de espárragos o mandioca pisada. Antes de entrar en combate, además, se sacaba la dentadura y la guardaba en un escapulario que llevaba colgado al cuello y que le había regalado su novia de Extremadura.

—La Nati.

—La Nati, eso. ¡Cómo te acuerdas! —se emocionó Valois. La mano derecha de Seller, en tanto hablaban había tanteado hacia atrás sobre la mesa hasta dar con lo buscado. Un caparazón de caracol cornudo de las Aleutas, una hermosa y enorme concha brillante y dura como el granito erizada con fuertes puntas calcáreas. Sin mirar, dio vuelta la caracola que medía unos 25 centímetros en su base, e introdujo allí la mano por la pulida curva que se perdía en la oscuridad interior, la antigua guarida del gasterópodo. Su puño calzó perfectamente en la cavidad y quedó recubierto por aquella formidable manopla natural. Seller la ocultaba a Valois con su propio cuerpo.

—Todo esto que me has contado, Valois, es muy lindo. Para mí es muy lindo y tú sabes muy bien que no soy amigo de sensiblerías...

—Oh, Best, por favor. ¡Ni lo digas!

—Pero antes de que termines tu trabajo, quisiera darte un apretón de manos, simplemente.

Valois lo miró, por un instante sus ojos se tornaron suspicaces.

—No podrá ser la mano derecha, Best —dijo, levantando esa mano envuelta en el trapo ensangrentado.

—Que sea la izquierda entonces. No seamos tan estrictos.

—Ni formales —completó Valois, notoriamente conmovido adelantándose hacia Seller. Ambas manos izquierdas no llegaron a tocarse. El puño derecho del sirio, entonces, recubierto por su manopla de caracola estalló contra el rostro de Valois. Se escuchó un retumbo ominoso, un chasquido sordo como cuando se pisa un manojo de cañas de azúcar, en el momento en que el ariete cornudo de Seller reventó el maxilar superior, pulverizó el temporal y astilló hasta la minucia el parietal de Valois. La cara del francés se convirtió en una pulpa roja, retorcida, mientras el periestafilino interno y los músculos faríngeos saltaban a la superficie arrastrando una melaza espesa y delicuescente donde llegaban adheridos los restos triturados del hueso esfenoides. Valois estaba muerto antes de llegar al suelo.

Seller lo miró un segundo con atención mientras se sacaba la caracola de la mano y articulaba sus dedos algo contracturados por el impacto.

—No se puede ser un sentimental en esto, Valois —murmuró Seller—. Es un error.

Luego dejó con cuidado la caracola sobre la mesa y salió del acuario. Lo había invadido un pesado cansancio y una indiferencia total lo poseía. La muerte de Valois, quizás, el recuerdo de los bravos camaradas caídos en lugares tan distantes del globo, habían removido dentro del turbio caldero de sus pensamientos la duda sobre el real sentido de su vida y su trabajo. Llamó el ascensor sin siquiera fijarse si algún peligro lo acechaba. Después de todo, Acapulco entero estaba infestado de hombres de Victorio Álvarez dispuestos a matarlo. Seller no los conocía. No los odiaba ni los quería. Casi podía decirse que le daba igual matarlos o no antes de que lo eliminaran. Y tenía la certeza de que así lo harían tarde o temprano. Tal vez no valía prolongar la cosa. Desde muy joven, casi un niño, Seller se había jurado no morir en la silenciosa asepsia de un sanatorio, convicción acendrada en él desde aquella vez en que estuvo dos días internado atacado de rubeola. El ascensor se detuvo y se abrieron sus puertas. Adentro, un joven ascensorista cobrizo de rasgos delicados lo miró con atención, reparando especialmente en la grisácea anguila que colgaba exánime del brazo de Seller.

—La anudé allí —explicó someramente el sirio— porque no debo olvidarme de algo...

El gesto de desagrado y repulsión en la cara del muchacho indicaron que había estudiado también la herida de Seller. Tenía feo aspecto ahora, seca. Parecía una tortilleta de patatas y carne picada a tres días de estar dentro de una nevera.

—Abajo —indicó Seller apoyándose contra el espejo. Una gran paz interior lo empapó dulcemente. No sabía qué iba a hacer al llegar al piso inferior ni tampoco le importaba.

—Hay hombres armados allí abajo —dijo el ascensorista sin volverse—. Están frente a la puerta del ascensor. Son muchos. ¿Desea descender allí, o lo dejo en el

salón de té?

Seller no contestó. Tenía los ojos entrecerrados. Al abrirse las puertas del ascensor todo sería rápido. Se detuvieron con un sonido muelle. Escuchó como las planchas de metal se desplazaban:

—Por acá —oyó decirle al muchacho mexicano. Abrió los ojos. Con un enérgico ademán de su cabeza tocada por el gorrito cilíndrico de su uniforme, el mexicano le indicó un enorme recinto oscuro y frío. Un subsuelo, sin duda. El tercero o el cuarto. El sirio pareció desentumecerse. La curiosidad le corrió por el cuerpo y volvió a sentir la necesidad de vivir. Siguió al muchacho por la estancia desierta. Junto a una pared había gran cantidad de tambores enormes y cajones sin abrir. Parecía el depósito del hotel. Junto al comienzo de una rampa ascendente se hallaba un Dutson Toyota negro. El muchacho subió al coche y Seller lo siguió, arrojando su bolso de viaje al asiento trasero.

Ahora lamentaba no haber recuperado su metralleta Uzi. Había sido un rasgo de debilidad impropio de un egresado de Damón Sagar.

El coche conducido por el muchacho mexicano ascendió por la rampa con un ronroneo, saltando al llegar a un pasillo ya horizontal y aún oscuro. Por allí corrieron un minuto hacia un rectángulo de luz en el final. Con un rugido salieron al aire libre y el rotundo sol de la mañana encegueció a Seller haciéndole apretar los párpados. Escuchó como el coche rechinaba sobre arena crujiente, viraba derrapando y trituraba las pequeñas piedritas de la playa con un ruido masticatorio. Cuando abrió los ojos corrían a velocidad intranquilizante por una carretera que bordeaba el mar. Seller sonrió. Miró hacia atrás y el hotel era apenas un promontorio tras las dunas.

—¿Adónde vamos? —preguntó al muchacho. Éste no contestó nada. Seller bajó el vidrio de su ventanilla. Anhelaba sentir el olor de la marisma en esa hora de la mañana. El viento, con un estimulante perfume a centolla pútrida, le hirió el olfato y asimismo voló el gorro del casi adolescente chofer. Seller lo miró, entonces, sorprendido. El muchacho en realidad era una muchacha, su largo pelo negro ondulaba ante el viento que penetraba por la ventanilla. No pareció la joven alterarse por lo ocurrido. Sólo aumentó a 197 kilómetros por hora la velocidad del coche. Aquello cada vez le gustaba más al sirio. Volvió a sonreír, práctica que no le era habitual y miró a sus espaldas para comprobar si el odiado hotel había desaparecido por completo. Los cabellos de la nuca se le erizaron entonces. Una luz intensa, una suerte de reflejo incandescente flotaba en el cielo, a lo lejos. Era sólo un punto oscuro orlado de un halo de fuego que modificaba levemente su altitud segundo a segundo.

—¡Un Sam 17! —alertó el sirio. La muchacha miró por el espejo retrovisor y apretó las mandíbulas.

—¡Es un proyectil aire-aire! ¡Lo venden a cualquiera en París! ¡Lo sirven con el ajenjo en las «caves» del Barrio Latino! —explicó atropelladamente Seller.

Un Ínfimo vistazo le había bastado para individualizar las características del proyectil balístico. Miles de veces lo había estudiado de frente y perfil en las cartillas de siluetas de misiles, incluso había llevado uno, disimulado en el estuche de una máquina manual de tejer, desde Brescia a Munich, en tren. Volvió a mirar hacia atrás. Generalmente aquellos proyectiles perseguían, como perros en celo, el calor despedido por la estela térmica de los aviones. En este caso estaría adaptado a rastrear hasta la aniquilación, el tufo calenturiento de un caño de escape.

—¡Dobla, dobla donde puedas! —ordenó Seller a la muchacha que de tanto en tanto miraba con ojos espantados por el espejo. Sobre su labio superior se acumulaban pequeñas gotas de transpiración. El coche giró bruscamente hacia la izquierda y lanzando un torrente de granza, tosca y turba tomó un estrecho sendero que se internaba en una zona chata, de vegetación achaparrada y espinosa. Seller miró hacia atrás. El punto de luz se hacía más grande. El Toyota trepó ávidamente una pequeña cuesta y se abalanzó luego en pendiente tras pegar un salto que pareció no terminar nunca.

—¡Apaga el motor ahora! —gritó Seller.

—¿Está loco? —se desesperó la muchacha en tanto procuraba no perder el dominio del volante cuando el coche tocó tierra rebotando como un saltamontes.

—¡Apágalo, sigue nuestro calor! —La mujer quitó el contacto y continuaron a gran velocidad cuesta abajo. Atrás, aún lejos el punto oscuro se convirtió por instantes en una rayita seguida por una estela de luz y de inmediato tornó a convertirse en un punto.

—Sigue con nosotros el bastardo, ¡no es el calor lo que lo guía! —maldijo absorto Seller.

Sin esperar órdenes, la mujer encendió nuevamente el motor del coche que saltó hacia adelante como un resorte. Dos cosas podían motivar entonces a ese letal cilindro con cabezal explosivo, dedujo Seller: el áspero olor de la gasolina o el color negro del automóvil.

—¡Ponle el cebador, ponle el cebador! —gritó el sirio de inmediato. Una mayor afluencia de gasolina en el motor del coche originaría un espacio aéreo saturado por las emanaciones del combustible. Aquello podría confundir la memoria olfativa del Sam 17 haciéndole creer que se hallaba más cerca de su blanco de lo que en realidad estaba. Bajaría su trompa entonces dispuesto a aplicar el cabezazo final y tal vez se hiciese polvo contra alguna duna, algún montículo o contra la desmañada copa de cualquier olivo de los que por allí proliferaban. El auto corcoveó, ahogado, y un sonido gutural le llegó al sirio desde bajo el capot. El olor a gasolina lo sofocó. Atrás, ya no tan lejos, el Sam 17 era un círculo perfecto y decidido en el cual se vislumbraban a pesar del resplandor, los remaches de las juntas y los dos timones direccionales, en la parte trasera.



—¡Mierda! —escupió Seller—. ¡No es eso tampoco!

Si la memoria automática del proyectil estaba fijada en el color negro del coche, aquello no tenía arreglo. Podían intentar reducir la velocidad y arrojar el vehículo pero antes de que llegasen a disminuir lo suficiente la marcha como para poder lanzarse a la carretera sin el seguro riesgo de desnucarse, el Sam 17 estallaría sobre ellos convirtiéndolos en fragmentos no mayores que limaduras de acero. Los misiles programados para perseguir el color negro estaban siendo perfeccionados en Seattle en procura de proveer a la policía de New York de un elemento contundente con el cual adentrarse en las calles de Harlem. Ian Smith los había empleado con singular éxito en Rhodesia.

El cerebro de Seller parecía estar al rojo vivo buscando una solución salvadora. Sus ojos de cernícalo estaban fijos en el misil que se agrandaba a simple vista. De un manotazo tomó su bolso de viaje. Tras rebuscar frenéticamente en su interior sacó una pequeña máquina calculadora. Quizás con un elemental empleo de logaritmos y cifras binarios pudiese determinar hasta qué momento podían reducir la velocidad antes de que aquel azote alado, cual Némesis vengadora, los aniquilara. Seller se detuvo a observar, no obstante la premura del caso, unas pequeñas gotitas que perlaban el dorso de la mano en que sostenía la minicalculadora.

—¿Qué hace? ¿Qué hace? —urgió la muchacha, que en un último vistazo por el espejo retrovisor había casi sentido un fétido aliento cálido sobre la nuca. El sirio no contestó. Olfateó profundamente aquellas gotas atrapadas entre los viriles vellos de su mano.

—Desodorante —dictaminó extrañado. Casi con pánico comenzó a revolver dentro del bolso hasta que dio con el vaporizador que contenía su desodorante predilecto: «Sombra de Plancton». Estaba destapado.

—¡Esto es! —estalló Seller—. ¡Esto es! Con razón minaron la puerta de mi guardarropas pero dejaron afuera el bolso. Antes de lanzar el misil, le han rociado el cabezal y su memoria de computación con el aroma de este desodorante... —El sirio inclinó la cabeza hacia el hombro izquierdo y aspiró. Bajo el denso y asfixiante tufo pestilente que brotaba de su cicatrizada herida, más allá del hedor espantoso que despedía el bamboleante cadáver de la anguila anudada, flotaba dentro del coche el aroma del desodorante que él mismo albergaba en sus axilas... el olor a la anguila ha encapsulado en parte la llamada del desodorante, eso ha hecho hasta ahora que el Sam 17 no nos haya alcanzado... —Seller quedó un momento pensativo, con el envase atomizador en alto, como divertido o asombrado por lo infernal del operativo.

—¿Qué hace ahora? ¿Qué hace?... —urgió la muchacha casi en sollozos. Con la mano derecha tapaba el espejo retrovisor para evitar el reflejo enceguecedor que allí mismo, a escasos 15 metros tras el paragolpes trasero del Toyota despedía el proyectil balístico como un dragón mitológico. El coche zigzagueó cuatro o cinco veces con la

loca desesperación de un conejo perseguido por un cheeta. Seller sacó la mano derecha por la ventanilla y oprimiendo el botón superior del desodorante comenzó a dejar una aguachenta estela aromática. Atrás el Sam 17 pareció encabritarse y saltar hacia adelante. Fue entonces cuando Seller arrojó el envase con todas sus fuerzas hacia el costado del camino. Apenas tocó el piso, antes del primer rebote, un fantasma fulmíneo, un lanzazo blanco cayó como un rayo sobre él y hubo una explosión aterradora. El Toyota se balanceó como atrapado por un viento huracanado, todos los vidrios reventaron y esparcieron sobre Seller y la muchacha una garúa de cristales. Las cubiertas gimieron lúgubrementemente sobre la tierra levantada y por un instante pareció que el coche volcaría. Rebotaron seis o siete veces entre las zarzas y pencas destruyendo gran parte de la vegetación regional en tanto el cielo se tornaba un retorcijón enrojecido y humeante. Dos kilómetros más allá se detuvieron. Sin bajarse sabían que tres de las cuatro ruedas estaban destruidas. Miraron hacia atrás y pudieron divisar en el suelo, entre el humo y los fragmentos de cactáceas que continuaban cayendo como una lluvia alucinante, un hoyo de unos catorce metros de diámetro.

—Ahí podíamos estar nosotros —sentenció la muchacha.

—No se deben acercar los envases vaporizadores al fuego —recitó Seller.

—Sus amigos son gente de dinero —dijo ella.

—De dinero y talento. Por el talento han hecho el dinero —corrigió el sirio con cierto respeto.

La joven lo miraba sin soltar el volante mientras se depositaba sobre ellos una cerrada nube de polvo. Tenía unos hermosos ojos del color que toma el cobre al ser golpeado.

Seller la contempló con interés y cierta lascivia. La excitación del peligro siempre lo acercaba a las carnales urgencias del sexo. Se había hecho el silencio en torno al auto detenido en medio de una ríspida y semiárida planicie profusamente cubierta de matorrales despreciables. La joven no pareció reparar en el concupiscente brillo que bailoteaba en los ojos del sirio. Abrió la puerta de su lado tras un corto forcejeo. Toda la carrocería estaba muy golpeada.

—Veamos cómo podemos seguir andando. No conviene quedarnos acá. Estamos muy al descubierto —recomendó al sirio, que también ya abandonaba su asiento.

—Es cierto —admitió Seller echando una ojeada en derredor, sobre la desértica zona y la fina franja del camino que muy lejos relucía al sol.

—¿Cómo te llamas? —preguntó abruptamente Seller a la muchacha, que con cortos puntapiés golpeaba una de las gomas totalmente destrozada.

—María —dijo ella—. ¿Cómo podremos arreglar esto?

—Creo que es hora de que nos presentemos. Me intriga un poco todo este asunto —insistió el sirio—. ¿Sabes quién soy yo?

—No. No lo sé.

—¿No lo sabes?

—No. Ni siquiera sé de qué se ocupa.

—Tranquílizo ninfómanas. Ese es mi trabajo habitual.

—Ah —se sonrió María. Se restregó las manos sacudiendo una nube de polvo.

—¿Quién te dijo, entonces, que me sacaras del hotel?

—Ahora le explico... ¿puede fijarse antes si no está roto el tanque de nafta?

Seller la contempló fijamente. Se inclinó luego observando bajo el coche.

—Está algo golpeado... —alcanzó a decir. El cachiporrazo le dio en la base de la nuca, no con mucha fuerza, pero sí la suficiente como para que cayera mordiendo el polvo, ya sin conciencia.

## Capítulo 4

Lo primero que vio al abrir los ojos fue un cielorraso blanco. Se hallaba acostado sobre una camilla y le dolía mucho la nuca. Trató de reincorporarse y experimentó un agudo tirón en la ingle. Comprendió que sólo estaba vestido con un exiguo slip violáceo con inscripciones que decían «Kiss me» estampadas en tono rosa. No recordaba tener una prenda de características tan poco viriles en su vestuario. Observó a su alrededor y pudo comprobar que se hallaba en una habitación no muy grande, de mobiliario sobrio pero agradable. A su derecha, sentada, había una mujer de piel cobriza limándose prolijamente las uñas. No podía verle el rostro, pues no lo miraba.

—¿Está usted bien? —preguntó la mujer sin levantar la vista y con voz tranquila. Seller procuró nuevamente incorporarse pero el agudo dolor de cabeza hizo que volviera a dejarse caer sobre el camastro.

—¿Dónde estoy? —preguntó—. Han abusado de mí. Han hecho uso de mi cuerpo.

—Quédese tranquilo. Está usted seguro.

—Sí, pero han abusado de mí. Lo sé.

La mujer dejó finalmente la pequeña lima sobre una mesita, a su lado. Observó con ojos conocedores sus uñas y dijo:

—Somos del Ejército de Liberación Femenina.

Seller frunció el ceño un instante, luego su risotada sacudió levemente las cortinas floreadas.

—¿Ejército de Liberación Femenina? No habla usted en serio.

La mujer calló, tenía una expresión de paciencia profesional.

—Ejército de Liberación Femenina —repitió Seller algo más convencido—. ¿Y me ha dejado usted a merced de su soldadesca?

—¿Por qué lo dice?

—Porque conozco lo que se siente después de hacer el amor con más de una mujer. No crea que es la primera vez que me ocurre. He participado de orgías donde había muchísimas más mujeres que hombres. Incluso muchas más mujeres que perros y burros, en Taipei. He estado en camas cooperativas patrocinadas por firmas de preservativos que premiaban la duración y la eficacia. Firmas integrantes de los más importantes consorcios cauchíferos del mundo que no se iban a desprestigiar con tonterías...

Seller calló, temiendo con un prurito de puritanismo haber ido demasiado lejos en su descripción.

La mujer simplemente lo miraba.

—Tengo referencias tuyas, señor Seller, pero ninguna habla de esta obsesividad

sobre su virtud.

—Sabrá entonces que he peleado en muchas latitudes, señora. Pero nunca intervine en los desmanes de la soldadesca. Y ustedes se han aprovechado de mí, usufructuando mi momentánea pérdida de conocimiento. No rehúso el contacto con mujeres, usted lo sabe. Pero a su debido tiempo, bajo mi consentimiento y si es posible, no en inferioridad numérica.

—Me está cansando, señor Seller. Creo que aún no está muy lúcido luego del golpe —resopló la mujer arqueando las cejas.

—¿Es usted turca? —se incorporó el sirio sobre sus codos.

—Así es.

—Me parecía. Al principio no lograba precisar su acento, pero, claro, es usted turca. ¿De Ankara?

—No. De Sansun.

—¿Sobre el Mar Negro?

—Ahá.

—¿Recuerda a Lawrence, a Lawrence de Arabia? —preguntó Seller—. ¿Recuerda lo que le hicieron los turcos? ¿Lo recuerda?

—Ha terminado de cansarme, señor Seller. Deberá escucharme ahora.

—Sólo diré mi número de matrícula y grado.

—No se lo he pedido.

—Se lo diré.

La mujer se volvió hacia unos estantes visibles a sus espaldas y tomó un voluminoso cartapacio. Lo puso sobre sus rodillas. Hizo correr las primeras páginas.

—Best Hama Seller, nacido el 26 de noviembre de 1934 en El Dera, sobre el Halab, Montes Marayani —comenzó—. Su padre, Bolu Seller y su madre Vilcea Al Molagh. Estudios primarios en Es-Soueida... —pasó lentamente algunas otras hojas — tuvo un perro pastor, Mulash, muerto en un derrumbe... cruzado con una perra dinga de nombre desconocido. Padre de cinco cachorros...

Seller escuchaba con atención, observando el cielorraso, algo tenso.

—Egresado con distinciones jerárquicas del campamento de Damón Sagar... — continuó la mujer—... esquirra de una granada en Zambia, en un riñón...

—En un pulmón —corrigió el sirio—. ¿No ve cómo respiro, con dificultad?

—... Asalariado a las órdenes de Abdel Najdt... en fin... como verá...

—Lo saben todo de mí.

—Casi todo.

—¿Saben de aquella muchacha egipcia que conocí en Addis Abeba?

—Si no está aquí no debe ser importante.

—Deberían saberlo... ¡Rayos! ¡Qué mujer!

—No debe ser importante.

—Lo dice usted por celos.

—Señor Seller...

—¿Le he dicho de lo mal que me caen los turcos?

—Me lo ha insinuado.

—Desde aquel asunto con Lawrence. Nunca lo digerí.

—Señor Seller...

—¿Cuántos ejemplares editarán de ese libro?

—¿Qué libro?

—El que me acaba de leer, sobre mi vida...

—Es un simple informe que el Departamento de Datos y Personas me ha alcanzado. No podemos arriesgarnos con usted.

Seller tornó a reincorporarse.

—Sería buen momento para que me explicara un poco todo esto. ¿Dónde estoy? ¿Quién es usted? Una joven automovilista disfrazada de conductor de ascensores me saca del hotel Prince Malibú. Luego me golpea con una cachiporra. Me despierto con toda la sensación de que han abusado de mi cuerpo... —Seller iba perdiendo la cordura a medida que se adentraba en el racconto—... en una habitación anónima, con una mujer desconocida. ¿Debo interpretar que me encuentro en un hotel de citas?

—Las preguntas las hago yo, señor Seller —la voz de la mujer, siempre calma, tenía ahora la dureza de un cilicio. Esta reconvención erizó al sirio, que se irguió con ímpetu, pero un tremendo dolor de cabeza que lo tiñó de púrpura y una debilidad extrema lo tendieron nuevamente sobre la camilla, empapado en sudor.

—Su vida, señor Seller —puntualizó la gélida mujer—, no vale en estos momentos absolutamente nada. Nada. Usted lo sabe. ¿Lo sabe?

Seller quedó en silencio, aprobando. Se mordió los labios.

—Si nosotras lo dejamos cinco minutos en el centro de Acapulco, es usted hombre muerto. Si de casualidad llegase a escapar de los hombres de Álvarez, la gente de Najdt lo eliminaría como a un perro, estuviese donde estuviese.

—¿Cómo se enteró de todo esto?

—El teniente Vargas nos informó.

—¿El teniente Vargas?

—Su nombre de guerra es Irene.

Seller aspiró hondo con un sonido de desagüe cloacal. Se oprimió la punta de su nariz de caprichosa curva con los dedos de la mano derecha.

—Buen elemento —dijo—. Deberían ascenderla. Excelente. ¿Pertenece a las fuerzas de choque?

—No. A Inteligencia.

—En el cuerpo a cuerpo es tremenda. Una luz en los golpes de mano.

Ambos quedaron en silencio.

—Tenemos...

—¿Quién le dijo lo de Najdt? —interrumpió Seller.

—Ernie Piterson.

—¿Ernie?... ¿Cómo es que está en contacto con ustedes?

—Es homosexual. De izquierda.

Seller, habituado a todo tipo de sorpresas y a los avatares y reverses más perversos, no pudo evitar el dilatamiento casi felino de sus pupilas.

—¿Ernie? ¡Mierda! Vaya, nunca lo hubiese sospechado. De Najdt lo sabía. De Mel, de Bahr el Azraq incluso. Con razón... con razón ese empeño en acompañarme al baño siempre con la excusa de charlar en privado.

—Muchos homosexuales trabajan para nosotras. Son nuestra quinta columna.

—Un ejército despreciable el que usted integra, señora. Perdóneme que sea tan franco. Mujeres y pederastas.

—Tenemos una propuesta que hacerle, señor Seller —continuó la mujer, ajena al agravio—. Usted es hombre muerto y lo sabe. El ELF se ofrece...

—¿El qué?

—El Ejército de Liberación Femenina se ofrece a pagar íntegramente la deuda que usted ha contraído, señor Seller.

Ahora sí, más fortalecido o más interesado, el sirio se incorporó hasta quedar en la posición de loto. Miró a la mujer con sus ojos de cernícalo.

—¿No abusan de sus instintos maternos, señora? ¿No se dejan llevar por sus ancestrales impulsos de protección?

—Obviamente que no sería gratis, señor Seller.

—¿Le he dicho qué pienso de los turcos?

—Tendríamos una tarea para encomendarle.

—Adelante. Pero no se aproveche usted de que soy incapaz de decirle «no» a una mujer bonita.

—Bien.

—No sería éste el caso.

—¿Ha sentido usted hablar de «La Ardilla Voladora de Isfahán»?

Una pequeña y recóndita luz de peligro comenzó a titilar en algún umbrío recoveco de Seller.

—«La Ardilla Voladora de Isfahán», el símbolo de Zabul Najrán, el Califa del Curvo Alfanje —memorizó el sirio como en un rezo.

—Eso mismo —asintió la mujer—. Veo que conoce usted el asunto.

En la memoria de Seller se recortó límpida la figura de la Ardilla Voladora de Isfahán. La recordaba, definida en los agrandados puntos que conformaban la retícula de la foto del diario «El Testigo del Éufrates» que hallara en los bolsillos del guardaespaldas negro de Nargileh. El dibujo de un pequeño animalito con sus patas

extendidas y unidas entre sí por una fina y pilosa membrana conformando de tal suerte unas rústicas alas. Seller recordaba haber visto personalmente las evoluciones de tales mamíferos alados, planeando largamente al descolgarse de los árboles en las florestas de Tasmania y el ruido sordo que hacían cuando él lograba acertarles con un pesado bate de baseball. Lo habían divertido mucho en aquellos tiempos. Nunca podría determinar con claridad y lógica por qué un animalito tan típicamente australiano había sido elegido para simbolizar el poder y los dominios de Zabul Najrán. Quizás debido al reconocido y casi morboso afecto de éste por los canguros.

Un sonido metálico rescató al sirio del abismo de sus recuerdos. La mujer haciendo girar un placard había dejado al descubierto un enorme aparato de grabación. Luego tomó una pila de cassettes y comenzó a buscar entre ellos.

—¿Tiene música siria? —aventuró Seller.

—Preste ahora atención, señor Seller —la mujer había encontrado el cassette que buscaba y lo colocó con una leve presión en la consola—. Aquí está grabada la propuesta que el ELF desea hacerle. Escuche usted bien.

Hubo una ligera crepitación al iluminarse la minúscula luz roja de encendido y luego la voz.

—Señor Seller, el Ejército de Liberación Femenina le ofrece a usted la oportunidad de continuar con vida. A cambio de que nuestra Central salde definitivamente la abultada deuda que usted ha contraído con sus perseguidores, deberá usted realizar la siguiente acción...

Seller frunció su poblado entrecejo, aquella voz profunda de mujer madura le recordaba otra voz que alguna vez oyese. La precisa computadora de su cerebro comenzó a rebuscar entre los datos.

—... Conoce usted sin duda la existencia de Zabul Najrán, el Califa del Curvo Alfanje —continuó la grabación—... Zabul Najrán, el Califa del Curvo Alfanje —repitió modulando perfectamente como en una lección de idiomas para que todo fuese más claro— ...este sujeto es sin duda uno de los más viles y despreciables símbolos del machismo universal. Compra y vende a gusto y voluntad a sus mujeres. La cantidad de esposas que componen su harem nunca es menor a 240, sabiéndose que en él se encuentran niñas no mayores de 9 años. Zabul Najrán no sólo es un cultor del más abyecto sentido machista, sino que es un fervoroso propagador de tal disciplina y en numerosas oportunidades, revistas de distribución internacional, ediciones destinadas a un público de hombres y gustosas del escándalo, han publicado extensas notas gráficas mostrando a Zabul Najrán mientras ejecuta las aberraciones sexuales más detestables con sus elegidas.

Seller entrecerró los ojos. Casi podía asegurar que aquella voz era la de Indira Gandhi. La había escuchado por pura casualidad una sola vez, hacía ya muchos años al ligarse una comunicación telefónica que él había pedido con Bangalore. Pero no



podía jurarlo.

—Zabul Najrán, no obstante, tiene una predilecta dentro de su harem y se asegura que está enamorado de ella.

—Nargileh —murmuró Seller sintiendo un pinchazo en su dormida entrepierna.

—Nargileh es su nombre, quien cuenta con algunas libertades que las demás no poseen, como viajar y trasladarse, siempre con fuerte custodia. Lo que usted, Best Seller, debe conseguir a cambio de que nuestro movimiento salde la cuenta por usted contraída es lo siguiente: Localizar a la anteriormente mencionada Nargileh, seducirla, mantener relaciones con ella, filmar íntegramente dichas relaciones en versiones para televisión y cine y entregarnos dicho material.

Seller fijó su vista en el cielorraso e infló de aire sus mejillas. Lo fue soltando de a poco. El corazón se escuchaba quedamente, como si latiera dentro de una caja de cartón.

—Nuestro movimiento —continuó la cinta grabada— le brindará a usted todo el apoyo necesario para tal fin, tanto sea dinero, como movilidad, armamento e información. Con la promoción, distribución y propagación de la película por usted filmada, nuestro movimiento conseguirá un contundente golpe publicitario y destruirá por completo la imagen de Zabul Najrán, «El Califa del Curvo Alfanje» también llamado «El Semental de Isfahán».

Se escuchó un «clack» y luego un silencio.

—Esta cinta —reapareció la voz— no se autodestruirá cinco minutos luego de irradiada.

Nuevamente el silencio. La mujer que acompañaba a Seller en el recinto se acercó al grabador y sacó el cassette. Seller había logrado sentarse en la camilla y la miraba con seriedad. Su cabeza rizada era un tumulto. La sola mención de Nargileh, la figura seductora y esquiva de aquella hembra enloquecedora, le había reseca la garganta hasta convertirle la boca en una felpilla.

—¿Cuál es su respuesta? —la mujer se había apoyado contra la consola del grabador y mantenía los brazos cruzados contra el cuerpo.

—Me interesa, sí, claro, me interesa... pero...

—¿Qué ocurre?

—Estoy un tanto confuso. Aún no puedo tomar con seriedad, y usted perdone, la existencia de un ejército como el que usted integra.

La mujer lo miró con dureza.

—«Pelean como hombres los que deberían llorar como mujeres» —recitó Seller—. ¿Recuerda quién dijo eso? Es una frase famosa.

—No. No lo recuerdo.

—Además. La propuesta me parece demasiado generosa de parte de ustedes. Nargileh es la mujer más apetitosa que he conocido en mi vida.

—Pero es prácticamente intocable. Usted lo sabe. Sólo mirarla puede pagarse con la muerte. Los eunucos de su harén son ciegos además. ¿Lo sabía?

—Lo imaginaba. La profesión de eunuco es cada día más exigente. Sin embargo, es una misión atractiva. Acercarse a Nargileh es coquetear con la muerte. Yo lo sé muy bien. Pero no es imposible y el premio es suficiente incentivo para un sirio.

—Lo sabemos. Por eso lo hemos elegido a usted.

La excitación de Seller se contuvo por un momento. Miró a la mujer con ojos escrutadores.

—Necesitaría un tiempo para pensar mi respuesta.

—¿Cuánto tiempo?

—Un par de meses.

—Tiene media hora.

—Acepto.

La mujer volvió a manipular el cassette, constató su reverso y volvió a colocarlo en la consola.

—Hay una cláusula que debe usted saber —advirtió.

—Me lo temía.

Otra vez se escuchó la voz que había confundido a Seller.

—Tras la concreción del operativo que de ahora en más denominaremos «Operación Acople», ridiculizando al despreciable Zabul Najrán, quedará aún por cumplimentar un definitivo golpe de efecto que promocióne mundialmente la lucha emprendida por nuestra organización. El señor Best Seller, el hombre que a los ojos del mundo habrá convertido el emblema más fálico del machismo en el hazmerreír de todas las razas y religiones, el hombre que será seguramente considerado desde ese momento como el «Supermacho» de la especie, deberá someterse a una operación quirúrgica para transformar su sexo y de esa forma abrazar nuestra causa convirtiéndose en una más de nosotras. Se oyó el consabido «clack» y un silencio espinoso y sólido como un bloque de granito se materializó en la habitación, en torno a la mandíbula nacidamente caída de Seller, frente a sus ojos ligeramente desorbitados y sobre el monótono y amenazador palpitar de una vena azulina en una de sus sienas. El sirio fulminó a la mujer con su mirada, acto que esta absorbió como si fuera de espuma. De un grotesco salto Seller pretendió lanzarse desde la camilla hasta el cuello de su interlocutora pero cayó al suelo convertido en un desarticulado envoltorio de músculos y huesos. Quedó allí, jadeante y humillado.

—Está usted bajo los efectos de un calmante, señor Seller. No tiene demasiada fuerza como para intentar ninguna acrobacia.

—Yo sabía... —gorgoteó Seller— yo sabía que era demasiada generosidad de parte de ustedes. —Con tremendo esfuerzo se fue colgando del borde de la camilla. Parecía un inmenso insecto atontado por el certero golpe de una palmeta—... debí

imaginármelo. Son mujeres. Nada podía esperar...

De un postrer enviñ, un esfuerzo agobiador y titánico, terminó de encaramarse sobre el camastro y quedó tendido de espaldas. El sudor le lubricaba el cuerpo y resbalaba generoso por el lienzo cobertor de la camilla, chorreando como un grifo por las patas de ésta.

Con voz monocorde, en tono muy bajo, con un silbido de serpiente que se escabullía dificultosamente por entre su dentadura apretada, Seller comenzó a disparar durante quince largos minutos una interminable e increíble retahíla de insultos, en su gran proporción destinados al sexo femenino. Comenzó blasfemando en sirio, pasó luego al iddish, el ladino, el turco, rebuscó entre su memoria los insultos más duros y agraviantes que había aprendido en griego, en esloveno, se llenó la boca con todas las injurias que le enseñaran los marinos checoslovacos, rusos, ucranianos, repitió hasta el agobio los sinónimos ponzoñosos que sobre la palabra «prostituta» había recogido en los puertos de Rodas, Tiros, Bafra, Odesa, Brindisi y Salónica, de boca de los macilentos borrachos de las más sucias tabernas. Se trabó hasta que tuvo que golpear con sus puños contra el camastro cuando procuró insultar en inglés, optó por el dialecto calabrés, recitó los denuestos más impúdicos y ultrajantes que se habían grabado en su recuerdo durante su convivencia con aquella meretriz polaca en Kiel y finalizó ya agotado su conocimiento de semántica y los vocablos, escupiendo dicitrios en wahillih, el paleolítico vocabulario de los hotentotes de Sumatra que sólo contiene dos verbos sin tiempo pasado y los sustantivos se emplean subjuntivos. Exhausto, quedó luego largo tiempo callado respirando agitadamente y procurando restablecer el equilibrio que un hombre habituado a la acción debe conservar. Recién allí comprendió que estaba solo en la habitación. Comenzó entonces algunos elementales ejercicios de relajamiento que lo pusieron al borde del llanto. Cuando consiguió aflojar sus músculos, al punto que la carne de sus piernas colgara como arpillera sobre el lienzo del camastro, Seller reflexionó fríamente sobre la propuesta.

Durante veinte minutos de total silencio, el sirio asemejaba a un cadáver sobre la camilla, sólo podía advertirse que respiraba por el convulso agitarse del fino vello que asomaba trepidando por sus fosas nasales.

La puerta se abrió de pronto y entró la gélida mujer de siempre.

—No tengo ninguna otra alternativa —habló Seller con clara dicción—. Acepto.

La mujer no dijo nada, asintió con la cabeza y giró para volver a salir.

En sus labios, por vez primera, parecía leerse el paso tenue de una sonrisa, más al volverse hacia Seller para cerrar la puerta de la habitación, aquel ectoplasma de sonrisa desapareció completamente como si nunca hubiese existido allí otra cosa que el adusto rictus de la templanza.

## Capítulo 5

Seller se repantigó en su asiento, invadido por una sensación de regocijo. Estaba impecablemente vestido con su traje de franela gris topo, olía a perfume egipcio y el enorme reactor de Sabena parecía no moverse en un cielo terso y azul. Seller se adormeció en el antiguo deleite de la buena vida, o sin ser tan pretencioso, de la vida. Simplemente. Por cierto que su existencia en cientos de ocasiones había pendido de un hilo. Había jugado su curtido pellejo en incontables peligros, pero nunca se había sentido tan cerca del final como en las horas posteriores a la partida de *ballotage* con don Victorio Álvarez, el Zar del Petróleo. Frunció su entrecejo fugazmente, hostilizado por el recuerdo de la misión que le habían encomendado y su burdo requisito final. Pero lo único cierto era que Best Seller continuaba con vida, como un duro gato de albañal, vestido con elegancia, cómodamente sentado en una generosa butaca de primera clase y bebiendo los licores más apreciados y deliciosos.

A 12000 metros de altura, por sobre todas las miserias del mundo. Ya resolvería luego el problema. Ya encontraría cómo zafarse de su compromiso tras cumplir la parte que más lo excitaba, la culminación de sus maniobras de seducción con Nargileh. Tuvo que cruzarse de piernas al recordarla. Sacó un esbelto pitillo tunecino y de inmediato una azafata le ofreció fuego con una astilla encendida. La mujer lo miró sonriendo brevemente. No le hubiese disgustado a Seller una corta pero intensa sesión amorosa con ella en algunos de los baños del avión, o bien en la cabina de mandos del jet, si es que el comandante accedía a prestársela por una media hora. También cruzó por la mente de Seller la posibilidad de desviar el aparato. Había sido instruido en Damón Sagar y la actividad del pirata aéreo le era tan natural e instintiva como para un gato perseguir un ratón. No sabría luego qué hacer con la nave, y tampoco se le ocurría adónde desviarla. Aunque si estaban sobrevolando el Mediterráneo no estaría mal obligarlos a aterrizar en la Cerdeña e ir a visitar a María Grazia en Sassari. Hacía casi tres años que no la veía pero de sólo pensar en ella le transpiraban las manos. Alguien le había contado que ahora estaba gorda pero eso no importaba. Le gustaban las mujeres que tenían de donde tomarse. Los pasajeros del avión de Sabena podrían visitar los alrededores mientras tanto, o bien comprar artículos regionales ;como esa hermosa estatuilla hecha en queso de cabra que representaba a Afrodita atacada por las hormigas, que él mismo guardaba en un rincón selecto de su nevera! Luego de retozar con María Grazia en algún pastizal de la bucólica campiña todos podrían volver al avión y proseguir el viaje antes de que llegasen los expertos alemanes a estropear el clima de romanticismo.

A punto estuvo Seller de manotear su pistola, pero la llegada de un pantagruélico almuerzo lo disuadió. Por otra parte, la azafata continuaba mirándolo con un brillo posesivo en los ojos, cosa que lo distraía. Tal vez la longilínea mujer fuese una

componente del ELF. Seller pensó, con cierto odio, que ya nunca podría observar a una dama sin sospechar que se hallaba ante una militante. Nunca podría acostarse con ninguna mujer sin sentir el aguijón de la duda conjeturando si aquello se trataría de un acto amoroso o de un operativo comando. Tales disquisiciones no le quitaron el apetito. Comió con voracidad que alarmó a sus acompañantes de la primera clase y luego se dispuso a leer. Comenzó leyendo los cartelitos luminosos de «No smoking» y «Fasten belt». No era un gran lector. Eso sólo le dio sueño, y debieron despertarlo con ayuda del personal de tierra cuando el gigantesco aparato tocó territorio español.

El afiche empapelaba todas las paredes de las calles céntricas y su diseño era tan llamativo como confuso su mensaje. Se veía una gran foto virada al sepia donde podían adivinarse dos sectores del cuerpo humano yuxtapuestos. Era una foto ampliada, pero ni siquiera la imaginación más prodigiosa podía precisar con certeza a que región de la anatomía correspondían los trozos de piel plegados y replegados sobre sí mismo, tocándose, intercalándose, adentrándose uno en otro, ocultando zonas pilosas, sugiriendo sombras cómplices. La gente se detenía frente a los carteles bamboleando la cabeza de un lado al otro en procura de localizar algún ángulo visual que le permitiera comprender la gráfica, con la expresión común de un perro escuchando un silbido demasiado agudo. Sin embargo, al pie de la foto, la leyenda en amarillo calada sobre el fondo negro, rezaba: «Segundo Festival Internacional del Cine Pornográfico de Huelva, España». Seller dejó de observarlo y cruzando la calle del Pescado Mayor entró en un bar que tenía mesitas sobre la acera llamado «El Carajillo».

Era la tarde y dentro del local había una actividad inusitada. Todos los cineastas, los críticos y las actrices se daban cita horas antes de las proyecciones diarias para discutir los filmes y beber copas. Había entonces un apretujamiento de personajes extraños. Barbados, calvos, con trenzas, irreflexivamente pederastas algunos, compartiendo las mesas con señoritas vestidas con faldones amplísimos y largos. Niñas de bocas levemente relajadas, ojeras profundas y cabellos que terminaban en rulos pequeños y entreverados. Seller necesitó algunos minutos para focalizar bien el ambiente a través del espeso humo y el aroma dulzón del haschis y la maconia. Finalmente, en una de las mesas más alejadas vio a Xavier. Se acercó dificultosamente hasta el grupo siendo observado con curiosidad debido a su vestimenta decadente y formal. Se destacaba del resto, como un cisne puede hacerlo en una porqueriza.

—¿Qué dices, Xavier? —Seller se sentó junto al hombre, un tanto acrobáticamente en el borde de una silla donde descansaban los abrigos, carteras y rollos de películas de los presentes.

—¡Best! ¡Hombre! ¿Qué cuentas? —el otro lo palmeó con fuerza destructiva en

el hombro. Era un español alto y desgarbado, que vestía con pieles, pelado, pero lo que le quedaba del cabello se amontonaba en un ghetto piloso sobre la nuca y se le derramaba sobre la espalda. Tenía barba muy negra prolijamente recortada, fumaba en pipa y bebía un líquido oscuro de filiación desconocida.

—Sabía que te encontraría aquí —sonrió Seller—. Esto sigue siendo el lugar de reunión de todos los años.

—Claro, pero es que cada año viene más gente —dijo Xavier señalando con el mentón el bullicio circundante. Los ojos de Seller chocaron con los de una gigantesca joven nórdica, blanca como el mármol que estaba sentada junto a Xavier. Entre ambos, asomaba como un iceberg, la cabezota desagradable de un dóberman que parecía hecho a otra escala, quien lamía con ojos desorbitados un emparedado de jamón serrano que la muchacha sostenía sobre su falda.

—Ah —pareció despertar Xavier—, ésta es Katiuska. Éste es Gorgo —palmoteó la cabeza de la bestia. La nórdica ofrendó a Seller una sonrisa prolongada y gélida.

—Es la estrella de nuestra producción —notificó Xavier a Seller.

—Me encantará verte en la película, Katiuska. ¿Cuándo la exhiben? —se interesó Seller.

—No —se apresuró a aclarar el catalán—. La estrella de nuestra película es Gorgo. Tiene, sí, una escena bastante audaz con Katiuska.

—Yo en general no acepto este tipo de trabajos —dijo la nórdica con acento indiferente—, pero en este caso es distinto. A Gorgo lo conozco desde cachorro.

—¿Siguen teniendo éxito las películas con animales? —preguntó el sirio.

—Ya no tanto... —Xavier meneó la cabeza.

—Walt Disney lo lamentará —ambos rieron.

—Cuando lo descongelen —agregó Xavier y ahora sí, rieron a carcajadas todos salvo Katiuska, que con una sonrisa estúpida contemplaba estática el tumulto del recinto.

—No creo que se dé, como el año pasado, —intervino un joven magro, de un subido tono verdoso que hasta el momento había estado conversando con una enanita hindú— que una gallina se lleve el «Clítoris de Oro».

—No, no creo —Xavier mordisqueó pensativo su pipa—. Los rusos presentaron una cosa muy buena —se dirigió a Seller—. Un film desarrollado totalmente con marionetas. Una maravilla.

—Sí. Una maravilla... —corroboró el joven verde.

—Un poco largo.

—Sí, un poco largo, tal vez.

—Siete horas. Podría haberse acortado un poco.

—Sin embargo se soporta.

—Se soporta perfectamente.

—Toda la parte donde el oso es violado por las ardillas me pareció obvia.

—Puede ser. Pero no cansa.

—Es lo más rescatable.

—O al menos lo más original.

—¿Cómo se llama el film? —preguntó Seller.

—«Pasaron las ardillas».

—Es muy bueno.

—Una semblanza bastante clara ideológicamente sobre el estupro en los países capitalistas.

—Tal vez un poco panfletaria.

—Son rusos, después de todo.

—¿Tú qué presentaste, Xavier? —Seller se sirvió una generosa dosis de vino blanco.

—Algo bastante convencional. No tuve mucho tiempo, hice las cosas un poco a las apuradas, para presentarme. André salió hace poco. Estuvo internado —señaló con el mentón al joven verdoso, que asintió con un temblequeo de su cabeza, temblequeo que Seller no supo identificar como de afirmación o de convalecencia. En la mano que sostenía el vaso se veían oscuros moretones de pinchazos.

—La película transcurre en un internado de niños. Un director afecto a los pequeños... —divagó Xavier—. Como para captar el público infantil, ¿me entiendes?

—Te entiendo. Muy interesante.

—Nada que ver con lo de «El Mago y el Himen», la portorriqueña.

—¿No?

—No te imaginas lo que era eso —murmuró el joven verdoso.

—Repugnante.

—Repugnante.

—Tengo que hablar contigo, Xavier —cortó la conversación Seller.

—Cómo no. Hoy no creo que tengamos tiempo. Dentro de unos minutos debo irme a una mesa redonda sobre onanismo, y luego tenemos la exhibición de los checos.

—Mañana tal vez.

—Eso. A primera hora te vienes al hotel. No te retrases porque luego tenemos la orgía de la entrega de premios.

—Ahí estaré. ¿Quién piensas que ganará?

—La película japonesa. Hubo catorce masturbaciones la noche de su presentación. Eso influye en los jurados. El año pasado «Pubis salvaje» sólo consiguió ocho y fue nominada.

—Me imagino.

—Te imaginas.

—Mañana a primera hora.

Seller saludó a todos y salió del local, levemente mareado.

A la mañana siguiente llovía y el frío cortajeaba la piel, pero Seller llegó puntualmente a la cita en el Hotel «Cornamusa del Mar».

Cuando Xavier abrió la puerta de la habitación una fragancia dulzona a traspiración embalsamó el pasillo. El sirio entrevió, tras el rostro demacrado del catalán, un promiscuo amontonamiento de cuerpos sobre la cama doble y las alfombras.

—¿Has estado de fiesta anoche? —preguntó Seller.

—No... —Xavier salió al pasillo cerrando cuidadosamente la puerta a sus espaldas. Temblaba un poco vestido solamente con una camiseta de tiras blancas que le llegaba a medio muslo y zoquetes de colores—... es la gente de mi grupo. La ventaja que tiene el cine que hacemos es que ya estamos habituados a dormir así. Ocupamos poco espacio. Con una habitación nos basta. Incluso durmiendo allí un par de botones del hotel que se agregaron luego.

—Y eso reduce los costos.

—Muchísimo hombre, muchísimo.

—¿Piensas vestirme?

—Sí, hace frío para bajar así. Tomaremos algo supongo.

—Sí. Sí.

Xavier hizo ademán de entrar en la habitación pero se volvió hacia Seller.

—Oye, no te digo de entrar porque podríamos conversar en el baño pero está allí la delegación pakistaní.

—No te molestes, te espero abajo.

Quince minutos después, los dos hombres estaban frente a una mesa de la planta baja del hotel.

—Te necesito para un trabajo, Xavier —dijo el sirio retirando un poco su taza de café.

—Tú dirás.

—Es una filmación, dentro del tipo de cine que tú estás haciendo. Preciso una versión para cine y tal vez otra más extensa para televisión.

—¿Todo color?

—Todo color. Posiblemente la versión de TV llegue luego a países donde no hay televisión color pero eso no nos incumbe.

—Lógico.

—Lógico.

—¿Tú tienes el guión? —Xavier se recostó sobre su butaca sorbiendo a tragos morosos una minúscula copa de coñac.



—No. Será una documental.

—Ahá. Me gusta.

—Testimonial.

—De protesta.

—Bien... no, no exactamente —dudó Seller.

—Está un poco pasado de moda —coincidió Xavier.

—Algo tipo Jacopetti, una cosa así.

—Hummmm... —Xavier asintió haciendo un pequeño buche con su trago de coñac.

—Algo donde nosotros no digamos nada ni a favor ni en contra. Que las escenas hablen por sí solas.

—Ahá, ahá. Una cámara objetiva, simplemente. Claro. Más o menos lo que yo hacía en Vietnam.

—Eso mismo —señaló Seller.

—¿Recuerdas que yo estuve en Vietnam?

—Claro, ahí fue donde te conocí.

—Oh, cierto. ¡Qué tonto! Tú estabas allí, cierto.

—Y de eso quería hablarte —Seller adelantó su torso sobre la mesa—, porque el trabajo que te propongo será tan o más peligroso que aquello.

Xavier quedó en silencio, mirando al sirio, saboreando siempre el coñac.

—No podía seleccionar un cineasta por el simple hecho de que trabajase bien. Necesito alguien como tú, Xavier, que has conocido la línea de fuego.

El catalán aprobó con la cabeza, un tanto halagado.

—Allí fue donde empecé con las películas pornográficas —recordó de inmediato — cuando llegaron las muñecas inflables.

—Las Jacqueline —sonrió Seller.

—Las Jacqueline. Yo mandaba las películas de los combates para los noticieros y armaba mis series eróticas para la cadena de Hamburgo.

—Fueron un golpe esas películas —aseveró Seller—. Guerra y sexo. Yo no vi demasiadas porque debí trasladarme a Laos. ¿Hiciste muchas luego?

—Bastante más. Hasta el atentado.

—¿Qué atentado?

—¿Cómo, no te enteraste?

—No, no supe nada.

—Había llegado al destacamento un negro prodigioso. En verdad prodigioso. Mira que yo tengo experiencia en esto, pero nunca había visto nada así. Una cosa descomunal. Con ese negro mi futuro cinematográfico estaba asegurado.

—¿Qué pasó?

—Recuerdas que las Jackie se inflaban con agua caliente... Bien, hubo sin duda

una delación, alguien filtró informes al enemigo.

—Una guerra sucia —condenó Seller.

—Eso, sucia. Lo cierto es que un podrido viet se filtró en el campamento y metió dentro de la muñeca con agua que íbamos a usar con el negro, una culebra Danghan.

Seller apretó los dientes y aspiró largamente por entre ellos mientras el rostro se le endurecía y la nariz se le afilaba. Apretó por instinto los muslos.

—Son culebras de aguas calientes, Best, tú lo sabes. Las pescan en los ríos de corrientes sulfurosas del norte de Quang Tri. Se cuenta que al sacarlas no llegan a morir por asfixia sino que mueren antes de neumonía —asesoró Xavier—. Las pirañas son viejas desdentadas al lado de esas culebras. Bien, una de esas culebras metieron los podridos viet dentro de aquella muñeca, Best. Fue horrible. Nunca he sentido a nadie gritar así.

—Por eso, Xavier, por eso... —Seller procuró desviar la conversación—... es que te he buscado. Puedo asegurarte que hay buen dinero y buen apoyo logístico. La empresa no es fácil pero la difusión de la película será internacional. Para ti será una excelente promoción.

—No. No es promoción lo que busco, Best —Xavier hablaba como consigo mismo—. Estoy un poco cansado de todo esto. Necesito salir un poco de este ambiente. Respirar aire puro. Esto es lindo pero cansa. ¿Sabes a veces en qué pienso? Tú te vas a reír...

Seller sin embargo, permaneció serio y callado respetuoso de la confesión del amigo.

—A veces pienso en casarme, sí, pienso en casarme —Xavier miraba hacia el piso del bar, meneando la cabeza lentamente—... buscar una buena muchacha en algún sitio. Buscar una buena muchacha en algún sitio, tener hijos, un gato, cuidar una parcela de jardín, atender un pornoshop pequeño y envejecer...

—Podrás hacerlo si todo esto sale bien, Xavier —Si había algo que irritaba levemente a Seller era la ternura.

—Sí, sí —se recompuso Xavier—. Tal vez sea mi último trabajo.

—Ya te haré llegar las instrucciones. Ni te ocupes de notificarme tus viajes o traslados, yo sabré permanentemente de ti. No comentes nada, por supuesto.

Xavier sacudió la cabeza con energía. Se dieron la mano. Seller salió y el catalán quedó repantigado en su asiento, inopinadamente melancólico.

## Capítulo 6

La calle Henegouwen nace cerca del barrio obrero y desemboca por último en el boulevard Antwerpen, rodeando con respeto la fuente de Vlaanderen, lugar abierto casi siempre poblado de turistas que se empeñan en cubrir el piso de flashes y amarillos envoltorios de películas fotográficas. Por allí bajó sin apuro Seller media hora después de llegar a Brujas conduciendo un refunfuñante BMW verde oscuro. Caminaba semisepultado en un tumulto de pieles que conformaban su tapado negro de foca que le llegaba hasta los tobillos y el oscuro y cilíndrico gorro ruso de astracán protegiéndolo de la llovizna intensa que desvanecía los contornos de las cosas. Cada 14 pasos despedía un hálito de aliento tibio que de inmediato se congelaba en el aire y convirtiéndose en una moneda de cristal caía al piso con el ruido de una copa al hacerse añicos. Sólo podía advertirse su condición arábiga en el aro de plata que lucía en el lóbulo de su oreja izquierda, su favorita.

El número 134 de la calle Henegouwen correspondía a una casa como todas las otras que, arracimadas, constituían esa cuadra. Una casa de tres pisos, de unos cien años de antigüedad, con las correspondientes cortinillas de volados alegrando un poco la sobria perspectiva de la construcción. No había placa ni cartel indicador y Seller vaciló. Pero no cabían dudas, la dirección era esa. Llamó y lo atendió un hombre corpulento, de pelo enrulado quien lo hizo pasar a una sala con varios sillones. Adentro estaba casi sofocante por el calor y Seller procedió a quitarse el tapado. Luchó con él durante diez minutos ante la mirada impávida de su anfitrión y logró finalmente arrojar las pieles sobre un sillón con una enérgica llave de judo. Quedó algo jadeante pero procuró disimularlo. Siempre tenía ese problema para desembarazarse del abrigo, máxime que al ser un cuerpo inerte no podía aprovechar la energía del rival como puede hacerlo todo buen judoka. Y el sirio era cinturón negro. Se alisó el cabello mientras el hombre que le había franqueado el paso se sentaba frente a una mesa y comenzaba a martirizar una máquina de escribir.

—El doctor Woelklein lo atenderá de inmediato —dijo el hombre tras revisar los papeles que Seller le había alcanzado, señalando los sillones con la cabeza. Seller se sentó y quedó observando ese extraño recinto cuya decoración estaba resuelta en un estilo que oscilaba entre lo clásico y lo abominable. A espaldas del escribiente una puerta de dos hojas dejaba traslucir a través del vidrio inglés, una silueta encorvada que caminaba en la habitación contigua. Había un fuerte olor a guisado que se mezclaba con otros aromas indefinidos.

Todo estaba inmerso en un agobiante silencio, como si al cerrarse la puerta de la calle los ruidos del mundo exterior hubiesen desaparecido. Seller agradeció el desaparejo teclear del escribiente que cortaba un tanto aquel ambiente de película muda.

—¿Es usted judío? —preguntó Seller, procurando suavizar alguna inflexión demasiado agresiva en su voz. El hombre lo miró sin levantar demasiado la cabeza.

—Así es. ¿Cómo se dio usted cuenta?

El sirio se encogió de hombros y continuó observando algunos detestables cuadros de paisajes pendientes de las paredes.

—Por la estrella —concedió luego. El escribiente lucía una estrella de David bordada sobre su gastada chaqueta de pana oscura. No dijo nada.

—¿No es usted el secretario del doctor Woelklein, no? —aventuró Seller.

El hombre se mantuvo callado, ordenaba una pila de planillas golpeándolas contra el escritorio.

—No tiene usted aspecto de oficinista —prosiguió Seller.

El escribiente enganchaba los papeles con un broche.

—¿Estuvo en Entebbee? —preguntó Seller.

—Sí.

—¿Qué le pareció eso?

—¿La verdad? Me gustó más la película.

—Es cierto... —se animó Seller—... me sorprendió lo rápido que la filmaron. Una gran demostración de eficacia.

—Entre nosotros —pareció aflojarse el escribiente—, ya estaba hecha antes del operativo.

—Me lo imaginaba. De todos modos una demostración de eficacia.

—Cine de anticipación.

La puerta con vidrio inglés se abrió apareciendo una cabeza calva y rojiza de un hombre de unos setenta años.

—Puede pasar, señor...

—Seller. Best Seller.

El sirio se incorporó ágilmente y penetró en la otra habitación. El decorado del nuevo recinto era, de ser posible, peor que el anterior. Había profusión de flores de plástico, muebles franceses, densas cortinas de felpa gastada y fotos de algunos antiestéticos familiares de Woelklein en las paredes de empapelado desteñido.

—Debo confesarle, doctor Woelklein —se apresuró a agredir Seller—, que de no ser insospechables las referencias que me han dado, dudaría de su capacidad profesional.

El hombre lo miró con sus pequeños ojos de serpiente, sin animosidad.

—¿Quién le dio mis datos?

—No puedo precisárselo. La gente que me emplea los consiguió a través de una importante empresa de cosmética femenina.

Pasaron a una sala contigua que sin duda era el lugar de trabajo del doctor. Sobre una mesa atiborrada de papeles se veía una impresionante dotación de frascos de

todos los colores y tamaños. En un espacio logrado trabajosamente sobre la mesa había un plato de sopa a medio terminar y los restos y cáscaras de una pera.

—Interrumpí su almuerzo —se disculpó Seller. El hombre hizo un ademán de condescendencia o fastidio con la mano.

Seller frunció el ceño al contemplar los restos rojizos de la sopa.

—Krill —aclaró el doctor Woelklein—. Es muy bueno para mi reuma. Y para muchas otras cosas.

—¿Dónde lo consigue?

—Antes me lo traían algunos marinos noruegos. Pero era muy costoso. A veces incluso me traían plancton y trataban de vendérmelo por krill. Mi mujer hace muy bien el *ambersstrudell* de plancton pero me cae un tanto pesado.

—Nunca lo he probado —exclamó Seller como sorprendido.

—No es muy común. Yo me habitué en el U-28, en el Mar del Norte. Luego... — el doctor se detuvo un momento, como consciente de que había hablado demasiado— seguí comiéndolo. Es muy recomendable. Usted dirá —cortó repentinamente.

Seller buscó entre sus papeles y alargó al hombre uno de ellos.

—Necesito esto.

—No es una receta médica —observó el doctor haciendo girar la papeleta.

—No. Por cierto que no.

—Es un afrodisíaco muy potente. Tal vez el más potente. No puede venderse a cualquiera —Woelklein golpeteaba con el papel sobre el venoso dorso de su mano izquierda—. Hay mujeres que no lo resistirían.

—Tengo todos los datos que usted puede necesitar —dijo Seller alargando un voluminoso bibliorato—, edad, peso, medidas, costumbres, dietas.

—Ahá, ahá... esto es otra cosa, —el doctor repasó con cuidado las hojas—. Un trabajo muy completo. Sí, muy completo.

Sorpresivamente entró a la sala una señora gorda, con el pelo abroquelado tras su nuca en un rodete, fea en dosis soportable. Saludó a Seller con un movimiento de cabeza y retiró con cuidado el plato de sopa y los restos de fruta. El doctor Woelklein prosiguió ojeando los papeles como si nadie hubiese entrado en su estudio.

—Tendré que conseguir uno de estos componentes. No sé si tengo —dijo rebuscando pausadamente entre los frascos—... me parece que se me han terminado.

—No trabaja usted a nivel industrial —dijo el sirio. Ambos se habían sentado y sólo llegaban desde la habitación de al lado, ruidos de platos y cacerolas.

—No. No. En un momento pensé en industrializar el negocio. Incluso una importante firma de gaseosas ofreció pagarme mucho dinero por algunas de mis fórmulas, pero...

Woelklein meneó la cabeza como contrariado.

—Había presiones que no se lo permitían.

—En parte. Sí. Mi situación... Era mucho dinero. Hubiese podido conseguir muchas cosas.

El doctor volvió a conceder a Seller una mirada con sus ojos de serpiente.

—Un pasaje a Brasil, por ejemplo —arriesgó Seller.

El doctor se levantó y se dirigió a su mesa de trabajo. Comenzó a buscar algo entre los estantes cubiertos de botellas, botellitas, botellones y libros polvorientos. Fruncía la boca con cierta resignación fatalista.

—O a la Argentina —dijo Seller—. ¿Cómo llegó a esta profesión?

Desenroscando la tapa de un tarro, el doctor Woelklein sacó de su interior unas reseca hojas marrones y las fue poniendo, de a una, sobre la mesa.

—Empecé con los estudios sobre Esterilidad. Esterilidad, esterilización. Conseguimos muchas cosas importantes. Éramos un grupo de muchachos entusiastas. Los había muy capaces. Yo debo haber sido uno de los menos brillantes. Así es la vida.

Ahora desmenuzaba hebra a hebra un racimo de hierbas casi azules.

—Teníamos todo el apoyo oficial. Y muchas libertades para experimentar. Luego, luego se arruinó todo.

En un pequeño mortero de porcelana, machacaba con ritmo lentísimo algunas semillas estriadas.

—Se arruinó todo. No siempre se acepta el progreso. Yo luego tuve bastante tiempo para estudiar. Estuve mucho tiempo internado. Y me volqué a esto. Pasar de la Esterilidad a esto no me resultó difícil. Parece un contrasentido pero no es así.

—¿Trabaja por la simple experimentación? —aventuró Seller.

—Casi siempre sí. O algunas cositas para mi pequeño grupo de allegados. Algunos amigos. Gente ya grande. ¿Me entiende?

—¿Y a dónde van todos los resultados de sus investigaciones?

—Creo que no tengo más sándalo... —se acarició la barbilla el doctor. Observó una cajita de cartón, atada su tapa con hilo y con pequeñas perforaciones en los costados— ni tampoco esto.

—¿Qué es eso?

—Oh... son unas pequeñas arañitas que me mandan desde el Amazonas. Bien, en realidad me mandaban. Un amigo que vivía allí de vez en cuando me enviaba algunas por vía aérea. Luego no me mandó más. No sé.

Colocó la cajita nuevamente en el estante.

—Pero no es imprescindible. Puede reemplazarse.

La puerta de la habitación contigua se abrió y apareció el escribiente. Se dirigió directamente a Seller.

—El doctor debe salir un momento para realizar unos trámites. Puede usted volver más tarde o mañana.

Seller consultó con la vista a Woelklein pero éste parecía estar muy preocupado mirando dentro de una lata de bizcochos amargos.

El escribiente acompañó a Seller hasta la sala de espera, le alcanzó no sin esfuerzo el tapado de piel de foca y lo acompañó hasta la calle.

Seller esa noche cenó sopa de algas en un pequeño restaurante cercano a su hotel y se acostó temprano maldiciendo la llovizna y sin quitarse el abrigo.

No durmió bien esa noche. Soñó que era una mujer siria y que la poseía un inmenso oso ártico. Se despertó sobresaltado, jadeando, casi con una sensación satisfecha que lo alarmó.

A la mañana siguiente fue de nuevo hasta la casa de calle Henegouwen. El doctor Woelklein tenía ya preparado para él un envoltorio de papel de diario que encerraba un pequeño frasco que antiguamente había contenido café instantáneo. Allí, en el frasquito, moraba el más activo afrodisíaco que mente humana hubiese concebido jamás. Seller pagó con moneda dinamarquesa y se quedó observando dubitativamente el frasco.

—¿Qué garantía me da usted de que esto funciona? —preguntó a Woelklein.

—Si falla, vuelve usted acá y yo personalmente iré a hablar con esa mujer.

—Si falla no creo que vuelva, y si lo hago será su fin, doctor —la voz del sirio se tornó cortante como un amanecer ventoso en Siberia.

—Es absolutamente imposible que falle. Al contrario. Deberá cuidarse usted. ¿Cómo anda su corazón?

—Perfectamente.

—Esta dosis puede administrarse por vía oral. También es inyectable. Pero es más complicado de aplicar disimuladamente. En una oportunidad logré una dosis insertable en una goma de mascar. Era de efecto más lento, pero hubiese sido ideal para adolescentes. No obstante, la primera tableta de prueba quedó prematuramente pegada en la cara inferior del asiento de una butaca de cine. Fueron miles de marcos tirados a la calle.

Seller continuó mirando fijamente al doctor.

—Esta misma receta —señaló el doctor el frasquito que oscilaba en la mano de Seller— pero no tan fuerte, se la suministré en una ocasión a una mujer de la calle, creo que polaca, que había caído en manos de nuestras tropas. Era la única mujer que había en kilómetros a la redonda. La cuarta columna blindada del Mayor Skrieggel había quebrado la ofensiva aliada tras la traición de Normandía, ganando en un movimiento de pinzas toda la floresta de Bastogne. Eran tropas de lo mejor...

Los ojos del doctor se quedaron suspendiendo su vista en el vacío.

—Necesitaban descanso y diversión antes de continuar la contraofensiva. Por eso lo hice. Era la única mujer en kilómetros a la redonda...

Volvió a mantenerse un minuto callado.

—Quedaron agotados, destruidos, convertidos en guiñapos humanos... Algunos pocos oficiales que no habían tenido contacto con aquella polaca procuraban levantar los hombres a patadas, llegaron a fusilar a varios. Estaban como dopados, destrozados físicamente, perdiendo horas preciosas en tanto Patton reorganizaba sus tropas. Pero lo hice porque era la única mujer en kilómetros a la redonda. Cerca de cinco mil hombres, la flor y nata de la Scultzstaffel arrastrándose por el fango, sin fuerzas para alzar sus fusiles mientras esa satánica mujer, convertida por mí en una hoguera de pasión corría semidesnuda entre los tanques pidiendo a gritos la soldadesca de los panzer de Rommel.

Se hizo un silencio mientras el doctor apretaba funestamente sus labios.

—Doctor —se animó Seller—, yo serví hace varios años en buques atuneros. Tengo aún buenos amigos en esos barcos. Puedo conseguirle krill si usted lo desea.

—No, gracias —el doctor pasó el brazo por sobre el hombro de Seller en un gesto amistoso que el sirio nunca hubiese esperado de ese teutón que parecía hecho de plástico rígido. Indudablemente el relato de los hechos que habían precipitado su desgracia había aliviado en algo el doctor Woelklein.

—Venga por aquí —indicó a Seller. Pasaron por un angosto pasillo, y al cruzar frente a una puerta, el sirio alcanzó a ver de reojo a la obesa señora del doctor, tejiendo. Buenas dosis de sus propios productos debía inocularse el doctor para atreverse a algún acercamiento amoroso con ese objeto amorfo, pensó Seller. Sin duda alguna, el doctor debía usar a su señora como campo de prueba. Si algún compuesto medicinal servía para que Woelklein sintiera alguna atracción física por ese apelmotamiento de carne nervuda y desabrida nada ni nadie podría poner en tela de juicio la eficacia de la dosis.

—Mire, señor...

—Seller.

—Seller, mire señor Seller —el doctor había abierto la puerta de un pequeño baño azulejado en blanco. Una vieja bañera de metal enlozado estaba llena de agua casi hasta los bordes. Era un agua oscura, densa, que hedía levemente a animal muerto. A Seller le pareció ver algo deslizarse en el fondo, pero prefirió no preguntar nada.

—Repito acá, en pequeña escala, las condiciones y variantes de las aguas del mar Ártico. He conseguido mantener con vida los millones de microorganismos que componen el krill. Aún no tiene el mismo gusto que el que se genera en condiciones naturales, pero creo que estoy cerca de lograrlo.

Seller contempló al doctor mientras éste observaba arrobado la bañera. Le pareció que no era totalmente descartable la suposición de que aquel científico se hallase un poco loco. Pero de muchos genios se había pensado lo mismo. Incluso de John Lennon se había dicho eso.



—Otros tienen un pequeño gallinero en el fondo de sus casas. Yo tengo esto — pareció disculparse el doctor.

—Una pregunta, por favor —se interesó Seller en su habitual estilo cortante—. ¿Este afrodisíaco tiene el mismo efecto en los hombres?

—En absoluto, yo le he dado algo altamente especializado —aclaró Woelklein, con un gesto de infinita paciencia haciendo entender al sirio que la pregunta había rozado los endebles bordes de la tontería—. En un hombre no produciría casi nada. Alguna molestia hepática, cierta flojedad intestinal, algo de caspa. Nada más.

Se despidieron con un apretón de manos. En la sala de espera, el corpulento judío rubio luchaba sobre un sillón con el abrigo de piel de foca de Seller. Con seguridad había procurado descolgarlo del perchero para tenerlo listo cuando llegase su dueño pero aquel tapado no era hueso fácil de pelar. Por último, con habilidad profesional, el joven rubio torció la manga derecha del abrigo hasta ponerla sobre la espalda del tapado y dominándolo así, se lo entregó a Seller fingiendo que nada había sucedido.

—Desconoce —dijo el sirio, señalando la rebelde prenda y a manera de gracias—. ¿Cuánto tiempo practicó usted kung-fu?

El rubio observó a Seller calmadamente.

—Es usted un buen observador.

Seller había terminado de ponerse su abrigo, que aún resistía ya sin fuerzas.

—También dedujo usted que yo era judío —prosiguió el rubio.

Seller se encogió de hombros arqueando las cejas.

—Para mí reconocer un judío es tan fácil como reconocer una bicicleta entre una manada de jabalíes —se ufanó un poco alarmado por lo retorcido de la metáfora.

—Se dice que un judío es un hombre con una nariz que le llega hasta la barba... —documentó el rubio—... una barba que le llega hasta la hernia y una hernia que le llega hasta los pies planos.

—No es una descripción muy halagüeña —dijo Seller.

—Yo no reúno ninguna de esas características, sin embargo usted determinó con facilidad mi raza.

Seller volvió a encogerse de hombros sonriendo bonachonamente.

—Intuición. Intuición animal, digamos —aclaró.

Con el pequeño frasco bailoteando en el fondo de uno de los cavernosos bolsillos de su sacón, el sirio retornó al hotel. Introdujo el frasquito con el cuidado de quien manipula un kilo de trinitrotolueno en el congelador de la pequeña heladera. La improvisada etiqueta recomendaba mantener el producto en un lugar fresco y a pesar de que en Brujas la temperatura en esos momentos oscilaba en los 14° grados bajo cero, Seller había aprendido a no correr riesgos innecesarios. El tiempo era muy cambiante en aquella zona. Seller se dispuso a salir. Debía ir a ver un antiquísimo

castillo enclavado en el riñón mismo de la Selva Negra, que había elegido para convertirlo en su centro de operaciones.

Era una alucinante construcción medieval, que coronaba una de las estribaciones más elevadas de la región montañosa y a la cual se accedía por medio de una retorcida, sinuosa y suntuosa escalinata, que unía el pie de la colina con la amurallada puerta de macizo roble. Esa escalinata le confería al castillo un clima de fiestas imperiales, de boato, y una lejana semejanza a estampa de cuentos para niños o de fondo de dibujos animados de Walt Disney.

Seller estaba estudiando la posibilidad de hacer instalar un cable carril que lo llevase hasta el castillo o conseguir, a pesar de todo lo que lo seducía aquella mole pétreo, algo en planta baja. Cuando estaba por dejar la habitación del hotel advirtió que por debajo de la puerta habían deslizado un sobre. Lo levantó y extrajo de él una carta sin ningún tipo de membrete. Era el habitual informe diario que el ELF le hacía llegar consignando los movimientos de las personas sobre las cuales Seller debía conocer sus paraderos, horarios, medios de traslación, hoteles, temperaturas y humedad, así cómo también presión atmosférica en los puntos de embarque y arribo, gustos alimenticios, vicios, manías y otros detalles, mínimos y a simple vista intrascendentes, pero que podían resultar definitivos a la hora de la verdad. Recorriendo los apretados renglones con sus ojos de mirada zahorí a una velocidad de vértigo, producto de los ocho años de práctica de lectura veloz, el sirio memorizó a grandes rasgos las cosas más salientes. Había desarrollado hasta la obsesividad el circuito deductivo propio de los grandes ajedrecistas, el llamado método del «elipse», donde desde un punto de partida conocido puede llegarse a una conclusión mediata, obviando casi la totalidad de los pasos intermedios.

Seller se vanagloriaba, tiempo atrás, de poder leer íntegramente «El Quijote» en poco más de media hora. Le había quedado una cierta confusión, eso sí, sobre cuál era en definitiva el personaje central en la obra de Cervantes.

Miró con atención los últimos renglones del informe. «Posdata. Tu gato ha vuelto a casa». Seller frunció los labios. Aquella corta frase le advertía que Najdt, ya era consciente de todos sus avatares. Ya sabía que el sirio no se había hecho presente en la cita de Marsella. Y que había destruido para siempre la epidérmica pero cordial relación que los mercaderes de armas mantuvieron alguna vez con los zares del petróleo. Seller tendría que cuidarse. Debería apresurar la «Operación acople». Al rescatar de su memoria la figura evanescente de Nargileh sintió que se le secaba la garganta. Algo en el bajo vientre se debatió como un mapache atrapado en una trampera de lazo. Se odió por no saber controlarse. La pasión no es buena consejera en un operativo, por algo en el campamento de Damón Sagar había tenido que presentarse tres veces a rendir «Autocontrol», una de las materias básicas para aprobar el curso. Los mismos nervios que se le generaban ante la posibilidad de no

superar la prueba, hacían que fracasara. Seller tomó una de las hojas tamaño oficio que componían el abultado informe y cortó un pequeño triángulo de papel del ángulo superior derecho. Se lo introdujo en la boca y masticó cuidadosamente. Con la boca llena maldijo en sirio. El papel despedía un azucarado gusto a frambuesa. Había pedido más de una vez al ELF que le escribieran sobre papel con sabor eucaliptus. Era totalmente obligatorio hacer desaparecer los documentos luego de memorizarlos y lo más seguro era el milenar recurso de ingerirlos. La técnica del espionaje había logrado hacer menos pesada aquella tarea, dotando a esos papeles de distintos sabores. Para Seller el sabor frambuesa era casi una tortura en su paladar adiestrado y casi siempre debía, luego de deglutir los mensajes, devorar algunas hojas del Reader Digest para quitarse el regusto medicinal de la mora. Abrió una botella de brandy y acompañó los bocados de papel con pequeños sorbos que suavizaron su desagrado. El sobre tenía un prensado de esencia de naranja y resultó un buen postre para el sirio. Siempre disfrutaba de algún cítrico tras la comida.

La preocupación ante la posible cercanía vindicatoria de los hombres de Najdt le duró poco. Durante todo el trayecto hasta el castillo, la revisión mesurada de sus dependencias y el regreso al hotel, se abocó a desarrollar un plan que lo acercara a la bien amurallada Nargileh. Cuando llegó a la habitación ya era de noche y el frío acercaba riesgosamente el cuerpo del sirio a la categoría de fiordo. La calefacción en su pieza era óptima y tras un corto forcejeo logró desembarazarse del tapado de foca. Lo primero que hizo Seller fue acercarse a la ventana y controlar su marco con atención digna de un cortador de diamantes. Antes de salir había cruzado la juntura de unión de las dos hojas de la ventana con un delgadísimo cabello de su propia cabeza. Había visto hacer eso al detestable James Bond en una película y le parecía un recurso rústico pero eficiente. Su problema consistía en que su cabello era tozudamente rizado y había invertido diez minutos de su precioso tiempo en alisarlo y dejarlo lacio con su pequeña plancha de viaje. La resistencia del cabello, que persistía en recuperar la original curvatura de su posición fetal, casi llevó al sirio a solicitar los servicios de la planchaduría del hotel, mas luego desestimó la idea, evaluando que aquel encargo podía resultar sospechoso para el personal de servicio. Un hotel internacional alberga muchos individuos excéntricos, pero ninguno al punto que envíe a planchar una hebra de su cabello. Tal vez si realizase un encargo más grande, como ser unir el cabello a unas túnicas y algún par de calcetines, no saltase tanto a la vista, pero de todos modos era riesgoso. Había perseverado en su afán hasta que el pelo quedó rígido como una aguja y tras mojarlo, lo había cruzado uniendo las dos hojas de la ventana. Cualquiera que entrase por allí lo haría caer. Pero no. Allí estaba el pequeño hilo capilar, como antes. Seller se tranquilizó. Sin embargo algo estaba mal en aquel pelo. La raíz, el infinitesimal fragmento que se inserta en el cuero

cabelludo, apuntaba hacia la izquierda y él la había dejado dirigida hacia la derecha. Tras diez minutos de planchado, Seller conocía aquel cabello como la palma de su mano. Alguien había entrado, había detectado el pelo, y lo había puesto nuevamente en su lugar con todo cuidado. Mucha gente había visto las películas de James Bond, sin duda. La M-52 apareció en la mano derecha del sirio como si nunca se hubiese ido de allí. Recorrió palmo a palmo la pieza husmeando el aire como un venado. Nadie. Controló hasta el cansancio buscando algún micrófono oculto. Todo estaba en orden pero el peligro latía en los redaños mismos de Seller, como una enfermedad mala. Tenía la sensación de burla y desengaño que puede sentir un gato procurando atrapar un murciélago. Se tranquilizó. Fue cuando recordó el frasco del afrodisíaco.

—¡Oh no! El frasco... —se erizó. Corrió hasta la nevera y la abrió.

Un buen aceitado instinto de conservación frenó su mano que ya tocaba la tapa del congelador. Si aquel frasco había sido quitado de allí, Seller tendría que reiniciar todo el trayecto ya recorrido. Perdería un tiempo precioso. Sería, muy posiblemente, el final. Pero el severo entrenamiento fedayin del sirio, detuvo su mano en el aire a escasos milímetros de la blanca chapa de aluminio que bloqueaba el acceso al congelador.

Luigi Micheli, «Il Trovatore del Trastevere», se revolvió en su lecho como afiebrado. El generoso vino chianti, profusamente trasegado en la «tavola calda» de Piero, cerca del campo del Fiori, parecía agolparse ahora en su nuca repiqueteando en oleadas rabiosas contra la base del cráneo. El digestivo que había tomado no parecía haber surtido efecto alguno. A pesar del malestar, se debatía dentro del sueño resistiéndose a salir de él. Fue por eso que tardó largos minutos en determinar que el sonido del teléfono era real y no integraba la banda sonora de su pesadilla. Con la mano derecha aleteó repetidamente sobre el cobertor de su cama, sobre el flaco diestro, como buscando algo. Luego volvió a quedarse inmóvil, la cabeza en la almohada aparentemente dormido en tanto el campanileo del teléfono trizaba la oscuridad. Luigi Micheli barbotó unas palabras inconexas, aún sin abrir los ojos.

—Celina... Celina... —llamó. Abrió los ojos y parpadeó una docena de veces hasta que sus pupilas lograron reconocer el lugar donde estaba, dentro de la densa penumbra del cuarto. El teléfono, obcecadamente odioso, seguía sonando, y cada campanillazo trepanaba, como un cuchillo de sacrificio ritual, la caja craneana de Luigi.

—Celina... —insistió, palpando el resto de la cama vacía. Recordó entonces que aquella noche se había acostado solo y que tampoco era Celina la que lo había acompañado hasta su casa. De un manotazo inseguro buscó la perilla del velador, volcando un vaso de agua y un zapato que estaban sobre la mesa de luz. Encendió la lámpara y sintió como si en los ojos le hubiese entrado jugo de limón. De todos

modos, la tortura del timbre del teléfono era peor. Giró hacia el otro extremo de la cama y descolgó. No dijo nada.

—¿Luiggi? —se escuchó del otro lado. El italiano estaba aún demasiado obnubilado por el sueño y el alcohol. Seguía apretando furiosamente los párpados y pasando por sus labios reseca la lengua pastosa.

—¿Luiggi? —insistió la voz.

—Pronto... —atinó a coordinar.

—¿Luiggi? ¿Eres tú, Luiggi?

—Sí...

—¿Estabas durmiendo?

—¿Quién habla?

—¿Estabas durmiendo?

—¿Quién habla?

—Best... ¿Estabas durmiendo?

Luiggi parpadeó largamente. Tenía el rostro abotagado y respiraba con dificultad.

—Espera un momento —advirtió dejando el tubo sobre la mesita.

—¿Luiggi? ¿Me oyes? —gritó Seller.

Pero Luiggi se había incorporado tras lograr zafarse de su enredo de sábanas, caminó hasta el baño dando peligrosos bandazos y pronto se escuchó el chorro del agua mientras corría por el lavabo. Volvió a la habitación chorreando agua por su rostro, resoplando y parpadeando. Por el tubo se escuchaban agudos los reclamos del sirio. Luiggi se sentó en la cama con los brazos caídos entre las piernas observando fijamente la pared. Miró el tubo, puso cara de confuso asombro, lo colgó y volvió a acostarse sin apagar la luz. Antes de apoyar la cabeza sobre la almohada ya estaba dormido. Los timbrazos del teléfono parecieron esta vez mucho más irritados y perentorios. Ahora sí, el italiano pegó un respingo en el lecho y tomó el teléfono con un zarpazo desesperado. Respiraba agitadamente y en los ojos oscilaba una mirada de alarma.

—¡Sí! ¿Quién? ¿Qué pasa?

—¿Luiggi? ¿Luiggi?

—Sí, ¿quién? Pronto...

—Luiggi, soy yo, Best.

Luiggi quedó un minuto erguido, sentado recto sobre la cama. Luego se relajó y poco a poco comenzó a recostarse contra la almohada.

—Ah... ¿Best? ¿Eres Best?

—Sí, Best Seller, mierda. ¿Estás muy dormido?

—Ah... Best..., ah... creí que era mi madre... que había pasado algo.

—No, soy yo, Best.

—¿Qué tal, Best?... hola —Luiggi, como distendido, se rascó la cabeza.

—Mira —urgió Seller—, no tengo mucho tiempo. Estoy en un aprieto. ¿Estás ya lúcido?

—Sí, hombre, sí... —se fastidió Luiggi.

—¿Puedes armar una frase? —dudó Seller—. Arma una frase con «Cazador», «Liebre» y «Campo».

—¡Oh, Best! ¡No seas estúpido!

—Escucha Luiggi, estoy en un aprieto. Alguien ha conectado un explosivo plástico a la tapa del congelador de mi nevera.

—¿Quién?

—Gente de Najdt, posiblemente.

—¿De Najdt? ¿No trabajabas tú para ellos?

—No. Sí. Bah, no hagas tantas preguntas. Han conectado un explosivo plástico en la tapa del congelador de mi nevera.

—¿Han sido ellos?

—Posiblemente. Bah... ¡seguro! Escucha, idiota —se impacientó Seller—, ya te explicaré luego.

—Está bien, está bien... han conectado un explosivo plástico a la tapa del congelador de tu nevera.

—Sí.

—¿Y tienes mucha hambre?

—No, imbécil. Pero hay algo allí dentro que necesito.

—¿No tienes a mano el manual de la nevera? Allí debe estar anotado el número del service.

—Te llamo a ti, bastardo —la voz de Seller se tornó aguda por la rabia—, porque eres el único experto en bombas en quien puedo confiar y que aún está con vida.

—Es que no acepto consultas por teléfono, Best, tú lo sabes.

—Oye, cobra lo que tú quieras. Es además el trabajo menos riesgoso que hayas hecho en tu vida.

—Eso es cierto.

—Escucha, hay un alambre de cobre de media pulgada conectado al botón de «descongelamiento» de la heladera...

—Ahá.

—Ese alambre estaba disimulado en un plato de fideos que habían quedado hace unos días y se conecta luego a un fulminante insertado en el salchichón de Baviera.

—Ahá —El cibernético cerebro de Luiggi componía mentalmente la imagen del infernal artefacto.

—Allí —prosiguió Seller—, unido con dos «pinzas cocodrilo» es notorio que se halla el centro de la carga. Al parecer es una carga plástica que yo al principio confundí con la gelatina «Kellog».

—No lo toques. Es probable que se active por calor. El sólo contacto de los dedos puede hacerlo estallar.

—Es que tú no sabes el frío que hace aquí. Además se trata de una nevera.

—No lo toques, si es una bomba de descompresión doble, como las que usan los palestinos, el sólo hálito de tu aliento puede dispararla.

—No te inquietes por eso. Ya no tengo aliento.

—¿No es «La Dama de Ulster»? —interrogó Luiggi.

—No.

—¿Seguro?

—No. No tiene el cabezal digital a presión.

—¿Parece un cabezal imantado?

—Tampoco.

—Si fuese un cabezal imantado podría ser una «Hostia Catalana». La gente del ETA la usa mucho.

—No, no. Te digo que busqué sus características en el manual. No es nada conocido.

Ambos hicieron un silencio.

—¿Hablaron?

—No, señorita. Estamos hablando.

—Oye —dijo Luiggi—, busca tras el salchichón de Baviera. Tiene que haber un cable que salga de ahí hacia alguna parte. Tiene que tener una conexión con la masa crítica.

—Espera —Luiggi escuchó el sonido del tubo al ser abandonado. Permaneció esperando con el ceño fruncido, mordisqueándose la punta de sus bigotes.

—Hola... —oyó.

—Sí...

—Sí, sí —documentó el sirio—... el pote de mantequilla me tapaba ese cable. Está enroscado luego en el salame, se nota que eso le hace de antena...

—Claro, claro... sí... ¿No se conecta esa alarma luego con una pila cuadrada, roja, no muy grande?

—Eso mismo, eso mismo —se entusiasmó Seller—. Está disimulada en la torta de limón. Es un lemon-pie.

—No. Es una «Puching-eye».

—Es un lemon-pie.

—La bomba es una «Puching-eye» te digo —se preocupó Luiggi.

—¿Qué es eso?

—¿Hablaron?

—Estamos hablando, señorita.

—¿Qué es eso? —insistió Seller.

—Es una bomba nueva, una bomba nueva —Luiggi se rascó la frente—. Está en período experimental. Antes que nada apaga la luz.

—¿La luz?

—Sí, la luz, cualquier luz que tengas prendida. Habrás visto que la pila tiene un rectángulo rojo como de celuloide.

—Sí.

—Es una célula fotoeléctrica. Si tú miras el detonante más de cuatro minutos seguidos, el registro sensible de la célula se recalienta y pone en funcionamiento el fulminante. Aun en la oscuridad, no lo mires. Confía en tu tacto.

—¿Piensas que soy un ginecólogo?

—Oye, imbécil —previno Luiggi—. Conozco bombas que estallan si tú piensas en ellas. Bombas que deben ser desarmadas sólo por robots. A la «Puching-eye» le llaman también «La Vergonzosa» porque si la miran se ruboriza y estalla.

—¿Qué hago entonces?

—Apaga la luz, no la mires. Ese dispositivo tiene que tener una arandela que conecta la bobina con el polo positivo, seguramente.

—Sí, debe tenerla —masculló Seller—. No la he visto pero sin duda la tiene.

—¿Viste aquella película «El último tango en París»?

—Hace años que no voy a París.

—«El último tango en París» se llama la película. ¿La viste? —se ofuscó Luiggi.

—Ah, sí... No, no la vi. Pero algo me comentaron.

—Bien, ¿tienes mantequilla en la nevera?

—Sí. Mantequilla vegetal, ¿es lo mismo?

—No es tan sabrosa, pero es lo mismo. Escucha...

—Sí.

—¿Escuchas? Bien, toma la mantequilla y unta los bordes internos de la arandela, que no haya fricción. ¿Me entiendes? Nada de fricción. Pasas por allí el cablecito azul y desarmas el émbolo que se halla dentro de la carcasa.

—Dentro de la carcasa —repitió el sirio.

—De esa forma...

—¿Hablaron?

—Estamos hablando. De esa forma anulas la masa crítica. Desconectas luego las pinzas cocodrilo de la pila y ya está listo.

—¿Así de simple? —se asombró Seller.

—En la oscuridad no te será tan fácil.

—Recuerda que he sido hombre-rana en el Golfo Pérsico —tranquilizó el sirio—, espera un momento.

Nuevamente se escuchó el ruido del auricular al ser depositado sobre algo duro.

—Luiggi...



—Sí.

—Si escuchas un estallido ten a bien abonar la comunicación.

—Descuida.

Nuevamente el ruido del tubo sobre una superficie sólida. Luigi permaneció con el oído alerta pegado al teléfono. Mecánicamente se rascaba el muslo de su pierna derecha. Un sordo estrépito lo sobresaltó en el otro extremo de la línea. Un silencio.

—¡Best!...

—Luigi... —la voz de Seller se adivinaba entrecortada—. ¡El lemon-pie era una trampa cazabobos! ¡Tengo la mano derecha atrapada en una especie de trampera dentada!

—¡Mierda! —maldijo Luigi incorporándose—, escucha, Best, escucha... Aún estando en la oscuridad puedes contarlas... ¿Cuántas manos tienes?

—Dos.

—Bien, pues hay una que te queda libre. ¿No es así?

—Sí.

—¿Tienes algo esponjoso cerca tuyo?

Casi podía escucharse el cerebro de Seller a través del auricular mientras su memoria repasaba los objetos circundantes.

—Sí... sí... En la misma nevera creo haber visto un merengue.

—Perfecto, te servirá de muelle entre las dos mordientes de la trampa dentada. Tendrás que introducirlo con mucho cuidado hasta que te permita sacar la mano atrapada. Cuando lo hayas hecho, quita tu mano y procede con la arandela de la misma forma que te indiqué antes...

—Bien, bien... espera...

Esta vez Luigi permaneció sentado sobre la cama, se estiró luego hasta la mesa de luz en procura de sus cigarrillos y encendió uno.

—Luigi... —oyó quedamente— ya está.

—¿Sacaste el cablecito azul?

—Sí, ya lo desconecté. Está todo solucionado.

—¿La mano?

—Una pavada. Apenas la marca de los dientes.

—Bueno, Best. Me alegra. Un abrazo.

—Igualmente, Luigi. Te mandaré algo. Ya nos veremos.

—No te molestes. Chau. Saludos a Nadia.

—Chau, Luigi. Gracias.

Luigi cortó y permaneció recostado contra el alto respaldo de su cama, fumando. ¿Seguiría Seller con Nadia? Había cometido una tontería al mencionarla. Estaba totalmente desvelado. Y aquella conversación le había dado hambre. Afuera se escuchaban los primeros ruidos en la calle. Luigi fue hasta la cocina y se preparó un

exagerado emparedado de queso milanés y tocino.

## Capítulo 7

En la zona sur de la isla Nicobar, en el mar de Andaman, la temperatura raramente excede los 20 grados centígrados. Hay sí, una época de lluvias copiosas que fecundan los valles que ahondan ambos flancos del monte Camorta. Pero el sofocante aire caliente que viaja con los alisios llegados desde el Golfo de Bengala o bien los ensoberbecidos monzones que se envalentonan tras devastar las costas de Madras, Nellore, Rajamahendri y Berhampur se desvían sobre el archipiélago Mergui, buscando las planicies más condescendientes de Mandalay o el sur de Tailandia sin prestar atención a Nicobar. El clima permanente es primaveral entonces, quizás un tanto húmedo en verano, pero podría definirse como paradisíaco. Desde el valle del Pequeño Coco, que mira expectante el mar de Bengala puede verse en las tardes cristalinas del otoño, los naranjos que pueblan la cima del Monte Camorta. Cuando esos hermosos frutales florecen la cima del Monte parece incendiada ante el reflejo del sol sobre las naranjas.

En setiembre, los pescadores de las islas Andaman que persiguen la anchoveta a través del Canal de los Diez Grados pueden divisar perfectamente desde sus frágiles cahutes el resplandor de los naranjales del Camorta en el horizonte.

Una vez al año, cuando llega el frío viento del este atravesando el golfo de Siam, el embate de este meteoro sacude de tal forma las ramas de los naranjos que un aterrador alud de tales cítricos se derrumba sobre el valle del Pequeño Coco.

Todos los años, durante el invierno, los pobladores de Baratang construyen en las laderas del Camorta sus chozas de bambú trenzado, y allí tejen sus famosos manteles de barbas de choclo, respunteados con una insólita orfebrería de filamentos de medusa que son conocidos en el mundo entero. Todos los años las naranjas, rodando a millones por las laderas del Camorta, despedazan a su paso las chozas de los sufridos hilanderos de Baratang.

La historia de la Isla no halla argumentos para explicar la tozuda reiteración de los hilanderos, sólo se limita a registrar los previsibles desastres, año a año. Los pobladores se consuelan pensando que las pérdidas serían mucho peores de ser pomelos los plantíos de la cima del Camorta. Lo cierto es que el aluvión frutal, tras reducir a escombros las aldeas de los artesanos, cruza el valle del Pequeño Coco arruinando totalmente los arrozales, invade la pequeña ciudad de Nachuge hasta que finalmente con apagado estruendo se derrama en el mar como un desmadrado río de esferas doradas.

Pero la amenazante época de tal fenómeno había pasado, el verde del valle casi molestaba a la vista y en el aire había un reverbero de polen que excitaba. Dentro del verde, se recortaba prolijo el rectángulo perfecto de la cancha de polo damasquino, y entre el leve tremolar de los palmares se veía el blanco puro de la gentil construcción

inglesa que servía de sede al «Círculo de Lanceros de Ceilán».

Era la media mañana y gran cantidad de gente ricamente ataviada circulaba entre los studes y el espigón del Club de Regatas conversando animadamente, bebiendo largos tragos de copra con soda tónica, cruzando apuestas sobre la ya próxima partida de polo o tomando asiento en los largos bancos de madera que circundaban el campo de juego. Sobre uno de estos bancos se apoyaba la musculosa pierna izquierda de Seller mientras el sirio, con particular concentración, terminaba de ajustar los correajes de su alta bota de equitación. Llevaba también elegantes pantalones blancos, amplios, que se introducían en el ajustado calzado y una casaca de seda verde con puños y cuello blanco. Sobre el hemitórax izquierdo, en el bolsillo también blanco, lucía el escudo de los Lanceros de Ceilán.

El escudo mostraba un dibujo donde se veía un enardecido tigre atravesado por 28 lanzas, una por cada caído en la trágica emboscada de Kurunegala durante la guerra anglo-bóer. En su espalda llevaba el número catorce. Y sobre su rizada cabeza bruna, se bamboleaba un casco de metal liviano blanco con protector interno de fibra de vidrio flexible. El casco, similar al usado por los motociclistas, protegía la nuca y mandíbulas de Seller con una cuerina acolchada y su barbijo presentaba una mentonera metálica. En la parte frontal, sobre la insinuada visera restallaba orgullosa el Águila Falcónida Real, símbolo de algunas tribus de los Montes Marayani y enemiga natural de las mangostas.

En tanto finalizaba de prender firmemente los cierres de su lustrosa bota izquierda Seller adivinó sobre su cuerpo los ávidos ojos de muchas mujeres que se hallaban sentadas en las cercanías. No dio importancia a tales miradas, sin embargo, y procedió a culminar los preparativos de su caballo «Alhambra», una bellísima jaca beréber. Éste era un animal de pelaje muy oscuro, tan oscuro que se hacía difícil adivinar su color pero algún experto podría haberlo definido como azul ultramar, con divagaciones hacia el cebruno, sin olvidar una pizca plomiza. Cuando se lo miraba de costado, brillaba tanto a la luz matinal que parecía blanco.

El corcel piafaba nervioso por el movimiento de la gente a su alrededor y los músculos vibraban bajo la piel como dotados de electricidad. Seller, en tanto, con una mano verificaba la tensión de los arneses y los correones, acomodaba el pretal y ajustaba el bozalejo; con la otra, acariciaba lentamente la piel de la jaca recorriendo en círculos perfectos, la tersa pelambre del anca, las corvas, los carrillos, los espejuelos y la suave pelusa de los ollares. La jaca, de remos tan finos que podían hacer pensar a más de un inadvertido en la posibilidad de que se quebraran de sólo andar, había llegado esa misma madrugada a la isla.

Tenía lo mejor del caballo árabe, el paso levantizco, el trote zigzagueante, la cabeza pequeña y alta. Había sido entrenada durante años por un anciano rifeño que la hacía dormir en su mismo catre de campaña y la amamantaba con leche de

camella. Pero así también la había endurecido hasta la tortura correteando entre los riscos más escarpados, le había dado resistencia haciéndola trotar durante días y días bebiendo solamente agua de pencas sobre las arenas del Golán y podía frenar en plena carrera en un tramo de treinta centímetros.

La jaca giraba sobre sí misma en una baldosa y arrancaba desde punto muerto a velocidades de vértigo como si la impulsase una catapulta. Dos años había convivido el anciano rifeño con ella. Los últimos meses, el animal comía con naturalidad de la mano de su instructor la misma comida que gustaba éste: los menudos de cordero recubiertos con brea. Por su parte el rifeño relinchaba ya con bastante acierto. Pero lo más notable de aquel *pony* beréber, lo que lo distinguía de los demás y lo hacía un fenómeno dentro de sus pares, era su rara habilidad para el juego del polo-damasquino. No sólo pechaba de flanco con la fuerza de una topadora Caterpillar, no sólo cambiaba de paso derivando del paso de ganso vienés al trotón peruano en medio metro, sino que incluso era capaz de trasladar la pequeña pelota de madera entre sus patas prodigiosas, pegándola alternativamente con cada una de ellas, dribleando entre los demás contendientes a la manera de un astro del fútbol inglés, tal vez pecando en parte de egoísmo pero sin perder nunca garbo ni espectacularidad. Sobre ese corcel de leyenda trepó Seller con airoso salto para ingresar al campo de juego.

La diferencia del polo-damasquino con el polo común radica solamente en un detalle: la meta, en lugar de estar demarcada por dos postes multicolores, son dos pequeños hoyos del mismo diámetro que los hoyos de golf. Esto hace el juego endemoniadamente más difícil, máxime considerando que se prolonga a catorce tantos. Al quinto día de juego, ya hay parte del público que comienza a retirarse, pero siempre es reemplazado por nuevos y entusiastas partidarios que llegan permanentemente.

En principio, el polo-damasquino se practicaba con elefantes en lugar de caballos, pero esto era muy costoso debido a que en sus inicios se trataba de un juego de mesa y no hubo vajilla de porcelana inglesa que resistiera a tal despropósito.

Percibiendo la mirada pecaminosa de muchas mujeres, algunas de las cuales llegaban a humedecerse lúbricamente los labios al mirarlo, el sirio cabalgó hasta donde se arremolinaba gran cantidad de público. Rodeaban a un hombre enorme merodeador del metro noventa, quizás un poco gordo pero imponente. Tenía rasgos casi groseros, una nariz larga y carnosa, boca abultada recubierta por un espeso bigote negro, ojos saltones y unas cejas que eran dos matorrales oscuros e hirsutos que tendían a unirse sobre el puente de la nariz. El hombre hablaba en voz muy alta, reía con descaro y gesticulaba permanentemente ante la complacencia de la cohorte de curiosos que lo rodeaba. Había que reconocer, sí, que poseía una tremenda sonrisa, con dientes grandes como piezas de dominó brillantes y sólidos. Y que irradiaba una

sensación de plenitud, de confianza, ya en los límites de la prepotencia. Por el vértice inferior del cuello de su camisola roja asomaban una alfombra de pelos negríssimos. Aquel gigante se caló el casco y en él Seller vio con claridad a «La Ardilla Voladora de Isfahán». Ese titán era Zabul Najrán, el Califa del Curvo Alfanje. El poseedor de Nargileh.

Desde su silla de montar, Seller lo midió con los ojos, estudiándolo. Todas las referencias que le había suministrado el ELF parecían desteñidas y mezquinas ante la realidad viviente. Sería un digno contendor, sin duda.

Media hora después, en el momento exacto en que un condescendiente sol caía vertical sobre la grama, dio comienzo el cotejo entre una zarabanda vocinglera de aullidos de entusiasmo y disparos de armas livianas. Quince minutos más tarde, el cuarteto de Seller había alterado la puntuación del marcador por dos veces consecutivas. Y en ambas oportunidades por intermedio de las hábiles gestiones del sirio. En el primer caso, cuando aún ambos equinos buscaban su ubicación en el campo, una pelota lanzada por sir Levis Archibald Moore, prefecto portuario de Sumatra, llegó baja y veloz hacia la línea de Seller. La jaca beréber reaccionó como un resorte, saltando hacia adelante y desprendiéndose de adversarios y compañeros con la facilidad con la que un coche de Fórmula Uno puede desembarazarse de una cuadrilla de tractores. El sirio, con todos sus reflejos afilados como dagas, echó su cuerpo sobre el costado del animal quedando prácticamente cabeza abajo. Lo había visto hacer a los indios pawnees, mucho tiempo atrás, en las películas del Oeste Americano. En esa posición cuasi circense se lanzó hacia el pequeño balón perseguido por el tropel de restantes jugadores. Tomó entonces su palo de polo como quien puede tomar un taco de billar, abandonando las riendas sobre la cruz de su monta. Abajo, a escasísimos centímetros, el césped pasaba a velocidad sobrecogedora. Seller estiró sus brazos, midiendo en pulgadas, con sus ojos entrecerrados, aquella bocha blanca que llegaba sobre el paño verde como resbalando sobre hielo. La punta de sus dedos llegaron en más de un momento a rozar las briznas de pasto. El tacazo fue recio, seco, lleno, sobre la madera. La bola salió disparada hacia adelante, tomó luego una rara comba y pareció que optaba por perderse fuera de los límites del campo.

Mas luego, ante el estupor del público y debido al infernal efecto que le imprimiese el sirio, se detuvo, giró locamente sobre sí misma, pudo apreciarse como que levitaba y luego, como si se hubiera olvidado de algo, tornó sobre su anterior recorrido y derrapando levemente en tanto rotaba sobre su eje como un giróscopo, enfiló hacia el hoyo. Dio tres vueltas en torno a éste, boqueó dos vueltas más y cayó adentro. El efecto hizo que volviera a asomarse como un títere o como un postrer saludo ante la ovación ya cercana y, por último, se anidó mansamente en la profundidad. En todo el campo se hizo un silencio reverente y luego estalló el

aplausos. Atronaron el aire petardos y fuegos de artificio rubricando los «hurra» de la multitud enardecida de gozo. Seller, que había mantenido hasta el desenlace su postura india, tornó a la montura, pero girando por debajo del vientre del animal, lo que hizo delirar aún más a sus parciales. En tanto «Alhambra», la jaca beréber, retomaba su posición en el field con perfecto paso de la oca, con ciertas reminiscencias nazis. Mientras con ademán distraído, arreglaba su muñequera derecha, Seller observó de reojo a Zabul Najrán. El rostro voluminoso de éste se había amoratado y los extremos de sus labios se estiraban hacia abajo. Por las comisuras escapaban dos hilos de una baba blanquecina. Pero el segundo tanto fue el que marcó el límite en la excitación de jugadores y público.

De entre una tumultuosa montonera de jinetes y caballos en el medio del gramado, surgió de pronto «Alhambra» llevando la blanca bocha entre sus finos remos de cigüeña. Nadie podía creerlo, pero transportaba el esférico a la velocidad de un cheeta golpeándolo alternativamente con cada uno de sus cascos. El negro caballo de Zabul, un aluvión oscuro y siniestro alcanzó entonces al sirio y su corcel, procurando sacarlos de línea con pechones y testarazos. El freno aplicado por «Alhambra» fue instantáneo y parecía haber destituido todas las leyes de la inercia en ese preciso instante. La bocha quedó aprisionada bajo el casco de su pata delantera izquierda. Piafando y arrojando al aire espumarajos por entre sus belfos, el garañón de «El Califa del Curvo Alfanje» clavó sus corvas en el piso y tornó sobre el adversario.

Seller soltó las riendas y se cruzó de brazos sosteniendo el palo entre sus dientes, prisionero por el manillar. Aquella jugada pertenecía a su caballo y no podía privarle del poder de decisión. «Alhambra» volcó todo su peso hacia la derecha como para arrancar hacia esa latitud, nada ni nadie parecía poder rectificar el rumbo insinuado. No obstante, frenó su impulso casi en el aire, congeló su movimiento, contorsionó su flexible torso y se proyectó como un obús hacia la izquierda. El corcel de Zabul apabulló el aire siguiendo el amague y pasó, dejando una estela de césped y terrones de tierra desprendidos como una negra locomotora sin control. «Alhambra» volvió a detenerse en seco treinta metros más allá y sin ningún tipo de protocolo, sin anunciarlo siquiera, golpeó la bocha con una coz corta y retumbante de su pata posterior derecha. La esfera rasuró la hierba en línea recta y se clavó dentro del hoyo, como un aerodinámico ratón albo buscando la tibieza de su cueva. Fue la locura.

Cientos de personas se lanzaron al campo con lágrimas en los ojos. Volvieron a sacudir el espacio: petardos, bombardas, morteros y bengalas. Los fuegos de artificios dibujaron en el cielo: el marcador del encuentro hasta ese momento, el nombre del autor del tanto y los minutos de juego. Más lejos, desde la bahía, atronaban las sirenas de los buques. «Alhambra», animal sensitivo como pocos, no pudo escapar al disloque. Se irguió sobre sus patas traseras y caminando de esa forma, recorrió todo

el perímetro del campo recibiendo el caluroso tributo de la parcialidad.

Seller, adosado como una lapa a su cabalgadura, parecía desentenderse del asunto. Pero observaba de tanto en tanto a Zabul con el rabillo del ojo. El gigante se hallaba fuera de sí, como si no le bastaran los amplísimos límites de su propio cuerpo. Jadeaba de odio y apretaba las mandíbulas con denuedo. Su piel había tomado un tono rosa sucio con pigmentaciones ambarinas, que no parecía predecir nada bueno.

Quince minutos después, cuando el ambiente se hubo calmado un poco, ya nuevamente los ocho contendientes evolucionaban sobre el verde. Seller no perdía de vista a Zabul. Y de repente, cuando todos se lanzaban en procura de una esquivada pelota elevada, el sirio cruzó el galope de su corcel frente al del gigante. No fue una acción muy visible, ni grosera, ni evidente. Pero lo cierto fue que «Alhambra» interpuso su cuerpo en la progresión lógica de la carrera del renegrido caballo rival. Se oyó un choque sofocado y un «Oh» de alarma y pánico creció entre las tribunas.

Cuando se disipó la polvareda y se aposentó el césped desprendido, Seller rodaba por el piso aparentemente descalabrado. Su caballo, en pie, detenía confuso su marcha metros más allá y el resto de los competidores refrenaban sus cabalgaduras. Un silencio expectante invadió el campo. Todos se reunieron en torno al caído, en apariencia desvanecido. Una parihuela toldada, llevada en peso por cuatro nativos kanacas, trasladó al sirio hacia los vestuarios. Su caballo, su prodigioso caballo beréber, al comprender la suerte corrida por su jinete, bajó la cabeza con consternación y a paso funerario abandonó el recuadro. El silencio respetuoso de todos era casi una ovación.

Un murmullo incesante de animadas conversaciones, risas, entrecrocarse de platerías y tintinear de copas, saturaba el luminoso espacio del inmenso comedor del «Círculo de Lanceros de Ceilán». Ya prácticamente todos habían finalizado el almuerzo, pero los cientos de comensales aún mantenían la excitación que les había transmitido el espectáculo matutino y charlaban, discutían o recordaban las jugadas con apasionamiento.

La multitud ofrecía una visión exageradamente multicolor en especial debido a las damas que en su gran mayoría lucían prendas de sedas, rasos y terciopelos de enloquecedores tonos brillantes. Habían salido a relucir algunos cigarros nobles y prolongados, de impresionantes dimensiones en muchos casos, que apurarían la difícil misión de diluir un tanto, el regusto picante de los aderezos, elementos infaltables en proporciones alarmantes en la cocina de la isla.

El techo del recinto, muy alto, estaba trenzado en hojas de palmas de caboclo. Una palma leguminosa, alveolada, fibrosa al máximo, que superpuesta en capas horizontales e intercalada en fajos de a ocho, como los cigarros de hoja, conformaba un cielo raso impenetrable al agua, inexpugnable al granizo y por sobre todas las



cosas, fresco como la loza comba de un iglú. Su único inconveniente eran las «arañas piña», insectos pulmonados de abdomen chato, levemente pilosos, del tamaño de un centro de mesa doméstico, que de tanto en tanto se precipitaban desde entre las hojas de palma del ancestral techado para caer sobre la vajilla. Pero estos insectos, son considerados «vacas sagradas» en Nicobar, poseen una bondad ovina, y eran más que nada motivo de nuevas expresiones de alegría, palmadas, bromas o fingidos gritos de espanto entre las damas.

En una de las mesas centrales, la más tumultuosa, Zabul Najrán, «El Califa del Curvo Alfanje» hablaba y reía hasta el abotagamiento. En un perímetro de quince metros a su alrededor nadie podía quitar los ojos ni los oídos de él. Discutía con fanatismo, golpeaba la mesa con la palma de su mano derecha, curtida y pesada como un quelonio de las Galápagos. Más de una vez los restos de comida, pedazos enteros de exquisito salmón ahumado a la vela, residuos semimasticados de puerco al marsala, saltaban por los aires, malamente golpeados por los espasmódicos manotazos de Zabul, salpicando con una lluvia de salsas, mayonesas y ensaladas a quienes compartían la sobremesa con el gigante. Sin embargo, nadie parecía molesto por tales precipitaciones, todos escuchaban arrobados los detalles de la contienda deportiva que narraba Zabul con florida verba y a lo sumo algunos más previsores o más cuidadosos de sus indumentarias, se protegían con desplegadas servilletas o con bandejas ya vacías, que instrumentaban frente a sus rostros a manera de trinchera protectora.

Cada tanto un coro estruendoso de carcajadas rubricaba las ocurrencias de Zabul, todos se doblaban sobre sí mismos, bamboleándose en sus asientos y a varios se les desorbitaban los ojos o tosían con desesperación, procurando alcanzar algún vestigio del aire obturado en su camino hacia los pulmones, por algún bocado de cerdo o tal vez un pedazo de manzana, lanzado hacia conductos incorrectos ante las convulsiones de la risa.

De repente, como quien baja por sorpresa y a voluntad el volumen de una radio, el murmullo general del salón fue decreciendo. Miles de ojos contemplaban con respetuosa atención, la entrada del comedor. Aquellos que estaban de espaldas a la misma, perturbados y curiosos ante tal confabulación general de miradas, también se volvieron. Zabul fue el único que continuó parloteando un instante con voz entrecortada por la risa, pero pronto también giró su poderoso cuello toruno hacia la puerta.

En el marco oscuro de madera de maguey, se destacaba la figura de Seller. Su brazo derecho estaba doblado sobre el pecho, vendado y sostenido del cuello por una faja multicolor, la misma que suelen usar los nativos kanacas en torno a sus cinturas, sosteniendo los curvos kriss malayos. El sirio ingresó al salón con paso elástico y a medida que se adentraba entre las hileras de mesas, la conversación de los presentes y

el rumoreo iban volviendo a su normalidad. Zabol Najrán, que bien pronto se había desentendido del recién llegado, retomó el relato de su segundo tanto, con el cual había consolidado el resultado parcial del encuentro en un empate a dos.

—Alguien debería tomar un examen de equitación a los participantes antes de comenzar cada juego.

La voz recia y bien timbrada del sirio opacó las restantes sonoridades. Seller estaba parado firme como un monolito al costado de la silla de Zabol. Ahora sí, ante las ríspidas inflexiones que encallecían las palabras lanzadas con tono desafiante por el sirio, el silencio se cristalizó tenso. Nadie parecía respirar, ni parpadear tan siquiera. Zabol también calló, aún sin volverse a mirar a quien así le interpelaba.

—¿Dónde ha aprendido a cabalgar? —insistió Seller persistiendo en su modulación cortante como un escalpelo—. ¿Sobre el caballo de madera de un parque de diversiones, tal vez?

Entonces sí, Zabol Najrán giró su cabezota tremenda hacia Seller. Las miradas se cruzaron y casi podría haberse pensado que ese sólo roce de ondas visuales, podrían haber combustionado el aire hipersensibilizado por las irradiaciones magnéticas y nerviosas de los presentes y hacer estallar la isla de Nicobar en diez mil pedazos rocallosos. Ocho minutos se mantuvieron así ambos titanes, sosteniendo sus miradas en una suerte de pulseada visual, las órbitas enrojecidas, los lagrimales húmedos en procura de refrigerar en parte, el seguro recalentamiento de los nervios ópticos. En derredor de ambos se corporizó un campo sensible casi evidente al tacto, un aura eléctrica que ocasionó un cierto zumbido en los oídos a los más allegados e hizo estallar de pronto una de las copas de cristal. Los pedazos de fino baccarat, al caer al suelo, parecieron romper el hielo del momento.

—Tal vez sería mejor —continuó el sirio arrastrando cuidadosamente las sílabas para que nadie quedase sin escucharlo— que mañana usted se pusiese la montura y le confiara el taco de polo a su caballo.

La respiración de Zabol Najrán se hizo agitada. Semejaba un Zeppelin a punto de explotar. Sus enormes manos oprimían los costados de la mesa y una vena en el cuello se abultaba como si el corazón en lugar de sangre bombease municiones del doce. Nunca nadie en toda su vida le había hablado en ese tono. Nunca nadie en toda su vida le había enrostrado ni siquiera el regaño más mínimo. Nunca nadie en toda su vida le había sostenido por más de dos segundos la mirada.

Un rugido animaloide, un casi quejido infrahumano, como el clamor de una orca enloquecida de dolor ante el arponazo sangriento, como el berritar de cuarenta elefantes que han hallado profanado su cementerio, escapó de la enorme boca de Zabol, cuando saltó hacia adelante arrojando por el piso la enorme mesa y varias sillas. Hubo un griterío de mujeres y en los alrededores se produjo una estampida general de comensales, que huyeron hasta latitudes más seguras, formando un círculo

prudente con respecto a las dos potencias enfrentadas.

Seller saltó hacia atrás, frente al embate de su oponente, procurando armar una guardia boxística emparentada con el más puro estilo de Jim Corbett. Fue entonces cuando se hizo más evidente, casi insolente, el vendaje blanco que recubría su brazo en cabestrillo. Zabul se detuvo. Aquel hombre estaba en inferioridad de condiciones. Podría haberlo convertido en una papilla de carne triturada en menos de quince segundos, de hallarse sano, pero el sirio que se contoneaba frente a él con expresión desafiante tenía su brazo diestro inutilizado. Centenares de años de cultura oriental, montañas inconmensurables de papiros con leyendas y enseñanzas que le habían inculcado la dignidad y la grandeza, pudieron más que la furia irracional de Zabul.

—Te aprovechas, extranjero —jadeó el Califa del Curvo Alfánje—, porque no estás en condiciones de combatir...

—¿Piensas que necesito los dos brazos para darte tu merecido, gorila? —urgió Seller haciendo oscilar su cerrado puño izquierdo frente a la mandíbula de Zabul.

Éste realizó un esfuerzo inconmensurable para controlarse. Miles de ojos lo contemplaban y sabían de su ventaja.

—Mis padres me mostraron los sólidos muros de la paciencia, extranjero. Puedo esperar a que te repongas para destrozarte...

—Tal vez yo no...

—Es que ya no me basta con romperte algunos huesos... —Zabul sonreía. Se sabía dominador de la situación, depositario de la unción admirativa de los presentes que se habían alelado ante tamaña muestra de autocontrol, hombría y grandeza—. Ahora quiero matarte. Sólo eso me tranquilizará.

—¿Es un desafío formal? —se interesó Seller, quien también había retraído la guardia y cesado en su side-steeps zigzagueante.

—Lo que tú oyes. Pongo a toda esta gente por testigos.

—Sea —sentenció el sirio con expresión altiva—. Espero tus representantes.

Dio media vuelta y abandonó el salón con paso firme. Zabul quedó contemplando el vacío. Aún respiraba ajetreadamente y no había recobrado su mejor color. Algunos de sus mejores amigos y guardaespaldas se le acercaron entonces y palmeándolo con suavidad lo fueron conduciendo hacia su lugar, mientras otros levantaban la silla caída y acomodaban el mantel que había arrastrado en su acometida inicial. Se sentó, siempre con los ojos fijos en algún sitio invariable e inexistente. Mantenía los labios apretados y su boca era la endeble línea que separa el raciocinio de lo demencial. Varios comensales que se retiraban del comedor, pasaron a su lado dejando caer una voz de felicitación o de encomio. No parecía oírlos. De pronto se incorporó como un rayo, elevó su puño derecho como un martinete industrial y, con furia demoledora, lo estrelló contra la mesa. Las maderas se partieron con un crujido de barco que se eviscera contra los arrecifes, volaron por los aires platos, cubiertos y guarniciones

enteras de todo tipo de habichuelas. Rodaron las copas y botellas derramando sus contenidos y casi todos aquellos que habían estado acodados sobre la mesa se precipitaron de bruces entre el desbarajuste, quedando amortajados por la mantelería, hechos un ovillo humano en el suelo, convertidos en un extraño insecto de innumerables brazos y patas sacudidas al aire. Un insecto macerado por el vino y atrapado por la consistencia pringosa de una infinita variedad de cremas edulcorantes.

## Capítulo 8

Seller se estiró cuan largo era en la cama y aspiró hondo. Estaba envuelto en una salida de baño de seda negra y fumaba somnoliento, finos cigarrillos sirios. A pesar de haber recorrido infinidad de geografías, seguía prefiriendo el tabaco de su tierra, quizás por el severo gusto a salitre que conservaba. Se había infligido una ducha de agua hirviente demasiado prolongada y ahora tenía la certeza de que su presión arterial había descendido en forma considerable. Le parecía sentir correr pesadamente su sangre por las venas, como barro, como un lodazal que se arrastra moroso tras el aluvión. No se sentía mal dentro de todo. Había encendido el televisor pero sin dotarlo de sonido. Se escuchaba, sí, la música ambiental y el sirio aparentaba estar a punto de dejarse atrapar por los sensibles tentáculos del sueño. Pero no dormía. Pensaba. Pensaba en aquella vida tumultuosa, febril y tal vez vana que mantenía. Pensaba en su paso fugaz y sin huella por tantos lugares lujosos, por tantos hoteles suntuosos y confortables, por tantas mujeres hermosas y circunstanciales. El amor no parecía estar hecho para él. No ya el amor apasionado y fiero de cientos de noches de libidine inmarcesible, que sí había gustado y conocido. Nada de eso. No parecía estar hecho para él ya el simple amor doméstico y cotidiano de la convivencia rutinaria. El de las palabras adivinadas, el de los gestos tácitos, el de las esperas confiadas. Quizás con Berenice había estado a punto de lograrlo. Fueron dos días maravillosos. Nunca había obtenido conformar a su lado la presencia serena de una mujer y dudaba ya de poder conseguirlo. Estaba lanzado en una vorágine demencial que le impedía profundizar cualquier tipo de relación. De haberse quedado en los Montes Marayani, posiblemente estuviese ahora rodeado de pequeños niños pastoriles, con ojos profundos cuyas miradas se asemejarían a las crudas miradas de los cernícalos. Niños de oscuros rizos y narices de caprichosa curva. Muchos de sus antiguos compañeros de juegos infantiles lo habían logrado. Incluso varios habían conseguido llevar adelante contra viento y marea sus relaciones con cabras u ovejas, lanares tiernos y sumisos, consiguiendo al menos no sentirse tan solos en las prolongadas noches de la montaña, cuando las flautas de cuerno hozaban en la oscuridad como si fuesen el lamento mismo de la tierra.

Los ojos del sirio se humedecieron y por un momento parecía que todo el formidable andamiaje de su virilidad se diluiría en llanto. Hacía tiempo que no se sentía tan solo, tan desprovisto, posiblemente desde aquella tarde en que se quedara encerrado en un mingitorio en París. No obstante, aspirando un par de veces con recio impulso, logró recomponer su integridad y ánimo. Caminó por la pieza e intentó distraerse con el mini-golf, pero al segundo golpe la pelotilla se escurrió por el siniestro agujero del water y le resultó prácticamente imposible sacarla a pesar de recurrir a su clásico golpe de «guadaña holandesa» con un putt del cuatro. Seller

refunfuñó. Eso ocurría sólo en hoteles de segundo orden, donde el hoyo cuatro se hallaba tan cercano a los artículos sanitarios. Hizo correr el turbión de agua del inodoro y se desentendió del asunto. Regresó a la habitación y tomó de la pequeña mesita donde se apoyaba el televisor, un libro grueso, impecablemente presentado. Se recostó en la cama y comenzó a hojearlo con expresión atenta. Se detuvo finalmente en una de sus páginas. Tomó el teléfono que se hallaba adosado junto a la cabecera de la cama y tras levantar el tubo, permaneció esperando.

—Señorita... —dijo al escuchar una voz femenina en el otro extremo— quisiera que me mande a la habitación, por favor, a Glenda.

—¿Glenda?

—Sí, Glenda...

—¿Qué código es, por favor? —requirió la voz del otro lado.

—A ver, un momentito —dijo Seller volviendo a observar desde más cerca el libro que descansaba sobre sus muslos—... un momentito. ¿Dónde figura el número de código?

—Bajo la foto, a la izquierda, en letras pequeñas.

—Ah, es cierto... Número 458 barra ocho.

—458 barra ocho —anotó la telefonista—. Aguarde usted.

Seller se mantuvo contemplando la foto de Glenda.

—Lo lamento pero ese código no va a poder ser, señor —notificó la voz femenina.

—¿Por qué?

—No disponemos de ese material. Se encuentra ocupado en este momento.

—¿Y por cuánto tiempo se mantendrá ocupado? —se ofuscó el sirio.

—No sabría decirle, señor. Puede intentar con otro. Hay 225 posibilidades en nuestro muestrario, señor.

El sirio se mantuvo en silencio, contrariado.

—Un momento... —recorrió nuevamente las hojas del libro, casi con impaciencia se detuvo en una de las últimas—... señorita...

—Diga.

—¿Un 479 barra tres, puede ser?

—Veremos si tenemos existencia, dispense un instante.

Seller permaneció con el auricular pegado a la oreja.

—El 479 puede ser, señor —se complació en informarle la telefonista—. ¿A qué hora quiere disponer de ese material?

—Puede mandarlo ya mismo... este...

—Cómo no.

—Con respecto al primer pedido... —insistió el sirio.

—Sí, señor...

—¿Se pueden hacer reservas?

—Sí, señor, se pueden hacer reservas. Es lo más conveniente. Ese es un código que tiene mucha salida.

—Muy bien. En todo caso volveré a llamarla más tarde.

—Cómo no, señor. El código 479 ya sube.

—Gracias.

—De nada.

Seller colgó el receptor y arrojó el libro sobre la espesa alfombra del piso. Quedó abierto en una página donde se apreciaba la foto de un negro monumental. Era el código 325 barra seis.

—Seguro que ése también está ocupado —masculló el sirio.

Se escucharon unos golpes suaves en la puerta. Seller abrió y la mujer penetró en la habitación con paso felino. Era muy alta, casi más alta que el sirio, de piel aceitunada, con más cercanía a la aceituna negra que a la verdosa. Tenía pómulos elevados que empujaban a los dos inmensos ojos hacia arriba. La tez sobre los pómulos se notaba tirante y delgada. Los ojos tenían el resplandor que pueden despedir dos luciérnagas en la oscura cavidad del hueco de una mano. Era una hermosa joven oriental y por eso la había elegido Seller. Llevaba una blusa muy amplia y casi transparente, bajo la cual se dibujaban dos senos firmes y en apariencia decididos a todo. Las piernas larguísimas se enfundaban en unos también amplios pantalones en tono crudo que iban a sumirse en el férreo ahogo de unas botas de cuero negro de tacón alto y punta aguda. La cintura, de un diámetro casi irrisorio por lo económico, estaba ceñida por un cordel de tiento repujado que, tras girar varias vueltas sobre esas caderas huesudas, caía luego sobre el muslo derecho, oscilando como una serpiente nerviosa.

Seller cerró la puerta y percibió la clásica falta de saliva en su boca. La mujer se había detenido junto a la cama y mientras miraba a Seller directa e impiadosamente a los ojos, comenzó a quitarse el cordel de la cintura. Suelto, cimbreado en las ágiles manos de ella, mostraba ser, sin duda, un látigo de unos dos metros de longitud. Manteniéndole enroscado, la muchacha procedió a desabrocharse la blusa. Tras quitársela se acercó a Seller.

—Toma —dijo alcanzándole el látigo.

—¿Qué es esto? —titubeó el sirio tomando el tiento.

La mujer lo miró con un atisbo de desconcierto.

—Pégame —explicó.

—No hará falta —aclaró el sirio dejando caer el látigo—. ¿Por qué quieres que te pegue?

—Es mi especialidad.

—¿Cómo tu especialidad?

—Claro. ¿No lo has leído acaso?

—No. ¿Dónde?

—En el muestrario, donde está mi foto.

—No, no leí nada. Simplemente vi tu foto y constaté tus medidas.

—¿No leíste las instrucciones? —se desalentó la muchacha.

—No.

—Allí figuran las especialidades de todas nosotras. La mía es una de las especialidades más cotizadas. Puedes pegarme si gustas.

—Es que no me gusta pegarle a las mujeres —se encrespó Seller—. Menos si son lindas.

La muchacha permanecía inmóvil, observándolo.

—Vamos —apresuró el trámite Seller—, considera que has tenido suerte conmigo. Te ahorras los golpes.

—Es todo lo contrario... —ella parecía a punto de insultarlo—... es que no funciona si no me golpean. Necesito que lo hagan. No me salen bien las cosas si no es así.

El sirio comprendió que estaba perdiendo vertiginosamente la calma. Era ya demasiada conversación para un acercamiento amoroso. Resopló como un caballo.

—Hubieses llamado a otra —explicó la mujer—. A cualquiera más acorde con tus gustos. Se supone que alguien que se aloja en un hotel como éste debe conocer cómo funcionan estas cosas...

—¿Un hotel como éste? —rió con sarcasmo Seller—. Mira...

Estaba por contar lo de la pelotita de golf en el water pero se contuvo. No era una anécdota de mayor riqueza.

—Quítate el resto de la ropa y terminemos con esto —apuró Seller. Se sentó en un sillón decididamente malhumorado.

Ella cruzó los brazos bajo los pechos desnudos y lo miró con enojo.

—No me importa que funciones bien o mal, ya no me importa —gesticuló Seller con impaciencia.

—Pero a mí, sí —se plantó ella—. A mí, sí, porque soy una profesional consciente. Y algo más que eso. Soy una profesional especializada. Tú no llamarías a un electricista si es que tienes que arreglar el grifo de tu cocina.

—Nunca me acostaría con un electricista —Seller se levantó de un salto—. Quítate esos pantalones de una buena vez.

—No, llama a otra.

—¿Quieres que te pegue? —Seller meneó un puño muy cerca del rostro de la muchacha.

—Es lo que te pedí desde el primer momento —se suavizó ella.

Seller se mostró desconcertado.



—Esto se está poniendo demasiado intelectual para mi gusto —dijo.

—Si quieres algo de mí tendrás que pegarme —desafió ella.

El sirio retrocedió dos pasos y procuró reestablecer su calma. No entrar en el juego de aquella rigurosa profesional.

—Ni lo sueñes. No pagaré tanto dinero por una violación.

—Te equivocas —explicó con aire de superioridad ella—. Las violaciones son más caras. No sé si has leído en el muestrario la sección «Sometimientos». Muchas de nosotras se dedican a eso. Hay hombres que sólo se motivan si realizan las cosas contra la voluntad de la mujer. En el grupo de chicas hay varias expertas en karate y otras artes marciales que se ocupan de satisfacerlos. Es mucho más caro, porque hay que pagar casi siempre los daños en las habitaciones.

Seller volvió a sentarse, abatido. El deseo se había convertido en algo lejano e incoloro.

—Puedes irte —le dijo a la muchacha. Ella recogió la blusa del piso y comenzó a prendérsela.

—Puedes llamar a otra —dijo.

Seller aparentaba tranquilidad; pero su mano derecha, sobre el apoyabrazos del sillón, se abría y cerraba permanentemente hasta que los nudillos blanqueaban.

—No te olvides el látigo —indicó señalando hacia el tiento trenzado en el suelo.

Ella parecía estar ajustando sus botas, pero sacó algo de la parte interna de una de ellas y se lo extendió a Seller.

—Toma.

—¿Qué es esto? —se sorprendió el sirio—. ¿Empezamos de nuevo?

—Es para ti, un informe.

Seller la miró fijamente, sosteniendo el fajo de papeles en su mano.

—¿Eres una de ellas? —aventuró.

La muchacha asintió con la cabeza, en tanto terminaba de ajustarse el cinturón. Seller apretó los labios en un gesto de fastidio y desaliento. Estaban en todas partes. Lo que temía había ocurrido y ocurriría a diario. Ya no podría nunca más entablar conversación con una mujer sin sospechar de ella.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

Ella se encogió de hombros.

—Tengo derecho a ciertos esparcimientos —saludó al sirio con un movimiento de cabeza y salió de la habitación sin un ruido.

El sirio permaneció mirando la puerta, de pie en el medio de la pieza. El timbrado del teléfono lo sacó de esa actitud inerte.

—¿Señor Seller?

—Sí.

—Unos caballeros desean verlo. De parte de Zabul Najrán.

Los enviados del Califa del Curvo Alfanje ya estaban allí.

—Que suban —ordenó Seller tras un momento de vacilación. Corrió al guardarropas y comenzó a cambiarse. Mientras lo hacía leía parrafadas del informe. Traía valiosos detalles que le serían de vital utilidad para la charla a desarrollar con los representantes de Zabul. Tres minutos después, cuando un puño nervioso golpeteó repetidamente la puerta de su suite, Seller vestía un impecable terno azul eléctrico con vivos lacre sobre su camisola blanca de bambula. Había memorizado también, hasta la mecanización, las doce páginas del informe. Cuando tocó el picaporte de la puerta para proceder a abrirla terminó de deglutir la última de ellas.

Los visitantes eran catorce y entraron en actitud respetuosa a la habitación de Seller. Contrariamente a lo que esperaba éste, todos se hallaban vestidos con sobriedad, a la usanza europea, con trajes oscuros. El primero en entrar, un delicado tunecino, cuyos modales fluctuaban dubitativamente entre la suprema finura y la mariconería, los fue presentando uno a uno. Seller no retuvo los nombres de todos, pero había un gran número de abogados, jurisconsultos, leguleyos, filósofos, médicos y hasta un religioso de culto ignoto. Algunos saludaban extendiendo su diestra para ser estrechada, otros realizaban una leve inclinación del torso, algunos se tocaban alternativamente el estómago, la barba y la frente, hubo dos que unieron las palmas de sus manos frente al pecho en señal de unción y el religioso optó por quitarse el calzado al franquear la puerta. Seller quedó dudando si se trataba de un oriental o bien sufría algún problema locomotivo. Pasaron todos a la sala de recepción y se sentaron, cubriendo el perímetro de la misma, en tanto el sirio ocupaba un pequeño escritorio que daba espaldas a la pared del fondo.

—Ustedes dirán —dijo, adoptando una posición receptiva.

—Creo que está de más aclararle —señaló el tunecino de suaves maneras— que nosotros somos quienes hacemos las veces de padrinos de Zabul Najrán.

—Me lo imaginé —aceptó Seller, sonriendo ante lo estúpido de la aclaración.

—Tenemos entendido que Zabul Najrán lo ha desafiado a usted a duelo, formalmente —agregó otro de los visitantes.

—Le han informado bien —dijo Seller.

—Nos sorprende un tanto la ausencia de sus representantes —acotó el tunecino.

—Desde muy temprana edad siempre fui reacio a los padrinos en mis duelos. Prefiero manejar personalmente estas cosas.

—Es una formalidad.

—Sí, una formalidad, pero tuve problemas en repetidas ocasiones.

—¿Problemas de qué tipo? —se interesó el tunecino en tanto se alisaba prolijamente una ceja.

—En una oportunidad —carraspeó el sirio—, mis padrinos concertaron un duelo a hora tan temprana que me quedé dormido apoyado contra la espalda del rival. Un

polaco, recuerdo.

Hubo un murmullo, y algunas sonrisas.

—Bromea usted —dijo alguien.

—Nada de bromas. Era un duelo a pistola. Al ponernos espalda contra espalda yo me quedé dormido. De pie. Es una costumbre que tenemos todos aquellos con experiencia militar, para poder descansar en las guardias. Ni siquiera me despertó el pistoletazo del polaco.

—¿El polaco le disparó aun estando usted dormido? —se horrorizó el tunecino. Los demás escuchaban con ojos de estupor.

—Creo que él no se percató de mi situación. Y eso que yo roncaba bastante fuerte. Él era un caballero. Simplemente al escuchar que la cuenta de los pasos llegaba a diez, giró y oprimió el gatillo.

—Yo nunca confiaría en un polaco —dijo alguien.

—Yo caí al suelo —continuó Seller—. Todos creyeron que me había matado pero simplemente era que me había quedado dormido. De todos modos el balazo me penetró bajo el glúteo, en la parte posterior del muslo.

—¿Puede mostrarnos la herida? —preguntó el tunecino. El sirio no se hizo rogar. Girando hasta el frente del escritorio, bajó sus pantalones, parte del slip y mostró a los visitantes una oscura marca negra bajo el hemisferio oeste de su trasero.

—¡Qué maravilla! —acordó el tunecino.

Los demás se acercaban al sirio observando la cicatriz, algunos la tocaban y, luego volvían a sus asientos. Seller retornó al suyo tras el escritorio acomodándose los pantalones.

—Yo no soy de acostarme temprano —dijo—, batirme al amanecer me resulta terriblemente incómodo.

—Lo que ocurre es que se trata de una costumbre ancestral —le aclaró el religioso que se había descalzado al entrar.

—Debemos terminar con ciertas costumbres —se ofuscó Seller—, nuestros pueblos viven atados a atavismos ilógicos.

—Eso es cierto.

—Yo no estoy habituado a levantarme temprano. Duermo hasta tarde y preferiría un duelo al mediodía. Por otra parte, a esa temprana hora de la mañana generalmente no hay luz... Y un caballero no se bate en verano, mi amigo —abrió los brazos Seller—. Por lo tanto siempre es invierno. Y a esa hora comienza a levantarse el rocío.

—Es cierto, es cierto —acotaron varios.

—Eso no es para nada sano. Hay gente de edad mayor que no puede resistirlo. Yo creo que las pulmonías han matado más gente que las balas o las estocadas.

Todos aprobaron con entusiasmo. En ese momento llegaron dos auxiliares del hotel empujando un carrito atiborrado de tragos y bocadillos. También dejaron en el

centro del salón un narguile del cual partían numerosas boquillas.

—Por si alguien desea fumar —señaló Seller.

Cinco minutos después el ambiente se había distendido totalmente. Había un cierto clima de relajación y muchos de los padrinos de Zabul Najrán se repantigaban cómodamente sobre los sillones y almohadones. Algunos se habían quitado los zapatos y otros aflojaban sus cinturones y corbatas. Una humareda espesa comenzaba a invadir el ambiente dotando a todos los rincones de un aroma levemente agrisado.

—Por lo tanto —retomó el tunecino que permanecía perfectamente vestido—, usted no es partidario de un duelo a horas tempranas.

—En absoluto. En absoluto.

—Bien, sobre este tópico no creo que haya problemas. Segundo tópico: ¿Primera sangre, segunda sangre, tercera sangre?

—Todas las sangres —simplificó Seller, con un gesto cortante mientras sorbía su largo trago de *whisky*.

—¿Día? —interrogó el tunecino.

—¿Día?

—Sí.

—Un momento —Seller abrió un cajón de su escritorio y sacó una agenda. La hojeó—. El 14 de septiembre ¿Puede ser?

—¿14 de septiembre? —el tunecino interrogó con los ojos a un inmenso y barbado turco que realizaba anotaciones de lo charlado.

—Zabul dijo que no tenía problemas —notificó éste.

—El 14 entonces —afirmó el tunecino.

—El 14 —Seller anotó en su agenda.

Los restantes padrinos de Zabul charlaban entre ellos. Había algunas risitas, cuchicheos y se notaba palmariamente que conversaban de otra cosa. El religioso descalzo dormitaba sentado y algunos de sus ronquidos por momentos lograban trascender entre los murmullos.

—¿Dónde? —el tunecino parecía un hombre práctico que no perdía el tiempo en tonterías.

—Bien... —dijo Seller con expresión seria— tengo entendido que Zabul Najrán ha comprado un iceberg.

El tunecino y algunos otros que aún mantenían el hilo de la charla quedaron en silencio.

—¿Cómo lo sabe?

—Esas cosas se saben.

—Es un secreto total.

—No se preocupe en averiguar cómo llegó a mis manos tal información —se ufano el sirio con aire misterioso—. No es lo único que sé, por otra parte.

—Sí, está usted en lo cierto. Zabul compró un iceberg en Finlandia. En estos momentos se lo está trasladando envuelto en un gigantesco lienzo de polietileno, a través del mar Ártico hacia Medio Oriente. Calculamos que puede representar para muchas tribus rifeñas casi seis meses de agua potable.

—Por otro lado —agregó un gordo que ya daba visibles señales de alcoholización—, Zabul detesta tomar el *whisky* sin hielo. Por eso realizó la compra.

El gordo recibió una mirada letal de parte del tunecino. Se hizo un silencio y desde el fondo llegó un ruido torpe y sofocado.

—Pensamos que se perderá casi una tercera parte del iceberg cuando entre en contacto con aguas más cálidas. Pero lo que llegue proveerá de agua a las tribus por casi seis meses —insistió el tunecino. Un olor insidioso y hediondo comenzó a ganar el recinto.

—¿Qué superficie tiene el iceberg? —preguntó Seller. Había llegado un nuevo carrito con provisiones a reemplazar al primero y todos se lanzaron sobre él, llegando a atrapar incluso a una mucama. Varios dormían, sin embargo.

—El equivalente a la superficie de Brisbane.

—¿Brisbane? ¿En Australia? —silbó Seller con asombro.

—Esa misma. ¿La conoce?

—Casi puedo decir que me he criado allí.

—Pero la compra de ese iceberg involucra además otro tipo de reivindicación —sentenció el tunecino—. Hay un detalle que no creo que usted conozca.

Miró a Seller con ojos desafiantes, éste permaneció a la expectativa.

—Es el mismo iceberg que hundió al Titanic.

El sirio se mordió el labio.

—Vaya. Eso sí que no lo sabía.

—Como lo oye. ¡El mismo viejo y atrevido iceberg que bajó el petulante copete de los británicos!

—Oh no, oh no... —rió Seller con azorada alegría—. Eso es muy bueno. Muy bueno. Caramba, será un placer batirme con Zabul.

—¿Pero a qué viene el tema del iceberg? —preguntó el tunecino.

—Allí quiero que se desarrolle el duelo.

El turco y el tunecino, a la sazón los dos únicos interlocutores con que contaba Seller permanecieron en silencio.

—En ese iceberg —señaló Seller—. El 14 de septiembre en ese mismo iceberg. Los dos solos enfrentados allí, sin nadie más a la vista. Solos en una fría y extensa isla congelada. Sin armas.

—¿Sin armas?

—Sin armas. Con nuestras manos. Debemos volver a lo manufacturado. A lo artesanal. Que la tecnología no confunda a nuestros pueblos.

—Es raro. Es raro —meneó la cabeza el tunecino—, pero no deja de ser original. Y usted como desafiado puede solicitarlo.

—Zabul no se opondrá —agregó el turco—. Nos dio instrucciones bien precisas para que concretáramos este encuentro de cualquier forma.

—A la noche del día siguiente, un helicóptero irá en rescate del vencedor —exclamó Seller golpeando con su dedo índice derecho sobre la tabla del escritorio.

El turco anotó en caligrafía otomana. Entre el enrevesado grupo de cuerpos que yacía sobre los almohadones y la alfombra aún se oían murmullos, quejidos, algunos ininteligibles cánticos rituales y reiterados sonidos torpes y sordos. La humareda se había tornado tan densa que Seller casi no divisaba al tunecino. Del turco sólo escuchaba la voz.

—Esta elección del lugar entorpece bastante una posibilidad que habíamos barajado con Zabul —dijo el tunecino.

—¿Cuál?

—La televisación.

—¿Televisación?

—Sí. Zabul compró un canal privado de televisión color en Alemania. Quería grabar este duelo y posiblemente revenderlo en diferentes circuitos, preferentemente del mundo árabe.

—Ahá.

—Hasta ahora sólo ha filmado los cumpleaños de sus hijos y esas cosas. Considere que la emisora que adquirió emplea 369 expertos. Todos técnicos de primera línea. Cuando Jaibarito cumplió dos años, la cobertura del acontecimiento fue sensacional.

—No. No me interesa —la respuesta de Seller fue cortante—. No quiero hacer de esto un show. Nada de eso.

—Usted podría estar habilitado con un porcentaje de la venta de las copias.

—No, no me interesa. Por otra parte, no estoy tan seguro de salir con vida.

Tal manifestación de humildad de parte del sirio, pareció despejar el rostro del tunecino de ciertos visos de enojo ante la negativa. Se encogió de hombros.

—Está bien, señor Seller. Creo que no hay nada más que conversar.

—Yo creo que tampoco.

Seller se puso de pie, extendió la mano tanteando por entre el humo en busca de la mano del tunecino. Éste se había adelantado con cautela hacia el escritorio, adelantando en misión exploradora sus pies como quien se adentra en un campo minado. No se veía casi nada.

—Ha sido un placer —dijo el sirio procurando dar una guía sonora al otro. El tunecino, mal orientado, enredó sus piernas en una de las boquillas del narguile y se precipitó a tierra. Entre Seller y el turco lo ayudaron a reincorporarse. Se había

magullado una ceja contra el escritorio pero no sangraba. Luego los tres, semiabrazados, tomados de la mano como no videntes fueron cruzando la habitación, pisoteando cuerpos caídos. Chocaron con estruendo contra el carrito y se oyeron varios chistidos reprobatorios requiriendo silencio para los durmientes. Finalmente llegaron a la puerta de la suite y hablando en voz baja entre ellos dejaron la habitación. Al tunecino, la ceja se le había hinchado bastante y se hallaba desolado. Bajaron los tres al lobby del hotel para tomar algo. El tunecino pidió un grueso bistec crudo y se lo colocó sobre el arco superciliar tumefacto. Cuando se retiró con el turco, se llevó el bistec para preparar Keppe.

## Capítulo 9

Las bandadas de patos copetones o patos pekineses que parten desde Wilmington, apenas los primeros fríos del otoño diezman los tiernos marlos de Carolina del Norte, nunca enfilan hacia Florida por la ruta lógica de Crangeburg, Savannah y Daytona sino que optan por adentrarse hacia el océano Atlántico con rumbo al mar de los Sargazos, eluden los cirrus cúmulos que se abroquelan sobre el Trópico de Cáncer y describiendo una parábola aparentemente caprichosa, retoman curso hacia el continente cuando avistan los cardúmenes atuneros que zigzaguean en procura de la hoya menor, frente a San Juan de Puerto Rico. Esta parábola que podría parecer poco criteriosa para un animal generalmente cauto como el pato pekinés, obedece sin embargo a una precaución por demás justificada. Las cautelosas aves bordean así, con una pasmosa intuición arraigada en ellos a través de miles de años de práctica hereditaria, el tenebroso Triángulo de las Bermudas. Ya mucho antes de que las líneas aéreas adoptaran tal sistema, las bien formadas escuadras de patos copetones optaban por soslayar la amenaza de la misteriosa zona. Cuatro generaciones de avutardas pintonas de Memphis, posiblemente dos de ocas maiceras (gallitos de agua) de Wichita, y otras tantas de petirrojos tropicales, han desaparecido en la citada anomalía geométrica tantas veces estudiada. Se sospecha, incluso, que miles de centenares de años atrás, el extinguido pterodáctilo pudo haber encontrado su final en la trágica latitud oceánica al trasponerla en busca del calor, expulsado ante el congelamiento de los mares. El sol, en el naciente, pegaba en forma tangencial sobre los lustrosos plumajes de los patos copetones y los hacía parpar de júbilo. Volaban conformando una «V» corta o laidental pero por momentos trocaban la escuadra adoptando nuevas figuras, otras letras o incluso llegando a improvisar palabras muy simples o monosílabos. En la pantalla de radar del pesado helicóptero Sikorsky Windmill, la bandada era apenas una mácula luminosa que titilaba con mayor fulgor cada vez que la aguja rotativa pasaba sobre ella.

—Patos —dictaminó Seller observando con atención—. Copetones, posiblemente.

Corrigió el rumbo de su aparato derivando con lentitud hacia la derecha al tiempo que perdía algo de altura. En el radar la bandada de patos apareció como una mancha de luz más nítida y próxima.

—Es la bandada que va a Puerto Rico —pensó en voz alta. Mantuvo el rumbo adoptado y con un bolígrafo rojo trazó firmemente una gruesa línea sobre la hoja de ruta. Seller masticaba goma de mascar para descomprimir en algo la presión que sobre sus oídos ejercía el tremendo rugir de los rotores de las hélices sobre su cabeza. Ya se había tragado sin quererlo, dos barritas de dicha goma frente al respingo de sendos pozos de aire. Seller aguzó su vista a través del vidrio de la cabina y muy



lejos, contra el resplandor amarillo del sol, divisó los puntos negros de los patos. Sonrió. Manipulando con velocidad de dactilógrafa las perillas de ambos émbolos de los motores Rolls Royce, consiguió aminorar la velocidad equiparando la altura crucero de la bandada. Pronto se puso a unos mil metros de ella, comenzando a volar en forma paralela a las aves. Para que no se asustasen, el sirio apagó por algunos minutos los rotores de las paletas. Era uno de los pocos pilotos en el mundo, si no el único, capaz de hacer volovelismo de altura con un helicóptero. Tenía el récord mundial, no homologado, de volovelismo en helicóptero deportivo en Adelaide, Australia. Había realizado en la oportunidad de su consagración, cuatro loopings y un medio tirabuzón invertido, antes de caer como un aerolito sobre un hangar, aquella tarde. Lo salvó su condición de buen jinete, con largueza probada, que le permitía caer parado aun en las situaciones más complejas.

El Sikorsky prolongó su marcha llevado por la inercia, luego se encabritó fugazmente y por último descendió con la dinámica de un ladrillo. Seller, maniobrando el aparato con ojos somnolientos buscó por instinto alguna corriente cálida que le diera mayor coeficiente de sustentación. Lo halló cuatrocientos metros más abajo y si bien no detuvo al autogiro en su pérdida, al menos calentó algo el cuerpo de Seller, que conducía bastante desabrigado. Seller presionó nuevamente el encendido, pulsó tres veces la palanca de inyección y con parsimonia fue echando hacia atrás el automático. El Sikorsky niveló su vuelo con docilidad. Los patos estaban a la izquierda, unos mil metros adelante y no daban señales de haberse percatado de la presencia del sirio.

—¿Qué diablos haces con ese carricoche? —en el auricular de Seller tronó la voz áspera de Xavier.

—Nada, hombre, quédate tranquilo.

—¿Te piensas que estamos en el tiovivo del Montjuic? —continuó enojado el catalán.

—¿Se ha roto algo? —preguntó, cortés, Seller.

—Nada —admitió Xavier—, pero Esteban ha estado a punto de vomitarnos toda la consola.

—Alcánzale algunas de las bolsas plásticas donde vienen las películas vírgenes.

—Oye, en el cine pornográfico ni sueñes encontrar películas vírgenes.

Seller permaneció serio. El humor hispano siempre le había resultado abiertamente tonto.

—Oye, Best —llamó Xavier.

—Sí.

—No quiero inquietarte, pero a nuestra izquierda, algo más arriba de nuestra línea veo unos objetos volando.

—¿Adónde?

—A las once.

—Ahá, yo también los veo.

—Parece una flotilla de platos voladores —la voz de Xavier pugnó por parecer firme.

—Son patos.

—Patos.

Se hizo un silencio en el auricular.

—Coño —maldijo Xavier—, nunca había visto patos. Platos voladores sí, pero no patos.

—Son patos salvajes —informó Seller.

—¿No serán peligrosos?

—Quédate tranquilo, no son del tipo reducidos de cabeza.

—Me inquietan, siguiéndonos de esa forma, como una manada de lobos.

—En verdad —aclaró el sirio—, somos nosotros los que los seguimos a ellos.

—¿Y para qué lo haces?

—Estamos en las cercanías del Triángulo de las Bermudas...

Xavier no contestó nada.

—¿Has sentido hablar de eso? —insistió Seller.

—¿Que si he sentido hablar? —la voz del catalán era aguda—. Oye, Best, ¿no pensarás meterte allí?

—Para eso es que sigo patos. Ellos, por propia naturaleza eluden la zona. La intuición de ellos suplirá mi falta de instrumental.

—¿Es que no tenemos instrumental apropiado? —ahora en la voz de Xavier emergía un falsete de alarma.

—Para mí es lo mismo, Xavier. Conozco el Triángulo como el patio de mi casa. No debe haber un piloto en el mundo que tenga tantas horas de vuelo dentro del Triángulo como yo.

—Alardeas.

—Mira —desafió Seller—, hasta que yo no escribí la serie de artículos «Bermudas: geometría y misterio» para la revista alemana «Sten», todo el mundo llamaba a la zona «Rombo de las Bermudas».

—¿Y cuál es el misterio que encierra? —urgió Xavier.

—Cosa de nada. No te inquietes. Una tontera.

—¿Pero qué?

—Nada, Xavier. Quédate tranquilo. Algún día te explicaré.

El auricular quedó en silencio, sólo crepitaba intermitente la estática.

—De veras, Xavier. No te hagas problemas. Olvídalo.

—Cómo me pides que me olvide y...

—Oye, Xavier, no entraremos en el Triángulo. Tranquilízate.

—¿Son de confiar esos patos?

—De total confianza. Oye Xavier, sube a la cabina. Tenemos que hablar.

El Sikorsky, levemente inclinado hacia adelante, como un toro que insinúa su testuz hacia la capa, volaba normalmente. Tenían viento de cola y parecía poco probable que el tifón Catalina los atrapara en el aire.

—Sabes bien —dijo Seller—, que no tendremos mucho tiempo para trabajar. Apenas un día. Tal vez algunas horas más. En estos momentos... —Seller consultó su reloj— Zabol debe estar llegando al iceberg. Él y toda su corte de guardaespaldas.

—Esperará encontrarte allí —rió Xavier.

—Eso es, espera encontrarme allí —Seller sonrió también.

—¿Cuál es el margen de tolerancia en la espera?

—Las normas habituales de los duelos, al menos en Oriente conceden casi quince minutos de tolerancia. Pero en este caso, Zabol, no lo dudo, esperará hasta la noche a que yo llegue.

—¿Te parece?

—Estoy seguro. Cada minuto que yo me retrase hará que aumente su furia. Hasta que se dé cuenta que ha sido burlado.

—Supongo que lo primero que pensará es que tú te acobardaste —profirió Xavier. Un destello criminal iluminó los ojos del sirio.

—Sí, sí, primero pensará eso —masculló galvanizando sus mandíbulas Seller—. Incluso se encargará de gritarlo a los cuatro vientos. Mejor para nosotros. Eso nos dará más tiempo para operar. Porque finalmente, tarde o temprano, se dará cuenta que es imposible que yo me haya acobardado.

Xavier hizo un gesto de escepticismo que por fortuna no captó Seller, quien con mirada matemática medía la ondulante marcha de la bandada de patos.

—Él sabe bien, mal que le pese, que un hombre como yo no conoce el peligro. Y si lo conoce, no lo saluda —remarcó el sirio—. Comprenderá entonces que por alguna razón he querido sacarlo del medio llevándolo de la mano hacia el mar Ártico como un anciano a orinar. Quizás piense primero en sus pozos de petróleo, tal vez en su flamante escudería de Coches de Fórmula Uno, pero sin duda no se le escapará la posibilidad de Nargileh. Entonces movilizará todos sus hombres para protegerla.

—Ya será tarde —sintetizó el catalán.

—Eso espero —acordó Seller—. Sincronicemos nuestros relojes.

Xavier arremangó la manga derecha de su roído gabán militar y consultó su reloj.

—Las once y treinta —dijo.

—Las dieciocho y cuarenta y cuatro —se asombró Seller.

Se miraron.

—¿El doble norte magnético del Triángulo puede influir en esto? —inquirió Xavier.

—Oh, no —negó fastidiado Seller—, es esta inmundicia que adelanta siempre un poco. ¿Once y treinta dijiste?

Modificó el horario en su poco fidedigna máquina. Miró a Xavier.

—Por otra parte —le dijo—, no creas en eso del doble norte.

—¿No?

—No —Seller maneó la cabeza sonriendo con suficiencia—. Es más, no creas en todo lo que te cuentan.

El español quedó silencioso, algo mortificado, como un niño que descubre que los Reyes Magos no existen. Seller lo palmeó.

—De acuerdo a nuestra posición, no debe faltar más de una hora para que demos con ellos.

—¿Nada más?

—Nada más. Baja y avisa a los muchachos que alisten todo.

—¿Qué sabes de nuestra gente en el aeropuerto de Jiddah? —preguntó Xavier en tanto abría la escotilla que lo conducía a las entrañas del panzón helicóptero.

—Si todo va bien —Seller consultó su reloj— a esta hora... ¿Qué hora es?

—Las once cuarenta y ocho.

—¿Once y cuarenta y ocho? —maldijo Seller—. Tengo las trece y siete.

—Arréglalo.

—Si es la hora que tú dices, en Jiddah faltan apenas dos horas para el operativo.

—Dos horas.

—Dos horas.

Xavier levantó el dedo pulgar de su mano derecha plegando el resto de los dedos en signo de aprobación, y se hundió en las profundidades del aparato.

Seller volvió a clavar los ojos en las inmensidad del cielo. Sentía en el estómago un voluptuoso retorcerse de indómitas masas de nervios.

La cercanía del peligro, de la acción y del sexo siempre le ocasionaban tal disturbio.

Las hélices de paso controlable CPP, ágiles hélices de maniobra Bow Thruster del Zabul Amaru, herían la flácida epidermis del Mar Atlántico, sobre la fosa de las Guayanas. El Zabul Amaru era un paquebote blanco, de 7000 toneladas, impulsado por la fuerza motorizada de nueve generadores Diesel MTU, con una potencia total de 10300 kilowatios y rasgaba las aguas en un rumbo que de permanecer impertérrito lo llevaría en siete horas frente a las blancas playas de Paranaibo. Muy alta sobre las cabezas de los 1500 pasajeros, adosada al segundo mástil emergente de la apenas reclinada chimenea, flameaba frenética la bandera de fondo naranja con «La Ardilla Voladora de Isfahán». Los numerosos pasajeros, vestidos apenas con breves piezas de baño y camisas multicolores se hallaban echados como lagartos sobre los asientos

reclinables que proliferaban sobre las tres cubiertas, bebían aperitivos endiablados y muchos charlaban animadamente entre sí, acodados en las barandillas.

El día era límpido como un cristal y en general el pasaje se encontraba de un excelente humor. Infinidad de mozos trajinaban por pasillos y escalerillas transportando bandejas con bocadillos, canapés y bebidas heladas; transpirando copiosamente pero sin permitirse tan siquiera, aflojar el apretado lazo de sus corbatines negros, único aditamento oscuro sobre la nívea totalidad de los uniformes de sarga blanca.

En la cubierta superior, donde no había piscina, una orquesta de cuarenta y ocho profesores amenizaba la holganza de los afortunados pasajeros con infinita variedad de canciones. El viento, que sin ser muy fuerte era considerable, volaba permanentemente las partituras, la mayoría de las cuales iban a confundirse con la estela del navío, siendo pasto de las marsopas que seguían el Zabul Amaru como una jauría. Por lo tanto la orquesta fatigaba un continuo popurrí debido a la pérdida continua de sus pentagramas, lo que hacía pensar a los pasajeros, que era algo estudiado ante lo ecléctico del conjunto de viajeros, donde se amalgamaban religiones y razas de todas las latitudes.

De pronto la sirena del paquebote estremeció hasta la médula a cada uno de los componentes del pasaje, espantando asimismo las bandadas de peces voladores que pugnaban por aposentarse en los mástiles. Todos miraron automáticamente hacia arriba, hacia el puente de mando. Es que cada vez que aquel mugido naval trepanaba el viento marino, anunciaba que la anfitriona Nargileh, se asomaba a la baranda desde donde se dominaban las tres cubiertas. No era ésta una actitud ególatra y espectacular de la fascinante mujer procurando notificar su presencia, pero cada vez que abría la escotilla que daba al puente, la marinería que se agolpaba en la cabina del timón, corría en loco desorden hacia el ventanal frontal para admirarla y en el tumulto siempre procuraba encaramarse hasta los ojos de buoy superiores, tomando como punto de apoyo la manija que ponía en funcionamiento la sirena.

En tanto Nargileh se mantenía en el puente de mando, a la vista de la tripulación, el barco navegaba totalmente a la deriva. Conociendo tal desasosiego por ella causado, Nargileh reducía su presencia a lo indispensable, incluso había optado por tomar sol en las sentinas. También la acuciaban, hasta sentir las sobre la piel como huellas de orugas aguachentas, las miradas de sus invitados, los pasajeros. Procurando evitarlas de algún modo, Nargileh seguía las instrucciones elementales por las que se rigen los pilotos de cazas de combate cuando son perseguidos: ponerse contra el sol. Nargileh trepó otra escalerilla. La traslúcida camisola amarilla que le cubría el torso se embolsaba y latía excitadamente ante el golpeteo constante del viento. Verla subir una empinada escalerilla, desde abajo, era un evento estremecedor y ya más de un pasajero había caído por la borda del Zabul Amaru mareado ante

aquel prodigio de movimientos vertiginosos, lúbrico, y enloquecedor. Nargileh, algo molesta por la permanente atención que despertaban sus encantos nada ocultos, penetró con paso firme en la cabina de mandos. Oprimió la perilla de los altavoces generales y sopló dos veces sobre el micrófono para reclamar audiencia. En todo el paquebote las charlas cesaron y los pocos que practicaban tenis, squash, bádminton o saltos ornamentales, paralizaron sus actividades.

—Les habla Nargileh —rebotó la voz por las cubiertas, salones y galerías—, tengo el agrado de invitarlos esta noche a las 21 horas, al salón Rosa, en la cubierta superior, donde la plana mayor del Zatul Amaru brindará una cena y baile de características muy especiales. Espero que ninguno de ustedes falte, máxime considerando que les tengo reservadas dos sorpresas realmente sensacionales. Hasta la noche.

La seducción agazapada en la voz de Nargileh no podía ser neutralizada ni siquiera por la natural distorsión de los altoparlantes o el silbido del viento en los cordeles. Esa voz, reclamo apagado de un tamburo llegando desde la oscura frescura de la jungla, hálito pecaminoso de un jadeo furtivo atravesando la cómplice pared de la habitación de un hotel, resonancia metálica de una plancha de fino cobre agitada por una mano nerviosa, quedó susurrando en los oídos de los hombres que componían el pasaje como el tácito son vibrátil de un diapasón. En las mujeres invitadas se dibujó un rictus de envidia e impotencia, pero las tranquilizaba el conocido hecho de que Nargileh era al parecer inexpugnable, inaccesible y lejana.

Aún tomado del pasamanos de la escalerilla que lo llevaba a cubierta, Bertie Fleming sonreía con expresión boba y ojos perdidos. Su cintura estaba rodeada de un infantil salvavidas de goma que representaba un pato de brillantes colores, y en su mano libre sostenía un vaso de *whisky*. Era un hombre joven aún, blanco, lácteo, de ojos celestes y barba casi rojiza. No abandonaba nunca su salvavidas desde aquel día que se cayera en la bañera de su departamento de Cambridge. Terminó de bajar la escalerilla y comenzó a caminar por la galería inferior, ligeramente encorvado, hacia las reposeras alineadas ya cerca de la popa. Se echó sobre una de ellas, conservando siempre el vaso en su mano. El pato de goma le molestaba algo al recostarse por lo que lo desinfló, sin quitárselo de la cintura. Podía ocurrir cualquier emergencia y el cuello y la grotesca cabeza neumática del pato cayendo nacidamente sobre su malla de baño lo tranquilizaban en gran forma.

—¿Sabe algo de las sorpresas de esta noche? —sintió que le preguntaban.

Fleming giró la cabeza hacia la derecha. Una señora algo abundante, sumida en la reposera que estaba a su lado lo miraba divertida. Fleming sonrió.

—No todo, pero algo sé.

—¿De qué se trata? —acicateó la mujer rotando aparatosamente sobre su colchoneta para mirar mejor a Fleming. Éste pensó que si aquella mole caía de la

reposera sería una escena digna del mejor cine catástrofe.

—Una de las sorpresas consiste en que toda la fiesta será filmada en un circuito de televisión a color —explicó Fleming. La mujer abrió la boca asombrada.

—¡Oh! ¿Y quién hará eso?

—Zabul Najrán ha comprado en Alemania una empresa completa de televisión y por ahora la emplea en registrar acontecimientos familiares...

—Es notable el dinero que tiene... —interrumpió la gorda.

—Es notable. Y esta noche filmarán la fiesta íntegramente. Supongo que luego, mañana o pasado, exhibirán la película para todos en el cine del barco.

—Ah, eso será muy divertido. Es una hermosa idea. Creo que me pondré mi vestido verde —puntualizó la mujer casi preocupada.

Fleming sorbió un par de nuevos tragos de su vaso. Ya estaba considerablemente alegre. Juguetecía con la desinflada cabeza de pato salvavidas.

—Supongo que luego harán copias de la película —dijo Fleming—, para regalarlas. O quizás para venderlas a cada uno de nosotros.

—El dinero es una cosa maravillosa —sentenció la mujer. Fleming había introducido la cabeza del pato y parte de su cuello bajo su propio traje de baño. Aquello parecía divertirlo mucho.

—Lo más notable —retomó el hilo de la conversación—, es que los equipos aún no están en el barco.

—¿No?

—No, llegarán esta tarde en un avión, o en algún helicóptero desde el aeropuerto de Jiddah.

—¿Jiddah? ¿Dónde queda eso?

—No lo sé.

—De todas maneras, sabe usted bastante —halagó la gorda—. ¿Es usted inglés?

—Por cierto. Mi nombre es Fleming. Bertie Fleming.

—¡Oh! ¿Es algo de Ian Fleming, el creador de James Bond?

—Por supuesto. Consecuente lector.

La mujer rió con risa cristalina.

—Deduje que usted era inglés. Por su forma de ser. Sus maneras.

—Resabios del imperio, mi querida señora —Fleming hizo una leve inclinación de cabeza, sonriendo.

—¿Y de la otra sorpresa no sabe usted nada? —preguntó la mujer.

—Nada, nada en absoluto. Mi sabiduría tiene un límite.

—Muy inglés, sí, muy inglés —dijo ella y abismó sus ojos en la lejana línea del horizonte.

Fleming acercó a su boca el pitillo de inflado de su salvavidas y sopló un par de veces, largamente. Cuando la mujer volvió a mirar a Fleming, su rostro extenso

perdió el color y sintió que todo giraba a su alrededor. Por la bragueta abierta del traje de baño del inglés emergía brillante y abultada, una sonriente cabeza de pato.

El capitán Ernie McPearson apoyó su espalda contra el respaldar de su asiento y ondulando los hombros morosamente procuró restituir a sus lugares de origen algunas vértebras cervicales mal acomodadas. Escuchó con nitidez un «*crack*» entre sus omóplatos y sonrió. Había pasado toda la larga tarde jugando al bowling esperando que la niebla se disipase. Cuando lo llamaron desde la torre de control del aeropuerto de Jiddah abandonó las boleras con satisfacción y cierto alivio. Era ofuscante jugar a los bolos sin poder ver tan siquiera los palos. Las oscuras esferas partían de sus manos rodando por el maderamen bruñido y a poco de andar se sumían en las densas hilachas neblinosas que parecían surgir del suelo mismo. Luego se escuchaba el estrépito de los palos al ser golpeados y los bolos volvían por los carriles laterales retornando desde entre la bruma como si regresasen del más allá. Tanto McPearson como Floyd calculaban el puntaje obtenido por el ruido de los palos al caer. Por fortuna ambos ingleses eran sumamente honestos y además, con excelente capacidad auditiva.

Sin embargo la partida se presentaba fácil, para el capitán McPearson, pues el desconcierto de su rival era tal ante la niebla que los invadía, que había llegado a arrojar un bolo en dirección totalmente opuesta a la de los palos, provocando un verdadero holocausto entre las mesas donde gran cantidad de gente bebía y dejaba pasar su tiempo.

El monumental Jumbo Jet pintado a grandes cuadros verdes y blancos de la Bosforo Airways rodaba cautelosamente por la pista como con temor a resbalarse. La época de la niebla en Jiddah solía durar hasta dos meses y McPearson detestaba tocar ese aeropuerto calificado por todos los pilotos con una estrella negra cuando se producía aquel fenómeno meteorológico. No sólo por el peligro que representaba el aterrizaje o bien el decolar de allí, sino que también en ese lugar se le agudizaban sus viejos dolores reumáticos en la rodilla.

No obstante, hacer caso de la neblina significaba para la ciudad industrial cortar toda posibilidad de contacto exterior durante aproximadamente sesenta días, cosa por cierto inadmisibles para los poderosos intereses económicos que allí habían hecho su reducto. Por fortuna, el aeropuerto de Jiddah contaba con los más sofisticados sistemas de aproximación y radar, lo que tranquilizaba a la colonia aérea que cada tres minutos y medio pedía pista para entrar o salir. De cualquier forma, las consecuencias del peligro sólo podían apreciarse cuando finalmente se disipaba la masa vaporosa, quedando entonces al descubierto contra los cercanos montes Gereberh, numerosos restos de aeronaves despedazadas pertenecientes a vuelos de los cuales se suponía habían podido alejarse con suerte o se creían suspendidos ante las



enormes tardanzas en sus arribos.

En tanto escuchaba las indicaciones de la torre de control por los auriculares, McPearson observó de reojo a Floyd. Su rubio copiloto adelantaba el torso hacia el vidrio de la cabina procurando adivinar la silueta del Boeing 707 de la BUA que los antecedía. Las luces rojas rotativas del Jumbo barrían monótonas el mojado macadam de la pista. Una azafata alta y desabrida entró a la cabina y, silenciosamente dejó una carpeta de informes junto al asiento del capitán.

Las chicas estaban muy atareadas atendiendo a un pasaje que había colmado por completo la capacidad de la nave y a pesar que los pasajeros ahora se distraían viendo en las pantallas de cine «La tragedia de Lindbergh», las auxiliares de a bordo no daban abasto complaciendo pedidos de bebidas, pastillas reconstituyentes de la flora intestinal y socorriendo a personas impresionables, convulsionadas por ataques de nervios. Era la primera vez que el capitán McPearson volaba con esa tripulación, salvo en el caso de Floyd, a quien conocía desde la lejana época en que ambos conducían una zorra transportadora de turba en el distrito minero de Leinster, en Irlanda. McPearson no había visto nunca la azafata que le había dejado los informes pero temía que esa muchacha seca como un bacalao noruego se hubiese equivocado de avión a raíz de la bruma. De cualquier forma le disgustaba que se movilizase dentro de su nave con el chaleco salvavidas puesto. Era un buen recurso para combatir el frío húmedo y penetrante, pero alarmaba gratuitamente al pasaje. Ya tendría tiempo luego para reprenderla. Quizás en una cálida y reconfortable habitación del hotel Royal de Copenhague.

Los empañados vidrios que estaban al frente del capitán McPearson temblaquearon en vibración ascendente cuando el Boeing de la BUA aceleró sus reactores ya dispuesto a iniciar la trepada corriendo vertiginoso hacia la cabecera de la pista.

Ernie y Floyd no podían verlo pero adivinaban su paso por el rugido. Ernie recordó el juego de bolos y por un instante, apretando los dientes, esperó el estruendo del choque contra los palos. Nada de eso sucedió. Floyd masticaba con energía su goma de mascar. Eso no molestaba a Ernie, pero sí la fea costumbre de su copiloto de pegar luego la masticada goma sobre el altímetro, hábito que más de una vez lo había hecho desplegar el tren de aterrizaje a 13000 metros sobre el nivel del mar.

Por los auriculares llegó hasta los oídos de Ernie la voz metálica con las indicaciones desde la torre de control. Sonrió. Se avecinaba la parte más difícil, pero si la operación marchaba bien —después de todo había abandonado ese detestable aeropuerto en casi una docena de oportunidades— en quince minutos más estarían en el aire.

Unos cuarenta metros más atrás, apretujado contra la ventanilla 37 A, en el ghetto destinado a los «no fumadores», Helmut Rummenigge se persignó. No creía en Dios,

pero suponía que de todas formas éste iba a ayudarlo pues alguien tan importante y todopoderoso no podía detenerse a cuestionar las creencias de un mediocre camarógrafo.

El Jumbo carreteaba ahora con lentitud por la oscura pista y Helmutt estaba atento a los más mínimos desniveles que perturbaban el desplazamiento de los neumáticos. No podía concentrarse en la pequeña y luminosa pantalla de cine donde Charles Lindbergh insistía en convertirse en un mártir de la aeronáutica. En esas situaciones envidiaba a Elmo profundamente, quien, sentado a su lado, se hallaba totalmente abstraído en el film sin haberse siquiera abrochado el cinturón de seguridad. Elmo era un negro superficial como una peca y el mismo grado de irresponsabilidad demostraba en su función de iluminador del equipo de filmación. Helmutt sabía, además, que si salían con vida de aquel aterrador aeropuerto, lo esperaban aún casi 24 horas de vuelo, incluidas dos combinaciones, sin contar con el transbordo de todos los equipos a un helicóptero en el aeropuerto de Galveston a no muchos kilómetros de Houston. Todo ese sufrimiento se debía tan sólo al capricho y narcisismo de Zabol Najrán quien había dispuesto el traslado aéreo del aflatado equipo de televisión color hasta el Zabol Amaru con el sólo fin de complacer a su mujer predilecta. «Yo creo que también haría lo mismo, de tener una hembra como Nargileh», reconoció para sí mismo Helmutt comprobando que las palmas de sus manos transpiraban copiosamente. Una azafata alta y desabrida se detuvo frente a Elmo y le indicó que se abrochara el cinturón de seguridad.

—Oh, madrecita —susurró el negro con expresión atribulada—, no puedo hacerlo, mire mis manos. Contraje el paludismo recolectando maguey en Bucaramanga.

Elmo elevó sus manos hasta la altura del pecho, las palmas blancas relucían en la semipenumbra como dos panzas de sapos. Las manos se agitaban trémulas ante la mirada dura y desconfiada de la azafata.

—Hágame el servicio —pidió Elmo frente a la expresión asqueada de Helmutt—. Abrócheme usted misma el cinturón. Yo no puedo hacerlo. Algunas azafatas no quieren hacerlo y me he roto la cabeza en más de una vuelta al capotar los aparatos. Hágame el servicio, madrecita.

La voz del negro era una letanía. La azafata se inclinó y con movimientos seguros y eficientes abrochó el cinturón.

—Le agradezco tanto —barbotó Elmo—. La llamaré luego si es que tengo que ir al baño. No puedo hacer nada solo. No puedo sostener nada entre mis manos.

La mujer ya no lo escuchaba pues continuó controlando el pasaje. Elmo miró a Helmutt y rió groseramente. Luego se ensimismó de nuevo en la película.

El alemán estaba pálido y al temor se le había sumado ahora la repugnancia. McPearson, en la cabina, detuvo la marcha del Jumbo en la cabecera norte de la pista

y esperó. Estaba envarado por los nervios y se recostó contra el asiento anatómico. Algo duro, metálico, cilíndrico, se le apoyó contra la nuca. Echó la cabeza hacia adelante, molesto, pero al retornarla a su posición erguida volvió a percibir la presión de ese aro frío a través del cabello. Miró con fijeza hacia el frente y en tanto su vista se sumergía en la pared de bruma, una sensación delicuescente y yerta le recorrió las ingles hasta las pantorrillas.

El momento que siempre había temido, que siempre había esperado medrosamente, al parecer había llegado. Giró un poco su cabeza hacia la derecha y con el rabillo del ojo la vio. La azafata alta y desabrida apoyaba contra su nuca una pistola de considerables dimensiones que McPearson no alcanzó a individualizar pero que sin duda no era de juguete.

—Gire a la derecha, sin apuro —ordenó la mujer. La dureza acerada de la voz no dejaba lugar a dudas, aquella señora le volaría la cabeza si no obedecía.

—Estamos aún en tierra —se atrevió a informar McPearson. A su lado, el rostro de Floyd era el más estremecedor cuadro del horror.

—Gire a la derecha, sin apuro.

El pesado Jumbo viró despacio, y enfiló hacia una pista auxiliar.

—Siga —ordenó la mujer.

Continuaron en ese rumbo durante unos cinco minutos, hasta que las luces auxiliares terminaron de resbalar bajo la cabina del aparato y rodaron a ciegas. Por lo parejo del andar, era notorio que aún se mantenían sobre pavimento. Cada tanto, un leve golpecito sobre la nuca recordaba a McPearson que la oscura boca de una pistola le jadeaba junto al occipucio.

—Nos saldremos de la pista —osó, sin embargo, advertir el piloto. Frente a ellos, unos metros más abajo, comenzó a girar la roja luz de una baliza.

—Siga esa luz —presionó la mujer.

El Jumbo, como un perro fiel, correteó tras la luminosidad bermellón que por momentos parecía diluirse entre la neblina. Las ruedas del aparato rodaron sobre suelo desparejo, en apariencia tierra con desniveles, y luego volvieron a una normalidad más serena y firme.

—No podremos despegar desde una pista auxiliar —advirtió McPearson, pero su observación no obtuvo respuesta.

Hacía aproximadamente media hora que corrían tontamente entre la bruma persiguiendo el fanal que debía estar adosado al techo de un coche y Ernie McPearson comprendió con espanto, que de no haber estado dando vueltas en círculo, debía hacer ya como 20 minutos que debían haber abandonado los límites del aeropuerto. Muy lejos, sobre la izquierda, divisó una luz blanca. Temió que pudiese tratarse de otro avión, quizás una avioneta particular. Luego recordó que estaban aún en tierra firme y posiblemente lejos de toda zona de despegue o aterrizaje. Podría ser

un automóvil entonces, o un camión. Pero se trataba de una sola luz. No podían depositarse demasiadas esperanzas en una bicicleta. Cuando se aproximaron al foco blanco. McPearson constató que se trataba de un poste de alumbrado. Bajo el cono lumínico había un cartel indicador: «A Mekkah, 20 kilómetros».

—¡Esto es una ruta! —se ofuscó el piloto, despavorido.

—Disminuya la velocidad —ordenó atrás la mujer—, no nos podemos arriesgar a toparnos con algún patrullero celoso.

McPearson se resistía a creerlo pero sin duda alguna aquella tripulación del Jumbo de la Bosforo Airways estaba entrando por la puerta grande de la historia. Se trataba del primer caso de piratería aérea donde un aparato era desviado antes de levantar vuelo. Todo un récord.

Cuarenta metros más atrás, apretujado, tenso contra su ventanilla Helmut Rummenigge pensaba: «Hasta acá vamos bien».

## Capítulo 10

Cuando el Sikorsky Windmill dibujó su abultado perfil en el horizonte, la bullanguera tripulación del Zabul Amaru prorrumpió en gritos y cánticos de alborozo. Los 1500 pasajeros abandonaron sus juegos o sus prácticas de molicie, arremolinándose contra las barandillas. A medida que el helicóptero se aproximaba al paquebote todos comenzaron a cruzar apuestas sobre si el Sikorsky lograría posarse sobre la plataforma de descenso o terminaría su pérdida de altura hundiéndose en las procelosas aguas del mar. Los guarismos se hallaban favorables a ésta última posibilidad cuando Seller logró, maniobrando diestramente entre corrientes ventosas alarmantes, situar su aparato con exactitud arriba del Zabul Amaru. Luego, con la suavidad y los modales de una damisela quinceañera, el pesado Sikorsky se posó sobre el helipuerto del paquebote. El primero en pisar las planchas recalentadas del Zabul Amaru fue el mismo Seller. Sin embargo nadie hubiese podido reconocerlo cubierta su cabeza con el inmenso casco de navegación y parte de la cara tapada con antiparras oscuras. Sin quitarse tales implementos ordenó con gestos rápidos que sus hombres procedieron a la descarga de los valiosos equipos de filmación.

Xavier fue el segundo en bajar y con celeridad apartó de las proximidades del Sikorsky a cientos de curiosos, muchos de ellos ebrios, que pugnaban por hurguetear entre la carga que se estaba trasbordando. Seller percibió que bajo el acolchado interno de su casco, el cabello de la nuca se le erizaba. Como atraído por un imán giró su cabeza hacia el puente de mando. Allí, quieta, fosforescente ante el tangencial reverbero solar, estaba Nargileh. Una sonda electrificada desandó los meandros arteriales del sirio, un hormigueo sordo, una procesión de marabuntas feroces le palpitó en la zona púbica. Alejó su vista de ella y aspiró hondo. Debía conservar la calma. Sabía, con la rara intuición de los boxeadores o de los toreros, que el momento de la definición estaba próximo.

Procuraría no toparse cara a cara con la fascinante mujer, pero previendo tal enfrentamiento el sirio había adosado bajo su nariz de caprichosa curva unos densos bigotes artificiales que le cubrían casi totalmente los abultados labios. No podía arriesgarse a que Nargileh lo identificase, posibilidad siempre latente pese a los breves momentos en que los avatares del antojadizo destino los había situado a uno frente al otro. Pero no era precisamente eso lo que más atemorizaba a Seller —los bigotes tipo Stalin y las antiparras lo desfiguraban de pleno—, sino más bien la desconfianza en su propia capacidad de contención si la suerte lo daba de bruces en ese instante con Nargileh. Temía no controlarse y arrojarse sobre ella como un jaguar americano sobre su presa, como un halcón sobre un armiño. Sentía la viva impresión interior de que mirando los insondables ojos oscuros de la mujer, calculando el muelle elastizado de sus senos, sus propios dientes se alargarían en colmillos

aguzados, como en las malas películas que cimentaron la fama del controvertido conde Drácula.

Por todo eso, Seller echó con rapidez sobre sus hombros el correaje de su pesado bolsón con efectos personales, encaminándose hacia los camarotes casi sin controlar la descarga del material. Después de todo, se tenía por cierto que se trataba de un equipo de filmación diestro y avezado y nadie, ni siquiera la propietaria del barco, se molestaría en sugerir o remarcar indicaciones obvias con respecto a la fiesta de la noche. Tras cruzar prolongados pasillos y toparse con tripulantes que lo saludaban breve y cortésmente con una venia, el sirio se introdujo en el camarote que le habían asignado. Xavier y los suyos habían sido dirigidos a la zona de las bodegas, en las entrañas mismas del navío, donde armarían y dispondrían controles y monitores. Seller cerró la puerta de su habitación y respiró con alivio. Una etapa muy importante del «Operativo Acople» había finalizado. Acomodó desordenadamente sus cosas y se dispuso a repasar los detalles de la próxima acción. Fue cuando escuchó, a sus pies, un martilleo sordo y rítmico. Observó el piso de su camarote: estaba alfombrado, lo que sin duda amortiguaba el sonido del golpeteo. Pero ahora todo estaba en silencio. Seller se mantuvo atento. Tal vez se había confundido. Tal vez fuera un cardumen de peces martillos que solían gastar esas bromas a los marineros inexpertos. Pero el piso de su habitación se hallaba a varias decenas de metros del casco del barco. Nuevamente se escucharon los golpes. Cuatro seguidos, luego dos distanciados, uno corto.

—Morse —se asombró el sirio. «Ábrame» rezaba el mensaje. Seller no dudó. Desde que viera «El conde de Montecristo» había quedado muy sensibilizado a los encierros, casi fóbico. Extrajo su navaja y la desplegó en el aire. De rodillas, con pulso firme cortó un cuadrado de alfombra de unos dos metros de lado. Quitó el pedazo de fieltro y lo arrojó a un costado. Quedó a la vista un sólido pedazo de chapa asegurada con remaches. Pensó en correr hasta el otro extremo del barco y pedirle un destornillador a Xavier pero no era conveniente transitar demasiado por las cubiertas. En su bolsón sólo llevaba la pinza para depilarse las cejas y estaba demasiado gastada por la resistencia pilosa. Probó con la uña del dedo pulgar de la mano derecha. Todos los egresados de Damón Sagar habían hecho de esa prominencia córnea un arma temible. La uña sobresalía apenas medio centímetro sobre el reborde del dedo pero tenía la consistencia de una hoja de acero toledano y el filo de un bisturí. Durante meses Seller la había endurecido mediante baños de agua mineral, laca, yodo y fosfato de calcio embebidos en un algodón. Nunca la había cortado ni con un alicate, sino que una finísima lima de rebajar diamantes la mantenía siempre del mismo largo y afilaba su curvo extremo superior. Por intermedio de una piedra esmerilada que Seller solía llevar años atrás colgada al cuello, o bien disimulada en el engarce de un sencillo anillo, el sirio la afilaba hasta el hartazgo, convirtiéndola en una bayoneta en

miniatura. La uña no llamaba mayormente la atención, a pesar de que relucía como un lucero nocturno. A veces atraía la consideración de la gente cuando Seller la recubría con esmalte sintético rojo «Crepúsculo tahitiano» en procura de preservarla. Entonces algunos lo confundían con un concertista de guitarra o bien con un hombre de hormonas enloquecidas. Pero el sirio bien sabía el valor de esa arma maravillosa y doméstica que alguna vez había hendido como una espada samurai un abultado vientre enemigo en una calleja oscura. Esa misma fiel uña combatiente era la que ahora Seller introducía en la ranura de uno de los tornillos cabezudos. Tomó la muñeca de su puño derecho con la mano izquierda y aspiró hondo. Fue girando entonces, acucillado, procurando aflojar el primer tornillo. Sintió primero un abultamiento siniestro en el codo ante la torsión, un contraerse crujiente de los huesos, de los tendones y un amago de dislocamiento en el hombro derecho. El tornillo no había cedido ni un milímetro.

Seller detuvo el movimiento sin volverlo atrás y rechinó los dientes cerrando los ojos para evitar que la transpiración penetrarse en ellos. Volvió a aspirar hondo y prosiguió el movimiento rotativo. Las falanges de su dedo pulgar palpitaron anunciando una próxima ruptura, el codo pareció revolvearse bajo la piel y los huesos de la muñeca dejaron escapar un traqueteo sísmico. El tornillo permaneció impertérrito pero algo en Seller, quizás su prolongado conocimiento de los metales nobles, le dictó un mensaje inconsciente. La capa de pintura que unía la cabeza del tornillo con la plancha de acero había comenzado a arrugarse. El sirio aspiró nuevamente y con un brusco movimiento de sus hombros reinició la torsión. Por un momento no pensó nada, esperó tan sólo el estallido de sus articulaciones. Y de pronto el tornillo cedió.

Los labios de Seller se distendieron en una sonrisa. Ahora todo sería más fácil. Con rápidos movimientos de su muñeca derecha destornilló velozmente aquella primera resistencia. Luego, en un lapso no mayor de veinte minutos, logró sacar los restantes diecinueve tornillos. Empapado en sudor, quitó entonces la plancha metálica del piso. Quedó al descubierto una oscura boca cilíndrica, como la de una cañería madre y lo único que alcanzó a divisar Seller en la profunda oscuridad que se abría a sus pies fue una mano extendida. La tomó con firmeza, pero antes de que pudiese hacer fuerza para elevar el cuerpo, aquella mano anónima sacudió bizarramente la suya y se oyó una voz de mujer.

—Pétula, encantada.

—Yo soy Seller, pase usted —jadeó el sirio, tirando hacia arriba.

La figura quedó parada ante Seller que la miró detenidamente, en tanto se mordisqueaba la uña que tan buenos servicios le había prestado. Se le había saltado el esmalte y eso lo ponía un tanto fastidioso. Pero la visión que le ofrecía la recién llegada ocupaba todo su estupor. Era una mujer enfundada en un overol totalmente

cubierto de hollín, manchas de petróleo y aceite que le pegoteaban el larguísimo cabello y lo convertía en un masacote embreado. Sus labios, o el interior de ellos, como así también el reborde de sus párpados aparecían intensamente rojos, como en las personas que se disfrazan de negros. Chorreaba un lodo aceitoso y hedía como un oleoducto de superficie. Con celeridad Seller le alargó una toalla. La mujer se la pasó frenéticamente por el rostro.

—¿Quién es su cosmetóloga? —preguntó el sirio.

—No bromea usted. Debía llegar hasta su camarote.

—Caramba, hubiese preguntado el número al capitán.

—Es que lo tenía que hacer en total secreto —la mujer había quitado en parte la capa bituminosa que le cubriera el rostro. Se sentó sobre la cama, sin reparar demasiado en el cuidado que toda colcha debe recibir. Era joven y tal vez no muy fea, pero hubiese sido más aclaratorio poder observarla sin el aditamento de aquel manto repugnante.

—Tuve que llegar a través del conducto de la chimenea —explicó ante la mirada penetrante del sirio—. Primero tomé por la cañería de almacenaje de combustible hasta empalmar con la chimenea. No es un trayecto demasiado largo pero se hace dificultoso por lo estrecho. Tardé cerca de dos horas desde que salí.

—¿De dónde salió? —Seller le ofreció un pitillo mientras él se colocaba otro entre los labios. La mujer lo rechazó indicando con un ademán el estado de sus ropas. Seller frunció la boca, contrariado. Encender una cerilla en las adyacencias de aquella mujer altamente inflamable hubiese sido una torpeza. Guardó ambos cigarrillos.

—Del camarote de Nargileh —explicó Pétula. El rostro de Seller se contrajo—. Podría haber venido a través de los desagües cloacales, pero es algo más largo el trayecto.

—Y yo no creo que le hubiese abierto.

—Lo mismo lo hubiese hecho. Traigo información importante. Y tengo órdenes además de ponerme a su servicio.

—Bien, bien... —Seller comenzó a pasearse nervioso por el camarote—. ¿A qué hora está prevista la fiesta de esta noche?

—A las nueve.

—A las nueve... ahá... ¿Irán todos los pasajeros?

—No faltará ninguno. Todos están intrigados por las sorpresas que prometió Nargileh, y por otra parte no tienen muchas más cosas que hacer.

—Es cierto, es cierto... Nargileh también irá...

—Por supuesto.

—Ocurre esto... —Seller se detuvo en medio del camarote y miró detenidamente a la muchacha—. Yo necesito quedarme a solas con ella. Totalmente a solas.

Pétula lo miró con escepticismo.



—Imposible. Está siempre rodeada de gente. Se sentará a la cabecera de una mesa con por lo menos cincuenta personas.

—¿No conseguiré ni siquiera sentarme al lado?

—No. Todas las ubicaciones ya están previstas y marcadas con una tarjeta.

El sirio recommenzó sus paseos de punta a punta del camarote.

—Te imaginas... —tomó confianza con Pétula— que no puedo intentar ninguna maniobra de seducción frente a cincuenta personas.

Pétula no respondió. Bajó la cabeza confusa. Cuando la levantó el sirio ya no estaba frente a ella. Había caído por el agujero abierto en el piso del camarote. En dos saltos la mujer estuvo al borde del oscuro pozo y logró tomar la mano de Seller que aún sobresalía en la superficie. Izó al sirio y éste, sin dar importancia a su momentánea desaparición, continuó caminando a grandes pasos por el habitáculo. Pétula procedió a tapar la traicionera boca con la chapa metálica y optó por sentarse de nuevo antes de que Seller la atropellase en sus continuos vaivenes.

—¿Es imprescindible que usted realice el operativo esta noche? —preguntó Pétula.

—Absolutamente imprescindible. No tenemos demasiado tiempo. Por otra parte la programación prevé que el helicóptero con los equipos de filmación retorne a su lugar de origen mañana mismo.

Seller se detuvo en el medio del camarote y se pellizcó suavemente los labios.

—Nargileh no debe ir a esa fiesta —dijo.

—¿No?

—No, no debe ir. Será muy simple, mira —Seller se puso de cuclillas frente a Pétula y apoyó sus manos sobre las rodillas de ella—. Tú tienes acceso a sus habitaciones ¿no es cierto?

—Así es, soy una de sus servidoras de mayor confianza.

—Bien, le suministrarás un somnífero.

Pétula lo miró dubitativa.

—Puedo hacerlo, creo que puedo hacerlo.

—Debes hacerlo.

—Nargileh toma todos los días tres o cuatro pociones para preservar el cutis, la aspereza de su voz y la fortaleza de su cabello. En alguna de esas dosis podré darle el somnífero.

—Eso —se animó Seller— y la despertarás de madrugada cuando todos se hayan marchado ya de la fiesta. En el ínterin nosotros arreglaremos el salón, acicalaremos nuevamente las mesas, limpiaremos la vajilla y dejaremos el lugar como si aún la recepción no hubiese comenzado. Nargileh solamente se encontrará conmigo. Lo demás corre por mi cuenta.

—¿Piensa que podrán dejar todo impecable en breve tiempo? Son muchísimas

personas.

Seller la miró con un gesto donde se entremezclaban la compasión y el desprecio.

—¿Con quién piensas que estás hablando? ¿Quién crees que reconstruyó Florencia?

—¿Y calcula usted que la gente se retirará antes de las cuatro o cinco de la mañana? —Pétula agudizó el interrogatorio.

—Xavier y sus hombres manejarán los controles de la música en los lapsos en que la orquesta descansa. Pondremos temas frenéticos. Es más, podemos pasarlos a más velocidad de lo que están grabados, inclusive. Aumentaremos la calefacción para que la gente se sofoque y beba mucho. No tendremos problemas, lo verás.

—¿No sería tal vez más sencillo —aventuró Pétula como temerosa de interrumpir la euforia de Seller— que usted llevase a cabo el operativo aprovechando el sueño que atraparé a Nargileh cuando tome el somnífero?

—No, en la filmación se notaría que ella está dopada. Todo debe ser bajo su voluntad. Es más, se la debe ver como poseída por una irrefrenable pasión. Convencida de lo que hace. Loca.

Pétula volvió a medir a Seller con ojo crítico.

—¿Y cómo conseguirá eso?

Cualquier arábigo, ante una pregunta de aquel tenor que pusiese en duda sus virtudes de seducción, hubiese reaccionado con fiereza, pero Seller era en esos momentos tan sólo un frío estratega ultimando los sutiles despliegues de sus tropas para el asalto final.

—Apenas consiga su aceptación —explicó el sirio— traeré a Nargileh a este mismo camarote. Dentro de una hora vendrá Xavier e instalaré las cámaras para la filmación.

—No hay buena luz acá —dijo Pétula. Seller caminó hasta la otra cama y encendió el velador.

—Con esto basta perfectamente.

—Debe ser una cámara muy sensible.

—Es tan sensible que cada vez que está nublado, llora.

—Debo irme —se alarmó, levantándose Pétula—. ¿A qué hora debo despertar a Nargileh para que vaya al salón de fiestas?

—A las cinco de la mañana. A esa hora estará bien.

—Tenga usted en cuenta que amanece temprano. Ella notará la claridad.

—No estamos lejos del Triángulo de las Bermudas. Es sabido que es una zona donde ocurre cualquier cosa.

Pétula corrió con esfuerzo la pesada chapa metálica que cubría su pasadizo secreto.

—Espera —la detuvo Seller—. ¿Podrá resultar muy sospechoso que Nargileh no

concurra a la fiesta?

—No. No. Todos saben que es una mujer muy exótica. Nadie por otra parte se atrevería a preguntarle por qué no fue.

Seller sonrió.

—Perfecto. Perfecto. Espera un minuto. Debo darte algo fundamental para que todo salga a la perfección.

Mientras la mujer lo miraba intrigada, Seller fue hasta el baño y se encerró allí. Volvió tras pocos minutos trayendo en su mano un pequeño cilindro de vidrio oscuro. A pesar de la opacidad del vidrio, adentro del cilindro se vislumbraba un líquido espeso y denso.

—Esto —extendió el frasquillo hacia Pétula— es el afrodisíaco más poderoso que ha existido jamás. Tú ni nadie imagina el precio que tuve que pagar por él. Debes suministrárselo a Nargileh junto a alguna de las bebidas que tú dices que bebe, antes de que se duerma.

Pétula tomó el cilindro con infinito cuidado.

—Que no se te pierda ni se te rompa. Te va en ello la vida —advirtió el sirio.

—¿Cómo lo trasladó usted? —preguntó la muchacha con aprensión.

—Desde que leí Papillon, sé muy bien dónde guardar las cosas que realmente valen. Pero a ti no te lo recomiendo. Produce acostumbramiento.

Pétula introdujo el cilindro bajo su inmundo overol, entre los senos.

—Sincronicemos nuestros relojes —pidió antes de meterse en el agujero del piso—. Tengo las catorce y doce.

—Veintidós y ocho —maldijo el sirio observando el suyo—. Desde aquella vez que le entró agua en la Costa de Marfil, no ha vuelto a ser el mismo.

—El agua de mar suele afectarlos.

—Fue duchándome.

Pétula casi no oyó esta última observación. Desapareció por el pasadizo.

Con presteza, Seller cubrió la boca del túnel con la chapa metálica, la atornilló flojamente y luego tornó a su lugar el cuadrado de alfombra que había cortado. Lo hizo todo con una opresiva sensación de que estaba tapiando para siempre a Pétula. No podía dejarse llevar por los sentimientos, menos que menos en los últimos tramos de aquel operativo en el cual le iba la vida misma. Quince minutos después llegó Xavier. Venía con dos ayudantes y entre todos instalaron las cámaras del circuito cerrado de televisión.

Surcando las aguas, a media marcha, con todas las luces encendidas, el Zabul Amaru parecía una fantasmagórica e inmensa torta de crema con miles de pequeños cirios incandescentes que se hubiese lanzado a la mar aquella noche. No había luna sobre el Atlántico y eso contribuía para realzar la luminosidad jubilosa que despedía el

paquebote. La fiesta se hallaba en su apogeo y apenas algunos pocos habían reparado en la ausencia de Nargileh.

Todos bailaban con frenesí y el salón estaba cubierto de serpentinas de papel picado. Casi no había lugar para desplazarse y cada tres pasos Seller era atrapado por alguna pasajera o algún pasajero, que tomándolo por la cintura lo arrastraba a la danza. El sirio fingía divertirse como un poseso y de tanto en tanto, simulando secarse con un pañuelo la transpiración que le empapaba el rostro, volvía a su lugar el esquivo bigote que entre las sacudidas y la humedad pugnaba por convertirse en barba rala o en unirse con las patillas.

Finalmente, una señora inglesa perdidamente ebria y apasionada, usufructuando las licencias de una mazurca, propinó al sirio un aguachento beso sobre los labios que culminó casi en un mordisco cuando Seller pretendió alejarla con un *hand-off* típico del rugby británico. Recién cuando la atacante se hubo marchado en busca de nuevas víctimas, Seller comprobó que ella se había llevado entre los labios su propio bigote cual un trofeo de guerra o un fetiche sexual. No se preocupó en demasía. El grado de enajenación y alcoholismo aumentaba minuto a minuto entre los concurrentes y pocos eran los que podían reconocerse entre sí. Seller también imitaba los torpes y vacilantes pasos de la mayoría, pero guardaba buen cuidado de que la copa que permanentemente portaba en la mano estuviese llena de té coloreado. Observó su reloj. Era la una y treinta de la madrugada y nadie en absoluto hacía ademán de marcharse a dormir. Bajo las mesas, en torno a la orquesta y especialmente junto a los escalones que llevaban a la pista auxiliar de baile, se veían ya decenas de caídos, fuera de combate por esa noche. Aquello iba para largo y Seller comenzó a preocuparse. Cuando pudo escabullirse de entre los brazos de una pareja que lo había atrapado, se dejó caer sobre una silla junto a una mesa. Allí, con la corbata de moño desabrochada, un botón de la bragueta desprendido, y una sonrisa de ebrio estúpido en la cara, comenzó a deslizarse por su asiento hasta debajo de la mesa en apariencia con todos sus controles de equilibrio desvencijados por la bebida. Quedó allí abajo, cubierto por el largo mantel. Sacó de su bolsillo un *walkie-talkie*.

—¡Xavier! —llamó—. ¡Xavier!

—Sí, acá Xavier.

—Escucha...

—¿Quién habla?

—¿Quién va a hablar? ¡Seller habla!

—Te escucho muy mal, Best. Procura mejorar la emisión.

—Es que hay fiesta acá.

—Estamos viendo todo por los monitores —dijo Xavier—. La grabación color está saliendo perfecta. Apenas un poco saturado el rojo.

—Escucha —interrumpió el sirio—, esto anda mal. La gente no parece tener

ganas de irse. Habrá que obligarlos.

—¿Qué hago?

—En principio, aumenta al máximo la calefacción, así haremos que beban mucho más. Y apenas la orquesta termine este tema, conecta los parlantes del salón y dile a Nicky que ponga la música más movida y violenta que tenga.

—¿Qué hay de la sorpresa? —requirió el catalán.

Seller quedó en silencio. Por debajo del mantel, tomándose trabajosamente a una de las patas de la mesa, se acercaba a él un hombrecillo delgado, que al verlo lo investigó con ojos vidriosos de confusión, curiosidad y alcohol. Quedó acostado junto al sirio.

—¿Qué es esto? —preguntó el hombre—. ¿El baño de caballeros?

—No, nada de eso.

El sujeto continuó mirando a Seller en procura de ordenar en parte sus ideas.

—¿Qué partido está escuchando? —inquirió señalando el walkie talkie.

—Chelsea-Liverpool.

—Hágame un favor, avíseme si hay una anotación del Chelsea.

—Lo haré.

El ebrio apoyó su cabeza sobre el piso y se durmió.

—¡Best, Best! —Xavier requería atención perentoriamente.

—Sí. Había una interferencia.

—¿Qué hay de la sorpresa?

—No, déjala, déjala. Eso entusiasmaría aún más a esta gente. Por otra parte todos saben que no se pondrá en práctica sin la presencia de Nargileh.

—Bien. Va música y calor. Cambio y fuera.

Cuando Seller abandonó su bunker de transmisión ya el ámbito se empezaba a caldear en forma considerable. Algunos hombres, sin dejar de bailar, habían optado por quitarse los sacos en tanto un grupo más audaz, nórdico, lanzaba al aire los pantalones. Las mujeres comenzaban a despojarse de sus ropas y pelucas. El sirio se sintió empapado por el sudor y, cosa sorprendente en un hombre de acción, por los nervios. Aquello iba mal. Muy mal. Ahora se corría el peligro cierto de que la fiesta se transformase en una orgía marina. De ocurrir aquello, era de presumir que nadie tendría la elegancia de molestarse y marcharse a su camarote con su circunstancial pareja para continuar los festejos. Todo se desarrollaría allí mismo, en el salón, ante los ojos severos de las cámaras de televisión y hasta mucho después de la hora prevista para que Nargileh llegase al lugar y encontrarse todo como si aún no hubiese comenzado. Seller se zambulló bajo la mesa de transmisión.

—¡Xavier! —llamó—. ¡Xavier!

—Sí.

—Debemos simular un naufragio.

—¿Cómo?

—Debemos simular un naufragio. Esta gente no se marchará más y casi no nos queda tiempo. ¿Tienes la cinta con efectos de sonido?

—No... creo que no... ¿Para qué habría de traerla?

Seller golpeó el puño contra el piso.

—Mierda... debes poner algo en los parlantes, algo que suene como una tormenta. Como un tifón.

—Espera... espera... —en el otro extremo Xavier revisaba mentalmente su disponibilidad—. Oye, sí, tengo grabada la versión nueva de la «La tempestad» de Lambrusconi.

—¡Eso, eso mismo! —se alborozó Seller.

—Arranca con los sonidos del mar embravecido, el rugir del viento, el golpear de las olas, luego entra un crescendo de bronce hacia un andante...

—No me importa cómo sigue, no me importa —cortó el sirio—. Debes detener abruptamente la música, realizar un par de cortes de luz como si se hubiese interrumpido la energía y mandar esa tempestad de Morriconi...

—Lambrusconi. Giancarlo Lambrusconi.

—De quien sea, otra cosa —Seller se entusiasmaba en tanto su cerebro enlazaba nuevas y alucinantes ideas—. Que alguno de los muchachos corra hasta el helicóptero y ponga en marcha los motores. El viento que levante las paletas también contribuirá a que esto parezca un tifón.

—Magnífico, magnífico...

—Y yo te daré la orden si es que necesito la pista...

—¿Qué pista?

—La pista principal.

—Okey, cambio y fuera.

Con un salto felino Seller abandonó el refugio de la mesa. El salón había adquirido un marcado tono apocalíptico y los cientos de personas ya no podían decirse que bailaban sino más bien saltaban, corrían y gritaban semidesnudos. Nadie podría afirmar jamás que aquella fiesta no había sido un éxito. De pronto se cortó la música, detalle que escapó en un principio a todos. Pero luego fue la luz la que parpadeó, se apagó, volvió a prenderse, se apagó de nuevo y todo quedó por un momento en la oscuridad. Hubo chillidos de horror, de miedo, algunas carcajadas nerviosas y también alaridos de placer. Comenzó a escucharse un estrépito externo, brutal, un trepidar antiguo y tremebundo. El estremecedor sonido del mar enfurecido. Las puertas se abrieron todas al unísono y un viento prepotente arrastró las serpentinas, levantando nevadas de confeti y servilletas. Hubo un silencio general y algunos focos volvieron a encenderse lo que arrancó exclamaciones de alivio entre el pasaje. Un trueno cruel sacudió el salón y Seller, entró el prenderse y el apagarse de

las luces advirtió rostros desencajados, ojos fuera de sus órbitas, manos crispadas y los eternos gestos medrosos del hombre ante las furias desatadas de la naturaleza.

—¡El tifón Ana! ¡El tifón Ana! —gritó Seller mezclándose entre la alélada muchedumbre.

Aquello fue un pandemonio. Racimos de mujeres caían al suelo desmayadas, otras se aferraban de sus propios cabellos con desesperación.

—¡Babilonia! ¡Babilonia! —gritó una gorda semidesnuda y arrepentida de sus pecados. Todos habían pasado sin transición del éxtasis al pánico.

—¡Nos hundimos! —verificó Seller—. ¡A los botes!

—¡No hay botes para todos, corre Mary! —fingió ordenar el sirio cambiando la voz. El tumulto se hizo tremendo, la turbamulta destrozó sillas y mesas, sepultó los atriles de la orquesta, pisoteó a los borrachos durmientes. Entonces se escucharon tres disparos y la gente se detuvo. Erguido sobre el piano blanco de cola se hallaba un comisario de a bordo con una Colt Woodsman Match Target S-3 aún humeante en la mano derecha.

Estaba sin gorra, despeinado, pero sus ojos oscuros despedían llamas y era en realidad una figura épica e impresionante. Había visto sin duda «El Motín del Caine», además.

—¡Al primero que salga a cubierta —advirtió con voz de trueno, señalando las escotillas— le perforaré la cabeza de un tiro!

—¡Es que nos hundimos! —hubo gritos espeluznantes.

—¡Seremos pasto de los feroces escualos! —se oyó atrás.

—¡El mar no perdona! —agregaron otros.

—Recuerden el Titanic, hemos chocado contra un iceberg —documentó un demacrado yanqui.

—¡Nada de eso! ¡Nada de eso! —rugió el comisario de a bordo—. No sé aún de qué se trata, pero no había previsto ninguna tormenta en esta zona. Puedo asegurarlo.

—¡Es otro artero golpe del Triángulo de las Bermudas! —chilló Seller distorsionando su voz desde atrás de una sueca inmensa.

—¡El Triángulo de las Bermudas, el Triángulo de las Bermudas! —el griterío se hizo ensordecedor y algunos comenzaron a empujar hacia las puertas. Sonó otro disparo.

—¡Quietos todos, no se dejen llevar por el pánico! —ordenó el bien adiestrado oficial desde lo alto de su tarima pianística—. Acá no pasa nada, o puede ser que se trate de una pequeña tormenta tropical. Vuelvan a sus puestos. ¡A divertirse!

La gente miraba en todas direcciones con el temor tatuado en los rostros, el viento se oía ulular afuera entre cordaje y las luces no terminaban de prenderse o apagarse lo que hacía más dramático el momento.

—¡Señor director! —urgió el oficial girando hacia la orquesta—. ¡Música, por

favor!

La sinuosa voz de una solitaria trompeta comenzó a alzarse entre el fragor del vendaval. Era manipulada por el único músico que había quedado en pie ante el azote del calor, el *whisky* y el miedo. La gente pareció tranquilizarse y algunos aplaudieron. Seller crujió sus dientes con odio.

—¡Eso, eso! —congratuló el comisario de a bordo—. ¡Acá no pasa nada, si ni siquiera se mueve el piso, vean ustedes!

Los más sobrios y los semidespejados por el susto pudieron comprobar que era cierto y pronto comenzaron a balancearse rítmicamente ante el acucio sensual y alegre de la trompeta. Pero el sirio no se daba por vencido. Batiendo palmas saltó sobre la tarima de los músicos y gritó:

—¡Siga la fiesta! ¡Siga la fiesta! ¡El trencito, el trencito! —y poniéndose al frente, dio la espalda a una rubia maravillosa, hizo que esta se tomara de su cintura y comenzó a recorrer el devastado salón con pasitos de samba brasilera. Muchos lo imitaron uniéndose a la columna y se originó un larguísimo reptil humano que cantaba y bailaba. Tras describir dos antojadizas curvas a través de mesas y borrachos caídos, Seller condujo la ruidosa caravana hasta la pista de baile principal. Allí se apretujaron todos, contentos y alborozados. Fue cuando el sirio se lanzó bajo el piano y desplegando su transmisor ordenó:

—¡Aumenta el volumen de la música, Xavier, lleva al máximo los motores del helicóptero y pon en funcionamiento la pista!

No había transcurrido un minuto cuando un trueno más furioso que otros sacudió a los bailarines, las luces se apagaron y a todos el piso les desapareció bajo los pies.

La pista giratoria, la segunda sorpresa que había preparado Nargileh para sus invitados estaba en funcionamiento. Los cientos de bailarines cayeron al suelo despatarrados, enredados unos con los otros, chillando como pájaros tropicales, presas de terror ante la oscuridad que ahora los envolvía y el nivel de sustentación que se había tornado esquivo.

—¡Estamos en el centro de un tornado! —informó Seller a los gritos.

Eso determinó la estampida general. Ya nada ni nadie podía contener aquella turbamulta humana que corría hacia los botes. Seller debió aferrarse tenazmente a un cortinado para evitar que el empuje de la gente lo arrastrase también. Hubiese sido paradójico verse convertido en un naufrago más dentro del cataclismo que él mismo había pergeñado.

Quince minutos después, sobre el Zabul Amaru flotaba un silencio oprimente. Atrás, muy atrás sobre las ávidas aguas del mar, había quedado la casi totalidad del pasaje. Los de más fortuna, promiscuamente apretujados en los botes. Otros braceando desesperados en procura de las costas de New Mexico. Algunos, los de menor sentido de orientación, procurando alcanzar con rítmicas brazadas, los



inalcanzables acantilados de Dover. Por los altavoces del paquebote, Xavier había nuevamente inundado el salón con una selección de temas bailables lentos.

Cada tanto, el ancestro de sus antepasados lo llevaba a incluir alguna sardana. Pero el sirio no alcanzó a percatarse de esto último. Se hallaba muy preocupado contemplando toda la superficie del lugar totalmente cubierta de sillas y mesas caídas, botellas rotas, prendas de vestir diseminadas, zapatos abandonados por sus dueños y enorme cantidad de objetos anónimos achatados sobre el piso, aplastados y pisoteados ante el desbande general. Tomó una mesa derrumbada, la levantó, la cubrió con el mantel, limpió éste de restos de crema pastelera, tomó una botella de champagne del suelo y la alineó sobre la mesa junto a otros cubiertos que halló tirados. Limpió los cubiertos con el reverso del mantel. Con la mano despejó de migas la superficie de la mesa. Tomó un borracho que refunfuñaba junto a él y se lo cargó al hombro. Caminó hasta la escalera que bajaba a la primera cubierta y lo arrojó por allí. Volvió sobre sus pasos. Aquella era una empresa imposible. Miró su reloj. Faltaban exactamente quince minutos para que llegase Nargileh y el salón presentaba el mismo aspecto que hubiese tenido si la batalla de Little Big Horn se hubiese desarrollado allí. Caminó hasta la cabecera de la mesa que debía ocupar Nargileh y procedió a limpiarla. Acomodó la vajilla, disciplinó las copas, distendió el mantel y plegó con gracia las servilletas. Rescató entre un cúmulo de serpentina y papel picado una delgada copa que no se había roto y la depositó frente al plato que correspondía a la mujer. Se quitó la gardenia que lucía en su propio ojal y la introdujo en la copa. La gardenia se hallaba notoriamente deteriorada por los apretujones. Seller se acercó a la flor y comenzó a hablarle en voz muy baja. Una suerte de salmo monótono y convincente. Sabía que las flores se reconfortaban con la voz humana. Su propia madre gastaba tardes enteras en sermonear con cariño las arracimadas ortigas que embellecían las cuestas de los montes Marayani. Pronto la gardenia pareció dotarse de vida. Con lentitud reactivó sus peristilos y los pétalos fueron recobrando su vigor y color.

—Xavier —llamó Seller por el *walkie-talkie*.

—Dime.

—Apaga ahora todas las luces del salón. Deja nada más prendidas las de las guirnaldas rojas y azules que marcan el perímetro de la pista.

—Bien.

—Que no se vea prácticamente nada —Seller esperó. Las luces se fueron apagando y todo quedó a oscuras, apenas iluminado tenuemente por la claridad de la recién aparecida luna que llegaba por las ventanas—. Así. Así. Ahora dame un spot, que ilumine tan sólo la cabecera de esta mesa.

De inmediato un rayo de luz cayó sobre el lugar recién acicalado por el sirio.

—Eso. Eso. Conduciremos a Nargileh hasta acá. Yo la esperaré sentado en este

lugar. Le explicaré que el resto se mantendrá en semipenumbra hasta que vayan llegando los invitados.

—Bien. ¿Qué música quieres?

—Algo romántico. Percy Faith.

—No suena muy distinguido. Ornella Vanoni.

—Eso. Me gusta —aceptó el sirio como distraído—. Pero no muy fuerte. De fondo nomás. Que se pueda hablar con tranquilidad.

—Best —llamó Xavier—. No olvides prestar atención a la luz roja. Cuando se encienda te estará tomando cámara dos.

—¿Qué luz roja? Hay miles de luces rojas acá. Están todas las de las guirnaldas. Me volveré loco.

—Es cierto. Te haré un guiño con las azules entonces cuando eso ocurra.

—Bien, bien.

—¿Te maquillarás?

—No, no tengo tiempo ahora. —Seller reparó en su traje blanco. Se hallaba muy arrugado. Lo estiró en lo posible. Ajustó el lazo de su corbata de moño hasta que sintió entrecortarse su respiración. Prendió el botón desabrochado de su bragueta y lustró sus zapatos negros con el encaje inferior del mantel.

—Dame retorno ahora, quiero ver como sale —pidió a Xavier.

—Yo arranco con un paneo de mesas y entro por la izquierda hasta donde están ustedes.

—Puedes abrir en picado.

—No. Hay un brillo ahí que me molesta.

—Es que la luz me da en los ojos.

—Eso. Baja un poco la cabeza al hablar.

—Oye —pidió Seller—, cuando nosotros salgamos hacia mi camarote...

—Eso. Eso. ¿Cuando ustedes salen yo me voy en *travelling* con ustedes?

—No. Ahí cortas, vamos a títulos y empalmas con la cámara del camarote.

—¡Atención, atención! —una aguda voz femenina reclamó en el transmisor, interrumpiendo el diálogo de Seller con el catalán.

—¿Eres tú, Pétula? —requirió el sirio.

—Sí. Nargileh sale en este momento de su camarote hacia el salón.

Seller se percató de un constreñirse revulsivo de sus intestinos, un repentino sudor frío en la frente y un aparente congelamiento de todos los dedos de sus pies.

—¿Tomó el afrodisíaco?

—El somnífero se lo tomó con el caldo de salvado y savia cauchífera para mantener elásticas y fuertes las raíces del cabello —informó Pétula—. El afrodisíaco se lo suministré con la crema que siempre toma para preservar el arqueado de sus pestañas. Todo bien.

—Okey.

Seller caminó lentamente y se sentó en la silla junto a la que debería ocupar Nargileh. Aspiró hondo, todo lo que le daba su capacidad pulmonar y aún más. Aguantó al máximo el aire dentro suyo en procura de eliminar los súbitos estremecimientos que le recorrían los párpados. Eso lo serenó un poco. Echó la cabeza hacia atrás y vio por los cristales de la ventana que estaba a sus espaldas la luna redonda e inmensa, como de mica. Había llegado la hora de la verdad.

—Atentos ahora —escuchó quedamente la voz de Xavier—. Rodando.

A través de la semipenumbra del salón, Seller procuró divisar la puerta por donde haría su aparición Nargileh. No se veía casi nada. La música era débil pero densa, pastosa y cálida. El sirio se sirvió dos dedos de vino blanco y permaneció escuchando los latidos de su corazón que a juzgar por la nitidez con que se oían debía estar muy cercano, tal vez en las inmediaciones de las amígdalas. De pronto todo su cuerpo se envaró. Adivinaba allí, en la oscuridad, la presencia de algo vivo y peligroso, cargado de energía, que se acercaba. De la misma forma que un ciego puede sentir la presencia de otro ser humano dentro de una habitación. Luego escuchó, el siseante frufrú de una tela sedosa que se aproximaba. Al entrar en el cono de luz, Nargileh se detuvo. Seller levantó entonces la vista y la miró.

Tocar un cable de alta tensión no le hubiese producido el mismo efecto.

Millares de pequeñas gotas de transpiración le cubrieron la piel y sintió por allá abajo, la estocada abrasiva y despiadada del llamado carnal. Sus largos años de duro entrenamiento evitaron que aquellos ramalazos de sentimientos se hiciesen muy visibles, salvo por el hecho que la corbata de lazo se desprendiese sola de su anudamiento quedando colgada y retorcida sobre el fino encaje de la camisa. Nargileh se hallaba allí, frente a él, en todo su magnífico esplendor. Lucía un ajustadísimo vestido negro con un escote que bordeaba los límites de la prudencia y hacia esa zona Seller no se atrevió a mirar. Bajo la tumultuosa mata de cabello oscuro, los ojos insondables de Nargileh despedían una fosforescencia antinatural. Sin decir nada, la mujer se sentó junto al sirio. Seller no la miró.

Prosiguió sorbiendo su copa como abstraído. Ofrecía en ese instante a Nargileh su perfil más favorable, el izquierdo. El sirio sabía que adelantando un poco el mentón, contrayendo duramente los maxilares y frunciendo el entrecejo, brindaba a quien lo mirase desde aquel ángulo privilegiado, un espectáculo varonil y agreste como puede serlo la vista de un bunker de grafito y roca, o la de un toro negro, azotado por una tormenta. No pudo mantener demasiado tiempo aquel gesto bravío. Un perfume que no era artificial ni elaborado, un aroma que era tan sólo el efluvio delicado y gozoso de la piel de una mujer, lo invadió como un recuerdo temido. Seller creyó perder la cabeza. Lo atrapó un mareo. Entrecerró los ojos y debió recurrir a sus más recónditos mecanismos de sujeción para no saltar sobre ella. Desde la invención de los gases

tóxicos, nunca había experimentado una sensación tal de desvalidez como en ese instante. A su lado, Nargileh sacó de su pequeña cartera una pitillera de oro y tomó de ella un cigarrillo.

En la mano diestra de Seller, como si fuese parte de su propio cuerpo, ardió un encendedor. La llama, en los ojos de la mujer, eran diez mil hogueras que se alejaban. Un Gólgota de antorchas. Nargileh dio una pitada sin dejar de mirar a Seller. Éste sintió en su estómago abrirse una gruta gigantesca. Ella dejó escapar el humo.

—¿Nos conocemos, no? —dijo.

—Nos conocemos —logró silabear el sirio tras asimilar trabajosamente el choque de la voluptuosa ronquera de esa voz—. Y puedo asegurarle —se animó Seller— que desde aquella...

—Es extraño que no haya aún nadie —se desentendió ella echando una mirada en derredor, hacia las penumbras. Seller quedó truncado en su avance. Tragó saliva con energía y observó también el salón desierto como si le interesase.

—Es temprano aún. Ocurre que es usted muy puntual —informó.

—Es posible.

Seller aguardó un instante. Nargileh permaneció en silencio.

—Dijo usted bien —reiteró el sirio—, nos conocemos. Y debo confesarle que desde aquella...

—Sucede que me quedé dormida. No es común en mí, pero me dio mucho sueño y me acosté un rato —susurró Nargileh—. Tal vez sea por eso que tengo un poco confundidos los horarios. No acostumbro a dormir en el atardecer.

El sirio había quedado nuevamente contenido, crispando su puño derecho sobre el mantel. Se sentía como un perro pretendiendo morder un balón mucho más grande de lo que podían abarcar sus fauces. Como un fondista que ha largado en falso para los cien metros llanos. Se mordisqueó los labios, nervioso. La ansiedad lo estaba perdiendo. Quizás convenía calmarse, llevar las cosas a un ritmo más lento. Y más seguro.

—A mi me sucede a veces —concedió el sirio—. En ocasiones, cuando como demasiado o bebo más de la cuenta.

—No es ése mi caso —casi podía asegurarse que Nargileh había sonreído.

Mientras ella escrutaba sin prisa las sombras del salón, Seller la estudiaba con severidad, atento a sus más mínimos gestos. El afrodisíaco ya debería estar haciendo efecto en el cuerpo de la mujer. Ya la respiración debería tornarse anhelante, los ojos dilatarse levemente, las pupilas contraerse, los lagrimales deberían palpar como dos pequeños corazones. Ya Nargileh debería estar sintiendo una inquietante sensación de picor en todo el cuerpo. Pero por más que el sirio se esforzase, por más que inquiriese denodadamente con sus ojos de cernícalo en los más mínimos parpadeos de Nargileh, nada parecía estar sucediendo en ella. Por lo contrario, irradiaba una calma, una

suerte de paz interior que sublevó a Seller.

—En determinados momentos —dijo el sirio, sin embargo, controlándose—, una sola copa de bebida noble puede traer el letargo.

—Solo tomé un preparado que tiene efectos cosméticos.

Nargileh jugueteaba ahora con el cabo de un cuchillo. Los ojos de Seller quedaron hipnotizados siguiendo los movimientos de la mano de ella. El comportamiento de aquellos dedos delgados y esbeltos en torno al cuchillo, un adminículo por tantos considerado como un símbolo fálico, podía dar al sirio algún indicio sobre el real estado de excitación de la mujer.

—¿Toma usted muchos de esos preparados? —preguntó Seller sin dejar de observar el cuchillo sobre el que, le parecía adivinar, Nargileh ejercía una cierta presión libidinosa.

—Son obsesiones de mi marido. Yo no necesito tantas cosas. Me dan muchas, es cierto. Yo bebo tan solo una, la que bebí hoy, para fortalecer el cabello. Zabul es un enamorado de mi cabello.

Una luz de alarma se encendió en el cerebro de Seller.

—Las restantes finjo que las tomo, pero las arrojé por el ojo de buey.

Seller la contempló fijamente. Dentro de su pecho sirio comenzó a instalarse una fría lápida de mármol. Su rostro perdió la pátina aceitunada y se tornó cenizo. El pulso se le detuvo durante casi un minuto. Nargileh no había tomado el afrodisíaco. Lo había botado por el ojo de buey como a un pescado podrido. Fingiendo que estiraba los puños de su camisa, Seller constató presionando levemente su muñeca izquierda con los dedos índice y pulgar de su mano derecha, si sus pulsaciones recobraban el golpeteo regular. No advirtió nada, como si tocara una mano de yeso hecha para servir de modelo a jóvenes aprendices de dibujo artístico. Se alarmó. Estaba clínicamente muerto. Pero de pronto, y en forma paulatina, comenzó a sentir bajo la yema de su dedo pulgar, la tenue presencia arterial.

—Hace usted bien, hace usted bien —aprobó Seller.

La conversación era francamente estúpida, pero el sirio no podía concentrarse. Sus esperanzas habían sufrido un duro golpe. Ahora estaba solo. El éxito o el fracaso frente a esa mujer de leyenda, tan sólo le corresponderían a él y a su poder de convicción, su capacidad de seducir y su magnetismo viril. Se rehizo. Quizás así la cosa le gustaba más. Era deportivamente mucho más justo. Más honesto. A suerte y verdad. Aunque en ello le fuese la vida.

—Y le digo que hace usted bien, porque usted no lo necesita. Debo confesarle que desde aquella...

—Es que Zabul insiste...

—Déjeme terminar —Seller apoyó su mano derecha, pesada como un pisapapeles de ónix, sobre el brazo de Nargileh. Estaba ofuscado y hasta pensó en pegarle una

cachetada—. Le digo que debo confesarle que desde aquella noche de nuestro extraño encuentro en Casablanca, no he podido quitarla de mi mente.

Ambos quedaron mirándose. Seller jadeando un poco, luego del esfuerzo de propalar todo su enunciado. Nargileh, un tanto absorta, como si nadie nunca le hubiese dicho una frase similar. A través del taco de sus dedos que tocaban el brazo de la mujer, el sirio recibió un trepidar quedo, como cuando se palpa un gato que ronronea.

—Yo tampoco —dijo ella.

Seller quedó con la boca entreabierta, sorprendido en el cambio de aire.

No logró parpadear por quince prolongados segundos. Toda la escena, bajo el haz de luz, podía pertenecer a un museo de cera.

—Yo tampoco he podido olvidarlo —repitió Nargileh, y el aguzado filo de sus largas uñas cosquillaron sobre el dorso de la mano de Seller. El sirio bajó la cabeza hasta apoyar su mentón contra el pecho, como agradeciendo pleno de unción religiosa. En realidad procuraba ordenar su circuito respiratorio e irrigar correctamente a su cerebro, trabajando a full y desprovisto de apoyo logístico adecuado ante los desacordes orgánicos que le estaban ocurriendo. Se sintió un niño. Por momentos sentía frío, por momentos calor, y en los instantes en que ambas anomalías térmicas se mezclaban, se sentía tibio. Seller levantó la vista y clavó su mirada más letal en los ojos de ella. Una corriente de complicidad se generaba entre ambos.

—¿Qué hacías en aquel salón de masajes para hombres? —requirió Seller en un hilo de voz.

—Zabul me ordenaba hacerlo. De esa forma solía conseguir jóvenes. Para él.

—¿Para él? —El rostro del sirio era la máscara de la incredulidad.

—Zabul es muy vital. Nada lo conforma. Siempre busca nuevas sensaciones. Siempre procura experimentar nuevos sentimientos. A menudo dice que sólo dos sexos son demasiado poco para un hombre con inquietudes. Vive intensamente.

—¿Pero por qué escapaste entonces, aquella noche? —urgió Seller presionando el brazo de ella.

—Me sentí perturbada por ti. Temí no controlarme.

Seller se levantó de su silla y acercando su rostro al de Nargileh, depositó sus labios sobre los de ella. La cabeza le giró vertiginosamente. Las piernas amenazaron con no sostenerlo. Para el sirio, el barco parecía haber caído dentro de un remolino gigantesco que lo arrastraría hasta los más recónditos e insondables estadios del placer. Xavier aumentó el volumen de la música hasta el aturdimiento y el Adaggio Albinoni atronó el lugar. Tomando a Nargileh de la cintura, Seller la instó a ponerse de pie. Luego, sin soltarla, danzando morosamente, la fue conduciendo hasta su camarote.

Cuando entraron en él, aún estrechamente abrazados, los espasmos que sacudían el cuerpo del sirio se hicieron más intensos. Se sentía en parte como un traidor, conduciendo a Nargileh hacia esa encerrona televisada que sería, en definitiva, la perdición y el ocaso de Zabul Najrán, pero también indudablemente, el de ella misma. Seller comprendió que el insidioso y temible elixir del enamoramiento podía estar atacándolo y el tomar conciencia de tal debilidad le despertó un latigazo de rebeldía y profesionalismo.

En tanto Nargileh se sentaba sobre el borde de la cama y se quitaba el finísimo collar de oro, Seller cerró la puerta y arrancó de su cuello la delicuescente corbata de moño. Luego pugnó por quitarse el saco, pero los botones ofrecieron una resistencia inesperada y heroica. Optó por quitárselo por sobre la cabeza, como un pulóver. Agradeció no haber tenido puesto su tapado de piel de foca. Arrojó la prenda por un ojo de buey y comenzó a lidiar con los gemelos que precintaban los puños de su camisa. Fue cuando volvió a depositar sus ojos en Nargileh. Continuaba sentada en la misma posición, quieta, con la cabeza baja, el pelo como un torrente sobre los ojos. Seller congeló su movimiento. Una suerte de viento helado le corrió por las paredes internas del estómago.

—¿Qué... qué pasa? —barbotó.

—No puedo —murmuró ella.

—¿Cómo no puedes?

—No puedo.

Seller se arrodilló frente a ella y comenzó a acariciar aquella catarata de cabello oscuro que le impedía ver el rostro de Nargileh.

—¿Por qué no puedes?

—No puedo.

—¿No puedes o no quieres?

—No puedo.

—¿Pero, por qué?

Ahora sí, Nargileh levantó la cabeza y lo miró largamente. Tenía los ojos enrojecidos.

—Tengo un cinturón de castidad.

Seller giró sobre sí mismo y se derrumbó de espaldas contra la cama, quedando sentado en el piso, sin soltar la mano de Nargileh. Su cara reflejaba el mismo gesto de estupefacción que mostraba el día que viera por vez primera un ornitorrinco.

—¿Un cinturón de castidad? —silabeó como si no pudiese creerlo. Volvió a retomar su postura de rodilla frente al rostro desolado de Nargileh—. ¡Oye —sonrió —, no pensarás que te he buscado durante tanto tiempo, que he arriesgado mi vida, para que me detenga un cinturón de castidad!

Ella simplemente lo miraba.

—¡Ese es un detalle —continuó el sirio sulfurado— que podría detener a un pusilánime como Carlomagno, o a Ricardo Corazón de León, o al Príncipe Valiente, pero no a mí, a un egresado de Damón Sagar! Zabul es un arcaico, un retrógrado. Pero no sólo eso, no, sino que incluso menosprecia al enemigo. ¿Cómo puede suponer que un artefacto tan medieval logre detener a un experto, a un comando, a un profesional?

Nargileh permaneció en silencio.

—Oye —suavizó Seller—. Déjame ver eso que te han puesto. Vamos. Quítate esto.

Ella no se movió.

—No es lo que tú piensas —dijo.

Un chisporroteo de alarma tiñó la mirada del sirio.

—Me lo hizo colocar con un médico de su total confianza —informó Nargileh—. Es algo similar a los espirales anticonceptivos. Una carga explosiva que puede partir este barco en dos pedazos si se activa.

El rostro de Seller tomó la fría y pizarrosa consistencia de la ricota. Quedó sentado sobre sus propios talones, abismado.

—¿Una carga explosiva dices?

—Una carga explosiva.

Seller se tomó la cabeza con ambas manos e insultó duramente a Zabul.

—Pero... ¿Cómo puede ser? ¿Cómo puede ser? ¿Y él cómo hacía contigo?

—No hacía nada. Yo para él soy nada más que un adorno, un lujo, un objeto intocable.

—Pero eso... —Seller estaba fuera de sí—. ¿No puede estallar en cualquier momento, no puede activarse sin uno quererlo?

—Estalla solamente por fricción.

—Oh no, oh no... —Seller se oprimía las sienes con las manos—. ¿Tú nunca intentaste quitártelo?

—Nunca tuve valor para hacerlo.

—Es tremendo. ¿Nunca intentaste hacerlo quitar de allí por un experto?

—Siempre estoy muy controlada. Nadie se hubiese atrevido, de todos modos —Nargileh apoyó su mano derecha sobre el hombro de Seller—. Por eso pensé tanto en ti —dijo.

Él la miró expectante.

—Desde que te vi la primera vez supe que eras un profesional. Y un hombre valiente. Decidido a todo. Que podías salvarme. Y no me equivoqué. Has vuelto.

—He vuelto. Pero nunca imaginé esto.

Nargileh lo fulminó con la mirada.

—Pero no te inquietes —se apresuró a aclarar Seller—. Yo solucionaré todo.



¿Tienes en claro que te juegas la vida?

—Lo sé. Pero no aguanto más. Vivo aterrorizada.

El sirio controló su reloj. Afuera aclaraba. No había demasiado tiempo.

—¿Qué hora tienes? —preguntó.

—Las seis y quince.

El reloj de Seller anunciaba las catorce y ocho. Pero no le dio importancia. Pegó un salto y corrió hasta el transmisor.

Luiggi Micheli, «Il Trovatore del Trastevere» había terminado de perforar la oxidada lámina que cubría en parte el depósito de la cadena del ancla y se disponía a emprenderla con la chapa que cerraba el paso hacia la sentina. El metal estaba cubierto de algas y debía golpear permanentemente con su barreta de acero, las formaciones coralinas que entorpecían el movimiento de sus brazos. Centenares de pequeños peces de colores se habían reunido en torno a Luiggi, curiosos ante la extraña actividad de éste. Pero no eran aquellos pequeños tetraodontiformes los que inquietaban al itálico, sino la amenazante cercanía de varias familias de pulpos que había divisado al bajar en la profunda hoya caribeña. Luiggi se maldijo por haber aceptado aquel trabajo. Apostaba mil contra uno a que en las despanzurradas entrañas de ese carguero hundido hacía ya quince larguísimos años, no hallarían jamás la fórmula química para la elaboración de una de las más afamadas bebidas gaseosas. Pero a él sólo le pagaban para franquear el camino de los buzos hasta la caja de seguridad en la cabina del capitán. Lo demás no era problema suyo. Luiggi espantó con ademanes violentos un cardumen de peces anémonas que pugnaba por presenciar el trabajo de cerca. Fue cuando sintió que le golpeaban el hombro, como un llamado. Dentro de su ceñido traje de goma, Luiggi se contrajo de miedo. Podía ser el directo contacto con el tentáculo de un pulpo. No todos los pulpos atacan al hombre, incluso algunos más pequeños que sorprendiera junto a la quilla del barco hundido lo habían ayudado alcanzándole las herramientas. Pero Luiggi sabía de tenebrosas historias de hombres ranas arrastrados en abrazo mortal hacia profundas grutas submarinas tal vez con fines inconfesables. Giró llevando la mano hacia su puñal. Pero no, suspendido dos metros sobre él se hallaba Franco, el milanés. Franco hacía girar cerca de su oreja el dedo índice de su mano derecha extendido.

«¿Que estoy loco?» —supuso Luiggi ante el gesto de su compañero—. «Claro que estoy loco. Todos estamos locos perdiendo el tiempo buscando una cosa que no existe».

Pero Franco insistía, en tanto con la mano izquierda señalaba a Luiggi y luego hacia arriba, hacia la superficie.

«¿Teléfono?» —articuló con sus labios Luiggi, asombrado—. «¿Para mí?» —Franco asintió con un movimiento de cabeza. Luiggi aprobó elevando su dedo pulgar

derecho en señal de comprendido.

Diez minutos después estaba, aún chorreante, frente al radio del «Cartagenero» el chato y viejo transporte de aguacates que los había llevado sobre el corazón mismo de la traicionera hoya cercana al Arrecife Sisal, algo más abajo de la Roca Culebra, en el Banco de Campeche.

—Sí, Luiggi habla... sí —el rostro del italiano se crispó, luego toda su conversación se redujo a una serie de monosílabos—. Sí... claro... sí..., te entiendo... ¿Dónde estás ahora?... sí..., me ocuparé.

Con ademán lento colgó el auricular. Los hombres que lo rodeaban no le quitaban los ojos de encima. Luiggi parecía consternado.

—¿Qué ocurre, Luiggi? —Morro Juárez, un moreno gigantesco fue el primero en interesarse acercándole un tazón de café.

—Debo irme. —Luiggi comenzó a quitarse el traje de goma.

—Un momento, ¿por qué debes irte? —La peluda mano de Herbert Cousello, fornida como la pata de un oso, se depositó sobre el hombro del romano en ademán conminatorio.

—Acaba de llamar Emma —musitó Luiggi.

—¿Y qué hay con eso?

—Mi madre está enferma —La voz de Luiggi era apenas un murmullo. Sólo se escuchó por un instante el monótono ronroneo de la bomba de sondeo.

—¿Y qué harás? —preguntó Morro—. No te volverás a Pádova.

—No —Luiggi terminó de abotonarse una camisa multicolor—. Pero por lo pronto iré a Punta Yalkubul, a la Iglesia de allí.

—¿Harás una promesa? —aventuró Herbert que había suavizado su tono.

—Es lo único que puedo hacer desde aquí —Luiggi estaba finalizado de abrochar su cinturón—. Al menos no me sentiré tan inútil.

—¿Qué es lo que tiene tu madre, te lo dijo Emma? —preguntó Morro.

—Sí, me lo dijo pero no le entendí. Lloraba demasiado... ¡Oh, Dios!

—Puede que no sea nada —arriesgó Herbert.

—Verás como todo se soluciona —agregó Morro. Aquellos hombres rudos y curtidos por los despiadados vientos de los siete mares se hallaban atribulados, desconociendo cómo comportarse ante una situación de tal tipo.

—Prenderé una vela a la Virgen y volveré —informó Luiggi, aún forcejeando con sus botines—. ¿No tienes un calzador allí?

—Quítate más vale las patas de rana primero, Luiggi. Nosotros aguardaremos tu regreso. El trabajo puede esperar un día. —Lo tranquilizó Morro.

—Es cierto —convino Herbert—. Ese podrido barco ha estado allí quince años. No le hará nada esperar un poco más.

Luiggi había terminado de vestirse de paisano. Sin decir nada oprimió la mano

que le extendían sus compañeros. Morro lo tomó del hombro sin mirarlo a los ojos y le ciñó la clavícula, confortándolo. Herbert sacudía levemente su cabeza sin articular palabra. Entre los tres echaron al mar el chinchorro. Luiggi botó dentro de él un saco con galletas saladas, tasajo, tocino y leche en polvo. Morro le acercó una caramañola con agua destilada. El sol ya estaba bastante alto cuando Luiggi se alejó del «Cartagenero» con remadas vigorosas y acompasadas.

—Escúchame, Nargileh, escúchame —Seller estaba arrodillado frente a Nargileh y modulaba su voz casi exageradamente, como quien le habla a un niño diferenciado—. Debes confiar en mí. Confiar en mí y olvidar tus pudores. Yo entiendo. Te entiendo perfectamente, pero tú misma lo decidiste y ya no puedes volver atrás. Es tu oportunidad.

Nargileh miraba sin ver, como extraviada, hacia adelante y el brillo indescriptible de sus pupilas se borroneaba bajo su capa lacrimosa.

—No puedes continuar viviendo así —prosiguió Seller—. No puedes. No te echas atrás ahora. Yo no te lo digo por nuestra relación. Ya te lo digo simplemente por ti. Por lo que significará para ti.

Seller permaneció mirándola. Ella continuaba en silencio.

—Si yo he traído al señor es porque confío plenamente en él —argumentó el sirio—. Para mí él es algo más que un hermano, es un padre, un abuelo materno. ¿Me entiendes? No te pondría en sus manos si no fuese así.

Dos pasos más atrás, Luiggi Micheli, «Il Trovatore del Trastevere» asentía levemente con la cabeza. Llevaba un viejo y modesto traje marrón liviano sobre una camisa roja estampada con flores naranjas. Bajo el cuello abierto emergía el reborde sucio de una camiseta de frisa blanca. La cabeza de Luiggi estaba cubierta con un raído gorro de visera rojo con la inscripción Petro Bras y bajo las bocamangas de los pantalones asomaban las patas de rana. En su mano derecha pendía un pequeño y sucio bolso de plástico conteniendo las herramientas necesarias.

—Considéralo como si se tratase de un médico, de tu médico de confianza —Seller acariciaba con suavidad las mejillas de Nargileh.

Ella frunció los labios, cerró los ojos y asintió dos o tres veces con la cabeza. Seller miró a Luiggi. Éste, sin hesitar, extrajo del bolsillo de su saco un par de guantes de goma rosada y se los calzó. Mientras el italiano ajustaba los dedos uno a uno, Seller besó en la frente a Nargileh y se puso de pie. Ella lo mantuvo aferrado crispadamente de una mano. Seller se distanció un paso hasta que ella lo soltó. El sirio cruzó hacia la puerta e hizo un gesto de asentimiento con su cabeza a Luiggi. Éste simplemente bajó los ojos, tranquilizándolo. El italiano acompañó a Seller hasta la salida. Allí, desde afuera y a través de la puerta entreabierta el sirio se volvió hacia Luiggi y en voz baja dijo:

—¿Qué piensas tú que puede ser?

—No tengo idea —farfulló Luigi—. Nunca me he topado con un caso como este. Solamente tú puedes meterte en una situación así, Best.

—¿Lo ves difícil?

El italiano se encogió de hombros.

—No sé, Best, no sé. En una ocasión logré desconectar uno de esos perros bomba que preparaban los Vietcong, ¿recuerdas?

—Sí, recuerdo, fue en Binh-Dinh. Esos perros que se metían bajo los tanques.

—Sí, uno de esos. Me llené de pulgas pero lo hice. Pero era algo muy distinto a esto. En aquel caso los explosivos estaban a la vista.

Best quedó en silencio.

—Ten cuidado —dijo luego.

—Si logro desactivarlo —señaló Luigi—, déjame luego a mí hacer un reconocimiento del terreno. Puede quedar alguna mina suelta, algún cazabobos...

—Te pego un tiro en la cabeza...

—Tú no te arriesgues.

—Te pego un tiro en la cabeza.

—Oye, Best, esto es más peligroso que una sífilis —La expresión dura de Seller era lo suficientemente gráfica como para cortar la discusión. Apretó con su mano derecha el brazo del italiano.

—Ten cuidado.

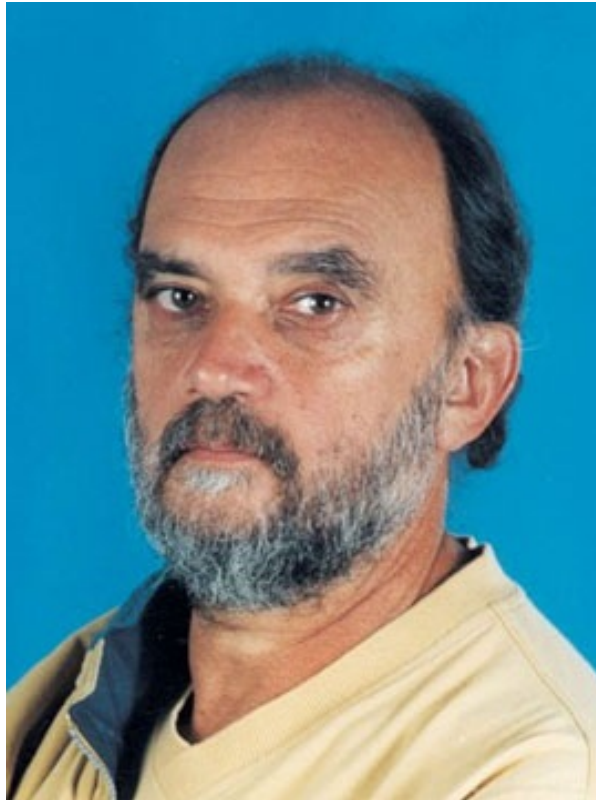
Luigi no dijo nada.

Tenían acumuladas largas horas de combate juntos y las palabras solían ser para ellos, ornatos inútiles y fastidiosos. Seller salió a la galería y se quedó por unos minutos mirando el mar. El sol estaba alto. Podía decirse que hacía calor pero el cuerpo del sirio se estremecía cada tanto. Caminó con lentitud hasta la popa y trepó la escalerilla hasta la segunda cubierta. Allí se sentó sobre la lona que cubría el único bote salvavidas que quedaba y encendió un cigarro. Aspiró una larga pitada y contempló el cansino planear de las gaviotas sobre su cabeza. El graznar de un petrel lo sobresaltó. Luego exhaló el humo. Bajó la vista y con los dedos de su mano derecha hizo presión sobre sus párpados fuertemente cerrados. Así estaba cuando se produjo la explosión.

Seller revolvió su café y tras golpetear ligeramente la cucharita contra el borde de la taza, la depositó junto al plato. Apartó desesperanzado la porción de torta de nata. No tenía aún facilidad para manipular nada con su mano derecha. El vendaje que cubría las llagas que le produjeran los remos sólo le dejaba libre el dedo pulgar y éste estaba cubierto con mertiolate. Todas las restantes mesas de la cafetería se hallaban vacías y algunos mozos barrían entre ellas persiguiendo colillas de cigarrillos y servilletas

caídas. El sol aún no había salido, pero la claridad ya ganaba los salones tranquilos del aeropuerto de Rasht, casi sobre las costas del Mar Caspio. Seller contempló largo rato girar el café dentro de su taza. Después de muchos años, a bordo de un barco sobre el Caribe había sentido temor, ansiedad y un extraño sentimiento casi desconocido que podía localizarse entre los territorios de la debilidad y la ternura. Había experimentado algo así, creía recordar, junto a su perro Mulash, siendo niño, cuando la noche los sorprendía tras sus correrías por los olivares y él deslizaba sus manos por la áspera y poblada pelambre del animal. Recordaba que era un sentimiento similar, mas no el mismo. Miró su reloj y apuró el café. En algún lugar de su personalidad, se había producido una fisura.

Quizás, el camino hacia la templanza total de un hombre de acción, era bastante más largo de lo que él suponía. Dejó unas monedas sobre la mesa. El vuelo de la BUA no le daría tiempo para tomar otro café. Pero podía intentarlo. Había arriesgado en situaciones peores. Llamó al mozo.



ROBERTO FONTANARROSA, el Negro, humorista gráfico, escritor e hincha de Rosario Central, nació en Rosario (Argentina) el 26 de noviembre de 1944. Antes de los diez años conoció a su verdadero amor, la pelota. En 1968 publicó su primer chiste y comenzó a hacer la página de humor de la revista *Boom*. Luego colaboraría también con muchas otras publicaciones, entre ellas *Clarín* y su revista dominical, *Viva*. Además, trabajó con Les Luthiers en la creación de sus espectáculos y publicó tres novelas (*Best Seller*, 1981; *El área 18*, 1982; y *La Gansada*, 1985) y varios libros de cuentos. Falleció el 19 de julio de 2007, a los 62 años.